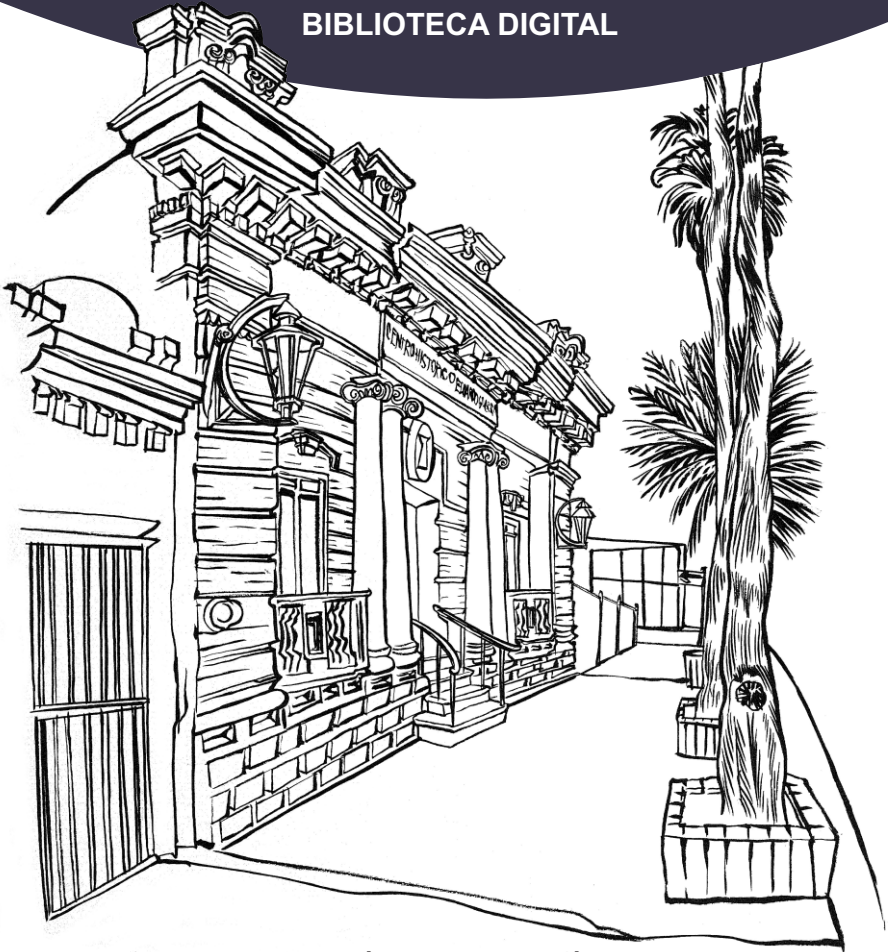




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL

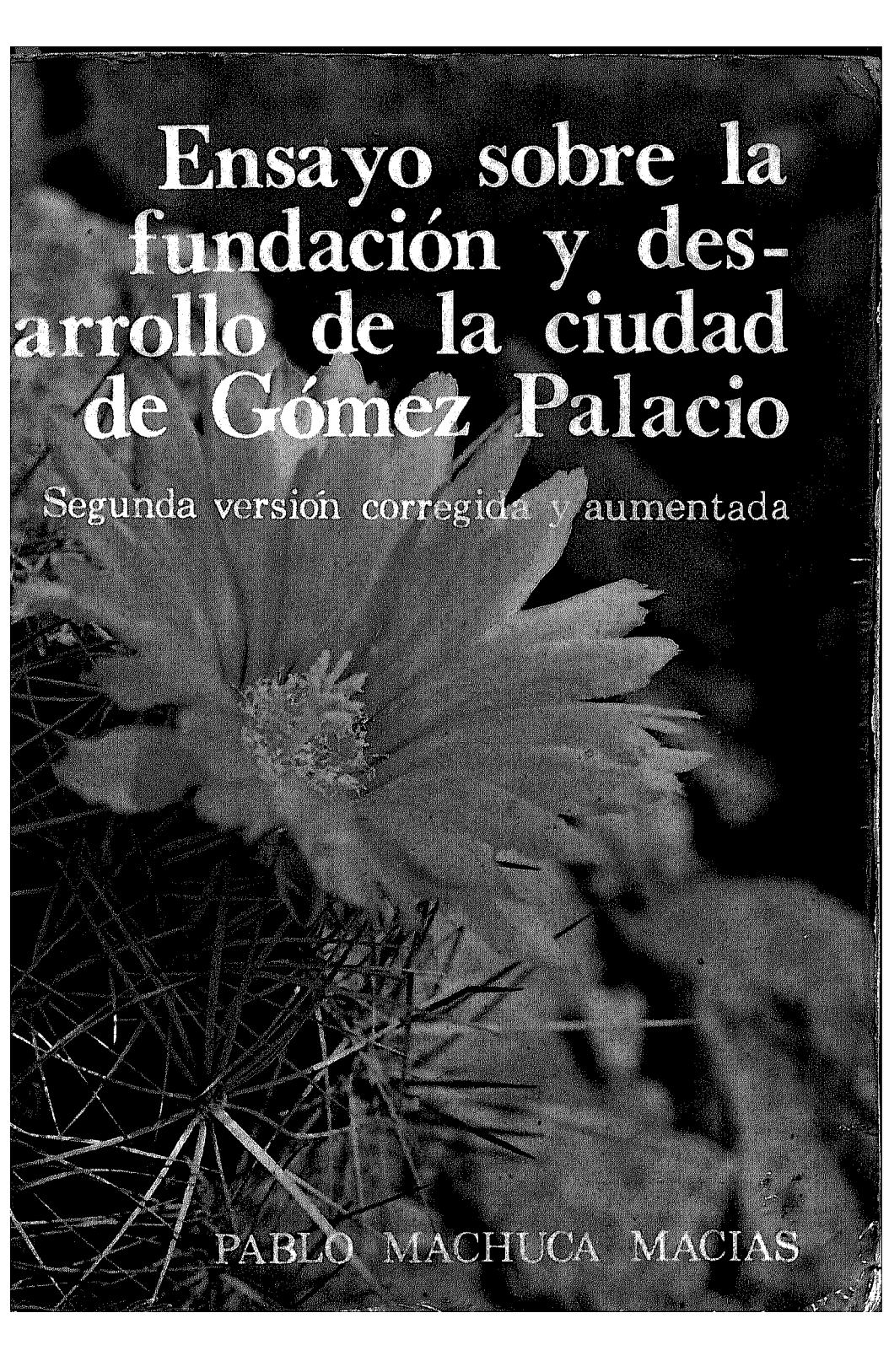


C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC



Ensayo sobre la fundación y des- arrollo de la ciudad de Gómez Palacio

Segunda versión corregida y aumentada

PABLO MACHUCA MACIAS

Pablo Machuca Macías

**ENSAYO SOBRE LA FUNDACIÓN Y
DESARROLLO DE LA CIUDAD
DE GÓMEZ PALACIO**

PABLO MACHUCA MACÍAS

*Ensayo sobre la fundación
y desarrollo de la ciudad de
Gómez Palacio*

Segunda versión corregida y aumentada

INDUSTRIA GRÁFICA
EDITORIAL MEXICANA

MÉXICO, D. F.

© 1980 Derechos reservados por el autor

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

*Agradezco a todas las personas que
de una manera o de otra hicieron
posible editar la segunda versión de
este libro.*

CAPÍTULO I

[1884-1899]

1. Fundación

En 1883, en un lugar llamado Calera del estado de Zacatecas, fueron unidos los extremos de las vías férreas que en las direcciones norte y sur, venía construyendo de tiempo atrás, la compañía norteamericana del Ferrocarril Central Mexicano. Al terminarse la red ferroviaria quedó unida la ciudad de México con la frontera norte del país, precisamente con el poblado Paso del Norte hoy Ciudad Juárez.

Los trenes de pasajeros que hacían el servicio regular, de cuando en cuando se detenían en la solitaria estación de paso conocida como Lerdo o Santa Rosa, a donde llegaban y salían los viajeros de Ciudad Lerdo y rancherías circunvecinas. La modesta parada del ferrocarril dio origen a la fundación de Gómez Palacio.

Al año siguiente, frente al paradero de los trenes se alzaba la pequeña caseta de madera del telegrafista y casi al mismo tiempo en medio de la llanura donde sólo crecían la gobernadora, huizaches y mezquites, apareció una vieja carpa remendada donde se instaló el primer poblador de esos lugares, que fue Ruperto Enríquez, a quien más tarde

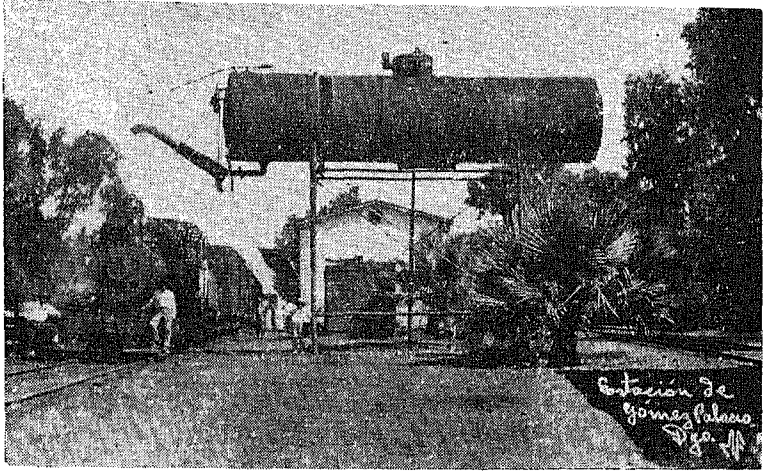
el propietario de esas tierras, don Santiago Lavín le regaló un terreno donde levantó una casa de adobes, probablemente donde después estuvieron el mesón y los baños de El Huizache, porque platicaban los ancianos que ahí se había construido la primera finca por la calle que después se llamó Aedo y que ahora es Victoria. El mencionado mesón estaba entre las actuales calles Constitución y 20 de Noviembre, a media cuadra de la acera mirando al poniente. Al aumentar el número de habitantes el señor Enriquez recibió el nombramiento de primer jefe de cuartel, en reconocimiento al pionero.

Después, el español Epigmenio Rodallegas levantó la segunda casa, donde estableció un pequeño comercio aprovechando el paso de los viajeros; al poco tiempo se construían las fincas de Hugo Francke y Federico Ritter, en cuya época se abrió la primera calle que se llamó avenida Hidalgo y que actualmente es la Independencia. Poco a poco fueron llegando hombres laboriosos que limpiaron de matorrales la llanura, estableciendo sus hogares.

Esos terrenos que por el sur se extendían hasta la antigua hacienda de Santa Rosa, pertenecían al latifundio del agricultor español Santiago Lavín, que dadas las circunstancias dio facilidades para que se levantara una ciudad. Para el efecto, se pusieron en venta lotes sumamente baratos y gran número se regalaron con el compromiso de que, las personas que los recibieran construyeran sus casas de inmediato y plantaran cuando menos un árbol frente a ellas.

Asimismo, se proporcionaron sin costo alguno espacios suficientes a los industriales para que instalaran fábricas. La única condición que puso el señor Lavín para vender y regalar sus terrenos, fue que la futura ciudad se llamara Gómez Palacio, en recuerdo del licenciado Francisco del mismo apellido, quien había sido gobernador del estado de Durango y colaborador del presidente Juárez en asuntos internacionales; el distinguido abogado duranguense había sido amigo y apoderado del señor Lavín y representándolo

ganó un litigio sobre derechos de agua del río Nazas a la Compañía Deslindadora de Tlahualilo.



La parada de los trenes dio origen al nacimiento de la ciudad.

El ingeniero Laureano Paredes trazó las calles anchas y rectas de la ciudad, así como la alameda y la plaza de armas. Las primeras calles recibieron nombres de lugares y provincias de España. Fue entonces, cuando don Santiago cambió su residencia campesina de la hacienda de Noé a la naciente población, construyendo una amplia casa con corrales para sus finos caballos, en el lugar donde ahora está la presidencia municipal.

2. *Don Santiago Lavín*

Nació el 25 de julio de 1834, en Aedo provincia de Santander, España. Muy joven llegó a México en busca de fortuna y se radicó en la Comarca Lagunera, viviendo la mayor parte de su vida en la hacienda de Noé. De diver-

sas maneras, algunas de ellas censurables, se hizo de una gran riqueza, adquiriendo en 1880 las tierras que junto con otras formaron el latifundio del Perímetro Lavín que llegó a tener 54 mil hectáreas, de ellas 18 mil laborables regadas por el río Nazas. Esto dio motivo a que la parentela cercana y lejana de don Santiago abandonara sus regiones y llegaran a la tierra de promisión lagunera, a todos sus allegados los ayudó y los más emprendedores aparecieron como triunfadores en el comercio y la agricultura, cooperando al desarrollo de la ciudad.

El acaudalado terrateniente falleció en la ciudad de México el 16 de mayo de 1896 a la edad de 62 años, sus restos fueron traídos a la hacienda de Noé y sepultados bajo los pilares del altar mayor de la capilla que con relativo lujo ordenó se construyera en la mencionada hacienda. Mucho tiempo después, probablemente en los años veintes, los restos del señor Lavín fueron exhumados y enterrados en el templo de Guadalupe de Gómez Palacio.

La hacienda de Noé era la capital del enorme latifundio, tenía bodegas para almacenar las cosechas anuales que se levantaban en sus extensas tierras de siembra, llegando a tener tanta importancia que la compañía del ferrocarril se vio obligada a nombrar un jefe de estación para que se encargara del manejo de los embarques en decenas de furgones de los productos agrícolas. Además, en la hacienda había corrales donde apacentaban cerca de mil mulas y en sus patios se apilaban grandes cantidades de aperos de labranza. Venía siendo en cierto modo el centro proveedor del área.

Al ocurrir la muerte del potentado, la cuantiosa herencia pasó a manos de los hijos quedando como albacea don Gilberto que era el primogénito. Los otros hijos fueron: Alejandro, Asunción, Romana, Manuela, Modesta y Pablo y la madre de ellos fue la señora Dorotea Veloz originaria de Lerdo.

El latifundio que operaba con el nombre de Compañía Agrícola del Perímetro Lavín y Anexas, comenzó a tener problemas hasta desaparecer por completo. Había conseguido un fuerte préstamo de 5 millones de francos en París con la Societé Française pur Industri de Mexique formada con tal objeto, para continuar trabajando las tierras, así como poder refaccionar a los agricultores a quienes les rentaron parte de ellas para que las cultivaran; pero al estallar la Revolución los peones abandonaron las faenas en los campos para unirse al movimiento, y al no haber cosechas, los hacendados no pudieron cubrir los adeudos contraídos. La empresa se declaró en quiebra, siendo embargada por los banqueros franceses representados por el señor Federico Larriva, terminando su liquidación uno de los bancos regionales. La gente comentaba al ver el desplome del imperio agrícola, que lo del agua se había ido al agua.

Una calle de la ciudad lleva el nombre de Santiago Lavín, recordando al hombre audaz que de la nada formara un latifundio de buenas tierras, de haciendas y ranchos, donde fue amo y señor por largos años hasta que la muerte truncó su existencia. Sin embargo, a pesar de todo, don Santiago mereció el cariño y respeto de los antiguos pobladores, y merece ser recordado por las actuales generaciones, porque a él se debe la fundación de Gómez Palacio.

3. *Santa Rosa*

Posiblemente la antigua hacienda de Santa Rosa, haya sido fundada en 1844 por don Juan Ignacio Jiménez, que en ese año había rentado al señor Juan Nepomuceno Flores las tierras laguneras pertenecientes al estado de Durango. Esas tierras que fueron el escenario de las invasiones de los indios bárbaros del norte como llamaban a los comanches y a los apaches de Jerónimo; donde años después tu-

vieron lugar las luchas entre las bandas mercenarias de los señores de la tierra que peleaban por el control de las aguas del Nazas. Se decía que don Santiago Lavín construyó la presa y el acueducto de Santa Rosa —canal de La Línea— para acaparar más agua, teniendo por ello serias dificultades con los rancheros de la parte de Coahuila, finalmente el asunto se arregló con la intervención de los abogados Sariñana y Vallarta.

La hacienda de Santa Rosa estaba situada abajo y a lo largo del cerro del mismo nombre, en los terrenos que actualmente ocupan parte del club y colonia de El Campestre; sus campos de labranza llegaban más acá del tajo de La Línea por un lado, y por otro hasta los linderos de las tierras bajas que después formaron parte de la ciudad de Gómez Palacio. Se contaba que hace muchos años esos lugares fueron el curso natural del río, que después la corriente fue desplazándose hasta pasar entre los cerros, donde se levantó la presa de Calabazas. Las crecientes periódicas del Nazas inundaban parte del caserío de la hacienda poniendo en peligro la seguridad de sus habitantes, viéndose obligados a cambiarla al actual barrio de Santa Rosa.

La vieja hacienda de Santa Rosa, era el paso lógico de las conductas y carruajes que hacían la travesía de Saltillo al pueblo de Nazas situado en la ribera del río del mismo nombre, y viceversa, o bien que viniendo de esos lugares continuaban su camino al norte por la ruta de Mapimí que era poco transitada porque en el territorio del Bolsón de Mapimí merodeaban los indios, esperando el paso de los viajeros para asaltarlos.

En la tarde del 4 de septiembre de 1864, llegó a Santa Rosa un carruaje cubierto de polvo con los caballos sudorosos y cansados, venía escoltado por un regimiento de jinetes republicanos. Del coche descendieron cuatro personajes de aspecto grave, preocupado, ellos eran: el Presidente de la República Benito Juárez y los ministros Guillermo Prieto, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias.

Los viajeros fueron alojados en la casa grande de la hacienda, con las modestas comodidades que podría proporcionar un lugar tan alejado de las poblaciones. Los altos funcionarios venían huyendo de la persecución de las fuerzas francesas y conservadoras. Al día siguiente llegaron por distintos rumbos los generales Patoni, González Ortega y Alcalde con sus respectivas tropas. Reunidos los militares con el señor Juárez y sus ministros, dieron forma al Decreto de Santa Rosa que acordaba la creación del Cuerpo Expedicionario de Occidente con las fuerzas que habían llegado, para marchar de inmediato sobre la ciudad de Durango que tenía tiempo en poder de los franceses. Al día siguiente de la salida de las tropas, el 7 de septiembre la comitiva que representaba los poderes de la Nación, temprano continuó su peregrinar rumbo al norte llegando al anochecer de ese mismo día, al importante poblado y mineral que en aquellos años era Mapimí.

Otro hecho digno de mencionarse sucedido en Santa Rosa vieja, fue el nacimiento del que años más tarde fuera el destacado músico Melquiades Campos Esquivel, director de bandas militares de mucha resonancia en el país y en el continente. El maestro Campos Esquivel nació el 10 de diciembre de 1878 y es considerado como uno de los grandes músicos del estado de Durango.

También en Santa Rosa ya en ruinas, se reunían algunas veces los revolucionarios de 1910 a celebrar sus juntas secretas y ahí enterraron las armas en los días de la conspiración. En la noche del 20 de noviembre de ese mismo año, de sus escombros salieron alrededor de 40 hombres levantados en armas contra el gobierno porfirista.

Todavía por los años veintes, se mantenían en pie las ruinas de las casas de la vieja hacienda, los restos de las paredes carcomidas por el paso del tiempo estaban pintadas de almagre que le daban la apariencia de un rojo desteñido. Una placa de burda mezcla colocada en la parte exterior de la pared que posiblemente perteneció a la casa

grande, señalaba borrosamente la fecha de la permanencia del presidente Juárez y sus acompañantes. Las tapias de adobes de Santa Rosa emergían en medio de huizaches, mezquites y plantas silvestres que crecían en el terreno ya pedregoso, donde vivían toda clase de alimañas. Era el paraíso de los muchachos cazadores de lagartijas, ardillas y camaleones.

4. *La ciudad que no es*

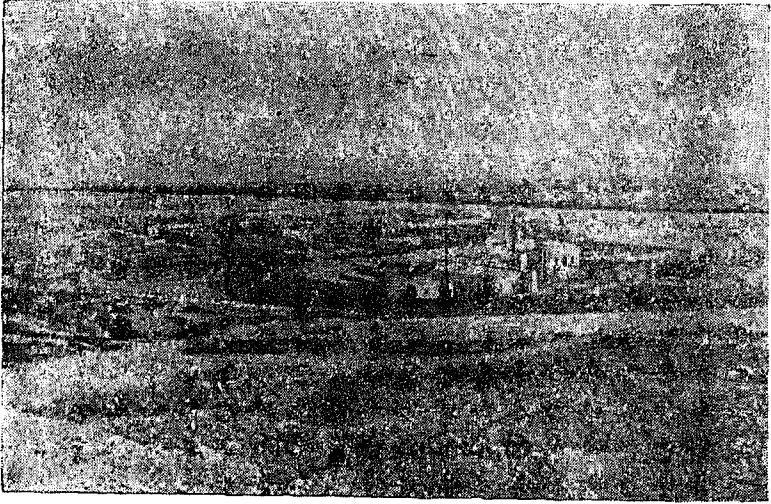
En 1901, se asentaba en el álbum publicado por el periódico El Popular, que Gómez Palacio tenía entonces la forma de un cuadrilátero prolongado de norte a sur sobre una superficie de 4 mil metros de largo y 2 mil de ancho, limitados al norte por terrenos de la hacienda de Noé y al sur por los de Santa Rosa vieja, al este por los de Sacramento y al oeste por Lerdo y la hacienda de San Fernando.

En el plano topográfico que el ingeniero Paredes levantara con motivo de la fundación de la ciudad, la traza abarcaba por el norte y poniente hasta el canal de San Antonio, al oriente limitada por las vías del ferrocarril y al sur por una línea oblicua que más o menos sigue el curso del actual bulévar Miguel Alemán. En el mencionado plano aparecen 190 manzanas y 12 del barrio de Santa Rosa que necesitaron más de 50 años para poblarse.

Por algún tiempo, Gómez Palacio fue considerado el cuartel V dependiente de Lerdo, a pesar de que ya era una ciudad hecha y derecha más importante que la cabecera del partido de Mapimí. Gómez no pasó por el natural proceso de ranchería y villa, sino desde un principio su rápido crecimiento le dio perfiles de ciudad, nombramiento que parece legalmente no le ha sido otorgado por el congreso local del estado de Durango. Cuando el gobernador en 1887 dio su aprobación para que la futura población recibiera el nombre

de Gómez Palacio —a pedimento de don Santiago Lavín— no se sabe si la cámara de diputados aprobara o no el decreto respectivo, lo cierto es que no fue publicado. Sin embargo, ya en 1890 Gómez Palacio estaba reconocida como ciudad, según se desprende por el decreto 103 publicado ese mismo año que literalmente dice: “La Legislatura del Estado de Durango a nombre del pueblo decreta: Artículo único. Se exceptúa por el término de cinco años contados desde la promulgación de esta ley, del pago de contribuciones ordinarias del capital urbano de la población de Gómez Palacio del Partido de Mapimí. El Gobernador del Estado dispondrá su publicación, circulación y observancia. Victoria de Durango, Marzo 17 de 1890.” Firman los diputados Cipriano Guerrero, Martín Gómez Palacio y Salvador Fernández. Al vencimiento se prorrogó esta disposición por cinco años más según el decreto 14 publicado el 28 de noviembre de 1894 firmado por los diputados L. Álvarez, Salvador Fernández y Manuel Bermúdez.

El 18 de diciembre de 1905 fue aprobado por el congreso local el decreto 60 donde se señala la formación de nuevos municipios en el estado de Durango. En el artículo primero dice: “La municipalidad de Lerdo se divide de la de Gómez Palacio” y más abajo lo especifica de la siguiente manera: “La Municipalidad de Gómez Palacio comprende su cabecera la ciudad de Gómez Palacio. Haciendas: Cuba Libre, Noé, Providencia, Relámpago, Sacramento y San José. Ranchos: Allende, Arcinas, Berlín, Berreteña, Carranza, Compás, Carrizal, California, Cariño, Compuertas, Crucero, Dolores, Denver, Filadelfia, Glorieta, Gazape, Grande, Huertas, Huitreño, Joló y Bailén, Jiménez, Jerusalén, Leocadias, Lucero, Miramar, Manila, Media Luna, Nuevo Mundo, Numancia, Palo Blanco, Purísima, Perú, Paz, Recuerdo, Retoño, Rinconada, Renoval, Santa Rosa, San Ramón, San Sebastián, San Alberto, Santa Cruz, San Antonio, Santander, Santa Clara, San Gregorio, Santa María, San Ignacio, Santoña, San Pedro, Santa Elena, Sagunto, Salamanca, Transporte, Tam-



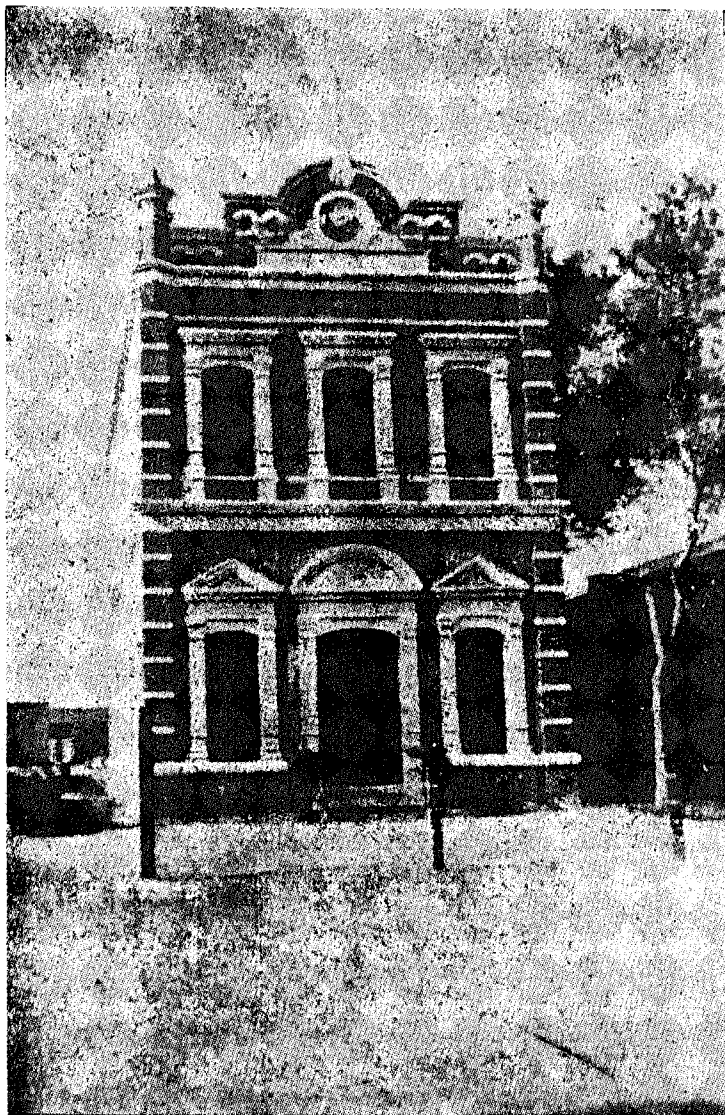
Panorámica de la ciudad antes de 1900

boriusillo, Tres Picos, Tenoxtitlán, Vergel y Venecia. Establecimientos industriales: Fábrica de Dinamita, La Unión Fábrica de Calzado, La Amistad Fábrica de Hilados y Tejidos, Fábrica de Cigarros de Hoja de Maíz, Fábrica de Cerillos y de Ladrillos. Estaciones de ferrocarril: Brittingham, Gómez Palacio, Noé y Santa Clara del Ferrocarril Central." Se olvidaron hacer mención de la Fábrica de Jabones La Esperanza.

Los decretos dados a conocer, son los únicos que se encuentran en los archivos de la cámara de diputados del estado de Durango que tienen relación con Gómez Palacio hasta 1905. Por lo tanto, queda la duda, ¿legalmente Gómez Palacio es ciudad?

5. *La Amistad*

En una área de 72 mil metros cuadrados, a una cuadra de la plaza de armas, se levantaban las instalaciones de la



Oficinas de La Amistad.

fábrica de hilados y tejidos La Amistad, S. A., situadas desde la calle Santander hasta el Canal de San Antonio por un lado, y por el otro de la calle Gómez Palacio hasta el mismo tajo. Ocupaban el espacio de seis manzanas, dos de ellas de trazo más largo que las normales, porque el mencionado canal daba vuelta a la derecha al final de la barda norte de la factoría.

Caminando por la calle Bárcena al llegar a la Santander haciendo esquina, a la izquierda quedaban los departamentos fabriles con paredes de ladrillos rematadas por torrecillas de pequeños ojales semejando almenas y a mano derecha se alineaban las casas donde vivían desde el gerente Santiago Prince, empleados y parte de los mil trabajadores de la fábrica. Las casas de los obreros ocupaban manzanas divididas por angostos callejones.

La calle Juárez quedaba cerrada a la altura de La Bárcena, porque ahí precisamente se levantaba el edificio de dos pisos de ladrillos rojos y adornos blancos de cantera, donde estaban las oficinas de la compañía. El edificio fue construido en 1900 por el ingeniero norteamericano J. A. Kissinger. El interior del local tenía pisos de mosaico, puertas, ventanas y pasamanos de las escaleras eran de caoba. Por las noches las oficinas se iluminaban profusamente al encenderse numerosas lámparas eléctricas. Afuera, frente al edificio crecían grandes fresnos y había trancas de madera donde los clientes amarraban sus cabalgaduras y los cocheros los caballos de sus carruajes. En la parte superior de la finca, en el centro, había un medallón de cantera con dos manos esculpidas, entrelazadas, que es el símbolo de la amistad.

Como se ha dicho, en la esquina de las calles Santander y Bárcena al lado izquierdo, ocupando toda la manzana y cerrando la calle Burgos, se localizaban los departamentos de telares donde se fabricaban mantas, imperiales, percales, cretonas, etc. Los departamentos eran salones de techos metálicos que descansaban en armazones sostenidas por

columnas de hierro. Y se había levantado en la manzana de al lado una sección de bonetería y en otras se hacían diferentes clases de labores en máquinas cardadoras, varadoras y picadoras, de tintes y secadoras.

En la parte de atrás, en el ángulo que hacía el tajo de San Antonio estaban las bodegas y patios donde se extendían las vías angostas del ferrocarril Decauville de pequeños carros impulsados a mano, para distintas maniobras de acarreo. Una espuela del ferrocarril llegaba a los patios de la fábrica desde la estación, diariamente se veía a la máquina mocha remolcando furgones, ya de ida, ya de vuelta.

La Amistad fue fundada en 1887 por los señores Santiago Prince, Miguel Torres y el doctor Cosme Prince, quienes formaron la empresa con la razón social de Prince, Torres y Prince. Comenzó a trabajar con 32 telares y en 1900, al ampliarse la fábrica, ya contaba con 450. Sus productos de gran calidad eran muy apreciados en el país, teniendo bastante demanda; se había transformado en una de las fábricas textiles más importantes de aquella época, llegando a ocupar en años subsecuentes cerca de dos mil obreros en los tres turnos, incluidos los aprendices; la derrama semanal de salarios era de 4 mil pesos. Los sábados que era el día de pago, el barrio de los pabiludos, como les decían a los obreros textiles, y que eran las calles adyacentes a la factoría, se veía muy animado, alegres parranderos salían de una taberna para meterse en otra, con su saldo de pleitos callejeros, a veces sangrientos.

Aparte de los talleres de mantenimiento, La Amistad tenía una pequeña fundición y las calderas de la planta propia trabajaban día y noche, para dar movimiento a las máquinas tejedoras y a todas las demás que eran necesarias. Asimismo, contaba con grandes tanques de almacenamiento de agua extraída de una profunda noria, era tan abundante que sobraba para regar los jardines de la cercana plaza de armas, hasta donde se había extendido una tubería. Por cierto que en ese paseo público, la banda de

músicos formada por trabajadores de la fábrica tocaba en las noches de serenata, a esas audiciones asistían casi todos los habitantes de la pequeña población.

A principio de los años veintes, La Amistad comenzó a tener problemas económicos y no hubo más remedio para los propietarios que venderla a la Compañía Hilandera de la Fe de Torreón. El señor Adolfo del Villar fue nombrado gerente por los nuevos dueños, quien siguió el frente de la factoría hasta 1926 año probable en que definitivamente suspendió sus labores. Parte de la maquinaria y telares fueron adquiridos por industriales de Puebla y el resto fue llevado a la fábrica de Torreón.

Aún se conserva más o menos en buen estado el edificio donde estaban los telares principales, ahora son bodegas y en una de ellas se ha establecido una tienda para los trabajadores del ISSSTE. Los frentes de los edificios que ocupan toda una cuadra no se distinguen bien porque a lo largo tapándolos se han construido casas.

6. *La Jabonera*

En 1884, el norteamericano Juan Brittingham y su condiscípulo Juan Terrazas —habían estudiado juntos en una universidad de Estados Unidos— fundaron una pequeña fábrica de jabón en la ciudad de Chihuahua. Más tarde, buscando horizontes amplios el señor Brittingham y don Francisco Belden, se dieron a la tarea de consolidar los molinos de aceites y fábricas de jabones establecidos en los estados norteros, en un sólido consorcio y asociados con los propietarios de las grandes haciendas algodoneras de la Comarca Lagunera, formaron la poderosa empresa que inició sus labores en 1892, con el nombre de Compañía Industrial Jabonera de la Laguna, S. A.

El sindicato empresarial instaló en Gómez Palacio las oficinas generales de la compañía y levantó la fábrica de

aceites y jabones La Esperanza. Además de esa factoría, el consorcio controlaba las fábricas La Favorita, Nacional, Porvenir y Estrella del Norte, situadas en distintas poblaciones de los estados de Chihuahua y Coahuila.

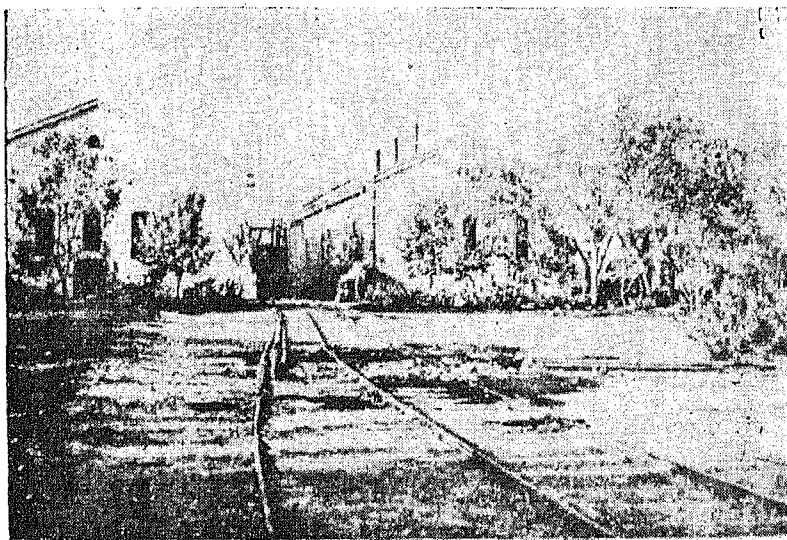
Las plantas industriales locales de la compañía, se levantaron dentro de una extensión de terreno de 200 mil metros cuadrados situados frente a los patios ferrocarrileros al lado derecho de las vías. Ahí se edificaron las fábricas de jabones y glicerina, el molino de aceite y uno de los primeros despepites que hubo en el país, quedando en proyecto la fábrica de papel que no se estableció, sin saberse los motivos que hubo para no hacerlo.

Muchos años más tarde, se pusieron en actividad la planta de silicato y otra de caustificación de sosa, abriendo nuevas perspectivas industriales. El ingeniero Teodoro Swartz que parece era de origen checoslovaco fue el director de esas importantes factorías.

En 1900, la fábrica La Esperanza producía anualmente 75 mil cajas de jabón con peso de 75 libras cada una, las cajas eran de madera y tenían grabadas aparte de las letras de la marca de fábrica una ancla, que parecían hechas a fuego; las mencionadas cajas eran útiles en los hogares humildes porque sus delgadas tablas servían para manufacturar muchas cosas. El molino de aceites extraía de la semilla de algodón diariamente 300 toneladas y la fábrica de glicerina que era la más grande del país producía mil toneladas anualmente. Por muchos años el complejo industrial lagunero fue considerado el más importante en su género en la América Latina, sus productos se exportaban a los países de América Central y del Caribe.

Al lado derecho de las factorías, en medio de tupidas arboledas y campos de verde césped, se levantaron los chalets rodeados de jardines que formaban la colonia llamada de los empleados, que contaba con casino, alberca, mesas de tenis y un bonito campo de beisbol donde los domingos en el verano, jugaba la novena integrada por empleados

y obreros de la compañía. Apartada, al fondo del lado izquierdo, se alzaba la espaciosa casa que ocupaba la familia Brittingham, circundada de pasto, con amplios ventanales y pintada de blanco. Todo el conjunto daba la sensación de encontrarse en una colonia inglesa de las plantaciones que existieron en los dominios lejanos. Todavía se ven algunos de los antiguos chalets y la gran finca de don Juan, en lo que fue la colonia de los empleados ahora transformada en moderno fraccionamiento con el nombre de colonia del Bosque.



Interior de la jabonera, molino de aceites.

A la izquierda de las factorías en la parte de atrás, quedaron las casas de los trabajadores conocidas como las cuadras de la jabonera. La colonia obrera contaba o cuenta con una gran escuela primaria para los hijos de los trabajadores; también se construyó un salón para reuniones fa-

miliares, se acondicionó un campo de beisbol y se levantó un rebote. Años después, los obreros formaron una banda de música patrocinada por la empresa y al llegar el cine mudo se celebraron funciones gratuitas. También la compañía había construido un hospital que proporcionaba atención médica a sus trabajadores y familiares.

Las fábricas daban ocupación normalmente a cerca de mil obreros y en época de la molienda de la semilla de algodón, casi se duplicaba el número, trabajando los tres turnos.

Un día de abril de 1899, la jabonera sufrió un incendio que no fue de consecuencias, a pesar de que escaseó el agua lograron apagarlo. En ese mismo año, La Amistad registró otro que acabó con un departamento de materiales, por lo que las dos compañías de común acuerdo y para prever futuras consecuencias por falta de agua, construyeron en la parte alta del cerro de Trincheras —hoy conocido como de La Pila— un depósito de piedra y mezcla, que almacenaba un millón 300 mil galones de agua que subía y bajaba por tubería de cobre de 6 pulgadas de diámetro. El líquido era extraído por potentes bombas de vapor de un pozo situado en la falda del cerro. La mencionada pila continúa prestando servicio.

7. *Don Juan Brittingham*

Fue durante muchos años el gerente general de la Compañía Industrial Jabonera de La Laguna. Personaje emprendedor, de gran visión para los negocios industriales. Dedicó parte de su vida a organizar y establecer fábricas en diversos lugares del norte de México, dejándolas funcionando. Nació en Estados Unidos el 6 de diciembre de 1859, en Memphis, Tenn.

Al señor Brittingham se debe la integración del que fuera importante complejo industrial lagunero, del que era

principal accionista. Fue el primero en el país en instalar despepites para beneficiar la semilla de algodón, levantando molinos para extraer el aceite a la mencionada semilla, que antes servía de combustible a las calderas de vapor. También a él se debe principalmente la fundación de la fábrica de explosivos y dinamita que se localiza en uno de los cañones de la sierra del Sarnoso. De donde arranca el ramal del Ferrocarril Central a la factoría recibió el nombre de estación Brittingham en recuerdo del industrial norteamericano.

Sin duda, que don Juan Brittingham fue un hombre apreciado por todos sus conciudadanos ya fueran ricos o pobres; siempre se preocupó por el bienestar de sus trabajadores en particular y por las necesidades de la población. Fue un factor decisivo para el florecimiento de Gómez Palacio a principios del siglo, alentaba con sus consejos a los nuevos industriales que llegaban a establecerse, su compañía abrió la acequia municipal que atravesaba la ciudad y que fue tan útil para regar árboles de las calles y los jardines públicos; formó la modesta empresa de tranvías de mulitas y la pequeña planta eléctrica para el alumbrado de las pocas calles de entonces, cooperó con buena cantidad de dinero para la construcción del templo de Guadalupe y gracias a él, se pudo inaugurar el Club Lagunero en 1908, adquiriendo gran número de acciones.

Por espacio de 87 años, todos los días de la semana menos los domingos y días festivos, se ha escuchado el ronco silbato de la jabonera llamando tres veces diarias a sus trabajadores. Algunos viejos aseguraban que el mencionado silbato perteneció a un buque de carga, del que era capitán el señor Brittingham en su juventud, habiendo recorrido en él, los siete mares.

Después de residir muchos años en la ciudad que tanto ayudó y quiso, don Juan a mediados de los años 20' liquidó sus negocios y abandonó la región estableciéndose en Monterrey y tiempo después se fue a Tijuana; en esas

poblaciones continuó sus actividades industriales organizando fábricas. Finalmente regresó a Estados Unidos donde falleció un día de 1939.

Ni duda cabe, que Gómez Palacio está en deuda con su benefactor al no recordarlo de alguna manera, es triste decirlo pero nadie se preocupó por remediar esa injusticia. Pero no sólo los señores Lavín y Brittingham son merecedores de la gratitud ciudadana, también lo merecieron los señores Óscar Francke, Miguel Torres, Santiago Prince, Juan Salcedo y otros más. Fueron de los primeros pobladores, y que en una forma o en otra ayudaron al desarrollo de la ciudad.

8. *La acequia municipal*

Al tiempo que se iniciaban las obras de construcción de la fábrica de jabones La Esperanza, se terminaba de abrir una zanja para llevar agua desde la presa de San Fernando, hasta los terrenos donde se ejecutaban los trabajos.

La acequia venía a un lado del camino real, bordeada tiempo después por corpulentos álamos y fresnos. La corriente era ancha y en algunas partes tenía casi un metro de profundidad; ya reducido su volumen porque en el largo recorrido alimentaba angostas acequias colaterales para regar huertas, campos de cultivo y conducir agua a las industrias, entraba a la población por la calle San Lorenzo. Al llegar a la 5 de Mayo, se había construido una pequeña compuerta de piedras, lodo y tablas de madera que servía para desviar agua a la izquierda, recorriendo una cuadra hasta llegar a la alameda —parque Morelos— para regar prados y árboles. Seguía la acequia por la San Lorenzo y en la calle Gómez Palacio volteaba al lado izquierdo continuando hasta llegar a la plaza de armas; antes de desembocar la corriente en la calle Cerviago se derivaba un pequeño canal con paredes de piedra y mezcla, tapado

con losetas; seguía así hasta cruzar los rieles de los tranvías y de los trenes, antes de pasar estas últimas vías se abría un espacio por donde salía agua para regar plantas y la alameda de la estación. Por último la corriente llegaba a los terrenos de la jabonera, donde por angostas acequias se repartía por las arboledas.

Por las calles donde pasaba la acequia abierta, propiciaba que crecieran en la orilla de las anchas banquetas: fresnos, lilas y otros árboles, y en menor cantidad en las aceras de enfrente, por lo que esas calles que fueron después Escobedo y Morelos se transformaron en agradables paseos.



Los árboles crecían a un lado de la acequia.

En algunos tramos de la acequia, en sus húmedos bordos crecía el zacate, por las noches croaban las ranas y las luciérnagas dibujaban rayos luminosos en la oscuridad. En los días de la Revolución, algunas veces columnas villistas acampaban en la orilla de las acequias, ataban los caballos en los brazos de los árboles y en las banquetas las mujeres

encendían el fuego para preparar los alimentos; por la noche se escuchaban los cantos de los antiguos campesinos acompañados por los sones de una maltratada guitarra.

Necesitando bastante agua para diversos usos industriales, la fábrica de hilados y tejidos La Victoria y las plantas de luz y fuerza motriz de la compañía de tranvías, construyeron desde la acequia del camino real un canal oculto que llegaba hasta sus respectivas factorías.

En las bocacalles que cruzaba la acequia abierta se colocaron puentes de gruesos tablones que permitían al paso de los carruajes y de los pesados carros de carga llevados por animales.

Pasados muchos años, la acequia fue revestida con paredes de piedra y ladrillo, después al llegar la pavimentación hubo necesidad de cegarla. Los árboles que crecían en aceras y jardines públicos, faltos de agua se fueron secando. Además con el cambio de banquetas, quitando las losas desiguales y poniendo en su lugar planchas de concreto; se tumbaron los árboles que con sus raíces extendidas casi en la superficie, estorbaban las obras.

9. *Las calles*

Habían comenzado a levantarse viviendas y comercios, las manzanas se iban llenando y las calles tomaban forma. Las calles eran anchas y rectas de amplias banquetas, como nunca antes se habían visto en parte alguna del país. Gran parte de los primeros habitantes eran españoles, recios aventureros que abandonaron todo asentándose en esta tierra para siempre; fue natural que las calles que se iban abriendo recibieran nombres españoles que les recordaban sus lugares de origen y así aparecieron: Ampuero, Aedo, Rascón, Bárcena, Burgos, Escorial, Donceles, Granada, Santa Adela, Cambio, San Gabriel, Santander, Cerviago, Tabernilla, Retiro, Sol, San Lorenzo, Terragona y Pelayo. Otras calles

recibieron nombres nacionales: Hidalgo, Juárez, Gómez Palacio y 5 de Mayo.



Se abrió la primera calle

Por aquellos lejanos años, aún no se usaba el pavimento que todos conocemos, en su lugar en las calles se colocaban pequeñas piedras llamadas bola, solamente estaban empedradas unas cuantas calles del centro, con piedras pequeñas, lisas, rodadas muchos veranos por las aguas del Nazas, de cuyo lecho provenían. El empedrado se veía bien hecho, con las piedras ovaladas pegadas pacientemente unas con otras, y a los lados descendía hasta el declive del cordón de las banquetas de losas disperejas formando una atarjea por donde corrían las aguas de las lluvias, a partes más bajas.

Las calles empedradas formaban un cuadro que abarcaba de la avenida Hidalgo a la Retiro, y de Aedo a la Burgos; también estaban empedradas las calles que rodea-

ban el mercado, tramos de la Aedo y Rascón, de los comercios y frente al teatro Unión. Las demás calles eran de tierra suelta, cuando hacía aire se levantaban tolvaneras y al llover se formaban lodazales y charcas que tardaban en evaporarse. Los vecinos que vivían cerca del rumbo de la acequia, aprovechaban sus aguas para regar el frente de las casas hasta media calle.

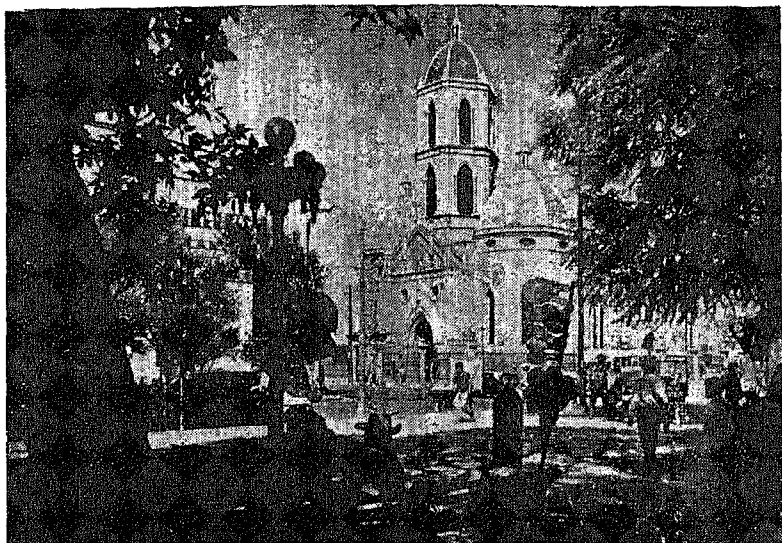
Por la zona empedrada de las tiendas, se notaba mucho movimiento por las calles: pesados carros de carga, guayines y carretones llevaban mercancías de los almacenes a los comercios y por las aceras era un ir y venir de gente ocupada en sus asuntos.

A fines del siglo pasado, el área fincada comprendía once calles de oriente a poniente del tajo de San Antonio a la de Pelayo, y doce de norte a sur de la Ampuero al camino real. Numerosas manzanas de la orilla tenían una o dos casas y en el centro había algunos solares.

10. *Templo de Guadalupe*

Debido al empeño de las señoras Bruna Fierro y la viuda de don José María Lavín, en 1893 se inició la construcción de una humilde capilla de adobes, que más tarde se terminó con dinero aportado por el hacendado Feliciano Cobián. Las mencionadas señoras lograron que los Lavín, cedieran el terreno donde actualmente se levanta el templo de Guadalupe en contraesquina de la plaza de armas, ahí fue donde se construyó la capilla.

En una investigación que al respecto realizara el doctor Carlos González Puente, dice lo siguiente: "La antigua capilla era un verdadero hodegón, con paredes de adobe enjarradas con masilla y pintadas de azul claro. El techo era de tablitas clavadas sobre vigas, muchas de las cuales no eran sino troncos de mezquite apenas descortezados. Sobre las tablas citadas, que en realidad eran simples rejas de



Templo de Guadalupe visto desde un ángulo de la plaza de armas.

madera sin labrar de unos 50 centímetros, estaba una capa de tierra. Estos techos todavía se ven en construcciones antiguas, y en casas modestas siguen usándose. Claro que con los años, paredes y techos fueron deteriorándose y en 1896 la capilla se encontraba en pésimas condiciones. Los muros descascarados, llenos de remiendos y la mayor parte desnudos. El piso que era de ladrillo corriente, se encontraba —por los faltantes— lleno de agujeros y desnivelado por todas partes. El techo que había sido reparado varias veces con tablas o carrizos y lodo, se tupía constantemente goteándose cuando llovía, al grado que unas imágenes se estropearon entre ellas una estatua de San José que decían tenía cierto mérito.”

Dos pequeñas campanas sordas, al son de sus tañidos llamaban a los feligreses a misa o al rosario a cargo del sacerdote apellidado Garbuno. Algunos antiguos vecinos ma-

nifestaban que al principio las llamadas a la capilla las hacía el sacristán golpeando con una gruesa varilla de hierro un pedazo de riel colgado de una viga. Cuando desapareció la capilla, las pequeñas campanas sordas se siguieron usando por algunos años en el salón anexo a la iglesia de Guadalupe, avisando a los muchachos que era la hora de la doctrina.

En vista del aumento acelerado de habitantes, el 21 de diciembre de 1901 por decreto del entonces obispo de Durango Santiago Zubiría y Manzanera, la capilla dejó de pertenecer al curato de Lerdo, siendo elevada a parroquia bajo el cuidado del canónigo Ignacio Valdespino.

Los católicos ciudadanos preocupándose por tener una verdadera iglesia para la celebración de sus ritos, iniciaron una entusiasta campaña para reunir fondos suficientes para construirla. Las cantidades recogidas se fueron depositando en el Banco Minero. Acerca de esto el doctor Carlos González Puente añade lo que a continuación se dice:

“Al llamado del cura y por medio del comité de damas y caballeros, se comenzó la edificación de la nueva iglesia, obsequiando materiales casi todos los industriales y comerciantes locales. La escolita de niñas —la única que había— ofreció cooperar y la directora Paula Ríos organizó al alumnado para ese objeto, encargando a las niñas que trajeran de su casa un costalito, y cada tarde salía el grupo en formación rumbo al cercano tajo de San Antonio, donde las niñas llenaban el costalito de arena la cual paleaba don Regino el mozo de la escuela. Algunas niñas en vez de costal llevaban un botecito, una jarra o una tina, al volver del tajo desfilaban delante de la parroquia depositando el material, reuniendo con el tiempo un buen montón de arena. Otras veces iban al cerro de La Pila y traían pequeñas piedras, en esos menesteres duraron dos años o más, por lo que puede formarse una idea de cuánto material acarrearón las chiquillas. Todos esos datos que he dado a conocer, respecto a la iglesia y la escuela, me los proporcionó mi señora

madre que tiene ahora —1978— 94 años de edad, por lo que resulta notable su recuerdo.”

Reunida regular cantidad de dinero, aumentada por la generosa aportación de don Juan Brittingham, más los materiales obsequiados por los pudientes, en 1903 dieron principio las obras del actual templo de Guadalupe, bajo la dirección del maestro albañil Rito Mendiola. Los trabajos se desarrollaron lentamente, por el inconveniente que no se podía echar abajo la pequeña parroquia que se dejó intacta para no interrumpir los servicios religiosos, mientras a los lados continuaban las obras del templo a base de ladrillos. A principios de 1910, en un nuevo y vigoroso impulso se hizo cargo de la construcción el maestro Jesús Torres, que después de años de lenta labor, le faltó poco para terminar totalmente la iglesia.

El doctor González Puente explica como se construyeron las bóvedas del templo de la siguiente manera:

“Respecto al techo de la iglesia de Guadalupe, su construcción es del tipo conocido como Bóveda Valenciana, que con el tiempo ha demostrado ser eficiente y seguro, consiste en que está formado por pequeños cántaros de barro, todos iguales, colocados bocabajo y pegados con una argamasa con cemento, mezcla pura o con yeso. Esta bóveda se coloca sobre la cimbra de madera que previamente se ha armado, y tiene una gran resistencia debido a su poco peso y la curvatura de los arcos. Cuando los techos se armaron, mucha gente iba a ver esa curiosa manera de construir y se admiraban del ingenio de los albañiles o del arquitecto. No faltó quien pronosticara que no iba a durar, pues se veía débil dicha construcción, pero los años han hecho ver que es de lo mejor. Este tipo de techos se usan en Europa y en Torreón hay algunas construcciones de esta índole. Se calcula que en los techos de la iglesia de Guadalupe hay más de 16 mil cantaritos.”

Las obras en el templo se desarrollaron con tropiezos al venirse el movimiento revolucionario, sin embargo a

pesar de las periódicas interrupciones, el maestro Torres logró terminar las dos cúpulas brillantes en forma de media granada china. En medio de ellas, sostenidas por gruesas vigas se colocaron provisionalmente las dos nuevas campanas: una grande costeadada por el señor Lucio Torres y otra chica por don Antonio Montemayor. Las mencionadas campanas fueron fundidas en bronce por el competente campanero señor José María Elizalde, en un corralón abandonado por el rumbo del rastro, en el barrio del Pueblito. Al respetable señor Elizalde le ayudó en la tarea su hijo, el mecánico de la casa redonda apodado El Loco que andaba como tal, corriendo en ruidosa motocicleta por esas calles.

En los días que tuvieron lugar los grandes combates, el templo recibió algunos cañonazos, todavía se notan los impactos de las granadas en las paredes, que también sirvieron de fondo para efectuar algunos fusilamientos de los dos bandos.

Después de la Revolución, continuaron en la iglesia de Guadalupe con los últimos detalles de las obras, y siendo sacerdote el señor José de los Reyes Hernández, el 11 de diciembre de 1924, el templo fue consagrado por el obispo de Durango doctor José María y Valencia. Muchos años permaneció sin terminarse la parte central en donde seguían las campanas pendientes de los gruesos maderos entre las dos cúpulas, hasta que entre los años de 1937 a 1947, el cura José Ángel Andrade que se había hecho cargo del templo, logró que los católicos acomodados cooperaran para levantar la torre de enmedio, que se llevó a cabo. La torre o campanario está formado por dos cuerpos y en el de arriba quedaron definitivamente las campanas.

Antaño, en el atrio del templo crecían laureles, otros arbustos y matas, pretendiendo ser un jardín, esto era al frente y a los lados, porque en la parte de atrás era un solar con dos casuchas de adobes arrinconadas y unos árboles extendían su sombra acogedora; rodeaba el terreno una

ruinosa barda que se quedó a medio construir y la entrada sin puerta, permitía el paso.

Después del padre Andrade, llegó a hacerse cargo de la iglesia el señor Antonio López Aviña actual obispo de Durango, y durante su permanencia al frente de la curia local se efectuaron importantes mejoras en el templo. Se colocaron las rejas que en parte lo circundan, se pusieron mosaicos en el atrio donde antes había plantas y arbustos, y en el terreno baldío trasero se levantaron las casas que sirven de oficinas administrativas y de habitaciones a los sacerdotes, por último se colocaron arbotantes en las aceras de las iglesias. Y lo más importante, logró que las autoridades eclesiásticas elevaran el templo a Basílica Foránea de Guadalupe, en medio de festejos y regocijo general. Don Antonio López Aviña ha sido quizá el sacerdote que se ha hecho apreciar más por los habitantes de la población, incluyendo los que no son católicos; su trato amable y atento conquistó a todos.

Bajo las bóvedas de las cúpulas brillantes, están las capillas de sencillos altares y decorosos vitrales, donde se veneran los santos favoritos de los feligreses. Las capillas son dos, una a cada lado de la puerta principal: en la del lado derecho cubierta por las losas del piso está la cripta donde descansan los restos del sacerdote José Ángel Andrade que fueron traídos de Durango, donde falleció el 5 de mayo de 1950; a mano izquierda está la capilla donde antes fue el bautisterio —todavía se encuentra en el centro la pila donde se echaba agua a los niños en la ceremonia del bautizo— se hallan las lápidas que guardan los restos de don Santiago Lavín, el fundador de Gómez Palacio y los del cura José de los Reyes Hernández que murió en 1935. La tumba del señor Lavín permanece en un rincón, olvidada, tapada con banças amontonadas, donde raras veces llega la escoba del sacristán.

11. *La primera escuela*

La primera escuela que se estableció en la ciudad, fue la que estaba situada por la calle Bárcena, casi frente a la entrada de la fábrica de La Amistad. En 1896 ya funcionaba, y era exclusivamente para niñas. Referente a la escuela, el doctor González Puente apunta lo que sigue: “La directora era la profesora Paula Ríos que daba clase a dos grupos, su hija Cuca atendía otro y había otra profesora más que no se recuerda el nombre. El mozo del plantel se llamaba Regino, hombre muy conocido en la ciudad por lo servicial, cuidaba a las alumnas al salir de clases recomendándoles que no se fueran corriendo a sus casas, sino despacio. La esposa de don Regino vendía dulces en una mesita durante el recreo como siempre se ha acostumbrado en las escuelas. Las niñas compraban caramelos, paletitas, cocadas, muéganos, melcochas y otras golosinas que valían a centavo cada uno, había algunos dulces que costaban a dos por un centavo.”

En 1900, ya existían dos escuelas sostenidas por el gobierno. La antigua de niñas que se encontraba frente a la plaza de armas por la antigua avenida Hidalgo y era directora la profesora Mariana Araujo ayudada en su labor por las señoritas María Rosales, María Sanmiguel y Francisca Araujo, asistían a clases 168 alumnas. La otra escuela oficial era para niños y se localizaba por la calle Gómez Palacio —Morelos—, en la cuadra donde después estuvo el almacén de Sordo y Cía., más acá de la cantina El León de Oro que estaba en la otra esquina, en una casa que aún existe con un portón que abre sus puertas medio apollilladas a un taller de carpintería donde se arreglan guitarras. El profesor Ignacio Montelongo que era una persona robusta, fue el director de la mencionada escuela y los otros maestros fueron Francisco Ceniceros y José R. Castañeda;

en 1903 ingresó al plantel el profesor Jesús Mena Vázquez haciéndose cargo del segundo grado y había matriculados 118 muchachos.

Ya en ese tiempo había dos colegios particulares: el Presbiteriano a un lado de la iglesia de Nueva Bethel —todavía se ve por la calle Independencia— sostenido por personas de la religión protestante y a donde acudían 50 alumnos. El otro colegio era el Morelos situado frente a la plaza de armas por la calle Cerviago y tenía matriculados a 25 niños.

Sumando el total de los alumnos que asistían a las escuelas señaladas antes, arrojaban la cantidad de 361, como Gómez Palacio en 1900 tenía más de 10 mil habitantes, se notará que era reducido el número de niños que recibían instrucción. Eso no era de extrañar, porque el gobierno de la dictadura porfirista siempre negó la escuela al pueblo, pensando quizá que los pobres faltos de instrucción era más fácil manejarlos en la explotación que padecieron durante cerca de 30 años.

Es necesario hacer notar el bien que hicieron a los niños de familias de escasos recursos, las humildes escuelitas de los barrios, donde en los zaguanes de las casas, abnegadas mujeres improvisadas en maestras, enseñaban a conocer las primeras letras por medio del silabario de San Miguel, cobrando unos cuantos centavos a la semana por su encomiable labor. Cientos de muchachos se enseñaron a deletrear y a medio conocer los números en esas escuelitas. Los alumnos llevaban de sus casas sillas pequeñas o bancos para sentarse durante la clase y ahí los dejaban; los útiles que usaban era el silabario y después un libro llamado Mantilla, un cuaderno y lápiz, y una pizarra con su pizarrín amarrado con un hilo grueso al marco de la misma.

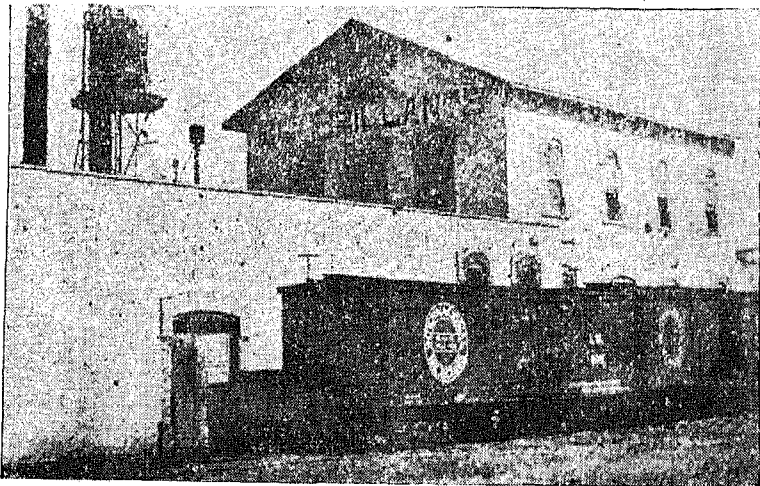
12. *Molino El Brillante*

Ocupando un espacio de 2 mil metros cuadrados en la manzana ubicada en la calle Tabernilla entre Aedo y Ampuero, precisamente donde ahora se levanta el cine Roma, estaba el molino de harina El Brillante propiedad de la empresa Enrique Sánchez y Cía. En 1901 el periódico El Popular publicó un álbum, refiriéndose al molino El Brillante, decía lo siguiente:

“Los trabajos de edificación dieron principio el mes de enero de 1898 y se terminaron en septiembre del mismo año, fecha en que se inauguró el molino, al que poco a poco fueron introduciendo mejoras de importancia, hasta llegar a ser como es hoy, el mejor y más importante de la comarca. El producto de harinas de patente, flor de primera, de segunda, granillo y salvado, es de 18 mil kilos diarios o sea 200 mil en los 25 días que en él se trabaja al mes, haciendo sólo uso de una de las dos calderas de que dispone con una fuerza de 65 caballos de vapor. Este producto puede aumentarse en caso necesario hasta 400 mil kilos mensuales, usando las dos calderas, trabajando día y noche como podría hacerse, pues tiene esa factoría dotación particular de luz eléctrica. En el extremo sur se levanta el edificio con sus paredes pintadas de azul, cortadas de trecho en trecho por grandes ventanas que dan aire y luz al interior del molino, constantemente coronado por torrentes de negro humo que escapan de sus grandes chimeneas. En el patio interior, frente al salón de molienda, se encuentran los almacenes y depósitos de los que salen ya en sacos de diferente tamaño y peso las harinas que son llevadas en pequeñas plataformas que corren sobre rieles de una angosta y pequeña vía que sirve para conducir la carga fuera del molino. El Ferrocarril Central Mexicano tiene un escape de vía ancha que usa para conducir al molino la semilla de trigo y reci-

birla después convertida en las harinas que se mandan para su venta a diferentes partes del país. En el centro, cercanos a una noria profunda se alzan sobre sus armazones de hierro dos tanques, el pequeño da de beber a las calderas y el grande surte del preciado líquido a toda la tubería que se ha colocado en los diferentes departamentos del molino para apagar el fuego en caso de incendio, siendo preciso advertir que válvulas, llaves y surtidores de esa tubería funcionan automáticamente por la presión del calor elevado a una gran temperatura”.

El molino era un edificio de dos pisos y un subsuelo, tenía la forma de un jacalón con techos inclinados a dos aguas. En el primer piso estaba la máquina separadora de granos, depósitos para semilla, cernidores, centrífugas; en el segundo trabajaban las empacadoras, quebradoras, molinos de cilindro liso, la máquina limpiadora, la lavadora y la secadora y en los sótanos estaban las calderas y la planta de luz. La construcción del edificio costó 12 mil pesos y las dos plantas generadoras de fuerza 36 mil.



Molino de harinas El Brillante.

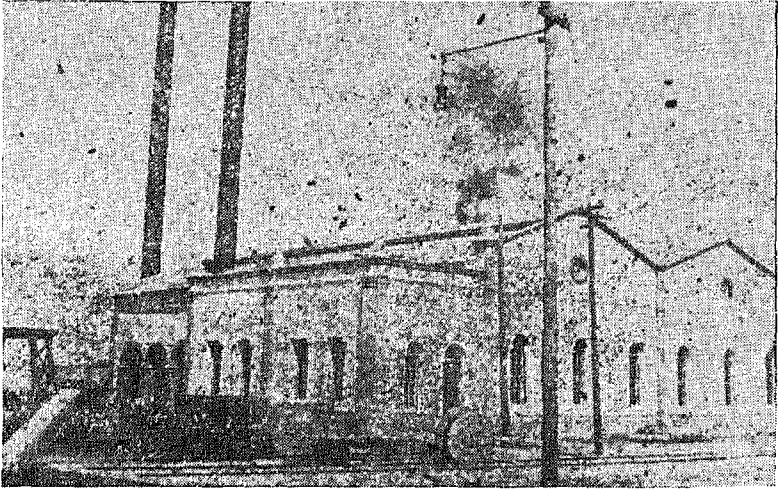
Al morir el señor Enrique Sánchez, sus hijos Carlos y Alberto se hicieron cargo de la negociación, continuando el molino El Brillante en actividad por bastantes años, hasta que un incendio acabó con las instalaciones. El siniestro ocurrió a fines de 1930 o principios de 1931.

13. Alumbrado público

El 2 de abril de 1898, se puso en servicio la pequeña planta de luz que proporcionaría la corriente eléctrica para el alumbrado de las calles de la población, y la fuerza sobrante se repartiría en algunos comercios y casas particulares del centro. La planta era propiedad de la compañía de tranvías de mulitas y mientras construía su propio local, provisionalmente fue instalada en el sótano del molino El Brillante y puesta a funcionar.

El alumbrado público se producía al encenderse unas barritas de carbón dentro de las bombillas, las que estaban sostenidas por cables fijados en dos postes colocados en contraesquina. Con el uso constante las barras se fundían fácilmente quedando la bocacalle a oscuras, hasta que llegaba el electricista municipal efectuando el repuesto; para hacerlo portaba una escalera larga que recargaba en uno de los postes, le servía para bajar y subir las lámparas por medio de un cordel que tenían y que el extremo se amarraba de una alcayata fijada a mitad de uno de los postes.

Las lámparas estaban colocadas una cada dos cuadras, es decir en un crucero había y en otro no. Las bocacalles alumbradas era el lugar escogido por los muchachos del barrio para jugar por las noches, al burro obligado, la roña, corre que te dan las doce o la cuarta escondida, corriendo entre densa polvareda, mientras arriba alrededor de la bombilla encendida revoloteaban los insectos nocturnos.



Plantas de luz.

En las bocacalles que no tenían lámpara y por lo tanto estaban a oscuras por las noches, el gendarme o sereno encargado del punto, colocaba en el centro una linterna de luz opaca producida por la llama de una mecha empapada de petróleo. Más tarde, de las diez de la noche en adelante, el sereno con la linterna en una mano iniciaba su ronda nocturna, recorriendo una manzana a la redonda en las cuatro direcciones; el gendarme de otro cruceo hacía lo mismo, y así los demás, vigilando en esa forma constantemente la ciudad. Durante el recorrido, los serenos hacían sonar su silbato cada cuarto de hora hasta el amanecer, en caso de dificultades con algún maleante silbaba tres veces pidiendo auxilio a sus compañeros. Cuando a un vecino se le pasaban las copas, el gendarme lo llevaba a su casa porque todos eran sus conocidos y sabía dónde vivían. La policía montada recorría la población especialmente las barriadas donde no había alumbrado público, ni vigilancia

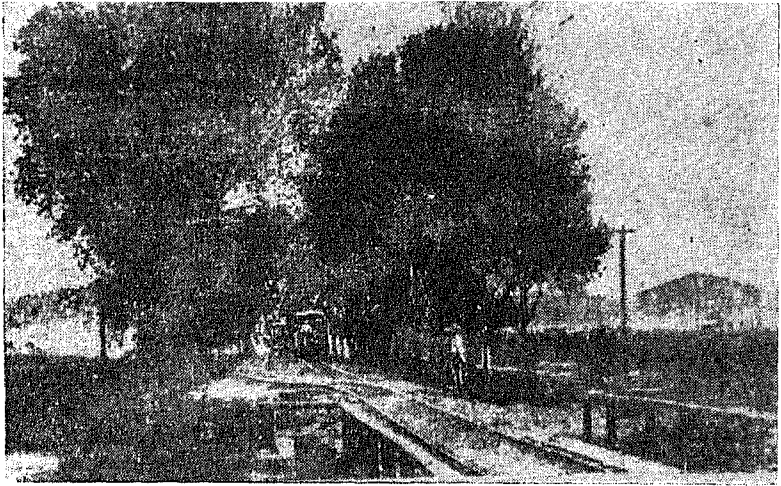
permanente. No cabe duda que ese sistema usado antaño daba sus resultados; la ciudad no quedaba desamparada, los robos eran raros, la gente caminaba segura por las calles y se podía dormir con las puertas abiertas de par en par de las casas en la temporada de calor.

La mayoría de los habitantes por no decir que todos, se alumbraban en sus hogares por las noches con quinqués llamados por la gente aparatos, con velas de cera o estaerina; los puestos del mercado, tendajones y fondas callejeras con cachimbas o mechones de petróleo.

14. *Tranvías de mulitas*

Comenzaron a circular en diciembre de 1898, ya en ese tiempo se encontraba en actividad la pequeña planta de luz para el alumbrado de las calles. Los tranvías y la planta eran propiedad de la Compañía Limitada de Tranvías de Lerdo a Torreón, con un capital inicial de 103 mil pesos cubiertos en acciones que tenían un valor de 100 pesos cada una. Las acciones tenían dibujadas en el centro un tranvía con dos mulas, y fueron colocadas fácilmente entre los comerciantes, industriales y agricultores laguneros de aquella época. El consejo de administración de la compañía estaba formado por las siguientes personas: presidente, Juan Brittingham; secretario, Miguel Torres; y tesorero, Carlos Michaud.

Por la calle Ampuero, afuera del hotel Unión frente a la estación de los ferrocarriles, estaba la terminal de los tranvías. Los que iban a Lerdo, daban vuelta por la avenida Hidalgo —Independencia— y al llegar al camino real continuaban al lado derecho del mismo, hasta llegar al parque Victoria de Lerdo donde tenían su terminal, después de cambiar las mulitas por otras descansadas, se regresaban por donde habían venido; en la terminal de Lerdo estaba un corral para que descansaran los animales de las remudas.



Cruce de tranvías de mulitas por el camino real.

Los tranvías con destino a Torreón, iban por toda la Ampuero, a las pocas cuadras dejaban la orilla de la pequeña población, atravesaban por montes de huizaches y mezquites, por arenales, cruzaban los puentes de los tajos y el vado seco del río Nazas sobre tablones donde estaban fijadas las vías, terminando el viaje frente a la estación ferroviaria de la villa coahuilense. Naturalmente que al llegar las aguas del río y rebasar la presa del Coyote, el servicio se suspendía.

Contaban que el conductor más viejo de los tranvías de mulas, era don Atanasio Cepeda que siempre andaba vestido de charro y hacía sonar un cuerno para anunciar el paso del tranvía, por las calles empedradas y de tierra suelta de Lerdo, Gómez y Torreón.

Pocos años antes, Torreón apenas llegaba a villa con unas cuantas chozas regadas en los terrenos arenosos entre mezquites, el jácálón del restaurante de los chinos en la estación y el torreón construido de piedra en la falda del

cerro, donde decían se refugiaban las familias para defenderse de los ataques de los indios. Cuando se pusieron en servicio los tranvías, ya se habían construido los primeros almacenes y numerosas fincas de la ciudad, que después fue llamada La Perla de La Laguna.

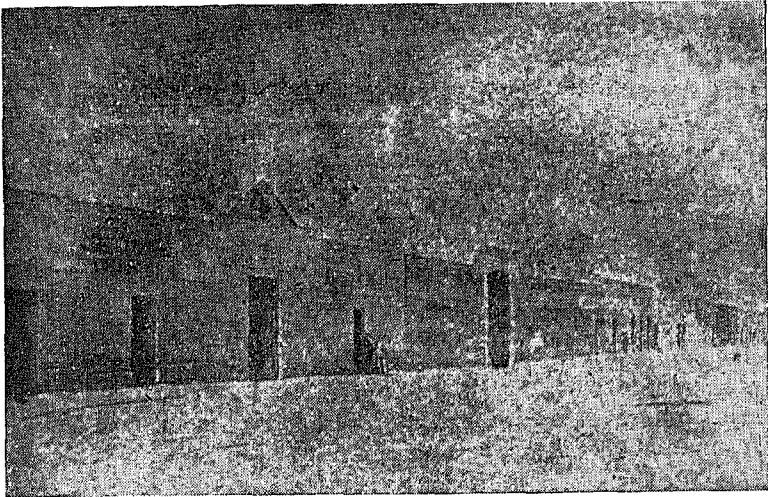
En 1899 se formó otra empresa de tranvías de mulitas para unir directamente a Lerdo y Torreón, con la mira principal de llevar legumbres, frutas y carnes frescas al restaurante de los chinos de la estación. En ese mismo año comenzaron a levantarse los bordos donde se iban a extender los rieles y a la salida de Lerdo, sobre el tajo de La Línea se construyó un puente de hierro conocido como el Puente Negro por estar pintado de ese color; fue todo lo que se hizo. Las obras se suspendieron al ser aprobada por el gobierno federal la concesión para que pudieran funcionar los tranvías eléctricos en lugar de los de mulitas que ya funcionaban. La nueva empresa de los tranvías que no llegaron a ponerse en servicio fue indemnizada de la inversión hecha por la compañía de los eléctricos. Decían que dicha empresa la habían formado los chinos dueños de las hortalizas y los ricos comerciantes. Muchos años después, algunos tramos de los bordos de las vías inconclusas sirvieron para extender sobre ellos la carretera del Autoclub de La Laguna.

Los tranvías de mulitas que funcionaron, en 1900 transportaron un millón 222 mil pasajeros y manejaron 18 mil toneladas de carga entre las tres poblaciones, ascendiendo sus ingresos en ese año a más de 100 mil pesos, sentando las bases para el advenimiento de los trenes eléctricos.

15. La casa municipal

A fines del siglo pasado, la gente llamaba la casa municipal al lugar donde estaba el juzgado, la dependencia del jefe de cuartel, la cárcel y el corralón donde se guar-

daban los pequeños carretones recogedores de basura y donde descansaban los animales que tiraban de los mismos vehículos.



La casa municipal.

La casa municipal era grande, construida de adobes ocupaba más de un cuarto de manzana en una de las esquinas de las calles Terragona y Gómez Palacio. Por esta última calle que ahora es la Morelos, estaba la entrada principal, cuya pared remataba en una especie de pirámide y que en la parte superior tenía una asta de madera donde se colocaba la bandera tricolor en los días de fiesta nacional. En el centro de la pirámide una figura de águila devoraba la tradicional serpiente y abajo sobre la puerta principal tenía un letrero que decía: “Cuartel de policía”. A la izquierda de la entrada estaba el juzgado y a la derecha la jefatura, y en la parte de atrás quedaba la cárcel; celdas y bartolinas daban a un patio interior donde al abrigo de altas paredes los reclusos tomaban el sol. Los detenidos

dormían en el suelo de las celdas sobre jergones y petates, hacían sus necesidades corporales en botes, en altas horas de la noche la inmundicia era sacada en un barril y tirada lo más lejos posible de las últimas casas de la población, esta sucia faena la ejecutaban los presos que tenían la desgracia de ser escogidos por el capataz de la prisión. Dividida por la alta pared de la cárcel estaba el corral del servicio de limpieza, un viejo portón de madera permitía el acceso por la calle Terragona.

En la oficina del jefe de cuartel se arreglaban los pequeños problemas que diariamente surgen entre los vecinos de cualquier comunidad; quejas contra los que pedían dinero prestado y se negaban a pagar, chismes de comadres de vecindad, pleitos con estirones de greñas de las verduleras del mercado, penas a los borrachines que cometían escándalos o se quedaban tirados en la vía pública y otros casos, por intervenir en estos hechos el jefe de cuartel era también conocido como juez de cuartel o de barrio. Estafas, abusos de confianza, robos, riñas a golpes en las que no corriera sangre y otros delitos se ventilaban en el juzgado segundo municipal y las personas que impartían la justicia se llamaban jueces de paz y eran designados por las autoridades de justicia del estado de Durango. Los hechos de sangre como lesiones y homicidios se pasaban al juzgado penal de Lerdo y a la cárcel de ese lugar se remitían a los autores de esos delitos.

Antes de 1900 no había juez civil en la ciudad, los interesados en contraer matrimonio, registrar a los hijos y conseguir permiso para enterrar a alguien que hubiere fallecido tenían que ir a Lerdo a cumplir con esos trámites, así como sepultar a los muertos en el camposanto de aquella población porque en Gómez no había, apenas se estaban levantando las bardas del cementerio local.

Los cuatro miembros del ayuntamiento se reunían de cuando en cuando con el juez de cuartel, para tomar acuer-

dos en beneficio de la colectividad. Estos funcionarios municipales eran nombrados por el jefe político de Lerdo, así como el comandante de policía.

La vieja cárcel municipal fue el escenario de algunos acontecimientos siendo el más importante el que sucedió la noche del 20 de noviembre de 1910, cuando los revolucionarios que se acababan de levantar en armas, se apoderaron del edificio, haciendo huir y matando a algunos gendarmes y rurales que custodiaban la cárcel. Años después, una mañana del último día de diciembre de 1925, un grupo de colonos y agraristas atacaron la cárcel para poner en libertad a unos de sus compañeros que según ellos habían sido apresados injustamente.

Ya en esos años, nadie llamaba casa municipal a la cárcel, ya existían alcaldes de la ciudad y despachaban los asuntos en las presidencias municipales. Pero los viejos muros de la casona seguían albergando a los infractores de la ley, seguían ahí los juzgados. Sus altas ventanas eran el escaparate para exhibir los cadáveres de los malhechores, como cuando colocaron los restos ensangrentados de los asaltantes del rancho de La Jarita, que fueron dos soldados y dos campesinos quienes robaron un pequeño comercio asesinando a toda la familia; pronto fueron capturados aplicándoles la ley fuga, los soldados fueron muertos por gendarmes y los peones por militares.

Como dato complementario, diremos que la agencia de correos funcionaba frente a la plaza de armas en una bonita construcción de ladrillos rojos y blancos, donde actualmente está el cine Palacio. También existía una pequeña plaza de toros que ocupaba toda la Manzana Quince frente a las casas que ocupaban los trabajadores de La Amistad. El señor Jesús L. Torres era propietario de un balneario y baños públicos —que no se ha sabido dónde se ubicaban— y una red telefónica se comunicaba con Lerdo, siendo muy útil para el arreglo de diferentes asuntos.

16. Autoridades

Decía el periódico *El Popular* en el álbum que publicó en 1901, que: “Gómez Palacio a pesar de estar separado cerca de 5 kilómetros de Lerdo, debe considerarse y de hecho se considerará, como un barrio de aquella población hoy en completa decadencia”. Y, es que no podía ser de otra manera, porque en aquel tiempo no existía el municipio de Gómez Palacio, la ciudad pertenecía al partido de Mapiquí y la cabecera de éste era Lerdo, y ahí residían los jefes políticos como amos y señores de la autoridad en todo el partido.

Por lo tanto, los jefes políticos nombraban a los funcionarios subalternos, como a los jefes de cuartel y miembros del ayuntamiento que lo formaban cuatro personas escogidas normalmente entre las más importantes y de esa manera se integraba el cuerpo de administración pública, pero siempre bajo el control y autoridad del jefe político. A partir de 1884, año de la fundación de la ciudad hasta 1901 fueron designados jefes de cuartel los siguientes ciudadanos: Ruperto Enríquez que fue el primer poblador, Manuel Ramírez, Roque Lona, Alberto Ochoa, licenciado Francisco G. Álvarez —quien después también fue jefe político—, Gregorio Rubio, Manuel Ayala, Prisciliano Hernández y Antonio Godoy. De los jefes de cuartel nombrados posteriormente no hay antecedentes, porque los archivos fueron destruidos.

El Tribunal Superior de Justicia del estado de Durango hasta 1901, había nombrado jueces de paz a los siguientes: Ángel Cisneros, Hilario Villanueva y Juan García Calderón quien a su vez fue el primer juez del registro civil que hubo en la ciudad al ponerse en servicio el panteón, el 15 de septiembre de 1901; siendo inaugurado por el señor Jesús Vargas que era entonces el jefe político de Lerdo. Ese viejo

cementerio que todavía existe y en actividad, está situado al otro lado del cerro de La Pila casi al final de su extremo izquierdo en una extensión de 2 mil metros cuadrados, terreno que cedieron los Lavín por gestiones anteriores del licenciado Francisco G. Álvarez cuando desempeñó el cargo de jefe político. Tanto el señor Vargas como el abogado Álvarez vivían en Gómez Palacio y gracias a ellos en lo sucesivo hubo juzgado de registro civil en la ciudad, evitando molestias a los vecinos que tenían que trasladarse a Lerdo a tramitar los asuntos que competían a dicho juzgado.

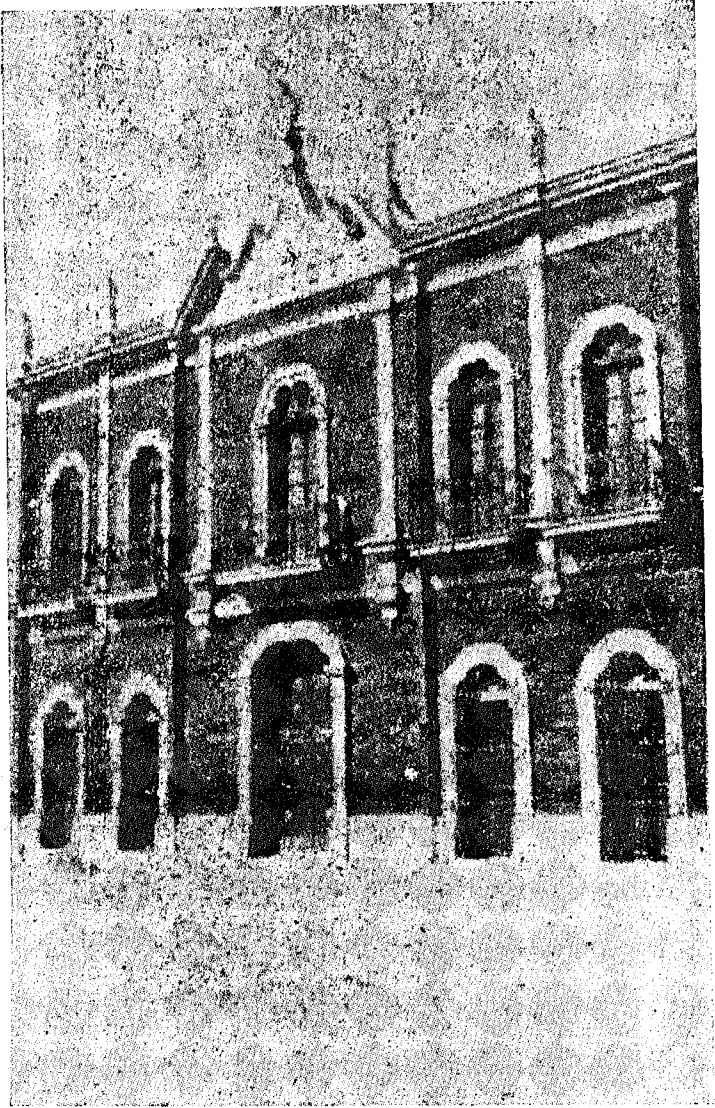
CAPÍTULO II

[1900-1909]

I. Gran teatro Unión

En la noche del 22 de diciembre de 1900, en una gran función de gala, fue inaugurado el gran teatro Unión, por la Compañía Juvenil de Zarzuela Austri y Palacios, presentando a todo lujo las siguientes obras: Gigantes y Cabezudos, Fiesta de San Antón y España en París. Decían que en el elenco de la compañía figuraba la jovencita Esperanza Iris, que desde niña venía actuando con la primera empresa de José Austri.

Apadrinando el acto asistieron a la función los hombres importantes de aquella época, los licenciados Pedro G. Álvarez, Carlos Bravo, José Sariñana y Praxedis de la Peña, doctor Carlos Prince, coronel Carlos González, Juan Brittingham, Óscar Francke, Santiago Prince, Miguel Torres, Juan Salcedo, Celedonio Castillo, Enrique Sánchez, Antonio González, Julián Lack, Francisco P. Venzor, Julio Luján, Gilberto Lavín, José Arrevillaga, Francisco MacManus y los ingenieros de la Comisión del Nazas. El teatro comenzó a construirse en octubre de 1898, y a los pocos años de la inauguración el propietario Vicente Reynoso lo vendió junto



Teatro Unión.

con el hotel Unión, a una sociedad formada por los españoles Ángel Barquín y Máximo Álvarez.

Contaban que el Unión era uno de los teatros más modernos de aquella época, a pesar de no estar construido revestido de bellas canteras y mármoles, como los teatros que se habían levantado en otras ciudades más antiguas y que lucieron todo su esplendor en la era porfiriana. El Unión era un modesto edificio de dos pisos, decían los conocedores que el estilo arquitectónico de su construcción era gótico. Las paredes del frente eran de color café rojizo, ventanas y puertas tenían marcos de cantera y del mismo material eran las columnas, cornisas y remates; en el piso superior las ventanas tenían balcones con barandales de hierro, y en las noches de funciones, al encenderse las farolas exteriores, los que lo conocieron aseguraban que su aspecto era sugestivo y elegante.

En su interior el teatro tenía dos balcones de plateas adornadas con cortinajes de terciopelo rojo y en la parte superior estaban las gradas para personas de escasos recursos. En la planta baja, el lunetario contaba con 400 butacas y los balcones con 26 plateas, para acomodar a 156 espectadores, el balcón intermedio tenía 30 palcos con 250 asientos y arriba en las galerías podían sentarse 500 gentes, lo que hacía que tuviera una capacidad para mil 300 personas. De lo alto del techo pendían tres arañas de bombillas y a los lados en los palcos lámparas redondas. No se supo si el teatro tenía planta de luz propia o era proporcionada por la que estaba en el molino El Brillante. El piso era inclinado, de duelas largas de madera y por medio de un mecanismo manual se levantaba a la altura del foro, quitándose las butacas se convertía en amplio salón de baile; antiguos residentes aseguraban que también llegó a improvisarse en palenque, celebrándose sonadas peleas de gallos entre ganaderos nortños y hacendados laguneros. A la izquierda de la entrada a la sala, estaba el cuarto de la máquina que facilitaba el levantamiento del piso, lográn-

dose al accionar cuatro palancas que hacían girar un gran cilindro metálico donde se enrollaban los cables que efectuaban la maniobra.

Siguiendo en el interior del local, en el frontispicio de la parte alta del foro tenía pintado un gran listón con la leyenda "Año de 1900", luego, a los lados, pinturas de doncellas de vestidos vaporosos que representaban las tres gracias: la danza, el canto y la música. La decoración y los telones fueron hechos por los escenógrafos de Aguascalientes, los señores José Trinidad Ramírez e hijos.

El teatro contaba con 16 camerinos para los artistas y, una bodega para utilería, en el vestíbulo había un bar alfombrado con anchos sillones para los fumadores. En las noches de representaciones, los visitantes se asombraban de ver a las damas luciendo preciosos atuendos en el vestir, y tanto hombres como mujeres se portaban con desenvoltura y era que, muchos de ellos eran extranjeros y algunos mexicanos habían viajado, conocían París y otras ciudades europeas.

En aquellos años, el Unión era el centro social más importante de la Comarca Lagunera. Los bailes que se efectuaban eran suntuosos, las señoritas llevaban un carnet sostenido del cuello por un listón, donde apuntaban el nombre de los varones que solicitaban turno para bailar. Se celebraban veladas literarias bajo la dirección del licenciado José Zurita apoderado de la jabonera. Llegaban las grandes compañías de drama, comedia, zarzuela y ópera que entonces recorrían el país. Por su modesto escenario pasaron María Guerrero, Virginia Fábregas, María Teresa Montoya y en una ocasión actuó la italiana Tetrzzini cantante de ópera de fama mundial. El público que asistía a esos espectáculos cómo los ha de haber disfrutado, tocándole en suerte presenciar el debut de una modesta cantante de Durango que después fue la gran Fany Anitúa, quien había llegado a Lerdo a visitar unas amistades o familiares, presentándose en el teatro Unión algunas veces hasta reunir el valor de los pasajes —para ella y su señora madre que la acompa-

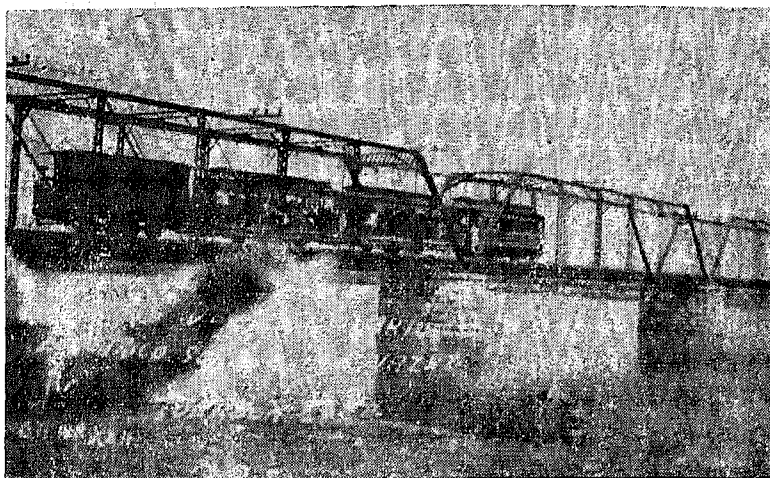
ñaba— a la ciudad de México, donde inició sus estudios de canto, posteriormente marchó a Italia pensionada por el gobierno porfirista, donde siguió estudiando hasta lograr ocupar un lugar destacado entre las grandes cantantes de ópera.

2. *Tranvías eléctricos*

Como ya dijimos, a consecuencia del buen negocio que rindieron los tranvías de mulitas, la empresa gestionó y obtuvo del gobierno federal, la concesión y el permiso para cambiar el sistema de tracción animal por el de fuerza eléctrica. Para el objeto, se reorganizó la empresa aumentándose el capital a 600 mil pesos y se nombró al siguiente consejo de administración: presidente licenciado José Sarifiana; tesorero, Miguel Torres; secretario, licenciado Pedro G. Álvarez; primer vocal, licenciado José Zurita; segundo vocal, Gonzalo Siller; comisario, Canuto Gamboa; y suplentes Donato Gutiérrez, Sucesores de Hernández Hnos., licenciado Praxedis de la Peña, Ulpiano Ruiz Lavín, León Signoret y Adolfo Aymes.

La nueva compañía se llamó Ferrocarril Eléctrico de Lerdo a Torreón, S. A. Se encargaron a Estados Unidos las plantas de fuerza motriz, tranvías, plataformas, rieles, cambios, cables y en fin todo lo necesario. Comenzaron a levantarse los bordos, a construir puentes sobre los canales y el río, y luego a tirarse las vías. Al final de la avenida Hidalgo —calle Independencia— ocupando dos manzanas se levantaron los edificios de la empresa; en una quedaron las plantas de energía, oficinas generales y la casa del superintendente Emilio P. Stein, y en la manzana de enfrente la administración, depósitos de carros, almacén de repuestos y talleres.

Al terminarse de colocar la vía entre Gómez y Lerdo con una extensión de 5 kilómetros 340 metros, comenzaron



Tren eléctrico sobre el río Nazas.

a circular los primeros tranvías eléctricos entre las mencionadas ciudades el 3 de marzo de 1901, y precisamente cuatro meses más tarde quedó terminado el ramal a Torreón, esta distancia fue de 5 kilómetros 477 metros. El 3 de julio del mismo año tuvo lugar la inauguración de toda la línea con una extensión total de 10 kilómetros 817 metros, ese día los que viajaron lo hicieron gratis.

Los rieles eran de acero y los durmientes de mezquite, contaba la vía con 8 cambios y 6 desvíos, el puente construido sobre el río tenía 7 armazones metálicas que descansaban en sólidos pilares de piedra y el puente medía 225 metros. También se levantó la caseta del guardavía en el cruce del ferrocarril.

Los tranvías estaban pintados de amarillo, los de primera clase eran cerrados, con asientos de respaldo de bejucos, tenían dos motores uno en cada extremo, de esa manera al llegar a las terminales, el motorista cambiaba el

carro de un lugar a otro para regresarse. Estos tranvías remolcaban dos coches de segunda clase que eran abiertos, con pasamanos y estribos a los lados por donde pasaban los conductores e inspectores revisando los boletos, tenían asientos de madera del ancho de los carros y se volteaban en cada terminal para que los pasajeros viajaran de frente. A algunos convoyes se les agregaba un pequeño coche de color gris verdoso llamado express que llevaba y traía paquetes postales. Los tranvías de segunda clase medían 10 metros de largo cada uno, casi el doble que los de primera. Los trenes formados por tres coches transportaban una cantidad considerable de pasajeros en cada viaje y salían de las terminales cada quince minutos.

Al inaugurarse el servicio eléctrico, la compañía contaba con cinco tranvías de primera clase, diez de segunda, tres carros chicos de express, más nueve plataformas para carga, dos o tres de ellas tenían motores y una caseta en medio donde se asentaba el trole en su techo y remolcaban una o dos plataformas, según el volumen de carga.

El personal estaba integrado por un superintendente, doce motoristas, doce troleros o garroteros, doce conductores o cobradores, dos inspectores y tres vendedoras de boletos, una en cada terminal. Éstas tenían salas de espera con bancas para los usuarios y expendios de boletos, que costaban diez centavos los de primera clase y cinco los de segunda, los pasajeros que subían en las paradas intermedias donde no había expendios para adquirir boletos, pagaban un recargo de dos centavos en los coches de primera y un centavo en los de segunda clase. Tiempo después desaparecieron los expendios y el valor del pasaje se cobraba a bordo.

“A cualquier hora del día o de la noche, se pedía por teléfono un carro especial que costaba cuatro pesos cada uno, puesto en las terminales de Lerdo o Torreón”, señalaba el señor Eduardo M. Ávila en una de sus crónicas que publicaba un diario regional.

La tripulación de cada corrida la formaban el motorista que manejaba el control de velocidad de los motores; el garrotero o trolero que aplicaba los frenos en las paradas y arranque del tren cuidando que el trole no perdiera el contacto con los cables aéreos de la energía eléctrica y esto se lograba manejando un cordel sujeto a la carretilla que hacía se deslizara; por su parte el conductor recorría los carros cobrando el pasaje; en cuanto a la labor que desempeñaban los inspectores era vigilar el buen funcionamiento del servicio y checaban que todos los pasajeros tuvieran su correspondiente boleto. Los motoristas y conductores realizaban su trabajo debidamente uniformados con traje y cachucha de casimir azul oscuro, camisa blanca y corbata, parecido al uniforme que usan los empleados ferroviarios en los trenes de pasajeros.

Las plataformas prestaban toda clase de acarreo entre las tres ciudades. Había una corrida por la mañana y otra por la tarde, que iban y venían siempre abarrotadas de mercancías. Años más tarde, cuando llegaron automóviles y camiones eran transportados en las plataformas cuando en la temporada de lluvias al llegar las grandes avenidas del Nazas impedían el paso por el vado. Todavía ni esperanzas que se construyera el puente sobre el río, para el paso de los vehículos.

La planta chica que estaba provisionalmente en el molino El Brillante, fue trasladado al edificio donde ya estaba en actividad la potente planta que generaba la fuerza que ponía en movimiento los tranvías.

3. *La zapatera*

Pasando el puente sobre el canal de San Antonio, al lado derecho de la vía de los trenes eléctricos rumbo a Lerdo, se veía una pequeña caseta de madera bien hecha que tenía un letrero que decía: "Estación Cunard", conocida

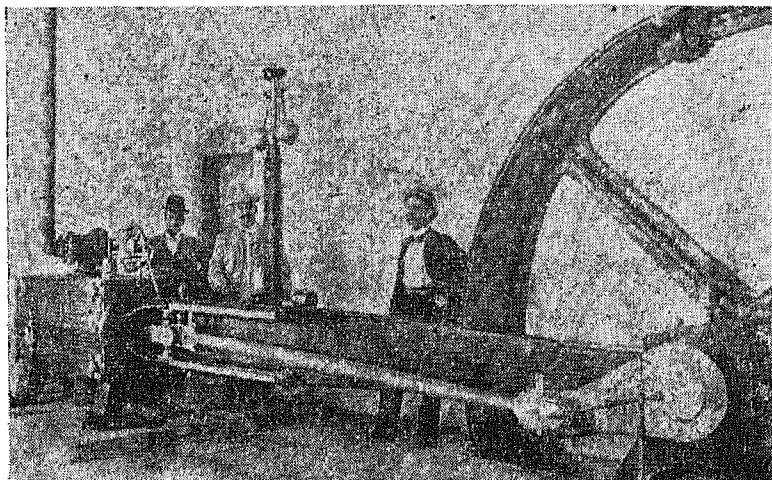
también como parada de La Zapatera. Era una caseta de techos inclinados que tenía una banca donde se sentaban los pasajeros esperando la llegada de los tranvías. En ese lugar había un tramo de doble vía que permitía el cruce de los trenes en las dos direcciones, de ida y de vuelta.

Frente a la estación, atrás de unas arboledas se localizaban las dependencias de la Curtiduría y Fábrica de Calzado La Unión, S. A., que comenzaron a levantarse el 1º de diciembre de 1900 y se terminaron al año siguiente a principios de noviembre, tiempo en que inició sus actividades la factoría. La Unión ocupaba una extensión de 60 mil metros cuadrados y las construcciones utilizaron un millón de ladrillos surtidos por la ladrillera local El Pinto y la de San Pedro de las Colonias. La zapatera en un principio se iba a instalar en terrenos de la vieja hacienda de Santa Rosa, pero los inversionistas no pudieron obtenerlos a buen precio con los dueños y entonces don Gilberto Lavín les ofreció los terrenos señalados anteriormente y que son donde en la actualidad están los campos y edificios del Instituto Francés de La Laguna.

En la ciudad de Durango el 24 de marzo de 1900 se organizó la empresa Curtiduría y Fábrica de Calzado La Unión, S. A., con un capital inicial de 200 mil pesos y fueron socios fundadores las siguientes personas: Francisco Asúnsolo, Xavier Icaza y Landa, licenciado Ángel López Negrete, licenciado José María Luján y Julio Luján, más tarde ingresaron a la compañía como accionistas los licenciados Pedro G. Álvarez, Ramiro de la Garza y don Francisco Salcido.

El edificio donde estaban las oficinas generales de la compañía se veía rodeado de árboles y jardines protegidos al frente y a los lados por una balaustrada de piedra. A la derecha quedaban los distintos departamentos de la factoría: el de curtiduría con 86 pilas, cada una de ellas tenía una capacidad de 100 pieles para su beneficio, los de infusión y adobo; almacenes de pieles, de materiales curtientes

y cortes de encino para hacer hormas y la fábrica de calzado. La maquinaria de los distintos departamentos era movida por una planta de vapor que generaba 150 caballos de fuerza.



Planta de vapor de La Zapatera.

El gerente de La Unión era el norteamericano Francisco MacManus y de la misma nacionalidad eran los técnicos y jefes departamentales. La producción mensual de la empresa zapatera en 1902, fue de 3 mil pieles de res, 2 mil de pelo y 15 mil pares de calzado de diferentes estilos y precios.

Posteriormente la industria fue adquirida por la empresa americana de la Cunard Shoe and Leather, siendo modernizada instalando nueva maquinaria. Se decía que la finalidad de la compañía era manufacturar calzado de mejor calidad y precio, una de las marcas que fabricaba o iba a fabricar era la Florsheim para surtir a todos los almacenes del norte, evitando la importación.

Desgraciadamente un incendio casi acabó con la importante industria, salvándose a medias algunos departamentos entre ellos el almacén de hormas. Sobre cómo, cuándo, y quién provocó el incendio de la zapatera hay distintas versiones. Unos aseguraban que el incendio fue en 1910 y que el autor había sido un americano de color que trabajaba de mozo en la estación de los ferrocarriles; otra versión era que habían sido los orozquistas de Benjamín Argumedo en 1913 durante su huida cuando fueron derrotados entre Lerdo y el cerro de La Pila por los revolucionarios y una tercera versión fue que los autores habían sido los villistas. Es posible que esta última haya sido la verdadera, porque en 1927 unos norteamericanos presentaron al Gobierno Mexicano una reclamación por 39 mil 966 dólares, por daños causados por las tropas del general Villa al incendiar la fábrica de calzado de la Cunard Shoe and Leather Co., en 1913; naturalmente que la reclamación fue rechazada por el presidente Calles.

4. *Mercado Baca Ortiz*

Ocupando toda la Manzana Sexta, situada entre las calles Aedo y Rascón por un lado y Santander y Juárez por el otro, don Gilberto Lavín permitió que gratuitamente y en forma provisional se establecieran comerciantes al menudeo y placeros, quienes levantaron cuartos de adobe y carpas de lona y manta, formando de esa manera el primer mercado que entonces llamaban parián.

Faltando poco para terminarse la construcción del mercado, los propietarios de la Manzana Sexta trataron de cobrar renta a los locatarios, quizá para acostumarlos a pagar plaza cuando se cambiaran al nuevo local. Los comerciantes se negaron a pagar, por lo que se les obligó a que abandonaran el lugar; mientras se concluían las obras en el mercado, el ayuntamiento permitió que se establecieran

en las calles adyacentes a la plaza de toros. Hasta la fecha continúan ahí puestos y tendajones conociéndose ese grupo como mercado de El Parralito, teniendo su mayor auge al abrirse grandes tiendas de abarrotes en la vecindad, como la de don Jesús Aranda y otras.

El mercado Baca Ortiz se inauguró en los primeros días de diciembre de 1901, fue construido por el ingeniero Kissinger con un costo de 40 mil pesos, aportados por un grupo de personas que formaron una sociedad con el apoyo del jefe político Jesús Vargas que fue uno de los socios. Al ser cubierta la cantidad mencionada con los cobros de los locales, más los intereses, el mercado pasó a ser propiedad del municipio.

El Baca Ortiz era un edificio que ocupaba toda una manzana, de altas paredes de ladrillos tanto exteriores como interiores, que sostenían armazones de hierro donde descansaban techos de lámina; altos y amplios ventanales colocados uno en seguida del otro en la parte de afuera, permitían que la luz y el aire entraran a raudales al local y ocho grandes verjas metálicas servían de entrada, situadas convenientemente una en cada lado de la calle y otra en cada esquina. El mercado estaba rodeado por altas y anchas banquetas enladrilladas y las entradas tenían escalones.

El local lucía amplio y ventilado, tenía tres anchos corredores interiores y los pisos baldosas de ladrillo. En el primer tramo acomodadas en orden estaban las tiendas de abarrotes y enfrente las carnicerías, cajones de ropa y mercerías; en el segundo andador las verdulerías y fruterías, puestos de loza de barro —braseros, metates, molcajetes, cucharas de palo— y de jarcias —mecates, correas, huarachas, huaripas—, de yerbas medicinales y los vendedores y compradores de fierros viejos. En el centro, formando un círculo estaban las fondas de los agachados, donde se conseguían platillos de cinco y diez centavos, una abundante

comida corrida de dos guisados costaba veinticinco centavos.



Mercado Baca Ortiz.

Años más tarde, cuando la escasez de alimentos durante la época revolucionaria, por las mañanas se instalaban los vendedores de maíz o los maiceros como les decía la gente, formaban altos montones del cereal sobre petates en las banquetas del mercado al lado de la calle Escobedo, despachaban el maíz en medidas de madera de un litro que valía cinco o seis centavos según la clase, ya fuera blanco, amarillo o pinto, por las tardes desaparecían los maiceros, casi toda la mercancía se vendía y las banquetas quedaban limpias. Al caer la tarde llegaban las atoleras y las tamaleras, colocaban sus ollas y botes en braseros de carbones encen-

didos y principiaba la vendimia al llegar los primeros clientes, el jarro de atole liso costaba dos centavos, el de grano tres y el de champurrado cinco, los tamales de carne de cerdo valían cinco centavos y los de sal a dos por cinco; estas vendedoras se acomodaban en la banqueta del mercado que daba a la calle Victoria.

El mercado Baca Ortiz tenía un reloj que marcaba claramente las horas en la pequeña ciudad, cada quince minutos sonaban las campanas y cada hora marcaban la correspondiente con igual número de campanadas. El reloj estaba colocado en lo alto de una pared de la esquina de las actuales calles Ocampo y Victoria, protegido por un techo formado por dos láminas, arriba de la cara del reloj se veían las campanas y abajo colgando los péndulos, a pesar del trazo sencillo de ese singular campanario no desentonaba la perspectiva. Contaban que el reloj lo había armado y puesto en marcha un competente relojero de origen alemán o suizo que vivía en Lerdo. Parece que el antiguo y magnífico reloj aún funciona en el mercado José Ramón Valdés, colocado en medio de la acera mirando la calle Ocampo.

5. *Las industrias*

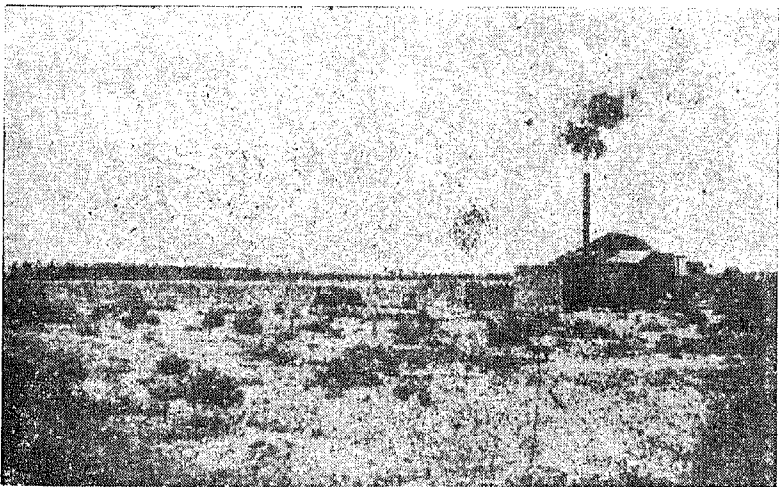
En estos tiempos, la propaganda y los políticos al referirse a Gómez Palacio por algún motivo, le acomodan el nombre de ciudad industrial lo que es verdad, porque son innumerables las factorías y talleres que se asientan en la ciudad, sobresaliendo medianas y pequeñas industrias y manufactureras de ropa. Pero no sólo merece Gómez Palacio ese calificativo en la época actual, ya en los albores del presente siglo también lo merecía, aunque entonces nadie lo dijo, al menos no hay ninguna referencia en ese sentido.

Aparte de las grandes fábricas relacionadas al principio, existieron otras factorías que se fueron estableciendo hasta antes de 1910. Después llegó la Revolución y las industrias

cerraron o emigraron a otras poblaciones buscando mayor seguridad.

Ladrillera de El Pinto

Más allá del barrio de Santa Rosa, a la distancia se divisaban las altas chimeneas de los hornos refractarios de la Compañía Ladrillera de Gómez Palacio, mejor conocida entre la gente como ladrillera de El Pinto. La empresa inició sus actividades el 23 de enero de 1900 con un capital de 100 mil pesos, suscritos por varios socios que nombraron el siguiente personal administrativo: presidente, Óscar Francke; secretario, Francisco P. Venzor; tesorero, Enrique Sánchez; y vocales, Santiago Prince y Juan Alba. El gerente de la compañía fue el alemán Germán Hoffert.



Ladrillera de El Pinto.

La factoría quedaba cerca del rancho El Pinto ya desaparecido y de ahí le venía su nombre. Sus modernos hornos

refractaban diariamente 50 mil ladrillos rojos, blancos o amarillos de gran calidad, que utilizados en las construcciones de las fincas más importantes de aquella época, han hecho que hasta la fecha se conserven más o menos en buen estado. Aparte de estos productos la ladrillera fabricaba losetas y adoquines de diversos tamaños y clases.

A poca distancia del lugar donde estuvo El Pinto, enfrente pasa el ramal del ferrocarril a Monterrey. Ahí se estableció una estación de paso con una espuela que llegaba hasta la puerta de la factoría a donde la locomotora arrastraba góndolas para descargar materiales y cargar productos. La modesta estación recibió el nombre de Francke quizá en recuerdo del industrial Óscar Francke, igualmente las plantas eléctricas que se han construido cerca tienen el mismo nombre.

Dinamita

En uno de los cañones de la sierra El Sarnoso a poca distancia de Gómez Palacio, se encuentran las instalaciones de la fábrica de explosivos y dinamita, que comenzaron a levantarse en 1900 y quedaron terminadas en 1904. Esta importante industria se organizó debido a los esfuerzos del señor Juan Brittingham, que logró interesar a dos empresas francesas para que asociadas con la Compañía Industrial Jabonera de La Laguna fabricaran dinamita; La Esperanza proporcionaría de sus fábricas la glicerina indispensable.

Las tres empresas formaron la Compañía Mexicana de Explosivos y Dinamita, manejada durante mucho tiempo por técnicos franceses e italianos prosperando rápidamente, sus productos tan útiles en la minería y a otras actividades se han estado vendiendo desde aquellos años. La fábrica continúa trabajando hasta la fecha y vino a parar a manos de la transnacional Dupont de México.

Por los años veintes, una tranquila noche entre las 21 y 22 horas se escuchó en las tres ciudades laguneras el

retumbo de un trueno de cercana tempestad, elevándose al firmamento un gran resplandor por el rumbo de la sierra El Sarnoso. Era que la fábrica de dinamita había sufrido una terrible explosión, con pérdida de muchas vidas y muchos millones de pesos, ha sido el accidente más devastador que ha sufrido la negociación.

Alejado relativamente de las plantas industriales —a salvo de accidentes— se asienta el poblado de Dinamita, donde están las casas de los empleados y de los obreros que prestan sus servicios en la empresa. El pueblo se ha extendido y cuenta con escuelas, comercios, hospital y capilla.

La Cerillera

Frente al parque Morelos existe una manzana de trazo irregular entre las antiguas calles de Tabernillas, Cerviago, Donceles y el camino real; era conocida como manzana de La Cerillera porque allí estaba instalada la fábrica de cerillos y fósforos El Fénix, propiedad de Juan Salcedo y Compañía.

Fabricaba cerillos de una o dos luces que se vendían en cajitas que tenían en la cubierta figuras de los siete enanos del cuento de Blanca Nieves, otras cajas más grandes tenían dibujada una locomotora echando humo.

El edificio tenía altas ventanas por todos lados, donde se veían a los obreros desempeñando sus labores, en unas mesas largas numerosas jóvenes llenaban de cerillos las cajitas; en el centro quedaba un amplio patio y los portones de la entrada se abrían por la calle Donceles antes de llegar a la de Tabernillas.

El gerente de la fábrica de cerillos don Juan Salcedo vivía en un chalet de dos pisos pintado con vistosos colores, al frente quedaba un vasto jardín porque el chalet estaba situado muy adentro del terreno y por el lado de las calles estaba protegido por barandales; estaba situado en la esquina del camino real y Cerviago. Hace pocos años, aún

permanecía de pie el viejo chalet ya ruinoso, en el lugar donde actualmente está una funeraria.

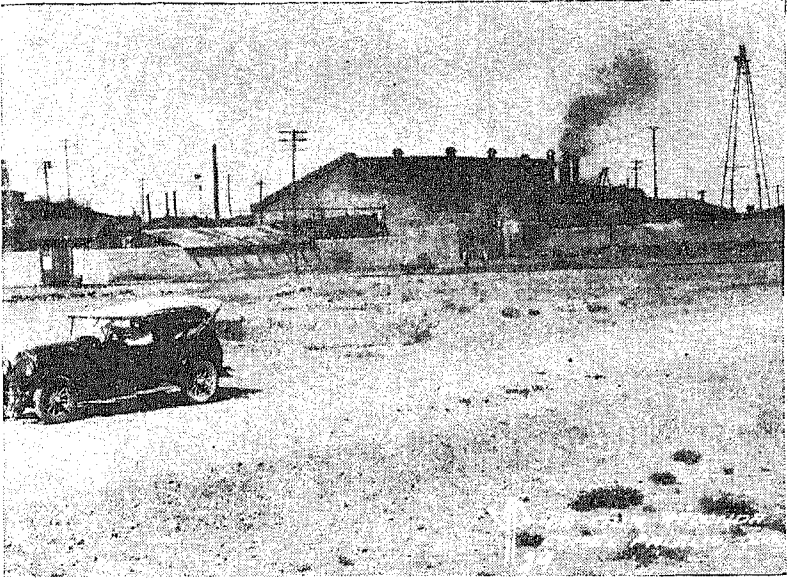
En varias ocasiones La Cerillera, sirvió de cuartel a las caballerías villistas durante la Revolución, se causaron tantos destrozos que la fábrica fue cambiada a la ciudad de México, según los rumores que circularon por aquellos días.

Gran centro ferroviario

Al fundarse la ciudad, don Santiago Lavín cedió a la compañía del Ferrocarril Central Mexicano los terrenos necesarios para que dicha empresa levantara la casa redonda, talleres, y para extender las vías de los patios de toda una terminal ferrocarrilera. Fue hasta 1907 cuando la empresa norteamericana trasladó a Gómez Palacio las instalaciones que tenía en Jimulco y al mismo tiempo se establecieron terminales de trenes de pasajeros y de carga. Llegaron a trabajar con el tiempo cerca de 2 mil trabajadores de todas las especialidades. A la salida y entrada a los turnos de la casa redonda, una oleada de hombres de overoles azules inundaba las calles cercanas a la maestranza.

Los trenes eran manejados por personal norteamericano. Decían que muchos de los trabajadores gringos fraternizaron pronto con sus colegas mexicanos que ocupaban puestos inferiores y que los fueron adiestrando poco a poco en los empleos que ellos desempeñaban. Los obreros mexicanos fueron ocupando vacantes que dejaban los norteamericanos y antes de llegar 1910, ya no había ninguno trabajando.

La ciudad se transformó en un gran centro ferrocarrilero de los más importantes del país, impulsando su desarrollo ya de por sí pujante. Al desencadenarse la lucha revolucionaria, y cerrarse numerosas industrias y comercios, las condiciones de vida de sus habitantes se hicieron críticas, especialmente de los que sólo tenían sus brazos



La casa redonda.

para alquilarse en cualquier empleo. Empero, durante muchos años el ferrocarril fue el sostén de la economía de Gómez Palacio. Hace tiempo que la casa redonda, talleres y terminales fueron cambiados a Torreón, quedando solamente aquí el recuerdo de lo que fue aquel gran centro ferrocarrilero, donde viven hasta la fecha buen número de trabajadores del riel ya jubilados.

La Victoria

Al otro lado del tajo de San Antonio, en una gran extensión de terreno se localizaba la fábrica de hilados y tejidos La Victoria, para llegar a ella la empresa construyó un puente de gruesos tablonces sobre el canal, permitiendo el tránsito de los carros de mulas cargados con materias primas

o productos de la factoría. A un lado del puente, se había colocado un canaleta hecho con mitades de tambos por donde corría el agua que venía de la acequia del camino real, para algunas necesidades de la industria. La Victoria quedaba en dirección de la actual calle Centenario y había también que cruzar las vías de los trenes eléctricos que iban a Lerdo.

Pasados algunos años, la fábrica fue adquirida por los españoles González y Colubi, los nuevos dueños con el nombre de La Industrial del Nazas dejaron de fabricar telas y en su lugar manufacturaban casimires, cobijas, suéteres, etc.

En sus mejores días, La Industrial del Nazas llegó a ocupar más de 600 obreros en su mayoría mujeres. A un lado del canal, estaba el tiradero de desperdicios de la factoría, a donde los muchachos acudían a buscar pedazos de estambre o cordeles llamados pabilos; amarrando un extremo con otro lo enrollaban sobre una bolita de guayule masticado hasta formar una pelota de beisbol, o bien se hacía una pelota más grande —sin guayule— para jugar fútbol.

Las guayuleras

El guayule es un pequeño arbusto silvestre que crecía o crece en abundancia en las tierras desérticas del Bolsón de Mapimí y en otras regiones del norte del país. Campesinos de ásperas manos desafiando el clima inclemente y extremo, arrancaban el arbusto de la árida superficie y formando atados, lo acomodaban en los lomos de los burros o en las cajas de los guayines para ser llevado a las plantas procesadoras donde las ramas del guayule salían transformadas en marquetas de hule.

A principios del siglo, solamente existía la guayulera que se localizaba a un lado del despepite de don Miguel Torres en un terreno en despoblado más allá del canal de San Antonio. Años después, se establecieron otras dos plan-

tas procesadoras de guayule: una llamada La Nacional propiedad de los Madero situada en la orilla del barrio de Santa Rosa y la otra al final de la calle Ferrocarril lejos de la zona habitada. El señor Otto Boerhing era el dueño de esta última factoría y al desaparecer estuvo la fábrica de huaripas y cables de ixtle propiedad del también alemán Guillermo Fleming.

Las guayuleras se encontraban en lugares aislados, lejos de las casas. Sus chimeneas despedían un humo pestilente de olor a hule quemado, esas emanaciones han de haber sido perjudiciales para la población; sin duda que era lo que actualmente se conoce como contaminación ambiental.

Jarcierías

Los campesinos que vivían cerca a tierras desérticas, se dedicaban a golpear las pencas pulposas de un pequeño maguey llamado lechuguilla que crece libremente en esos lugares; el objeto de machacarlas era para extraerles el jugo y puestas a secar al sol, quedaban convertidas en hebras que descartadas eran el ixtle. También de la lechuguilla, procesada en rústicos alambiques se deriva la bebida regional tan apreciada por los viejos laguneros, que es el sotol.

Los humildes campesinos llegaban con sus burros cargados de manojos de ixile y los vendían en las jarcierías. Existían varias de esas pequeñas industrias donde el ixtle, retorciéndolo por medio de unas poleas de madera sostenidas con unos pies derechos se convertían en cordeles con los que se fabricaban arpilleras, alfombras, sacas para pizar algodón, costales para el maíz y el trigo, abrigos para la paja, mecates o lazos gruesos y delgados para diferentes usos, en fin una vasta variedad de productos.

Las jarcierías se establecían regularmente en extensos solares o en los llanos orilleros y ocupaban buen número de operarios. Su producción a pesar de ser de centenares de

artículos, a veces era insuficiente para las necesidades de las renombradas bonanzas de La Laguna.

Las más importantes de estas fábricas de jarcias fueron tres: la del señor Juan Márquez que estaba en la esquina donde ahora está la farmacia Benavides frente a la plaza de armas y la iglesia de Guadalupe, y que después se cambió a un solar por la actual calle Aldama; la de don Mardoqueo Garay por la calle Donceles en contraesquina de la alameda González Cosío y finalmente la jarciería del señor Eliseo Gaytán por la calle Terragona donde comenzaba la llanura que terminaba en la falda del cerro de la Cruz.

La fundición de míster Love

Platicaban que un día llegó a la ciudad el norteamericano Guillermo Wilson Love y quizá de acuerdo con don Juan Brittingham, estableció un taller de carpintería en la esquina de las calles Bárcena y del Sol, donde actualmente está la cantina Versailles; poniéndose a fabricar cepillos y cilindros de repuesto para los despepites de la compañía jabonera de La Esperanza.

Años más tarde, cuando llegaron sus hijos Jorge y Pedro de Estados Unidos que habían terminado sus estudios, míster Love rentó o compró un terreno baldío que estaba al otro lado de la ferretera del señor Stein, al final de la calle que ahora se llama Aldama y que terminaba en la orilla del canal de San Antonio. Ahí establecieron los Love una pequeña fundición y un taller mecánico, contando con un buen equipo de torneros y mecánicos calificados del ferrocarril, progresaron rápidamente. Comenzaron a fabricar molinos de nixtamal manuales, seguían haciendo cepillos y cilindros para los despepites y no había pieza de maquinaria que los Love no hicieran. Desgraciadamente al fallecer don Guillermo, los hijos regresaron a los Estados Unidos, cerrando la interesante e importante pequeña industria.

La Niña de Bronce

En una de las esquinas de las actuales calles Independencia y Mina se alza un antiguo chalet deshabitado, ruinoso. En ese sitio ocupando casi un cuarto de manzana estaba la fundición llamada La Niña de Bronce propiedad del señor José Cruz González a quien ayudaban en el manejo de la industria sus hijos: Cruz chico y Juan Manuel.

Los González eran considerados unos buenos fundidores, trabajaban especialmente el bronce y estaban muy acreditados con los industriales que tenían necesidad de sus servicios. Al cerrarse la fundición, la propiedad fue adquirida por el señor Luis Madrigal empleado de la jabonera, quien construyó en la esquina el chalet mencionado anteriormente y al lado instaló la fábrica de clavos La Paz, que duró en actividad algunos años.

Los Correlleros

En la parte sur de la ciudad, al lado derecho de la última parada de los trenes eléctricos que iban a Torreón, se extendía el barrio de los Correlleros, llamado así porque por ese rumbo se habían establecido varias curtidorías de pieles.

Las familias Ramírez y Huizar eran los dueños de esas pequeñas industrias, decían que algunos de ellos trabajaron como maestros curtidores en la fábrica de calzado La Cunard. En esas modestas factorías, además de procesar cueros para convertirlos en pieles, se fabricaban correas para diversos usos y vaquetas para suelas. En aquellos tiempos los dos últimos productos tenían gran demanda entre los campesinos, porque con ellos hacían sus huaraches, ya que los miserables sueldos de unos cuantos centavos por día que les pagaban no les alcanzaba para comprarse zapatos.

Don Mauro Fierro

El señor Fierro había trabajado como maestro jabonero en La Esperanza, al separarse de la empresa instaló una pequeña fábrica de jabón en una de las últimas casas de la calle Ampuero hacia el norte. La factoría se pudo sostener algún tiempo porque sus productos aunque reconocidos como jabones corrientes, tuvieron bastante aceptación especialmente entre las personas humildes por su bajo precio.

Fraguas

Existían varias fraguas o herrerías, donde aparte de barandales, verjas y rejas para las casas, fabricaban ejes, muelles y ruedas para los coches, guayines y bogues; en fin se arreglaban toda clase de desperfectos en los vehículos de aquellos años. Asimismo se colocaban herraduras en los cascos de las patas de los caballos.

Las fraguas más acreditadas era la de Juan Betancourt establecida por la calle Escorial y la de don Cipriano Rivas por la calle de Gómez Palacio, enseguida donde después estuvo el cine Iris. Los herreros usaban en su duro trabajo pecheras de piel para protegerse de la lumbre de las fraguas.

Despepites

Como se ha dicho, aparte del despepite de la jabonera hubo otra propiedad del señor Miguel Torres, situado más allá del tajo de San Antonio en despoblado y que ocupaba una manzana. Tiempo después a un lado del despepite se instaló una guayulera.

Las factorías quedaban lejos de las últimas casas de la población, todavía se ven restos de las paredes de adobes de aquellas construcciones rebasadas ahora ampliamente por el crecimiento urbano.

Pequeñas fábricas

La Estrella, fábrica de velas de cera y estaerina de diferentes tamaños que entregaban a los comerciantes de buena parte del norte, empacadas en largas cajas de madera.

La Liberal, de galletas finas, de animalitos, y además toda clase de pastas alimenticias: fideos, tallarines, macarrones, etc. Se localizaba por la calle Ampuero haciendo esquina con la del Sol en la siguiente cuadra del mercado hacia el oriente.

La India, de chocolates y dulces, estaba por la Ampuero pero nadie recuerda con exactitud donde, sólo se recuerda el día que fue pasto de un incendio cuando chocolates y dulces derretidos por el fuego formaron pequeñas corrientes sobre la banqueta.

La Favorita, de sodas y aguas gaseosas por la Ampuero a la vuelta del molino El Brillante. Surtía los pedidos en un pequeño carro tirado por un caballo que recorría las calles cargado de cajas de sodas de diversos sabores en botellas chicas y sifones de agua de seltz, que la gente llamaba y llama hasta la fecha "agua de celis".

La Sonrisa, de cigarros de hoja, el tabaco que se usaba en los cigarrillos se cosechaba en la comarca y picado lo envolvían en delgadas hojas de maíz talladas de antemano.

Las Lágrimas de Noé, de aguardientes y vinos de mesa, funcionaba en sociedad formada por don Gilberto Lavín y el señor Paparelli, situada en la hacienda de Noé aprovechando la vid cultivada en sus extensos campos.

Talleres

- 16 carpinterías.
- 6 jarcierías.
- 5 fraguas o herrerías.
- 6 hojalaterías.
- 6 sastrerías.

- 4 talleres de modistas.
- 1 relojería.
- 1 rebocería, y
- 1 talabartería.

6. Bancos, comercios

El desarrollo industrial trajo consigo el desarrollo comercial y a principios de 1900 Gómez Palacio era la ciudad más importante de la Comarca Lagunera.

Numerosos almacenes y grandes tiendas se habían establecido por las calles Ampuero, Aedo, Rascón y la avenida Hidalgo. Por la Ampuero frente a la estación estaban los almacenes al mayoreo más importantes; en las espuelas ferroviarias se estacionaban los furgones cargados de mercancía para los almacenes, y los tranvías primero de mulas y después eléctricos llegaban abarrotados de gente y se iban llenos, ahora además con bultos y cajas de diversas mercancías.

Bancos

El Banco Minero de Chihuahua abrió una sucursal a cargo del señor Miguel Torres en la esquina de la calle Aedo y avenida Hidalgo, donde actualmente está una tapicería. El señor Francisco P. Venzor fue el último gerente del Minero al renunciar el señor Torres.

Después el Banco de Durango se instaló en la otra esquina donde ahora están las oficinas locales de la Comisión Federal de Electricidad, y en contraesquina en un edificio de ladrillos rojos se estableció la sucursal del Banco de Nuevo León iniciando sus actividades teniendo como gerente al señor Víctor Ruiz. Todavía se conservan las fincas con el menoscabo natural del tiempo, donde una vez estuvo el centro bancario de la ciudad. A pocos pasos de los

bancos por la avenida Hidalgo operaba una casa de cambios de unos señores González de Monterrey.

La fuerte empresa de Federico Mendhgel Sucesores tenían la representación de la Compañía de Seguros North Mercantile & Co., y del Banco la Mutua, efectuando operaciones bancarias y de seguros contra incendios. Estaba a media cuadra del hotel Unión por la calle Ampuero.

El señor Vicente E. Palacios era el agente regional de la Wells Fargo y por su conducto se podían adquirir en Estados Unidos desde una máquina de escribir hasta una planta de luz. Era la agencia proveedora de toda clase de carruajes y carros de carga en la comarca.

Almacenes de mayoreo

Los grandes almacenes al mayoreo manejaban al mismo tiempo abarrotes, telas, ropa hecha, algunos vendían arados Oliver y otros implementos agrícolas menores como palas, azadones, rastrillos y carretillas. Buena parte de ellos tenían departamentos para ventas al menudeo y medio mayoreo.

Sucesores de Hernández Hermanos, se localizaba en la esquina de la avenida Hidalgo y calle Ampuero donde daban vuelta los tranvías a Lerdo, en el mismo lugar donde está la cantina Francia que hasta hace poco tiempo era propiedad de Nacho Gutiérrez —la traspasó—, en el interior de la taberna aún se aprecian las sólidas columnas que sostienen los altos techos del antiguo almacén. Al cerrar el negocio los Sucesores de Hernández Hermanos, se estableció un nuevo comercio al mayoreo que fue el de Castillo, Irún y Castillo, y que después al fallecer el señor Irún se llamó Castillo y Garde, al ocupar este señor la vacante en la sociedad.

Juan Salcedo y Cía., por la calle Ampuero, eran además los dueños de la fábrica de cerillos y fósforos El Fénix.

Óscar Francke y Cía., situada en la esquina de Ampuero y Tabernilla frente al molino El Brillante. Los hermanos Francke eran socios principales de la ladrillera de El Pinto y fueron de los primeros pobladores de Gómez.

Ruiz Hermanos, este almacén se asentaba en un edificio de ladrillos rojos de dos plantas en medio del Banco de Nuevo León y de Sucesores de Hernández Hermanos, por la actual calle Independencia.

Por último, por la Ampuero se localizaban las bodegas de los comerciantes mayoristas Antonio Ruiz Lavín, Luis López y Luis Dualde.

Naturalmente, que varios de los negocios señalados desaparecieron pero se instalaron otros que fueron:

Camino y Negrete, a media cuadra de la cantina La Bohemia por la calle Ampuero.

Jesús Rocha, situado por la avenida Hidalgo frente a la iglesia de Nueva Bethel —todavía en funciones.

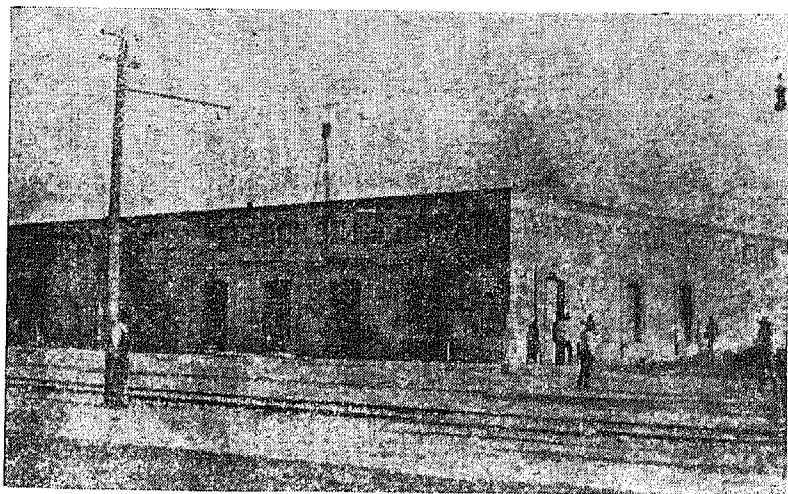
Varela y Cía., empresa formada por los señores José Varela y Pedro Ruiz Lavín establecida frente a la plaza de armas, donde actualmente está la cantina Los Amigos.

Los pequeños almacenes de Estanislao R. Godínez y Cecilio Duarte y Hno., se localizaban cerca del mercado por la calle Aedo.

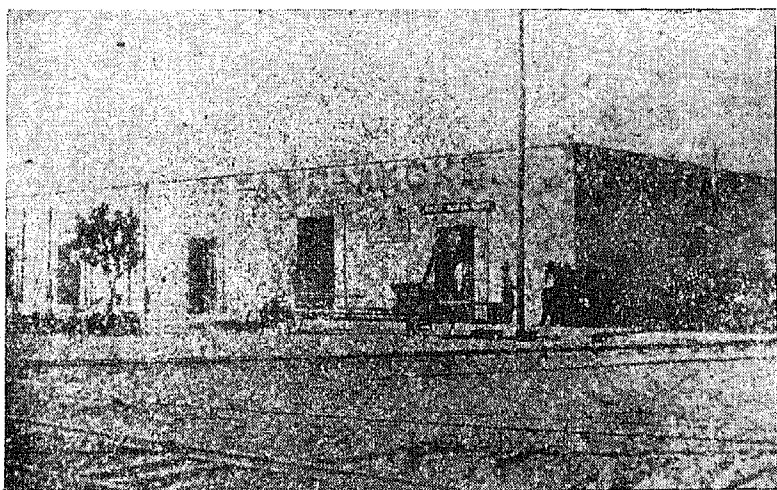
Quizá el edificio comercial más funcional que construyó el ingeniero Kissinger en aquella época fue el almacén de don Librado Martínez, donde después estuvo un banco y actualmente está la maderería y depósito de materiales de construcción del señor José Rebollo. Era un bonito edificio tanto en su interior como por fuera revestido con paredes de ladrillos blancos y altos ventanales. Al establecerse un banco muchos años después, los originales y bellos ladrillos fueron quitados y los ventanales modificados, perdiendo su prestancia.

Tiendas importantes

La Barata de Laureano Arruza, vendía abarrotes, telas, ropa y calzado, estaba en una de las esquinas de las calles Ampuero y Retiro.



Almacén La Más Barata



Almacén de Óscar Francke.

El Diamante de Fernando Abaunza, de abarrotes, ropa, sombreros y calzado, en la calle Aedo.

Victoriano Rivas, comerciaba abarrotes nacionales y extranjeros, ropa y ferretería, situada en la 4ª calle de Aedo.

El Puerto de Barcelona de Ramón Santoveña y Hno., de telas, ropa, sombreros y calzado norteamericano por la Aedo.

La Nueva Era de M. G. F. Magiro, situada también en la Aedo al mismo tiempo era mercería, ferretería, cristalería y papelería.

Jacobi y Cía., de abarrotes y ropa en la esquina de Aedo y Cerviago.

La Competidora de Manuel Guzmán, de ropa, calzado, telas y sombreros, en la esquina de la Rascón y avenida Hidalgo; actualmente está un negocio de copiado.

El Nuevo Mundo de Marcelino Antón, de ropa, telas y calzado, en contraesquina de la botica La Fe y frente a La Competidora.

El Telégrafo de Nicolás Iburgüen, de ropa, telas y calzado, situado en contraesquina del mercado por las calles Rascón y del Sol; ahora está un banco.

La tienda de Diódoro Sánchez se anunciaba como un gran cajón de ropa y novedades, ubicada en una de las esquinas de Aedo y avenida Hidalgo, en el lugar que actualmente se levanta el edificio de la CNOP.

Tiendas mixtas de abarrotes y ropa

La Mina de Plata de Jesús R. Valles.

La Central de Manuel Ramírez.

La Ciudad de México de Celso Martínez.

La Universal de Juan Dosal.

La Reforma de Comercio de Eufrosino Jiménez.

La Alianza de Anchondo Hermanos.

El Sur de Jalisco de Nieves Silva, este comercio situado desde entonces en un vértice de las ahora calles Zaragoza y Mina, sigue abierta como miscelánea.

El Puerto de Matamoros.

La Fuente de Oro.

Las Quince Letras de Tomás González.

Las Palomas de Ortiz Hnos., este negocio después fue propiedad de Juan González Varela y estuvo en varias esquinas por la actual calle Hidalgo.

Tiendas de ultramarinos

La Universal del señor Onofre de la Mora que después estuvo frente al mercado donde hoy está la zapatería Canadá; era el comercio más importante de ventas al menudeo, se veía siempre abarrotada de clientes.

El Baluarte, pequeña tienda exclusivamente de ultramarinos en la esquina de las calles Gómez Palacio y Retiro; era su propietario el señor Joaquín Sampeiro y con el mismo nombre actualmente es una modesta papelería de uno de sus hijos.

La Feria de Sordo y Cía., establecida en contraesquina de la plaza de armas donde ahora está El Emporio, fue un importante almacén de esa especialidad hasta que un incendio acabó con ella.

7. *Los abarroteros*

Las tiendas de abarrotes de entonces de relativa importancia, tenían un mostrador ancho de madera donde se acondicionaba un depósito de regular tamaño para echar maíz y de ahí se despachaba en litros de madera. Las demás mercancías se vendían por kilos que se pesaban en balanzas con dos platillos de bronce; los artículos ya pesados se entregaban a los clientes en alcatraces de papel de estraza

o de periódico. También se usaban básculas comunes y corrientes que aún se ven en algunos comercios.

El azúcar se surtía a la tienda en pilones prensados, los tenderos con una pequeña hacha la partían en trozos reducidos para su despacho. El azúcar partido se guardaba en cajones sostenidos por correderas colocadas debajo del mostrador; había otro cajón para partir y guardar el piloncillo.

En esos comercios, la gente compraba 3 centavos de azúcar que era más o menos lo que costaba un cuarto de kilo, igual precio tenía el arroz. Se vendían 3 centavos de manteca que era de cerdo, todavía no se conocía la manteca vegetal o americana que llegó después; se pedían dos centavos de café, uno de sal, etc.

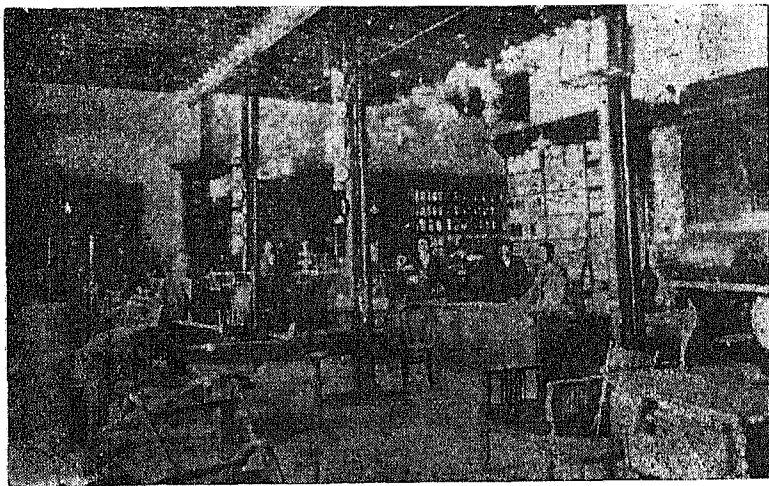
Cuando comenzó a usarse el petróleo para alimentar las mechas de los aparatos o quinqués, de las lanternas, cachimbos y mechones para el alumbrado y otros usos, los tenderos mandaron a hacer con los hojalateros depósitos en forma de tambores hechos de lámina, que tenían un tubo en la orilla de las tapaderas, el tubo tenía una varilla en medio y terminaba en una rodaja del ancho de su circunferencia, una agarradera de la varilla en la parte superior le permitía subirla y bajarla bombeando de esa manera el combustible que salía en forma de chorro por un pico; el litro de petróleo costaba 6 centavos.

A los clientes que compraban regular cantidad de mercancías, los abarroteros regalaban el pilón para los chamacos, que consistía en una bolsa o alcatraz llena de dulces, galletas o cacahuates.

8. *Ferreterías*

La ferretería más importante de aquellos años, era la empresa alemana de Federico Mendhgel Sucesores que como ya se dijo efectuaban operaciones bancarias; eran también

socios de ese negocio los señores Rodolfo Seecamp y Jorge Boehring. Vendía despepites, implementos agrícolas, pequeñas plantas de luz, máquinas de coser Singer y de escribir marca The Chicago, muebles americanos y de Viena, camas de latón y de hierro, estufas de leña, etc. Posteriormente la empresa fue adquirida por el señor Otto Reutter, ya para entonces la ferretería no vendía despepites, ni implementos de agricultura, ni pequeñas plantas de luz, tampoco efectuaba operaciones bancarias; el negocio continuó funcionando muchos años, hasta que un buen día amaneció cerrado. Decían que don Otto había regresado a su lejana Alemania, que abandonó desde su temprana juventud.



Interior de la ferretería de Otto Reutter.

Otra buena ferretería era la del superintendente de la compañía de luz y fuerza motriz don Emilio P. Stein, situada al final de la actual calle Independencia donde daban vuelta

los tranvías para Lerdo. Ocupaba una esquina con dos grandes escaparates al lado de cada calle, que por las noches se iluminaba profusamente.

Los señores Diego Montau y Federico Echávarri eran propietarios de ferreterías, no recordándose en cuáles calles estaban ubicadas. Como se ha dicho anteriormente, existían varios comercios que vendían algunos artículos de ese ramo.

Don Antonio Montemayor, el competente ferretero, trabajaba o era socio de la maderería Walsingher situada a media cuadra del mercado por la calle San Lorenzo —Escobedo— aún existe el callejón que utilizaban los carros para entrar a descargar o cargar madera. Años después, don Antonio abrió una ferretería en un jacalón que levantó en terrenos del ferrocarril, pasando los rieles de los tranvías de la segunda parada, frente a la esquina de las calles Ampuero y del Sol. El negocio prosperó pronto y más tarde se cambió al edificio donde estuvo el Banco de Nuevo León; por último construyó un moderno almacén en una de las esquinas de las calles Ocampo e Hidalgo, donde sigue abierta al público con el nombre de Ferretería Montemayor.

9. *Peluquerías*

Según el álbum del periódico El Popular, en 1901 existían en la ciudad once peluquerías también conocidas como barberías. La del señor José R. González situada al otro lado de la cantina del Centro, era la más elegante, a donde acudían a cortarse el pelo o rasurarse los personajes más importantes de la comunidad. En las barberías de postín, los clientes con lana tenían sus propios tarros de porcelana con su respectiva brocha, donde los peluqueros preparaban la jabonadura para el uso personal del dueño de la vasija. Los tarros lucían el nombre del propietario grabado en el dorso y se guardaban en pequeñas vitrinas o alacenas colgadas en las paredes.

Las antiguas peluquerías se distinguían por los nombres que ostentaban tales como *El Rizo de Oro*, *La Tijera de Plata*, *El Buen Tono* y otros. A los lados de las entradas pintaban franjas rojas y azules sobre un fondo blanco y algunas más arriba colocaban cilindros con los mismos colores que daban vueltas impulsados por el viento. Estos signos de propaganda aún se aprecian en algunas barberías actuales.

Aquellos maestros peluqueros posiblemente eran afectos a concurrir a los palenques, porque casi todos criaban gallos de pelea, se les veía pasear a los animales al frente de sus establecimientos. Los guasones decían que tenían gallos para que se comieran los piojos que andaban retozando en el suelo; los parásitos venían adheridos en los mechones de cabellos que los peluqueros cortaban de su cabeza a ciertos clientes reacios al peine y el baño.

10. *Boticas*

En aquel tiempo en las farmacias no había tanta medicina de patente. Los doctores recetaban a sus pacientes medicamentos que preparaban los boticarios llamados con justicia profesores o farmacéuticos, porque la gran mayoría había estudiado para ello. Las recetas eran preparadas rápidamente en el pequeño laboratorio que todas las boticas tienen o tenían en la parte de atrás; donde en una mesa larga se veían probetas, morteros, balanzas, recipientes de agua destilada, en fin todo lo necesario para elaborar las medicinas.

Aquellas boticas de antaño con los estantes repletos de tarros donde se guardaban las materias primas para preparar las recetas. En los mostradores había hermosas ánforas de vidrio llenas de líquidos de colores: rojo, azul, amarillo, verde o morado. Fueron también el centro de reunión por las noches de los vecinos del barrio, donde se comentaban los sucesos locales, nacionales y hasta extranjeros.

La botica de La Fe era la más grande y mejor surtida de la comarca. Tenía la representación de la droguería El Elefante de la capital de la República y de la Casa Bremer de Monterrey. La mencionada botica estaba en la esquina de la avenida Hidalgo y calle Rascón, precisamente donde ahora está una lavandería llamada Majestic; eran sus propietarios el profesor Jerónimo Sosa y el doctor Jesús María González que ahí recetaba a sus enfermos.

Existían otras dos boticas, la del doctor José Cortázar y la del señor Miguel Maynes Prince, que no se recuerda donde estaban ubicadas.

Más tarde se abrió la botica Monterrey del profesor José L. González que estuvo muchos años donde actualmente está la cooperativa de los ferrocarrileros; en su tiempo fue la mejor farmacia.

Después el profesor Jesús Oviedo tuvo su famosa Botica de los Pobres a media cuadra del mercado por la calle del Sol.

En esa misma calle y a igual distancia pero en sentido opuesto estaba la botica del señor Ventura Olvera, y finalmente en contraesquina de la tienda El Baluarte estuvo la de don José Tavizón.

11. *Hoteles y mesones*

Al adquirir los señores Ángel Barquín y Máximo Álvarez el teatro y hotel Unión, a este último le cambiaron el nombre al de América y que hoy es el Monarrez. En aquel tiempo, el América era considerado el hotel más confortable de la región; colocado estratégicamente frente a la estación de los ferrocarriles cuando todavía era el Unión a sus afueras tenía la terminal de los tranvías de mulitas, más tarde contaría con la parada de los trenes eléctricos y siempre a sus puertas tuvo coches de alquiler. Tenía mucho movimiento, llegaban hombres de negocios y agentes via-

jeros, algunas veces lo hicieron los artistas de las compañías de teatro; el restaurante estaba bien atendido por la señora Barquín y su elegante cantina era una de las principales y junto con la de El Centro eran los lugares favoritos de reunión de los prósperos hacendados y comerciantes.

A media cuadra de la plaza de armas por la avenida Hidalgo, don Pedro Camino Ruíz tuvo el modesto Hotel del Centro, que después traspasó a la señora Adela Manito.

La señora viuda de Michena era dueña del hotel Victoria que parece estaba por la calle Aedo.

Años más tarde, donde estuvo el mesón de San Pablo se levantó un edificio de dos pisos que iba a ser un buen hotel pero no pudo ser por haber estallado la Revolución. El edificio está por la calle Victoria y se había proyectado para que tuviera otra entrada por la Morelos, prometía ser un hotel funcional. Es una casona de corredores y arcadas en su interior, de habitaciones altas y amplias, actualmente ocupada por la Confederación Nacional Campesina donde tiene oficinas y salones de asambleas. Varias veces el antiguo mesón sirvió de cuartel general tanto a los federales como a Francisco Villa, cuando los grandes combates. En 1925, el nuevo propietario de la finca don Longinos González arregló convenientemente los cuartos, pintando paredes y poniendo nuevos pisos, se repararon las escaleras y todo quedó listo para ponerse en servicio como hotel, pero sin saberse las causas no se logró quedando solamente como recuerdo grabado en el piso del corredor de la planta alta lo siguiente: Hotel Palacio 1925.

Los arrieros con recuas de burros cargados con atados de leña, sacos de carbón o productos del campo, llegaban a los mesones. Éstos eran amplios locales con cuartos para descanso de las personas en petates extendidos en el suelo y corrales para los animales con pesebres y pilas de agua, para los mismos. También llegaban a los mesones rancheros a caballo o tartana que se veían precisados a pasar

la noche, el último de ellos en servicio fue el que tenía don Zacarías Mendoza por la calle Escobedo cerca del mercado.

12. *Aumentan las escuelas*

Parece que fue en 1907 o 1908, cuando se abrieron otras dos escuelas oficiales que se clasificaron como número 2. Las otras dos que ya existían, es de suponer que fueron reconocidas como escuelas número 1.

Los nuevos planteles se establecieron en las esquinas de una misma cuadra de la calle Tabernillas; la de niños quedó en la esquina con la Bárcena y la de niñas en la otra con Burgos. El profesor Jesús Mena Vázquez fue el director de la escuela de niños número 2 y tuvo como colaboradores a los señores Pablo Montoya, Rodolfo Moreno, Lomas —se ignora el nombre— y el discípulo aventajado José Ochoa. De la escuela de niñas la directora fue la profesora Elena Ramírez.

Desde que se fundó la ciudad, los Lavín reservaron una media manzana por la calle Gómez Palacio entre las de San Lorenzo y del Sol, para que se edificaran escuelas. Parece que fue en 1909 cuando al fin las autoridades construyeron dos sencillos edificios de adobes, uno en cada esquina, donde se instalaron las escuelas oficiales que estaban por la plaza de armas y que fueron conocidas como las número 1. La de niños quedó en la esquina con la San Lorenzo y el personal estaba formado por el director Felipe Bonifant y los profesores Filemón Jiménez, Felipe Alvarado, Santiago Garza y Juan Manuel Palacios. Y la de niñas en la otra esquina tenía como directora a Pompeyita Mena Vázquez, hermana de don Jesús del mismo apellido, al decir algunas de sus alumnas que habían estudiado con Pompeyita, daban a entender que habían recibido una educación esmerada.

Seguían en actividad dos escuelas particulares, pero ahora eran unos buenos colegios de paga donde estudiaban los hijos de los ricos. Se localizaban aislados en las afueras de la población al final de la falda del cerro de La Pila, ellos fueron: el Instituto Lavín para niños y jóvenes sostenido en parte por la familia Lavín y el colegio del Verbo Encarnado atendido por maestras religiosas.

El director del Instituto Lavín era el competente pero tiránico profesor José Gálvez quien vivía en Torreón, siempre andaba bien vestido con bombín y bastón, los días de clase llegaba en el tranvía bajándose en la estación Cunard y se iba a pie por el terregal, renegando, echando pestes. Al andar mal los asuntos de los Lavín le retiraron su ayuda al colegio y tuvo que cerrarse y de remate fue destruido durante los combates del cerro de La Pila. Ocupaba el espacio de una manzana, aún quedan restos de las paredes de piedra de la alberca, ruinas de adobes donde fueron los salones de clases, una pileta intacta en el centro y se ve en el cerro parte del basamento donde descansaba el tinaco del agua, por supuesto que tuvo su noria con su planta de vapor para extraer el líquido. Los terrenos donde se levantaba el Instituto son actualmente propiedad del pequeño agricultor Alfredo Castellanos, las ruinas le sirven de establo y cultiva los campos aledaños.

El Verbo Encarnado quedaba a la derecha del Lavín, asistían a clases niñas y señoritas, la directora fue la madre superiora apellidada Colembenus de origen irlandés. El colegio dejó de funcionar algunos años cuando la Revolución, reabriéndose posteriormente con el nombre de Villa Matel, continuando hasta la fecha en actividad, ampliando con nuevas instalaciones en el mismo sitio.

13. *Recordar es vivir*

Don Francisco Campillo es un gomezpalatino de avanzada edad que vive en la capital de la República, hace muchos

años abandonó su ciudad natal y desde entonces no ha vuelto. Junto con sus hermanos José y Emilio que eran mayores, vivía frente al llano del parque por la calle del Retiro. Los Campillo eran pequeños agricultores, trabajaban un rancho que les daba para irla pasando decorosamente.

Don Pancho estudió en Saltillo en el colegio de San Juan Nepomuceno. De tez blanca y nariz aguileña, su larga y esbelta figura era familiar hasta cierto punto a los vecinos de la pequeña ciudad; su preparación le permitía ocupar un lugar destacado en las tertulias ya fuera en el hogar o con los amigos. En julio de 1971, escribió a su amigo Roberto González Valles una carta llena de nostalgia por el inolvidable terruño, que no resistimos la tentación de dar a conocer el siguiente fragmento:

“...cuán cierto es Roberto, que recordar es vivir, vuelvo a ver como seres vivos si no en el mundo sí en el recuerdo a don Emilio Stein el mago de la compañía de luz y de los tranvías eléctricos, veo su ferretería que tenía al final de la calle de los eléctricos rumbo a Lerdo cruzando el tajo Lavín; veo a los Arratia que trabajaban en las oficinas de la compañía de luz; veo al buen figaro Rojitas que tenía su peluquería una cuadra más hacia Torreón por la calle de los tranvías; veo la casa de ladrillos blancos de don Juan Olazábal por la acera frontal a la de las oficinas de los tranvías, precisamente frente a la carpintería del señor David Armijo que, por cierto y a manera de anuncio de su taller y expendio de cajas mortuorias tenía un monigote de madera enfrente a su establecimiento que apuntaba hacia el mismo; esto me recuerda también a don Miguel Torres condeño de don Santiago Prince de la fábrica de hilados y tejidos La Amistad, que cuantas veces pasaba por esa acera que era su camino obligado de la compañía de tranvías de la que era subdirector a la mencionada Amistad, se descubría muy atento, daba las gracias al monigote que él —don Miguel— tomaba como persona viva que le cedía la

acera y le decía buenos días o tardes según la hora. Continuando más hacia el centro, y cruzando la calle al final de la iglesia cuya calle llevaba a la fábrica de hilados y tejidos, estaba la casa que ocupaba don Santiago Prince con su familia, doña Lala, Margarita y Alfredo, casi frente a las oficinas de la misma fábrica que era un edificio de altos, de ladrillos rojos; siguiendo el mismo rumbo y por idéntica calle de los tranvías frente a la iglesia, se hallaba el colegio de don Emilio Sánchez haciendo esquina y ocupando parte de la calle de La Amistad; veo en contraesquina de ese lugar la casa de don Juan Márquez, sus hijos Amada y el hombre cuyo nombre no recuerdo pero me parece que era Juan como el del padre. Por la acera de enfrente, frente a la plaza de armas veo la casa de don Víctor Ruiz, que mucho tiempo después pasó a ser de don Máximo Álvarez y en una de cuyas casas vivió nuestro amigo y paisano Ángel Camino casi frente a la casa de don Manuel Ramírez con sus hijas Anita, Cuca, Lolita y Manuel Jr.; sigo reviviendo mis recuerdos y veo las oficinas de los señores José Varela y Pedro Ruiz Lavín; en contraesquina de estas oficinas estaba la cantina del Centro, que primero perteneció a don Juan Posada y posteriormente a don Santos Herrero; inmediata a ésta tenía tu padre Q. D. G. su taller de peluquería que, pasado el tiempo pasó a ser pollería; más adelante estaba el hotel del Centro de doña Adela Manito con sus hijos Pepe, Guillermo, Gabriel y Adela, esta última se enredó primero con don Juan Posada y después con Salvador Ateca que trabajaba en el almacén de Ruiz Hermanos, pues algo era de ellos; en la acera de enfrente, frente a las oficinas de Ruiz y Varela había una tienda de abarrotes de un español apellidado Sordo, que ahora y desde hace tiempos es de Juanito Palomas; más abajo tenía un boliche la cantina del Centro casi frente al establecimiento de tu padre; enseguida estaban las oficinas de los señores Lavín, don Gilberto, don Alejandro, don Rufinito, junta a ellas seguía la casa de la familia Lavín, don Gilberto y su esposa doña

María, don Rufino Sr. con su esposa doña Manuelita y su hijo Rufinito, don Alejandro y yo que sólo era ahijado de una hermana de don Gilberto, Asunción Lavín de Reyes y de don Gilberto; en la esquina estaba la botica La Fe de don Jerónimo Sosa donde recetaba tu tío el doctor González; cruzando la calle estaba el Sombrero Colorado de don Sixto Chávez, muy chaparrito por cierto, viviendo en una casa anexa con su esposa doña María y sus hijos Cuca y Jesús; contraesquina de la botica La Fe y frente a La Competidora estaba El Nuevo Mundo, tienda de ropa de don Marcelino Antón y que después pasó a ser de los hermanos Garmendia, por cierto que uno de ellos que siempre estuvo al frente del negocio fue fusilado en Torreón por fuerzas villistas junto con dos de sus empleados, uno de nombre Juanito por lo chaparrito y el otro Juan Manuel; junto a esta tienda que fue saqueada y quemada en la Revolución, tenía un almacén de abarrotes al mayoreo don Jesús Rocha con quien trabajaban Onofre y Luis de la Mora hijos de don Onofre; en la esquina estaba el Banco Minero del que era gerente don Francisco P. Venzor. Cruzando la calle de los tranvías, y en la mera esquina existía el Banco de Durango que por cierto el cajero era un señor muy alto de nombre Antonio; frente a éste estaba la tienda de ropa y calzado de don Diódoro Sánchez, y más adelante estaba la cantina La Bohemia de don Alejandro Martínez que tenía tres hijos varones y dos señoritas: los primeros Manolo, Pepe y Alejandro, y las segundas eran María y Raquel; de su esposa no recuerdo el nombre; volviendo a la acera de enfrente del Banco Minero tenían los almacenes y oficinas de la casa Ruiz Hnos., don Víctor, don Manuel, don Dámaso y don Daniel este último era el padre del Chato Daniel Gutiérrez conductor de los ferrocarriles; en la esquina de esta cuadra rumbo a la estación, existió el almacén de mayoreo y oficinas de Castillo, Irún y Castillo, que la componían don Celedonio, su hermano Paco y el señor Irún, posteriormente por haber fallecido el señor Irún

siguió operando bajo la razón social de Castillo y Garde, ambos españoles residentes en Lerdo. Aquí termino con esta calle...”

La calle que le evoca tantos recuerdos al señor Campillo, es la actual Independencia, y su relato se ha dado a conocer tal como él lo escribió. Esa calle era entonces la avenida Hidalgo.

14. *Club Lagunero*

En 1907, los hombres importantes de la comunidad se reunieron para formar una sociedad para construir un local o centro social, que sirviera a los socios y sus familias para reuniones diversas. La sociedad recibió el nombre de Club Lagunero y las personas que ingresaban como socios, tuvieron que adquirir determinado número de acciones y seguir pagando una cuota fija mensual. El industrial Juan Brittingham obtuvo buena cantidad de acciones y fue el gran impulsor para que el club social fuera un hecho. En ese mismo año comenzaron las obras frente a la plaza de armas y se terminaron en 1908, el señor Brittingham fue elegido presidente del primer consejo de administración.

Un día de 1908, el Club Lagunero fue inaugurado con un gran baile al que asistieron las familias más encumbradas de la comarca, con el tiempo el Lagunero se transformó en un centro social importante. El club era un bonito y sencillo edificio, revestido de ladrillos blancos refractarios, de ventanales con balcones de hierro forjado y puertas labradas hechas de cedro o caoba, una redonda bombilla eléctrica colocada sobre la entrada y que tenía con letras negras el nombre del centro social, le daba una apariencia original.

Durante la Revolución el Lagunero permaneció cerrado, una vez sirvió de cuartel a las tropas villistas, las caballerías pasaron por una entrada que había por la calle Centenario y acamparon en un solar que tenía el club en la

parte de atrás, en el centro del terreno se veía una noria.

Sin saberse por qué, la finca fue embargada por el prestamista Antonio Rendón, que en 1917 o 1918 en sociedad con su yerno Samuel Piñones abrió el local como cine Juárez, exhibiendo películas silenciosas haciéndole competencia al teatro Unión que se había transformado en cinematógrafo.

A principios de 1920, el Club Lagunero fue rescatado de las manos del prestamista, reorganizándose completamente viniendo sus mejores años. En esa época, de nuevo sus salones se vieron concurridos, ausentes los grandes industriales y comerciantes de antaño, el club se democratizó un tanto porque ahora eran socios altos empleados de la jabonera y los nuevos ricos, agricultores españoles y mexicanos.

El Lagunero en ese tiempo era un centro muy exclusivo, era difícil que una persona ajena a la organización asistiera a sus reuniones, salvo desde luego cuando alguien era invitado por uno de los socios.

Entrando a la derecha, estaba el bar y mesas de billar, después seguía un largo salón donde pensaban instalar unos boliches que nunca pusieron. Al lado izquierdo se veía la biblioteca con su larga mesa rodeada de cómodos sillones, donde por las noches los socios se sentaban a leer los periódicos que llegaban de la ciudad de México. En medio, había un amplio salón de baile con arcos en la pared de enfrente que tenía un balcón donde se colocaban los músicos en las noches de saraos. Por ese tiempo, en el terreno baldío, de atrás, que una vez ocuparon las tropas revolucionarias se levantó otro salón y al tumbarse la pared que los separaba, quedó un largo espacio dividido en dos secciones con sus respectivos techos de lámina, inclinados a dos lados.

Sin duda que don Juan Brittingham era el sostén donde descansaba la importancia del club, al abandonar el industrial la comarca, el centro social inició su decadencia. Dicen que antes hubo una escisión entre los socios, cuando un grupo de agricultores encabezados por don Pedro Franco

Ugarte se separaron del Lagunero y fundaron el Casino Gómez Palacio en un vasto local que acondicionaron, donde después estuvo el hotel y restaurante del chino José Lee frente a la plaza de armas por la Centenario.

El Club Lagunero siguió en picada, los antiguos socios que se creían la gran cosa no aceptaron a los que según ellos no eran de su rango, y la nueva clase media salida de la Revolución se vengó de ellos, comenzando a organizar centros sociales no tan exigentes; así nacieron la Sociedad Mutualista Amado Nervo, El Churubusco, El Cedas y otros clubes. En el Lagunero la cosa siguió de mal en peor al convertirse en cantina pública y celebrarse bailes de paga, con sus consecuentes escándalos. Por años el club ha permanecido virtualmente abandonado, ha sido una lástima porque como quiera que sea representa una época de la vida citadina. A fines de marzo de 1979 el Club Lagunero comenzó a ser echado abajo para levantar en el lugar las oficinas gubernamentales del Estado.

15. *Jefes políticos*

No se sabe cuándo comenzaron a nombrarse jefes políticos locales, ha de haber sido después de 1905 cuando la ciudad dejó de estar bajo la autoridad de Lerdo al crearse el municipio de Gómez Palacio. Tampoco se ha establecido con certeza quiénes fueron los jefes políticos que desempeñaron ese puesto hasta antes de la Revolución y que a su triunfo desaparecieron. Se decía que don Antonio Montemayor había sido uno de ellos y otro fue un señor González que una temporada trabajó de tenedor de libros del agricultor Silvestre Faya, de esos nombramientos no hay plena confirmación y se ignora si hubo otros jefes políticos. Del que sí hay antecedentes es del señor Francisco P. Venzor porque era el jefe político al desencadenarse el movimiento, por lo tanto fue el último que tuvo Gómez Palacio.

Los jefes políticos del sistema porfirista gozaban de mala fama, apoyados por los rurales y las acordadas cometían abusos con los desvalidos protegiendo los intereses de los poderosos, eran además crueles y atrabiliarios. Afortunadamente algunos de esos funcionarios fueron vecinos de Gómez, como el señor Jesús Vargas y el licenciado Francisco G. Álvarez que se preocuparon por el mejoramiento de la población, y no cometieron abusos.

16. *La vida antes de 1910*

Según el censo nacional efectuado en 1900 la ciudad contaba aproximadamente con 10 mil habitantes, pero aseguraban que eran más, porque las personas encargadas de levantar los datos no tomaron en cuenta barrios enteros debido a que las casas estaban demasiado esparcidas y les dio flojera visitar una por una. Se calculaba que para 1910 Gómez Palacio tendría más de 15 mil habitantes, porque el censo efectuado en 1921 arrojó la cantidad de 20 mil 753, a pesar de la pérdida de gente que sufrió la población, tanto por los que se fueron durante la Revolución y no regresaron por diversas causas, ya sea porque murieron en la pelea o se quedaron en otras tierras y los que emigraron cuando comenzaron a cerrarse industrias y comercios.

La población estaba formada por las tres clases sociales proverbiales: la alta, la media y la baja. La alta, los que poseían todo, estaba compuesta por los ricos hacendados, dueños y altos empleados de las industrias, propietarios de bancos y grandes almacenes, la mayoría extranjeros. Por aquellos años el lenguaje popular llamaba a la clase media la de medio pelo, que más o menos la pasaba porque ganaba lo suficiente; en realidad esta clase no existía y con reserva podría decirse que la formaban unos cuantos: los pocos profesionistas, empleados importantes y obreros calificados del ferrocarril y otras industrias, dueños de peque-

ños ranchos, de modestas factorías y comercios, administradores de haciendas; se estimaba que este grupo percibía salarios o ganancias según el caso de 50 a 200 pesos mensuales. En la clase baja que los ricos llamaban con desprecio los pelados, es decir los pobres, los necesitados de todo, estaban los peones del campo y de la ciudad, maestros de escuela, escribientes municipales, dependientes de comercio, artesanos, etc.; casi todos trabajaban doce horas diarias de sol a sol como se decía entonces, ganaban desde 25 centavos por día los peones de ranchos y haciendas, 37 los de la ciudad y 75 centavos que les pagaban a carpinteros y albañiles.

Antes de 1910, el maíz costaba cinco centavos el litro que se despachaba en un cajoncito de madera, había otras medidas de más capacidad como los almudes y cuarterones, el kilo de frijol valía 8 centavos, el trigo 11, y el azúcar 12, igual que el arroz. En los meses que se levantaban abundantes cosechas los precios bajaban y entre los comerciantes no existía la rapacidad de los de ahora.

A pesar del bajo costo de las mercancías y que las rentas de las casas no eran elevadas, los salarios no alcanzaban para cubrir el gasto familiar, los pobres vivían miserablemente en contraste con el despilfarro en lujos de los opulentos. Las diferencias sociales estaban tan marcadas en el trato cotidiano, que los pobres cedían el paso a los ricos en las aceras, quitándose el sombrero.

La situación de los campesinos con sus 25 centavos de sueldo al día era más desesperante, sin embargo, justo es decirlo, estaban en mejores condiciones que los peones agrícolas de otras partes del país; el trabajo no escaseaba, en tiempos de levantar las cosechas faltaban brazos para esas faenas, por lo que cada año llegaban braceros de los estados cercanos y se llamaba a esto las bonanzas de La Laguna. Sin decir que estaban en Jauja, los peones del Perímetro Lavín y de otras haciendas, no eran tan explotados como

en otros lugares, las tiendas de raya eran más liberales y casi no había peones acasillados endeudados para toda la vida; los hacendados procuraban de esa manera retener a sus trabajadores.

Las clases sociales de aquellos años, mantenían sus preocupaciones políticas bien definidas. Los ricos y los pobres que se decían decentes eran reaccionarios hasta los huesos y apoyaban al régimen de la dictadura; los primeros porque eran los más beneficiados con el sistema y los segundos estaban influenciados por los sermones de los curas. Los demás pobres y los pocos de la clase media simpatizaban abiertamente con el movimiento revolucionario que ya se anunciaba; los hombres más preparados de esos grupos organizaron a los descontentos y dirigían los trabajos de las juntas secretas maderistas. Cuando la noche del 20 de noviembre de 1910 el pequeño grupo rebelde se levantó en armas, estaba integrado por elementos de esas dos clases sociales: campesinos, obreros, empleados, pequeños comerciantes y agricultores.

CAPÍTULO III

[1910-1919]

1. *Fiestas del Centenario*

El 15 de septiembre de 1910 se cumplían 100 años de haberse lanzado el Grito de Independencia por el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores. Para celebrar este acontecimiento el gobierno de Porfirio Díaz ordenó que de acuerdo con sus posibilidades, desde el más humilde pueblo hasta en la encumbrada metrópoli se organizaran fiestas conmemorativas llamadas del Centenario. Cuentan las viejas crónicas de los periódicos que las fiestas de la capital de la República fueron fastuosas, deslumbrantes. Sin duda que fue el canto del cisne del sistema.

A la junta patriótica local le tocó organizar los sencillos festejos del Centenario en la ciudad. El presidente de dicha junta era el listo litigante Dionisio Reyes que al mismo tiempo era la cabeza de la conspiración citadina, que siguiendo en sus ideas al señor Madero, trataban de acabar con los treinta años de explotación a los humildes a quienes miraban como animales. Don Nicho —como así llamaba la gente al señor Reyes— para cumplir con su cometido contaba con la ayuda de otros miembros de la junta que eran los señores Francisco Amparán, Juan Pablo Estrada

y Ezequiel Guillén, cabe decir que estos hombres también formaban parte del grupo de conspiradores.



Calle Rascón ahora Victoria.

El 16 por la mañana los integrantes de la junta patriótica con un ancho listón tricolor cruzado sobre el pecho —como los presidentes—, encabezaron el desfile junto con las autoridades municipales que prestaron todo su apoyo para la celebración de las modestas fiestas, seguía la banda de música de los obreros de La Amistad, luego los soldados del resguardo marchando marcialmente acompañados del estruendo de tambores y clarines, enseguida los niños de las pocas escuelas que entonces existían y finalmente dos o tres carros alegóricos tirados por mulas, en uno de ellos una jovencita representaba a la Patria. Por la tarde en la

alameda hubo palo, barril y marrano ensebado y por la noche serenata y fuegos artificiales en la plaza de armas.

Como un número especial de las festividades patrias, efectuaron las autoridades el cambio de los nombres españoles que tenían las calles por otros nombres que tuvieron que ver en las luchas libertarias de la Independencia y la Reforma y una calle se llamó Santiago Lavín recordando al fundador de Gómez Palacio. Éstos fueron los cambios efectuados:

Nombres anteriores

San Gabriel
Juárez
Santander
Hidalgo
Cerviago
Tabernilla
Retiro
Sol
San Lorenzo
Terragona
Pelayo
Ampuero
Aedo
Rascón
Gómez Palacio
Bárcena
Burgos
Escorial
Donceles
5 de Mayo
Granada
Santa Adela
Cambio

Nombres nuevos

Durango
Constitución
Santiago Lavín
Independencia
Centenario
Zaragoza
Juárez
Ocampo
Escobedo
Patoni
Degollado
Ferrocarriil
Allende
Victoria
Morelos
Hidalgo
Mina
Nicolás Bravo
Aldama
Rayón
Abasolo
Trujano
Lic. Verdad

De los antiguos nombres españoles, sin saberse la causa quedó la del Retiro que se puso a la última calle del barrio del Pueblito y que actualmente es la Fleming en recuerdo de uno de los doctores ingleses que descubrieron la penicilina.

En los días de la Revolución, probablemente en 1914 algunas calles sufrieron modificaciones en sus nombres como la Ferrocarril en lo sucesivo se llamó Francisco I. Madero y la de Durango se le cambió a 20 de Noviembre. La calle por donde venía la espuela ferroviaria a los patios de La Amistad recibió el nombre de González Ortega y la calle siguiente a la Degollado al sur, fue la Mártires en memoria de los primeros revolucionarios que murieron en 1910 cuando se levantaron en armas y finalmente el callejón del barrio del 90 se llamó Dionisio Reyes recordando al luchador.

Durante varios años las calles Juárez e Hidalgo fueron las dos únicas avenidas en la ciudad, servían de eje, dividiendo la numeración de las casas de poniente a oriente, de norte a sur.

2. *La Revolución*

Poco antes de la medianoche del domingo 20 de noviembre de 1910, un reducido grupo de hombres comandados por el tranviario Jesús Agustín Castro, irrumpió por las calles solitarias de Gómez Palacio gritando: ¡Viva Madero!, levantados en armas contra el gobierno de don Porfirio Díaz, igual como lo hicieron otros hombres en otros lugares del país.

El pueblo se lanzó a luchar contra la dictadura para acabar con el injusto trato, para acabar con los abusos y la miseria, especialmente para mejorar las condiciones de vida de los peones del campo. Perecieron en la lucha, alrededor de un millón de campesinos hasta lograr el triunfo de la Revolución Mexicana. Sin embargo, el movimiento que

en su esencia fue campesino, fue desviado por los caudillos burgueses que quitaron de la mesa del poder a los reaccionarios y sentaron con la etiqueta de revolucionarios. Por eso a pesar de los avances logrados, millares de familias continúan sufriendo hambre al carecer de trabajo, agravada la situación con el aumento desbordante de la población. Otra vez se vuelve a repetir la historia y como en tiempos de la dictadura, unos cuantos explotadores son los dueños de la riqueza, mientras las clases populares se debaten en la miseria.

Los rebeldes levantados en armas se apoderaron de la cárcel municipal acabando con la única resistencia gubernista siendo dueños de la ciudad por el espacio de algunas horas y por el camino real se alejaron rumbo a Lerdo, en el Puente Blanco de las grandes acequias fueron alcanzados por los soldados de la Federación y puestos en fuga, los rebeldes se dispersaron por los cerros vecinales poniéndose a salvo. Meses más tarde, regresaron transformados en audaces guerrilleros, logrando apoderarse de las poblaciones laguneras, esto sucedió en 1911.

Gómez Palacio es considerada por algunas personas, una de las ciudades importantes dentro del desarrollo de la Revolución. Desde antes de 1910, se reunían los descontentos con el régimen porfirista preparándose para la lucha ya inminente y como ya se dijo fue uno de los lugares donde la gente se levantó en armas. La población sufrió bastante en los días de los grandes combates: destrucción, hambre y muerte. Bombardeo de los cañones tanto federales como revolucionarios, incendios y saqueos de comercios, falta de suficientes alimentos y colas para recibir un pan, un puñado de maíz, un puñado de frijol. Muertes de los pacíficos vecinos en las calles y montones de cadáveres en los lugares de las batallas en el cerro de La Pila y frente a las bardas de la jabonera y de la casa redonda; finalmente enormes hogueras en las orillas de la población, a donde se arrojaban

cuerpos de hombres y caballos que habían perecido en la contienda.

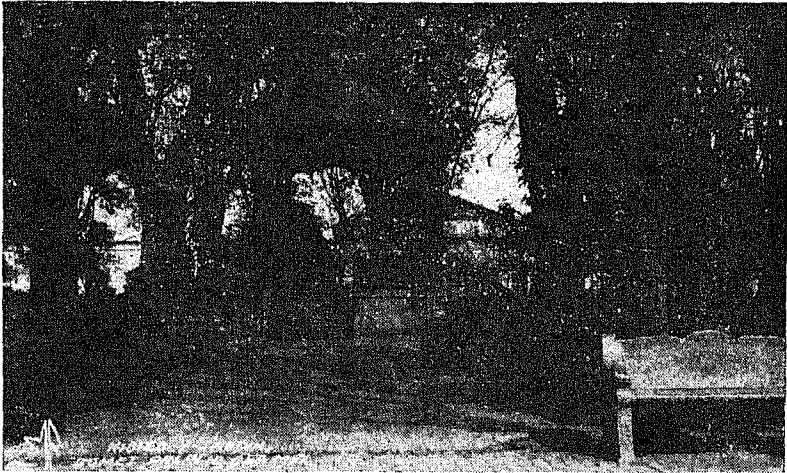
En el cerro de La Pila tuvieron lugar, para muchos, los combates más sangrientos de la Revolución. Es un cerro pelón, con poca vegetación de cerca de un kilómetro de largo que se levanta al norte de la ciudad, en los últimos años han plantado algunos pirules que han crecido alrededor de la pila —de ahí le viene el nombre— o depósito de agua que está en la parte alta. Antes el cerro quedaba más allá de los suburbios de la población, ahora ya lo dejó muy atrás el caserío.

Fue a mediados de marzo de 1914, cuando 2 mil hombres al mando de generales de Pancho Villa se lanzaron sobre el cerro de La Pila, defendido por más de 500 federales desde parapetos y loberas de cal y canto. Siete veces los revolucionarios atacaron y siete veces fueron rechazados, los combates cuerpo a cuerpo eran a vencer o morir; al fin cerca de la madrugada los atacantes lograron apoderarse de las primeras trincheras y sigilosamente los defensores abandonaron las posiciones con tanto empeño defendidas. Los soldados villistas con el rifle en la mano llenaron una de las páginas más brillantes de la lucha revolucionaria, marcando el principio del fin de los enemigos del pueblo. Hay el proyecto de levantar —en una glorieta no lejos de la falda del cerro— un monumento a Pancho Villa, que servirá de recuerdo a los habitantes de la ciudad que tantas veces conquistara.

3. *La plaza de armas*

Cuando los arbolitos y las plantas estaban creciendo en la plaza de armas, hubo necesidad de colocar una cerca de alambre alrededor del jardín para protegerlos, porque los burros que andaban sueltos se metían a los prados, causando destrozos.

Con el tiempo árboles y matas se desarrollaron y ya entonces en los andadores se habían puesto pisos de ladrillos de El Pinto, también se había levantado en el centro del paseo el quiosco de madera pintado de alegres colores y su barandal de hierros retorcidos. Años más tarde, los andadores se vieron adornados de fresnos y los prados sembrados de violetas circundados por macizos de rosales, pequeñas corrientes de agua derivadas de la acequia municipal regaban todo aquel verdor. Bandadas de chanates de brillante plumaje negro y chileros grises tenían sus nidos en las ramas altas de los árboles, al amanecer y al anochecer de todos los días revoloteaban en las copas de las arboledas piando sin descanso, haciendo tal algarabía que aturdió los oídos y con gran disgusto de los paseantes, las bandas del jardín público se cubrían de blancos desperdicios de los alborotadores pájaros.



Plaza de armas

La plaza era el lugar favorito de reunión de los habitantes de la pequeña población, en los días calurosos del verano era grato pasear o sentarse bajo las frondas de los corpulentos fresnos que entonces crecían, y en las noches de serenata y en los días festivos las bandas de música de los trabajadores de las fábricas y después la banda del municipio se acomodaban en el quiosco y daban vuelta a su repertorio: valsés como Dios nunca Muere, Recuerdo, Sobre las Olas, etc., alegres marchas como de Torreón a Lerdo y pasodobles españoles. Las familias se sentaban en las bancas de la plaza, en tanto que las señoritas paseaban en los andadores en una dirección y los jóvenes en sentido contrario, intercambiando los novios cartas de amor en sobres rosas o azules y los pretendientes regalaban perfumadas gardenias a las muchachas que traían entre ojos.

En las noches de fiesta nacional, particularmente los 16 de Septiembre, la plaza de armas lucía como nunca, más iluminada que de costumbre por hileras de foquillos multicolores pendientes de árbol a árbol, adornados con banderitas tricolores de papel de china. Esas noches se daban cita en el paseo las clases populares porque era su única oportunidad en todo el año de poder libremente desahogar su rencor contra la injusticia gritando: "Viva México, mueran los gachupines" que sin duda, tenía otro significado. Además era noche de estreno de los pobres, los hombres lucían pantalones de dril o caqui, camisas subidas de color, algunos por primera vez se ponían zapatos rechinadores y sombreros de fieltro llamados de panza de burro que con la más ligera llovizna perdían su forma; las mujeres por su parte estrenaban vestidos de percal, rebozos de bolitas, zapatillas de charol. Ellos y ellas, olvidaban sus penas por unas horas, alegres se paseaban alrededor de la plaza al acorde musical de la banda, sosteniendo combates de confeti y serpentinas, mientras los cohetes se elevaban al firmamento desbaratándose en múltiples colores.

Desde las fiestas del Centenario en septiembre de 1910, la plaza de armas se llamó en lo sucesivo Plaza Juárez, en memoria del patricio.

4. *Parque Morelos*

La antigua alameda González Cosío a partir de 1910 se conoce como Parque Morelos, estaba apretada de árboles y plantas de flores. Tenía su quiosco de madera que se cayó de viejo carcomido por la polilla, unos cuantos focos de luz legañosa medio alumbraban el lugar donde estaban colocados.

El parque siempre permanecía solitario durante el día, de noche pocas personas se atrevían a cruzarlo porque decían que espantaban, al sonar la última campanada de las doce en el reloj municipal se aparecía un perro grandote arrastrando una cadena. Los muchachos más valerosos de las palomillas que iban al parque, varias veces llegaron a ocultarse entre los arbustos hasta después de la medianoche para ver al perro, que nunca apareció.

Los domingos por la tarde era cuando el parque se veía más concurrido, al asistir las familias a escuchar la audición de la banda de música que tocaba unas cuantas piezas, aprovechando los chamacos para correr por los andadores. Después volvía el silencio y la soledad en el paseo.

Pero en los días de celebración de las fiestas patrias, los espacios del parque eran invadidos por la muchedumbre. En el llano de enfrente, en la manzana donde años después se levantó la escuela 18 de Marzo, se colocaban palo y barril ensebado con prendas de vestir y sacos harineros con mercancías, puestos en lo alto del poste y en un extremo de la barra por donde se deslizaba el barril; éste tenía un agujero en el centro y el aspirante al premio se montaba a horcajadas sobre el barril, impulsándolo suavemente hacia la meta. La subida al palo ensebado es sumamente difícil tanto o más como la hazaña del barril, después del fracaso de algunos candidatos llegaba Alejandro el hijo mayor de don Cenobio Castro y con rara habilidad, en un dos por tres se trepaba al resbaladizo poste.

También se soltaban entre la multitud, pequeños cerdos rapados para quitarles las cerdas del cuerpo al que embarraban de sebo, los que lograban capturarlos era seguro que al día siguiente en sus hogares, la familia comería chicharrones. Asimismo, se celebraban carreras en costales, zancos y burros, en medio del regocijo popular.

5. *Camino real*

La antigua y angosta carretera de tierra suelta que la gente llamaba en aquel tiempo el camino real, se extendía desde el parque Morelos hasta las primeras huertas de Lerdo, todo su trayecto estaba bordeado de álamos y fresnos, a un lado corrían las aguas de la acequia alimentadora y del otro lado circulaban los tranvías de mulitas, cuando estuvieron en servicio.

De las compuertas del tajo de La Línea hasta Lerdo, el camino se dividía en dos partes: el de arriba y el de abajo, en el primero que era la continuación de la carretera transitaban coches y carruajes grandes y chicos, en el nivel más bajo, carros y carretones cargados de mercancías y otros productos.

El camino real cruzaba el tajo de La Línea sobre un puente de madera, debajo estaba el vertedero de las compuertas que le decían "el remance" quizá por decir remanso. En ese lugar la corriente del canal se dividía en tres, la de los tajos San Antonio, San Román y Lavín que era la continuación del de La Línea. Al salir las aguas de las compuertas lo hacían en forma de torrente, precipitándose en los canales para regar grandes campos de labranza.

Arriba donde terminaba el puente, la gran acequia se dividía en dos, la municipal que continuaba a un lado del camino real para Gómez Palacio y la otra que partiendo a la derecha regaba las labores que se extendían desde el tajo de La Línea hasta Santa Rosa vieja. Estas acequias en su



A principio de los años 20' el camino real fue petrolizado.

recorrido, por pequeños canales secundarios surtían agua a industrias, huertas y hortalizas.

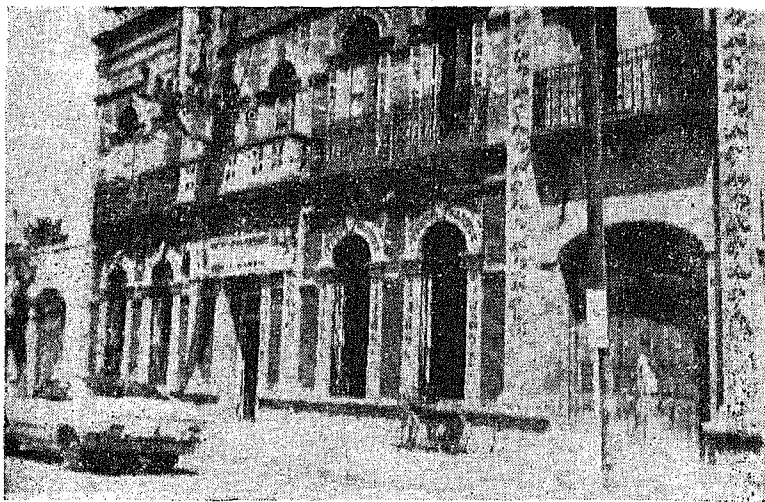
6. *Casas de ladrillos de El Pinto*

La ladrillera de El Pinto fabricaba ladrillos refractarios. Pues bien, las principales casas que se levantaron en aquel tiempo estaban construidas o revestidas sus paredes exteriores con esos ladrillos. Son casas de habitaciones amplias y altos techos, con ventanas altas protegidas con rejas iguales y que se alzan a pocos centímetros del suelo. En sus interiores hay corredores de arcadas y las habitaciones abren sus puertas hacia ellos; en el centro se ven patios con pisos de mosaicos o jardines con una fuente en medio. Algunas fincas tenían sótanos donde guardaban los vinos franceses,

cocheras para los carruajes y en los traspatios caballerizas para los animales.

Son numerosas las casas de esas características que hasta la fecha se han conservado, construidas sólidamente, de perfiles propios, hechas la mayor parte por el ingeniero Kissinger. Afortunadamente ninguna ha sido destruida, algunas han sido modificadas en parte de sus frentes y es posible que otras hayan sufrido alteraciones en sus interiores.

Las dos casas de ladrillos rojos y blancos conocidas como de las banquetas altas, situadas en dos esquinas, una frente a la otra en las calles Santiago Lavín y Allende, fueron sus propietarios los comerciantes españoles Ulpiano y Antonio Ruiz Lavín.



Casa de don Silvestre Faya.

En la esquina de Independencia y Mina, hay una finca de ladrillos y remates blancos que actualmente ocupa la Academia Comercial Pittman. Esa casa fue construida por

don Juan Olázabal donde vivió algún tiempo, después la ocupó el comerciante Joaquín Negrete y finalmente vivió en ella el agricultor Luis Reyes Spíndola, habitándola por muchos años hasta su muerte.

El señor Pedro Franco Ugarte dueño de la empresa agrícola El Porvenir y Anexas, vivía con sus familiares en un conjunto de casas que en aquel tiempo se consideraban hermosas. Están construidas con ladrillos rojos y tienen remates y adornos de cantera, ocupan toda la media manzana situada por la calle Zaragoza, entre las de Mina y Nicolás Bravo.

Frente a la plaza municipal por la calle Independencia está la casa que fue de los hermanos Ruiz: Víctor, Manuel, Dámaso y Daniel, y que después fue propiedad de don Máximo Álvarez. Era una bonita residencia de ladrillos rojos, columnas blancas y amplios ventanales con balcones, desgraciadamente ya no tiene la agradable apariencia de antaño al quitarse las ventanas y poner un feo arco frontal que permite la entrada a un restaurante establecido ahí.

Posiblemente la mejor casa que se levantó en aquellos años fue la del agricultor español Silvestre Faya. Consta de dos pisos, construida con ladrillos rojos, sus doce ventanas tienen columnas y arcos de cantera, las del piso superior con balcones protegidos con artísticos barandales de hierro. Arriba, en el centro de la cornisa tiene entrelazadas las iniciales del nombre del propietario una S y una F, y sobre el marco de la cochera en la parte alta, la fecha 1912, año en que se terminó la hermosa construcción. El edificio está ubicado por la calle Morelos y en una ocasión estuvo una perfumería, quedando su anuncio de gas neón sin encenderse ya nunca, como recuerdo.

Caminando por las calles y poniendo atención, aún se ven varias de esas fincas de ladrillos rojos y blancos, donde vivían con sus familias los hombres importantes; como la casa que fue de don Juan Balderrama situada en la esquina donde se juntan las calles Morelos y Degollado, construida

con ladrillos rojos y adornos de cantera blanca, y que arriba con los números 1911 recuerda el año que se construyó en medio de esa finca se levantó el frente de una vivienda pretendiendo ser modernista, rompiendo la armonía de la construcción. El doctor de la fábrica La Amistad, señor Jesús María González era propietario de una casa de ladrillos que está por la calle Zaragoza, entre Victoria y Allende. A cuadra y media de la plaza de armas por la Victoria se encuentra la finca que perteneció al doctor Enrique Viesca Lobatón y que arriba señala la fecha de 1910, ahí en una ocasión estuvo el hospital civil. Existen más casas antiguas, pero hemos dado a conocer las principales.

Respecto a otra clase de construcciones, se encontraban el Club Lagunero y el almacén de don Librado Martínez que originalmente estuvieron revestidos de ladrillos blancos que fueron quitados y las paredes enjarradas de mezcla y sus ventanales transformados. Aún se conserva intacto el edificio donde una vez estuvo el Banco de Nuevo León en la esquina de las calles Independencia y Allende.

Existían también algunos chalets rodeados de jardines, la mayoría han desaparecido quedando solamente uno ruinoso que está por la calle Madero, donde se ha establecido un taller de reparaciones de llantas para autos, y el que don Luis Madrigal construyó posteriormente en Independencia y Mina, ruinoso y abandonado.

En la parte sur de la ciudad se levantan dos casas de cantera que durante muchos años permanecieron aisladas del resto de la población.

7. *Agua potable*

En aquel tiempo no había redes de agua potable ni drenaje en la ciudad. Pequeñas pipas sobre dos ruedas tiradas por uno o dos caballos, recorrían lentamente las calles empedradas y polvorientas entregando el agua a domicilio.

Los aguadores llenaban sus pipas de los depósitos de las norias de los señores Alejo Reyes y Francisco Reynoso, que en opinión de las amas de casa era la mejor agua porque no era dura. Las bombas de las norias de los mencionados señores trabajaban día y noche, para que nunca faltara agua.

El líquido se acarreama en botes que antes habían sido recipientes de manteca o de alcohol, eran de hojalata y tenían un travesaño de madera que servía para cogerse. Los botes llenos de agua costaban dos centavos cada uno y los aguadores los llevaban hasta donde estaban las sudorosas tinajas de barro y ahí vaciaban el agua. En otros hogares tenían destiladeras que era una especie de tinaja de piedra porosa que descansaba en un armazón de madera, donde el agua se filtraba gota a gota cayendo a un depósito colocado debajo. Esa agua era para tomarse o para preparar los alimentos.

Aunque la mayoría de los vecinos se surtía de agua de las pipas, había muchos que en sus casas tenían norias ademadas con ladrillos hasta la superficie del agua, la que extraían del fondo de los pozos por medio de un "burro" que así llamaban a un tambor cilíndrico de madera sostenido por un cigüeñal, que a su vez descansaba en dos pies derechos colocados en el brocal de la noria. En el tambor se enrollaba una soga en cuyo extremo se amarraba una tina o un bote que se bajaba hasta el fondo y al llenarse de agua era izado dando vueltas al cigüeñal. Otras personas sacaban el agua por medio de una carrucha sujeta a una viga sostenida por dos palos en las bocas de las norias, que se hacía bajar y subir con las manos, dejándola correr y después jalándola.

Tiempo más tarde, comenzaron a instalarse en las norias bombas de mano que facilitaban la extracción del agua, la que era almacenada en tinacos colocados en las azoteas; también se veían algunos papalotes o molinos de viento que como se sabe al impulsar el aire sus aspas, ponen en movimiento un mecanismo que absorbe el agua y es subida por tubería a la superficie.

Por lo que respecta a los vecinos acomodados que contaban con energía eléctrica en sus casas que eran unos cuantos del centro, algunos tenían bombas impulsadas con corriente o bien por medio de motores de combustión interna que ya habían comenzado a ponerse a la venta en los almacenes. En cuanto a las industrias contaban para sus necesidades con norias propias accionadas por bombas de vapor y algunas se proveían también de agua de las acequias.

Era muy común por aquellos días, ver por las calles a hombres transportando agua en dos botes sostenidos, uno en cada extremo de un palo que descansaba en los hombros del acarreador.

En las acequias, todo el año corría el agua y de ahí se proveían las mujeres para lavar la ropa, regar los frentes de sus casas, los jardines interiores y las plantas en las macetas.

8. *Drenaje*

Tampoco existía el drenaje que actualmente conocemos. Era suplido construyendo letrinas o fosas sépticas en el fondo de los corrales de las casas, las que en su gran mayoría los tenían porque entonces las viviendas contaban con amplios espacios.

Los propietarios que tenían bombas para extraer el agua de sus norias fuera de las clases que fueran, acondicionaban baños y servicios sanitarios más o menos como los actuales; las aguas negras iban a parar a las fosas sépticas que estaban revestidas de paredes de ladrillos y en el fondo ponían capas de arena y cisco de carbón, por donde se filtraban las aguas al subsuelo.

Las casas que no contaban con esa clase de fosas, construían letrinas llamadas excusados que eran unos pozos comunes y corrientes con una tarima encima y una especie de banca con agujeros, donde se sentaba la gente a hacer

sus necesidades. El pozo al medio llenarse de materias fecales, en altas horas de la noche —hombres acostumbrados a esa ingrata labor—, sacaban los desperdicios y en carretones, los tiraban lejos de la población. Los vecinos noctámbulos cuando divisaban una linterna oscilando al vaivén del carretón, decían para sus adentros: “Ahí va el caballo”.

9. *Limpieza municipal*

La recolección de basura se efectuaba todos los días, pequeños carros de dos ruedas uncidos a un caballo viejo o dos burros pasaban por las calles, los peones de limpieza sonaban la campanilla peculiar anunciándose para que las amas de casa oportunamente sacaran las recipientes de basura a la orilla de las banquetas. Por bando municipal se obligaba a los vecinos, que todos los días barrieran las banquetas del frente de sus casas, multando a los que no lo hacían. Sería por el bando, o porque la gente de antes era más hacendosa o por otra causa, el caso es que la ciudad no se veía tan sucia, a pesar de que no estaban pavimentadas las calles.

En la zona empedrada, donde estaban la mayoría de los comercios y las residencias más importantes, efectuaban la limpieza de las calles cuadrillas de correccionales llamadas fajinas, formadas por los borrachines que se quedaban tirados en la vía pública o por gente pobre que por alguna causa había sido llevada a la cárcel y como no tenían para pagar la multa impuesta, una mañana de tarea era el castigo para los infractores de la ley. Los fajineros, al cuidado de gendarmes que la hacían de capataces, con ramas de arbustos que les servían de escobas, dejaban las calles empedradas luciendo de limpieza; asimismo las cuadrillas hacían el aseo de los jardines públicos.

Los pequeños carretones municipales de la basura, prestaron un gran servicio a la comunidad, cuando en 1918 la

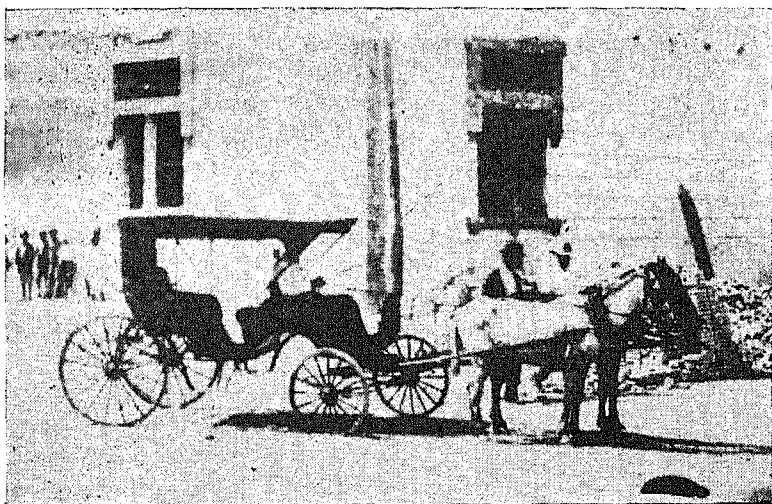
influenza española causó centenares de víctimas en la comarca; por espacio de varias semanas, todas las noches desde al oscurecer los carretones recorrían las calles recogiendo cadáveres, cooperando de esa manera a evitar que el contagio se propagara.

10. *Coches de alquiler*

Por aquellos años todavía no se conocían los vehículos movidos por motores de combustión interna como la gasolina y el diesel, todos los vehículos usados entonces eran tirados por animales: ya fueran caballos, mulas o burros.

El transporte público urbano estaba a cargo de coches de alquiler, que tenían sus lugares donde encontrarlos en caso de necesidad, llamados sitios. Esos carruajes eran hechos en Estados Unidos, todos del mismo tamaño, diseño y pintados de negro; eran de cuatro ruedas tirados por dos caballos, tenían dos amplios asientos uno frente al otro, donde cabían holgadamente dos personas robustas en cada uno de ellos, o en su lugar se acomodaban hasta tres pasajeros delgados en cada asiento; los usuarios en las dejadas o viajes largos no sentían molestias a pesar de que las calles carecían de pavimento, porque las carrocerías descansaban sobre largas muelles de acero de múltiples hojas. Adelante estaba el asiento del cochero donde cabía otro pasajero o bien acomodaban el equipaje o bultos de los clientes. A cada lado del asiento del conductor se colocaba una farola de petróleo que encendían al oscurecer; el cochero usaba un largo látigo para hostigar a los animales y tirarles chicotazos a los muchachos coleros que se trepaban en la parte trasera del coche. Los accidentes de estos vehículos eran raros porque los caballos iban al trote, sin embargo, de cuando en cuando se desbocaban y el coche iba dando tumbos por las calles, hasta que los animales cansados se paraban.

Esos coches de sitio eran más grandes que los que todavía siguen prestando servicio en algunas ciudades del interior del país. El precio de los coches era de 700 pesos pagados en abonos, adquiridos por conducto de la agencia Wells Fargo que asimismo manejaba la venta de los carros de carga de diversas clases. Los caballos se podían conseguir a 25 pesos cada uno.



Coche de alquiler.

A principios de 1910, como una docena de coches proporcionaban el servicio urbano, se estacionaban frente al hotel América y frente a la plaza de armas. Cobraban 10 centavos la dejada y 15 al entonces alejado barrio de El Pueblito que eran unas cuantas casas aisladas entre sí; los viajes a Lerdo se arreglaban a tanto la hora según convenio con el cliente y en la misma forma se hacían los viajes al cementerio. A fines de 1920, los coches de alquiler habían aumentado, más de veinte efectuaban el servicio, seguían sitios en las afueras del hotel América, a un costado de la

plaza de armas, y se había puesto otro frente al mercado Baca Ortiz. Para ese tiempo la tarifa ya era más alta, se cobraba la dejada a cualquier parte de la ciudad a 50 centavos y por tiempo a peso la hora, estos precios eran vigentes solamente de día, por las noches y días festivos incluyendo los domingos se cobraba el doble. Eran muy populares los cocheros de aquellos años conocidos con apodos como: El Carita, El Bigotes, La Grúa, El Alacrán, y otros.

11. *Coches particulares*

La gente según su condición económica tenía para su uso personal diferentes clases de vehículos. Los ricos como era natural, poseían los mejores carruajes más chicos o más grandes que los de alquiler, eran de mejor clase, bien terminados y sus partes lucían adornos labrados por hábiles ebanistas. Los días de asueto las familias acomodadas salían a pasear en los lujosos carruajes a huertas y arboledas situadas en las orillas de la población.

Otras personas de menos recursos, usaban pequeños coches llamados bogues fabricados también en Estados Unidos; eran coches sencillos, fuertes, tenían dos asientos protegidos por un pequeño capicete, descansaban sobre cuatro ruedas tiradas por dos caballos. De apariencia frágil pero muy veloces.

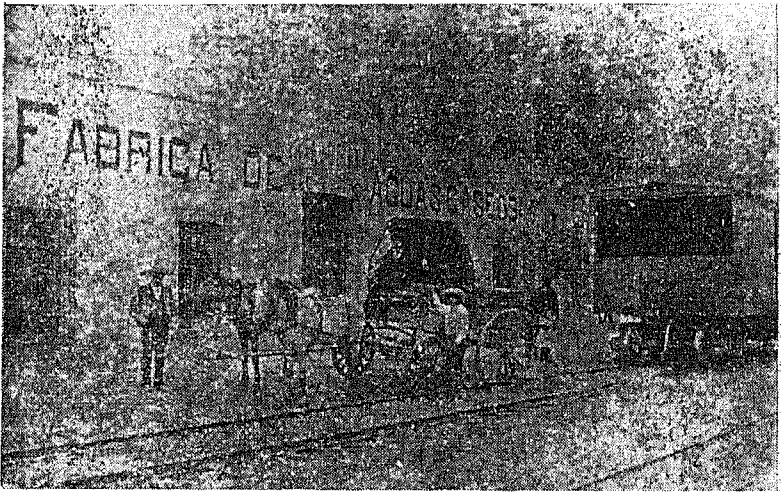
Abundaban las tartanas, que eran una especie de caja de madera sobre dos ruedas uncidas a un caballo que trotaba seguro por los malos caminos vecinales. Estos vehículos eran útiles para trasladarse con urgencia de los ranchos cercanos a la ciudad o viceversa. Las tartanas carecían de capicete, tenían un solo asiento y eran fabricados en los talleres locales.

La transportación por animales era segura, los atropellos a los peatones eran raros y nunca causaban la muerte,

además no envenenaban el ambiente como lo hacen ahora los automóviles.

12. Carros de carga

El acarreo de mercancías se efectuaba en grandes y macizos carros de cuatro ruedas, movidos por troncos de dos o cuatro mulas vigorosas, los carros transitaban copeados de bultos y cajas; había otros vehículos más chicos llamados guayines. Estas dos clases de carros eran de manufactura americana, cajas y pescantes venían pintados de color verde, y rayos y ruedas de amarillo.



Carro guayín con capacete.

También circulaban rústicos carretones hechos por carpinteros y herreros de la localidad; eran de dos ruedas tirados por una mula o dos burros, que efectuaban mudanzas y pequeñas entregas de mercancías a domicilio.

Pequeños bultos de diferentes artículos eran llevados sobre las espaldas de los mozos o cargadores; usaban largas pecheras de gamuza y traían un cordel terciado que les facilitaba sujetar lo que cargaban, exhibiendo en el sombrero o cachucha una placa metálica con su número correspondiente, facilitada por el municipio.

Llegaban recuas de burros cargados con productos del campo y campesinos de las rancharías cercanas montados en burro, caballo o tartana a hacer sus compras de mercancías para sus hogares, cosa que ya antes se había señalado.

13. Carrozas fúnebres

Los entierros se efectuaban llevando los ataúdes en carrozas movidas por dos o cuatro caballos —según la posición económica de los deudos— que llevaban penachos en la cabeza y en los de lujo una especie de abrigo tejido de color negro sobre el cuerpo de los animales.

Las carrozas estaban cubiertas por un techo sostenido por columnas de negros crespones y algunas a lo lejos parecían enormes vitrinas sobre ruedas, porque tenían paredes y puertas de cristal. Al paso lento de los caballos cruzaban el puente de Vivos y Muertos dirigiéndose al campamento en medio del mezquital por un camino polvoriento que más bien parecía brecha, sin verse ningún jacal o casa por la llanura.

La funeraria más importante en aquel tiempo era la de doña Cuca Armijo, quien se la pasaba lamentándose que ya nadie se quería morir por decir que los fallecimientos escaseaban. Contaban que la señora Armijo regalaba cajas mortuorias a las familias pobres que se les moría alguien, y no tenían dinero para los gastos del entierro; los ataúdes aunque eran de pino no dejaba de ser un acto generoso.

14. *La Superior y otras escuelas*

Las escuelas de antaño no eran como las actuales, la mayoría ocupaba casas de renta, con salones reducidos y pupitres destartalados. Los castigos que imponían a los muchachos que no sabían la lección o por su mal comportamiento, eran los estirones de orejas, los palmetazos, los varejonazos en las corvas o hacerlos que se hincaran en los huecos de las ventanas con orejas de cartón parecidas a las de los burros; este era el castigo que surtía más efecto, por la vergüenza que sentía el castigado cuando la gente lo miraba al pasar por la calle frente a la ventana.

No se sabe cuándo comenzó a funcionar la Escuela Superior en una de las esquinas frente a la plaza de armas, algunos decían que ya en 1912 estaba en actividad. La llamaban Escuela Superior porque únicamente se daban clases de quinto y sexto años, en los demás planteles oficiales sólo enseñaban hasta el cuarto grado. En un solar que estaba entre las escuelas número 1 por la Morelos, se levantaron los cuatro salones que formaron la Superior, eran unas sencillas construcciones de adobes con dos salones para niños y dos para niñas. Fueron directores o profesores de dicha escuela, entre otros los señores Melitón Rangel, Rogelio Arellano, Francisco Javier Medina, Benito Rocha, Aureliano Gómez y las señoritas Ana María Isais y Esther Galarza.

El profesor Felipe Bonifant continuaba de director en la escuela oficial de niños número 1, y que mucho antes de que fuera la Bruno Martínez contó con un grupo de buenos maestros que entre otros se recuerda a Lázaro Rojas, Rodolfo Moreno, Calixto Hernández, Braulio Contreras, Ezequiel Silerio y Aureliano Gómez. Para muchos don Felipe Bonifant ha sido el mejor profesor que tuvo esa escuela.

En el otro extremo, seguía funcionando la escuela número 1 de niñas con la profesora Pompeya Mena Vázquez como

directora secundada en su lugar de enseñanza elemental por las maestras Sara Garza, Altagracia Gutiérrez y Jesuita Velázquez. La señorita Garza llegó de San Luis Potosí y era hermana del señor Luis J. Garza.

En cuanto a las escuelas número 2 de niños y niñas seguían en actividad. La de niños se había cambiado a una de las esquinas de las calles Zaragoza y Aldama en donde más tarde estuvo el club Cedas, la directora era la maestra Beatriz Reyes que daba clases en primer año, su hermana María en el segundo, María Rivera en tercero, y en cuarto un profesor que se apellidaba Leyva. Por su parte la escuela número 2 de niñas estaba ahora en la esquina de Zaragoza y Mina frente a la tienda El Sur de Jalisco, un tejabán de madera rodeaba el plantel, contaban los muchachos que por la noche al pasar frente a los salones, claramente escuchaban o creían escuchar el sonsonete de las niñas repasando la lección o bien la gritería de los recreos, después los muchachos procuraban no pasar delante del plantel.

Por ese tiempo, ya funcionaba la escuela número 3 para niños por la calle Centenario donde ahora es el hotel Durango. El director de la escuela era el profesor Amado Illarramendi que vivía en Lerdo y los días de clases llegaba puntualmente pedaleando su bicicleta. Los otros maestros fueron el señor Luis Ibarra que después trabajó de fichero en la casa redonda, la señorita Tayde Morales que creía en la religión protestante y el señor José Salcido a quien los alumnos a sus espaldas irrespetuosamente le decían El Chicharronero, porque tenía una cicatriz en el cuello al parecer ocasionada por una quemadura. Algunos aseguraban que anteriormente la escuela número 3 estaba en una casa de las conocidas de las banquetas altas, y que ahí enseñaban el profesor Ezequiel Silerio y la señorita Lidia Rocha, no recordando a los demás maestros.

En una ocasión, frente al parque Morelos en la esquina de las calles Ocampo y Rayón donde estuvo la fábrica de

ropa El Norteño funcionó la escuela mixta número 5; niños y niñas hacían sus tareas en el suelo porque no había bancos. Esa escuela duró poco tiempo en ese lugar y es de comprenderse que también existió la número 4, ignorándose en qué parte.

Desaparecido el Instituto Lavín, muchos años después abrió sus puertas el Liceo Rébsamen del gran maestro veracruzano Juan Fernando Delgado. El Rébsamen estaba por la avenida Hidalgo donde actualmente está la agencia funeraria de La Paz; sus alumnos en su mayoría jóvenes procedían de todas las poblaciones de la comarca, era considerado el colegio más importante de aquellos tiempos, asistían a clases innumerables alumnos entre los que se distinguieron Ángel Camino Guereca, Federico Estens, Jesús Prieto Ortiz, Armando Meléndez, Juan Antonio Díaz Durán y otros.

Más tarde, se instaló otro colegio de perfiles un tanto religiosos; contaba con internado, y aparte de primaria comenzó a impartir clases de asignaturas que antes no se conocían como taquigrafía, mecanografía, música e inglés. El director y propietario de ese plantel fue el profesor José Guadalupe Domínguez. Estuvo primero donde antes había estado la escuela número 3 por la Centenario y después se cambió a la casa de ladrillos rojos del doctor Jesús María González por la calle Zaragoza.

De gran ayuda para la educación escolar de la ciudad, fue la escuela que la jabonera La Esperanza levantó en las cuadras de sus obreros. Ahí estudiaban los hijos de los trabajadores de la compañía, y luego admitieron alumnos no importando que sus padres no trabajaran en la empresa. Por muchos años, el dinámico profesor Francisco Javier Lozada fue el director de esa escuela.

15. Los vendedores ambulantes

En todas las poblaciones pequeñas de provincia, en cada una de ellas, los vendedores ambulantes tienen su manera de ofrecer su mercancía en pregones o gritos peculiares.

En Gómez Palacio, antes que despuntara el sol por el oriente, pasaba por las calles el vendedor de cabezas tatemadas anunciando a gritos lo que vendía. Las cabezas eran de carnero o de chivo, asadas en hornos construidos en los patios de las casas, tenían la forma de capucha hechos con adobes pegados con barro. Los hornos se calentaban con leña de mezquite hasta que sus paredes interiores se ponían rojas con el fuego y también se horneaban en ellos: gorditas de cuajada, de maíz rellenas de frijoles con chile y el pan llamado casero o ranchero. El vendedor de cabezas tatemadas las ofrecía en un cajón de madera envueltas en un pedazo de costal de yute mojado, lo que hacía que las cabezas vinieran vaporizando; el cajón lo portaba sobre su testa y en el hombro traía unas tijeras de madera, donde colocaba el cajón para que los clientes escogieran las cabezas que costaban 25 centavos las de carnero y 15 las de chivo.

Al poco rato pasaban los camotereros. En una palangana o batea colocaban los humeantes camotes blancos o amarillos, tatemados o cocidos, y a un lado del jarro de barro lleno de miel preparada con piloñcillo que se embarraba en los camotes con una brocha hecha de hojas de maíz, naturalmente como todos los vendedores ambulantes portaban sus indispensables tijeras. Quizá el más popular de los camotereros fue un muchacho bajo de estatura, flaco, apodado El Pijín; había otro viejo de voz quejumbrosa que pregonaba “camote u raíz”.

Ya para esa hora, andaban los lecheros entregando el vital alimento —leche recién ordeñada— a sus clientes, la traían en botes especiales con tapaderas a lomo de burro o en tartana. Algunas personas iban directamente a los establos cercanos a su domicilio a comprar la leche.

Entrada la mañana pasaba un hombre alto, seco, con un costal de manta o lona sobre sus espaldas gritando: “la lana que la vendan”. Después le tocaba su turno al comprador de botellas vacías y fierros viejos, que iba en un viejo carretón con dos burros. Luego venía el vendedor de

yerbas medicinales, acomodadas en dos grandes canastas sostenidas —una en cada extremo— de un palo sobre sus hombros, pasaba gritando las bondades de las plantas para curar las enfermedades: la ruda, la mejorana, el histafiate, y otras muchas. Casi al mediodía aparecían los fruteros con las bateas rebosantes de relucientes frutas.

Los maestros dulceros fabricaban melcochas, trompadas, ponteduros, pepitorias y tantos otros sencillos manjares que valían un centavo. Los vendedores de dulces se colocaban en los paseos públicos y en las calles más transitadas, ofreciendo las golosinas en pequeños aparadores de vidrio y espantaban las moscas con unas tiras de papel de china amarradas a un mango de madera. Los viejos dulceros fueron desapareciendo, uno de ellos duró muchos años, se estacionaba frente a la botica Monterrey con su pequeña vitrina y al venirse la noche, encendía una minúscula cachimba donde parpadeaba una lucecita verde.

Al anochecer, se dejaba ver el vendedor de marquesotes, con su canasto de blanco mantel que protegía los panes, éstos eran parecidos a los panqués actuales aunque de distinto sabor y eran muy apetecidos por las familias.

Posiblemente, el vendedor más pintoresco de aquellos tiempos, era el de quiote, noa y pencas de maguey, recorría las calles con su vendimia a lomo de burro y a los probables clientes les daban la prueba, que eran trocitos de los artículos que vendían partidos con su machete. Esos vendedores eran campesinos; a fuego lento en improvisados cocedores asaban los productos de los magueyes casi siempre en la soledad de los montes donde la leña no escaseaba.

Abundaban las fondas callejeras de largas mesas alumbradas con mechones de petróleo, donde por 25 centavos se cenaba gallina frita con papas doradas y enchiladas, todo servido en un plato adornado con hojas de lechuga.

16. Cine mudo

Algunos años durante la Revolución el teatro Unión permaneció cerrado. Al llegar el cine mudo, se quitaron las butacas de los palcos intermedios poniendo gradas como en galería para aumentar su cupo y comenzaron a exhibirse las primeras películas silenciosas. El teatro vino a menos y sin mantenimiento adecuado, se hizo sucio, infestado de enormes ratas que se multiplicaron al abrigo de la oscuridad bajo el piso que facilitaba su levantamiento años antes. Sin embargo, al transformarse el Unión en cinematógrafo llenó toda una época, la siempre recordada de las películas de episodios como *La Huella de la Pelea* con William Duncan y el *Chivato Joe Ryan*; *La Casa del Odio* protagonizada por Pearl White, Eddie Polo y Antonio Moreno; *La Moneda Rota* por Francis Ford y las maravillosas películas cortas del genial inglés Charlie Chaplin y las comedias de bañistas de Mack Sennet. En los intervalos de esas funciones de cine: por cambio de rollo, en los intermedios y cuando pedían dispensa de espera por “cinco minutos para cambiar carbones”, entonces los pianistas profesor Jesús Mena Vázquez, la señorita Julia Martínez y después Elías Reyes, deleitaban y entretenían a la concurrencia, tocando los grandes vales en boga por aquellos años: *Cuento en los Bosques de Viena*, *Crisantemas*, *Arpa de Oro*, etc., y al terminar las funciones una marcha llamada *Nos Fuimos* que también se escuchaba en el circo Beas.

Al principio, la entrada al cine costaba 10 centavos en luneta, 8 en palcos y 5 en “gallopa” —galería—. Tiempo después el periódico regional *El Siglo de Torreón* publicaba cupones diariamente, con los que podía entrar una persona acompañando a otra que había comprado boleto. En las funciones, con un solo aparato pasaban por la pantalla más o menos diez rollos en total, de episodios de vaqueros y policiacas, y las cómicas que eran cortas; todavía no hacían su aparición las de amor que llamaron de arte.

Por la década de los años 20' la compañía de revistas de Ema Duval celebraba largas temporadas en el Unión con llenos a reventar todas las noches. La hermosa vedete triunfaba cantando *El Relicario* y *Mi Querido Capitán*, bajo la dirección del maestro Ricardo Treviño, apodado *El Tacos* por lo flaco. En esas funciones, al final el mecánico de la casa redonda Alfonso Martínez el popular *Calandrión* que era un buen bailarín, acompañaba a una de las tiples de la compañía algunas piezas ante la algarabía de los asistentes a galería, provocándose tantos escándalos que el recto alcalde don Casimiro Domínguez prohibió esos fines de fiesta, con el aplauso de los buenos vecinos y damas de *La Vela Perpetua*.

Por espacio de largos años, el teatro Unión permaneció cerrado, ya casi en ruinas fue echado abajo, terminando de esa manera quizá el edificio más representativo de la ciudad, el lugar donde se reunían los primeros pobladores en las lejanas noches de principios de este siglo. El sitio donde se distraían los abuelos de no pocos de los habitantes actuales.

Nadie se preocupó por salvar de la destrucción al viejo teatro. En realidad ya era una reliquia ambiental que según la nueva ley por ningún motivo debe ser destruida casa o edificio que de alguna manera señale una época determinada. Con una poca de voluntad de los habitantes de Gómez Palacio se hubiera conservado, mereciendo ser reconstruido para destinarse a museo o simplemente como teatro de la ciudad.

17. Inundación del 17

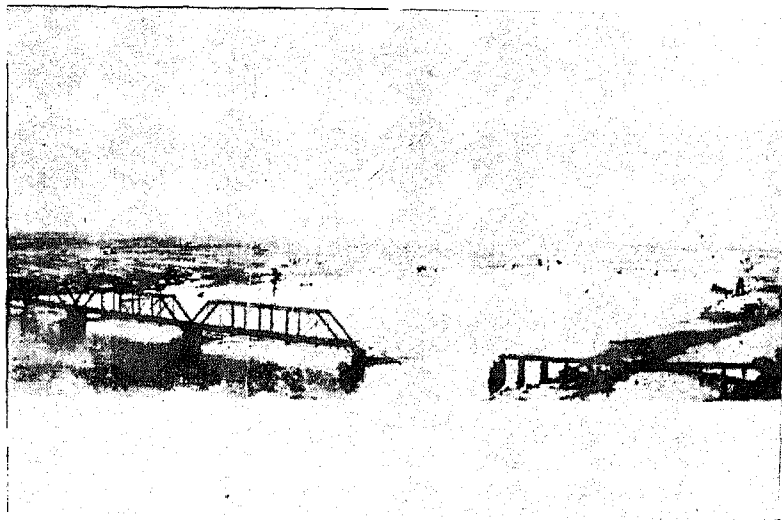
Por aquellos años, cuando todavía no se construía la presa de El Palmito y menos la del Cañón de Fernández, las aguas del río Nazas se desbordaban anualmente por las tierras de la Comarca Lagunera. Llegaban en cantidades

incontrolables causando numerosos destrozos, arrasaban sembradíos, rancherías, poblados y llegaron a poner en peligro de inundar las ciudades asentadas en sus riberas. Al salirse las aguas de su cauce, formaban vegas y lagunas como la de Filadelfia situada en los suburbios de Gómez, que casi todo el año tenía agua y era el lugar de reunión de bandadas de patos silvestres y garzas blancas.

En el verano de 1917, la ciudad se vio en peligro de inundarse por las broncas aguas, cuando después de llover intensamente en las sierras lejanas las torrenciales aguas del Nazas se desbordaron, llegando la punta de la creciente por el sur hasta la calle Urrea, por el norte a la plaza de armas, se inundó el barrio de Santa Rosa y las aguas anegaron el llano frente al parque Morelos, Los bordos de las vías, tanto de los ferrocarriles como de los tranvías, formaron represas con las aguas al no tener salida, habiendo necesidad de dinamitar los terraplenes abriéndose boquetes por donde se precipitó la corriente a los terrenos de la actual ciudad industrial.

La creciente arrastraba árboles enteros, reses, asnos, caballos, restos de jacales y en la punta del torrente se veían culebras, ardillas, zorrillos y liebres. Desde lo alto del cerro de La Cruz, se distinguía un inmenso lago que llegaba al poniente hasta los suburbios de Lerdo y continuaba extendiéndose a la izquierda por las tierras abajo del cerro de Santa Rosa, y al oriente se perdía la lámina de agua hasta donde la vista alcanzaba. El servicio de trenes y tranvías se suspendió debido a los deslaves en los bordos y la población quedó incomunicada. Además la creciente arrasó una parte del puente del ferrocarril.

De momento disminuyó el peligro de inundación cuando se dinamitaron los terraplenes, pero ya avanzada la tarde una nueva y sorpresiva avalancha de agua hizo subir el nivel de la creciente y conforme pasaban las horas continuaba subiendo, escuchándose a lo lejos el ronco mugir del torrente. Los vecinos temerosos, deambulaban por las albo-



La creciente arrasó una parte del puente del ferrocarril.

rotadas calles de un lado para otro, haciéndose mil conjeturas; al morir la tarde, el pánico aumentó cuando un gritón de parte de las autoridades municipales recorrió las calles, recomendando a grito abierto que por las dudas se pasara la noche en el cerro de La Cruz. La gente llevando colchonetas y sarapes ocupó las laderas del cerro, presentando por la noche un espectáculo inusitado al cintilar las luces de las linternas encendidas, mientras las aguas bramaban al chocar con la falda pétrea del cerro.

Como a las dos horas de la madrugada las aguas comenzaron a bajar y el gritón anunciaba que por el momento el peligro había pasado, regresando todos a sus hogares. Para formarse una idea de la magnitud de la creciente de 1917, diremos que desplazaba 4 mil metros cúbicos de agua por segundo contra mil 800 en 1968. En aquel tiempo no existían las colonias El Campestre, Sánchez Álvarez y Las Rosas; hubiera sido sencillamente catastrófico.

18. *Influenza española*

Apenas pasada la zozobra de la inundación, al año siguiente se presentó la temible epidemia conocida como influenza española o gripa, que decían se había originado en Europa a consecuencia de la gran cantidad de muertos que habían caído y estaban cayendo en los campos de batalla de la primera guerra mundial.

El terrible mal se extendió por todas partes, llegó de pronto a la Comarca Lagunera y fueron meses de angustia y dolor en ese triste año de 1918. No hubo hogar que no sufriera la pérdida de algún familiar y se dieron casos en que muriera la familia entera. Los síntomas de la enfermedad se presentaban como los ataques periódicos de las gripes actuales: dolores en los músculos, fiebre y escalofríos, pero esos males causaban la muerte en la mayoría de los casos, eran inútiles los fagonazos de tequila con limón.

Había entonces pocos doctores para atender a todos los pacientes, no existían hospitales ni antibióticos que todavía no se descubrían, lo que motivó que la epidemia se propagara fácilmente, aumentando la mortandad. Posiblemente los médicos establecidos no llegaron a diez, se recuerda sobre todo a un doctor norteamericano de color que tenía botica y consultorio en la esquina donde estuvo la cantina Texas en Hidalgo y Centenario, el médico negro del que no se recuerda su nombre, se convirtió en un verdadero apóstol en esos días, incansable, recorría los hogares atendiendo a los enfermos a todas horas especialmente a los humildes, entregando su vida por sus semejantes al morir del contagioso mal. Fue una verdadera lástima que el nombre de aquel benefactor haya quedado en el más completo olvido.

Cuando en alguna casa fallecía alguien de sus moradores se ponía la vivienda en cuarentena, colocando una bandera amarilla en la puerta que se abría al lado de la

calle y nadie podía entrar ni salir, es por demás decir que nadie se acercaba a la casa porque la bandera indicaba claramente el peligro, al pasar frente a ella no lo hacían por la acera, prudentemente caminaban a media calle.

Durante el tiempo que duró la epidemia los pequeños carros recogedores de basura recorrían las calles especialmente por las noches recogiendo cadáveres y seguían su tarea hasta las primeras luces del alba. Los muertos eran conducidos al cementerio donde eran arrojados en grandes zanjones abiertos con anterioridad por las fajinas de correccionales. Los cuerpos se cubrían con una capa de cal y luego se llenaban de tierra.

Se decía que los carros de limpieza a veces llevaban moribundos o enfermos que aparentemente estaban muertos, dándose casos que algunos candidatos para la fosa colectiva volvían de pronto en sí, regresando despavoridos a sus hogares, con el consiguiente susto y después gusto de los familiares. Los cuerpos que recogían, en su gran mayoría, no iban en ataúdes —no había tiempo para hacerlos—, los llevaban envueltos en sábanas.

19. Semana Santa

Antaño, la Semana Santa o Mayor se pasaba con recogimiento y respeto, la gente no salía de sus casas salvo para lo indispensable o para ir al templo. Esos días se cerraban fábricas, talleres y comercios, por lo tanto nadie trabajaba y no se abrían tabernas ni se organizaban pachangas. Los fonógrafos y victrolas callaban su música chillona y los cilindrereros guardaban sus pesados aparatos.

Las calles se veían más solitarias que de costumbre y al cesar toda actividad permanecían silenciosas, flotaba en el ambiente una tristeza general y los vecinos al encontrarse en la calle conversaban en voz baja un rato y recelosos continuaban su camino.

Durante los días llamados santos se respetaban las normas dictadas por la iglesia. Las mujeres se vestían de negro, cubriéndose la cabeza con chalinas del mismo color. La gente se abstenía de comer carne, emborracharse, bailar, cantar o gritar. Las amas de casa se daban vuelo preparando las comidas tradicionales de vigilia: tortas de camarones en pipián, capirotada, torrijas de miel de maguey y tantos otros platillos.

La iglesia de Guadalupe y la capilla del barrio de El Pueblito, eran insuficientes para dar cabida a los numerosos católicos que asistían a oír los sermones de los sacerdotes, explicando la vida y muerte de Jesucristo y la importancia de la Semana Santa.

Los jueves y viernes llamados santos, se organizaban grupos de feligreses que visitaban los dos templos de la ciudad y después abordaban los tranvías para llegar a los de Lerdo y Torreón hasta completar siete iglesias visitadas. Los católicos de esas poblaciones hacían lo mismo encontrándose los peregrinos en los trayectos o en los templos.

Los actos religiosos celebrados con solemnidad, influían en el ánimo de los creyentes obligándolos a meditar y guardar compostura. Qué distinto es el comportamiento actual de los católicos a esos días de Semana Santa o Mayor.

20. *Las pastorelas*

En Nochebuena y después las noches siguientes de diciembre hasta el 6 de enero, las pastorelas visitaban los nacimientos que algunos vecinos habían levantado en sus casas. Normalmente los pastores actuaban en amplios patios que por la tarde habían sido barridos y regados. Desde temprano, gentes de todas edades y sexos, esperaban impacientes la llegada de los pastores, desafiando el airecillo punzante del invierno. Al fin, a lo lejos se escuchaba el alegre tintineo de las campanillas pendientes de los cayados de los

improvisados actores y se abrían los portones para dejarles paso.

Llegaban alrededor de veinte jóvenes que representaban a los antiguos cuidadores de ovejas, entraban entonando los cánticos que tuvieron su origen en los años del Renacimiento de la vieja Europa; formaban dos filas, una encabezada por la única mujer del grupo llamada Gila y la otra fila encabezada por Bato, en medio venía un chamaco representando al arcángel San Miguel. Con melancólicas voces los pastores cantaban:

*Hermanos pastores,
hermanos queridos
vamos transitando
por esos caminos.*

*Vamos, vamos todos
que esta noche
ha nacido el hijo
de nuestro redentor.*

Continuaban cantando letanías, y entre unas y otras, los pastores sostenían diversos diálogos: haciendo notar su descontento por la avaricia de Fabio, la glotonería de Bato, los embustes de Parrado, etcétera, mientras el maligno Luzbel animaba a los culpables que siguieran portándose mal, hasta que llegaba el Ermitaño que presentándole una pequeña cruz de madera colgada de su rosario de nudos de mecate, hacía huir al diabólico personaje.

Los pastores en su representación, usaban una especie de jubón o camisa con mangas anchas, pantalones ajustados hasta las rodillas y medias de color; protegían sus espaldas con capas y sus cabezas con sombreros adornados con plumas o flores de papel, portaban largos bastones de madera que de la parte superior pendían listones, campanillas o cencerros, chocaban los cayados contra el suelo, sirviéndoles de acompañamiento a sus cantos. Gila usaba una túnica larga

y una capa corta, casi siempre sus prendas eran de color de rosa. En cuanto al Ermitaño, su indumentaria era un largo saco de franela o burdo casimir de color gris o café, usaba barbas blancas postizas. Bartolo traía un chaleco de gamuza y una colchoneta enrollada sobre su espalda y durante la representación a cada momento extendía la colchoneta en el suelo para acostarse. Finalmente Luzbel que era el diablo, se disfrazaba con un vestido rojo y una capa negra, cubriéndose la cara con una máscara de animal con cuernos y haciendo grandes aspavientos clamaba con voz ronca:

*Oh, yo envidioso
traigo al hombre lloroso
entre hierros y cadenas,
oh, oh, oh.*

Después en lucha desigual era vencido por San Miguel, que representaba su papel vestido de blanco y con alas de cartón en la espalda, el vulgo popular acomodaba el acto del rendimiento de Luzbel ante el arcángel de la siguiente manera:

*Venciste, Miguel, venciste,
guarda tu reluciente espada
no me pegues abajo
no seas hijo de la tostada.*

Al terminar la función, los pastores adoraban al Niño Dios de los nacimientos y después todos los asistentes cenaban atendidos por los dueños de la casa, sirviéndoles tamales, buñuelos, atole o champurrado, según la situación económica de los anfitriones.

En Nochebuena a las 24 horas, se reunían todas las pastorelas que actuaban en la ciudad, en el templo de Guadalupe, adornado e iluminado el altar como pocas veces, cantando los pastores esperaban el nacimiento de Jesucristo.

21. *Danza de Los Matachines*

La Danza de Los Matachines, ejecutada por briosos jóvenes campesinos al compás de golpes de tambora y sonos de violines desafinados, llegó a la Comarca Lagunera con grupos de nuevos pobladores desde 1830 y otros que vinieron a fines del siglo pasado y principios del actual.

Durante varias semanas, desde el anochecer se escuchaban los tamborazos de los ensayos de Los Matachines que se preparaban para la celebración de las fiestas de San Isidro Labrador, para el 15 de mayo de cada año. Ese día, en amplios solares de grandes enramadas o bien en simple llano orillero, los jóvenes bailaban sin descansar desde la mañana.

Los danzantes usaban en la cabeza un penacho de plumas de ave pintadas de colores adornadas con cuentas de vidrio y pequeños espejos, camisa de popelina rosa mexicano o solferino, faldines de franela roja con pequeños carrizos prendidos de la orilla de la falda que chocaban unos contra otros al brincar los danzantes, además traían medias de color y huaraches de pata de gallo y en los tobillos se ponían cascabeles amarrados con cordones, manejaban arcos de madera que chocaban con las flechas y sonajas de guaje con piedrecillas adentro que agitaban, acompañando con todo eso la danza.

El grupo de Matachines, lo encabezaba el capitán o monarca que usaba un penacho más grande y más adornado, abría la danza, seguido en dos filas por 12 o 18 danzantes, acompañados de los viejos de la danza que se cubrían el rostro con máscaras de cartón de ancianos, en una mano traían una muñeca de trapo que la enseñaban a los asistentes y en la otra mano un chicote que hacían estallar de cuando en cuando, bailaban grotescamente al unísono de Los Matachines, gritando y haciendo musarañas. Los festivos viejos de la danza eran el deleite de los chiquillos.

La Danza de Los Matachines continúa organizándose, no sólo los jóvenes campesinos sino también las muchachas de la ciudad danzan por las calles en las procesiones del 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe.

22. *El cine Goyo*

Al anochecer de todos los martes y viernes, trabajadores de la jabonera La Esperanza barrían y regaban el espacio que aún está frente a la puerta principal de la fábrica, que es una larga avenida que comienza en la entrada general, frente a las vías del ferrocarril. Esos días eran los señalados para exhibir las películas cortas del cine mudo que habían hecho su aparición ante el alboroto de la gente.

La empresa proporcionaba esas funciones a sus trabajadores y a todas las personas que desearan asistir; eran gratis, no se les cobraba dinero al entrar, pero tenían que llevar sillas o bancos para sentarse porque el cine al aire libre no tenía butacas ni gradas, las personas mayores se sentaban en lo que llevaban y los muchachos lo hacían en el suelo.

Frente a la puerta principal a las fábricas, colocaban un lienzo blanco que servía de pantalla, sostenido por cuerdas amarradas de árbol a árbol que crecían a los lados de la explanada. El aparato de cine se acomodaba en el cuarto de veladores y al pasar las películas el manipulador, se veían tanto al frente como atrás de la pantalla con la diferencia de que adelante los letreros se veían al revés. Sin embargo, las películas silenciosas tenían la ventaja de ser entendidas por cualquier persona, la mímica y ademanes de los actores hacían comprensible la trama.

A un lado de la entrada principal, colocaban sillones que eran ocupados por el gerente de la compañía don Juan Brittingham y los altos empleados, con sus familias.

Las funciones de cine, se han de haber celebrado entre los años de 1917 a 1919, la gente alegremente les llamaba

del cine Goyo porque ya se ha dicho que no costaban. Algunas veces se suspendían porque ya los villistas andaban por las calles echando en corrida a los carrancistas; a los grupos de vecinos que encontraban las patrullas después de gritarles el *quién vive*, les preguntaban qué andaban haciendo a esas horas por las calles solitarias; oídas las explicaciones del caso los revolucionarios recomendaban a las familias que apresuraran el paso a sus hogares.

23. *Bailes*

Se efectuaban animados bailes familiares en salones grandes, espaciosos, construidos especialmente para ello. Los salones de baile más populares eran el de El Peñón Blanco situado en la calle Aldama, el de los hermanos Serrano en el barrio de El Pueblito y el de don Juan Ramírez que estaba por la última parada del tranvía, en la barriada de los curtidores de pieles.

En esos bailes se alumbraban con linternas o aparatos de petróleo que se colocaban en las paredes y los músicos se instalaban en los zaguanes. En el transcurso del baile, las parejas seguían el compás de los valsés, chotises y polcas que eran los ritmos de moda en aquella época. Se organizaban juegos de salón y las personas que los dirigían eran consumados maestros de ceremonias. Generalmente, no se servían a los asistentes bebidas embriagantes y solamente en casos especiales al celebrarse bodas, bautizos o fiestas de cumpleaños, se tomaban vinos y licores con moderación, las personas mayores, más bien los hombres se echaban unos cuantos tragos para andar en tono.

Todo mundo se divertía sanamente, de cuando en cuando los músicos tocaban una pieza llamada "Los Panaderos" y entonces los varones llevaban a sus compañeras de baile a obsequiarles dulces o frutas a donde estaban los vendedores con sus canastas estacionados en los zaguanes o afuera en las banquetas de las casas.

24. Monedas de oro y plata

Afianzado en el poder el bando carrancista, vino la acuñación de moneda por dicho gobierno para estabilizar la economía del país. Tiempo antes, al iniciarse la lucha revolucionaria fueron desapareciendo las monedas porfiristas de toda clase, por lo que los caudillos se vieron obligados a imprimir su propia moneda y así Pancho Villa lanzó a la circulación los billetes llamados “sábanas” del estado de Chihuahua y don Venustiano Carranza los “bilimbiques” o “infalsificables”. Estos billetes los aceptaba la gente a regañadientes y fueron perdiendo su valor, al punto que los de a peso los aceptaban por un centavo, una pieza de pan costaba 5 pesos —parece que para allá vamos— y así sucesivamente. Mucha gente se quedó con miles de billetes revolucionarios guardados en las petacas, como recuerdo para los coleccionistas. Entonces fue cuando comenzaron a salir a la plaza pública las monedas acuñadas en tiempos de don Porfirio en 1905: las monedas de oro de 1, 5, 10 y 20 pesos; las de plata de 10, 25 y 50 centavos y las de 1 peso; las de níquel de a 5 centavos y las de bronce con valor de 1 y 2 centavos.

En 1918 y 1919, aparecieron las primeras monedas acuñadas por el gobierno revolucionario. De oro comenzaron a circular las aztecas de 20 pesos, los hidalgos de 10 y los medios hidalgos de 5; de plata monedas de 1 peso —con ley 0.720— y de 50, 20 y 10 centavos, y las de bronce de 5, 2 y 1 centavos. En 1921, para conmemorar los primeros cien años de la consumación de la Independencia salieron los centenarios de oro de 50 pesos, un año antes habían aparecido las pequeñas monedas de oro de 2 y 2.50 pesos, estas piezas eran tan minúsculas que al caérseles a alguna persona en las calles de tierra suelta, era casi imposible recuperarlas. Las monedas de oro circularon profusamente por

algún tiempo, después poco a poco fueron desapareciendo atesoradas por los pudientes, porque los pobres aunque quisieran hacerlo no podían, como siempre apenas alcanzaban para ir la pasando.

A principio de los años veintes se notó gran abundancia de dinero circulante. Los que todo lo saben aseguraban que era consecuencia de la bonanza que propició el descubrimiento de los extensos mantos de petróleo en amplias zonas cercanas a Tampico. Las compañías extranjeras repartían dólares a manos llenas con el fin de apoderarse de los ricos yacimientos, se multiplicaron los pozos petroleros; miles de trabajadores de todas partes del país llegaban a esas tierras con la seguridad de encontrar trabajo bien remunerado.

Las viejas locomotoras devoradoras de carbón en sus fogones, arrastraban larguísimos convoyes de tanques llenos de petróleo crudo que venían de la región de Tampico y seguían directos hasta las refinerías de El Paso. Por tal motivo, las tripulaciones de los trenes cargueros trabajaban sin descanso y fue cuando se dieron los casos de que algunos maquinistas al andar de alegre parranda los días de pago de cada quincena, alquilaban un coche de sitio por tiempo y acompañado de un cargador de su confianza, portaba un saco de lona con monedas de plata, se dedicaba a recorrer las tabernas y en cada caso el mozo hacía el pago correspondiente del consumo.

25. *Límites de la ciudad*

A fines de 1919, la traza de la ciudad continuaba siendo pequeña, los combates revolucionarios habían frenado su ascendente desarrollo. Los límites al sur estaban más acá de las hortalizas de los chinos, las últimas casas se ubicaban por la calle Urrea; al norte y poniente estaba limitada por el tajo de San Antonio y al oriente por las vías

férreas de los patios ferrocarrileros. Al otro lado de las vías quedaban la casa redonda, la jabonera y el barrio de Santa Rosa.

Las hortalizas de los chinos estaban donde precisamente comienza la parte baja de la población, a la altura y enfrente donde se asienta la fábrica de hielo que fundara el señor Agustín Reed, por la avenida Hidalgo. A un lado de las hortalizas existía una laguneta conocida como el charco de los chinos a donde llegaba agua por un ramal de la red de acequias que regaban esas tierras, además estando en parte baja recibía el agua de las lluvias que caían en la parte alta de la ciudad. El charco casi todo el tiempo tenía agua y de ahí se proveían los chinos para regar sus sementeras, una hilera de brazos de árbol en forma de horquetas cruzaba la laguneta de lado a lado donde descansaba una tubería y por ahí corría el agua extraída con botes en uno de los extremos del charco e iba al otro lado o regar las hortalizas. Frente al charco había huertas y una de ellas tenía baños públicos con albercas familiares, pequeñas, y una alberca grande general y se llamaban Baños de la Huerta.

El tajo de San Antonio nacía en las compuertas del canal de La Línea. De ahí al puente de los tranvías el tajo de San Antonio era conocido como el Paseo de Santa Anita. Eran unos bonitos parajes, a un lado del canal en el camino real crecían hileras de álamos y fresnos y al otro lado se extendían campos sembrados de flores y huertas de frutales: de higos, duraznos, uvas, frambuesas y granadas, cercadas por nopaleras que en su tiempo se coronaban de tunas. Una atarjea de madera conocida como la canoa sobre el tajo, permitía el paso de las aguas para regar campos y huertas, la corriente era alimentada de la gran acequia del camino real.

Siguiendo el curso del canal más allá del puente de los trenes eléctricos, estaba el puente de la fábrica de hilados y tejidos de La Victoria y al final de la calle Mina el de

Vivos y Muertos, nombrado así porque era el paso de las carrozas fúnebres al cementerio; finalmente había un pequeño puente por la calle Madero.

En el tramo comprendido entre los tajos de San Antonio y Lavín, en medio de arboledas corrían los tranvías en dirección a Lerdo, a poca distancia de los árboles comenzaban terrenos de labranza con huertas y casas de campo, llamadas quintas.

26. *Terrenos baldíos*

Dentro de la traza de la ciudad, había grandes solares que tardaron muchos años para que se ocuparan completamente con casas. Por ejemplo: desde la esquina de las calles Aldama y Patoni —que en parte señalaba la orilla de la población— hasta la falda del cerro de La Cruz era una gran llanada donde tenían lugar los espectaculares combates de honda y piedra, de los muchachos de los barrios de La Patria y de El Pueblito contra los de La Tapatía y La Fama. En el mencionado y espacioso llano, se veían uno que otro corral aislado que albergaba rebaños de chivas.

Por la calle Victoria, frente al antiguo mesón de San Pablo existió un solar de más de media manzana, donde en un tiempo se levantó la placita de toros que tenía gruesos morillos que servían de asientos. En otra parte del terreno se acondicionó una cancha de basquet y todavía hubo lugar para que una temporada se pusiera la carpa de teatro de don Ricardo de la Vega.

Entre las calles Ocampo y Juárez, por la Mina, precisamente atrás de las tiendas Las Palomas y Las Quince Letras había un llano cercado por una malla de alambre y la gente al referirse a él lo llamaba el Llano de la Alamburada, en ese lugar se instalaban los volantines que llegaban a la ciudad, movidos por muchachos al compás de las melodías de un cilindro sujetado a uno de los postes que

sostenían el techo del volantín. El solar estaba al cuidado de una señora que vivía en una casucha de adobes con sus dos hijos, apodados Las Changas.

En contraesquina donde actualmente están las oficinas y talleres de Transportes Laguna o Moctezuma, estaba casi una manzana sin fincar únicamente por el sur se veía un corral, en ese solar por varias temporadas, don Ricardo de la Vega instaló la carpa de su compañía. Por último, en la manzana donde actualmente está la escuela 18 de Marzo, era un terreno baldío donde jugaban los jóvenes beisbol y fútbol.

27. *Gobiernos municipales*

Al estallar la Revolución desaparecieron los jefes políticos y demás autoridades municipales que ellos designaban. Las tropas revolucionarias de ocupación llamaban a personas simpatizantes del movimiento y les pedían se hicieran cargo de la autoridad civil y de esa manera ocuparon el puesto los siguientes ciudadanos:

1911	Juan Pablo Estrada
1914	Ventura Olvera
1915	Rodolfo González
1916	Herminio Gutiérrez

En marzo de 1911, después de la toma de Torreón por los revolucionarios laguneros y de otras regiones del estado de Durango, don Emilio Madero nombrado jefe de las fuerzas vencedoras designó al capitán Juan Pablo Estrada para que se hiciera cargo de la autoridad del municipio de Gómez Palacio. Por cierto, al capitán Estrada le tocó desempeñar una comisión desagradable como fue imponer préstamos forzosos a las personas más o menos pudientes con el objeto de reunir fondos para continuar sosteniendo

el movimiento revolucionario, entregando a cambio su correspondiente pagaré que sería liquidado al triunfo de la causa.

Siendo gobernador del estado de Durango, el general Domingo Arrieta, tuvieron lugar las primeras elecciones municipales, resultando electo el comerciante Arturo Echávarri para ocupar el nuevo puesto que recibió el nombre de alcalde o presidente municipal. De ahí en adelante continuó normalmente el desarrollo de la cosa pública, celebrándose elecciones cada año resultando presidentes municipales las siguientes personas:

1917	Arturo Echávarri
1918	Gerardo Torres
1919	Benito Rubio

28. *Los políticos*

Cuando comenzaron a celebrarse las primeras elecciones libres después de 30 años sin interrupción de farsa porfirista, los ciudadanos se entusiasmaron con las peripecias de la política y le entraron parejo.

Al poco tiempo un grupo de amigos muy unidos se pusieron al tanto de los procedimientos y marrullerías electorales, habidas y por haber. Resultaron unos hábiles políticos provincianos, cada quien tomaba el partido de su agrado y lo hacía con mucho entusiasmo a la hora de instalar las casillas, durante la votación y en el colegio electoral que calificaba y sumaba los votos. Tenían serios altercados, a veces intercambiaban golpes y empujones, pero al terminar la contienda electoral, todos quedaban como amigos como en realidad lo eran.

El grupo de noveles pero ya experimentados políticos se reunían por las noches en la tienda de abarrotes Las Palomas. El propietario, don Juan González Varela tem-

prano se abastecía de marros de sotol, los que ponía a disposición de los asistentes, gozando de las ocurrencias, anécdotas y discrepancias de aquellos hombres inquietos. Concurrían a esas reuniones entre otros los siguientes personajes: Eliseo Castillo, profesor Ezequiel Silerio, Emilio Campillo, Eduardo Fernández, Enrique Ochoa, Eduardo Ochoa, Jesús Jasso, Gerardo Torres y Alfonso Velázquez. De este último, que era hermano del revolucionario Elpidio Velázquez se cuenta que fue el más inteligente del grupo, era el poeta popular que con sus versos combatía las injusticias y atacaba a los soberbios que abundaban en las pequeñas poblaciones; esto le acarreó algunos problemas hasta parar con sus huesos en la cárcel; sucedió que los miembros de la fraternidad de la "F" que era un club social, en una ocasión organizaron un baile que llamaron del Té Rosa, donde las damas tenían que concurrir llevando puestos vestidos de ese color y los hombres con traje negro, camisa blanca y corbata de moño. Por ese motivo Velázquez compuso unos versos que debido al juego de palabras resultaba de mala intención y como antes había fustigado la conducta de algunos presumidos, lo acusaron por difamación de honor ante las autoridades y al bote fue a dar sin remedio.

El salir de la cárcel, después de varios días de encierro el incorregible Alfonso Velázquez le dedicó al alcalde Rodolfo González la siguiente estrofa:

*Dormí en inmundo calabozo
por mandato de la efe
y de nuestro digno jefe
don Rodolfo patas de oso.*

29. *Ganates pero no salites*

Las primeras elecciones reñidas y tormentosas tuvieron lugar en 1919, contendieron por un lado el agricultor Pablo

Valenzuela y por el otro el sastre Benito Rubio. Los candidatos hicieron que se desbordara el entusiasmo cívico, las opiniones se dividieron entre los ciudadanos y cada contendiente logró agrupar numerosos partidarios.

Se decía que el señor Valenzuela había obtenido mayoría de votos en los comicios celebrados, no tanto por sus atributos personales sino porque era pariente o amigo de Pancho Villa, según se aseguraba, y que el gobernador Arrieta que no podía ver a los villistas le dio el triunfo a don Benito. El candidato derrotado no estuvo conforme con el fallo y se dirigió a Durango a quejarse con el gobernador de que había sido despojado del triunfo. Cuentan que don Domingo que era un rancharo muy ladino, socarronamente le contestó: "Lo siento Pablo, supe que ganates pero no salites."

Don Benito Rubio era un hombre alto, de anchas espaldas, nervudo, como les dicen a las personas musculosas, usaba grandes bigotes, era bondadoso y extremadamente honrado y quisquilloso; tenía un taller de sastrería.

Recordaban que siendo presidente municipal, una mañana temprano al cruzar la plaza de armas, se encontró a unos oficinistas del ferrocarril que convertidos en fajineros con sendas escobas aseaban el paseo público. Apenado, don Benito ordenó que inmediatamente pusieran en libertad a los improvisados barrenderos, pidiendo mil disculpas por el atropello que según él, habían cometido con tan respetables personas; cuando le hicieron saber que los habían metido a chirona por borrachos y escandalosos, sonriendo y moviendo la cabeza incrédulo, les dio 10 pesos para que fueran a la menudería de doña Nico a curarse los estragos de la cruda.

CAPÍTULO IV

[1920-1929]

1. La década inolvidable

Los años comprendidos de 1920 a 1929 son conocidos como la década de los alegres veintes, donde se marcó un nuevo concepto de vivir, rompiendo las viejas estructuras sociales. Se abrieron academias de comercio donde las jóvenes se preparaban para ocupar empleos que antes sólo desempeñaban los hombres. Las mujeres lograban conseguir ocupaciones en las fábricas, esto era inusitado porque antes era raro que la mujer trabajara, se dedicaba por completo a las labores propias del hogar. Llegó nueva forma en el vestir y los jóvenes de ambos sexos acogieron con entusiasmo la innovación; igualmente aceptaron la nueva música y los bailes del ritmo moderno que irrumpieron la tranquila paz hogareña, ante el asombro de las personas mayores.

Fue entonces cuando en el teatro Unión comenzaron a exhibirse las primeras películas de arte del cine mudo; las americanas de Mary Pickford y Norma Talmadge, las italianas de Francesca Bertini, las francesas de Theda Bara, las de la vampiresa de origen eslavo Pola Negri y las de Rodolfo Valentino, para muchos uno de los mejores actores de todos los tiempos. Valentino era de ascendencia

italiana, triunfó en Hollywood en la industria del cine, y fue el primer ídolo reconocido a escala mundial. Al ocurrir su muerte en Nueva York, se produjo una gran conmoción entre las jóvenes manifestando su congoja vistiendo de luto por días, habiendo algunas que, histéricas, cometieron el desatino de suicidarse. En aquellos años corrieron rumores que Valentino había sido envenenado.

En los días de la prohibición en los Estados Unidos, aparecieron las bandas de gansters de Al Capone y Johnny Torrio por las calles de Chicago eliminando a sus rivales por el control clandestino de las bebidas embriagantes. Los malhechores en su indumentaria personal usaban camisas de seda a rayas, tirantes multicolores, chalecos vistosos y botines de dos colores. No se sabe si influenciados por el modo de vestir de esos gansters, por el cine u otras causas, el caso es que los jóvenes norteamericanos comenzaron a vestirse de otra manera y la nueva moda invadió las ciudades norteamericanas del país. Los muchachos abandonaron la vieja cachucha de casimir y cubrieron su cabeza con canotiers de paja llamados carretes, usaban camisas de seda con rayas rojas, amarillas, azules o verdes que tenían cuellos blandos y blancos de quitar y poner, pantalones balones anchos en la parte de abajo, chalecos de fantasía y botines de tubo recortado que recibieron el nombre de choclos, antes no se usaba esta clase de calzado. Pero las personas de edad continuaron usando la ropa común y corriente y los botines anchos y boludos de la punta. La moda evoluciona y después de años regresan los estilos que una vez estuvieron en boga, esto ha pasado nuevamente con los pantalones anchos en la parte de abajo y los zapatos anchos y trompudos que ahora vuelven a usarse.

Años más tarde, los jóvenes de más recursos económicos se atildaron en su indumentaria, con pantalones angostos y sacos largos de anchas solapas quizá para distinguirse de los demás, parecían figurines de revistas y la gente burlo-namente les llamaba fifís, había un dicho popular que po-

nían en boca de las jóvenes que decía: “Ay mamá, cómprame un fifí.”

En cuanto las muchachas, abandonaron los vestidos largos hasta el huesito, los chongos y trenzas; comenzaron a pintarse los labios y colorearse las mejillas. Se cortaron el pelo a la bob que era como el de las niñas, con las orillas del cabello rizado para adentro, alrededor de la cabeza menos el frente donde se hacían un tupé. Después usaron el pelo corto, liso, con raya en medio y patillas en forma de interrogación, aparentando el aspecto de las mujeres fatales o vampiresas del cinematógrafo y que era conocido como estilo a la Pola Negri. La nueva moda en el pelo de las jóvenes y aun mujeres de más edad, semejaba por atrás al que usaban los hombres; para festejar la moda se compuso la canción de Las Pelonas, de la que recordamos solamente lo siguiente:

*Se acabaron las pelonas,
se acabó la pretensión,
la que quiera ser pelona
que pague contribución.*

El baile también evolucionó, pues aunque continuaban bailando los valeses, polcas y chotises, los jóvenes aceptaron los nuevos pasos y su música. Llegaron primero los onesteps, luego los blues, pero al llegar el alegre charleston acompañado por nuevos instrumentos como la batería y el banjo, no cupo la menor duda que se habían impuesto los nuevos ritmos. Más tarde aparecería el foxtrot y a fines de 1929 nació el jazz en Nueva Orleans triunfando para siempre.

En un principio, los padres de familia se alarmaron ante el cambio tan brusco de los hijos en el comportamiento, pero pronto se conformaron porque se dieron cuenta que los hijos seguían portándose correctamente en el seno de las familias; continuaban respetando a sus mayores, tomando en serio los consejos y regaños. Nadie era capaz de contestarle

de mala manera a sus padres, ni fumarse un cigarrillo y menos tomarse una copa delante de ellos, tampoco lo hacían en presencia de algún pariente o amigo de la familia.

2. *El hospital*

Aseguraban algunos vecinos que a principios de los años 20^o se estableció el primer hospital, llamado civil o municipal; se ubicaba en una casa de cantera de las dos que aún existen por la calle Urrea. No hay antecedentes de los médicos que atendieron el hospital durante muchos años, aunque es de suponerse que lo hicieron los doctores residentes entonces en la ciudad, como Enrique Viesca Lobatón, Bazán, Mújica, Manuel Campos Díaz y algunos otros cuyos nombres se han olvidado.

Más tarde el hospital se cambió a la casa de ladrillos rojos del doctor Viesca Lobatón por la calle Victoria, después estuvo algún tiempo en la esquina de las calles Independencia y Allende, donde ahora tiene sus oficinas la Comisión Federal de Electricidad y finalmente fue trasladado a la zona de tolerancia donde duró muchos años. Los burdeles estaban por la calle Patoni donde en aquel tiempo era la orilla de la población al poniente. A un lado de una casa de dos pisos conocida como de "los altos" donde funcionaba un lupanar, estaba el humilde sanatorio en una casona de adobes con habitaciones que algunas tenían pisos de ladrillo y otras de tierra apisonada, carente de muchas cosas, contaba solamente con unos cuantos camastros, cuando fallecía algún enfermo sin deudos que lo recogiera, lo tendían en el suelo sobre un petate, iluminado por la luz incierta de los cirios que alguna generosa prostituta le llevaba, mientras la alegría y el bullicio reinaba por las calles pecadoras de la zona de tabernas y salones de baile. Era un triste cuadro que conmovía al más indiferente.

No se sabe en que año recibió el nombre de Hospital Doctor Agustín Vergara. Se puso en la zona de tolerancia para evitar que las mujeres malas cruzaran las calles para ir al examen semanal, lo que en aquellos tiempos se consideraba un desacato a las buenas costumbres al ser vistas las infelices mujeres en la vía pública.

Al crecimiento de la ciudad con el paso de los años, los burdeles ya no estaban en la orilla, pues habían sido rebasados con las nuevas construcciones de casas, por lo que fueron cambiados más allá del barrio de El Pueblito frente al camino real, en terrenos despoblados alejados todavía de las últimas casas. En cuanto al hospital Vergara continuó por algunos años más al lado de la casa de "los altos" que permanece intacta como si el tiempo no hubiera pasado, conserva sus dos pisos y se localiza por la Patoni entre las calles Nicolás Bravo y Aldama.

3. *Beisbol de antaño*

Al gerente de la jabonera don Juan Brittingham al fin norteamericano le gustaba mucho el beisbol. Desde 1918 sostuvo novenas de ese deporte formado por empleados y obreros de la fábrica. Jugaban en el parque de la colonia arreglado con esmero, sembrado de pasto menos el diamante como se usan en la época actual. Cuando se celebraban los encuentros, las pequeñas gradas se llenaban de aficionados y las familias aprovechaban la oportunidad para pasear y descansar bajo las sombreadas arboledas de la colonia.

Los hijos del agricultor Pedro Franco Ugarte y los del señor Brittingham regresaron a la ciudad al terminar sus estudios en Estados Unidos y uniéndose al equipo formaron un poderoso conjunto, porque los jóvenes eran magníficos jugadores, no en balde habían practicado el rey de los deportes en los colegios y universidades americanas.

La Esperanza, que así se llamaba la novena, celebró encuentros con clubes profesionales de la ciudad de México, como el Fabriles con sus estrellas cubanas al mando de Luis Sansirena y el Reforma del Chirrín Gutiérrez. Después vino el Cuauhtémoc de Monterrey sostenido por la cervecería del mismo nombre, con jugadores mexicanos algunos del otro lado y reforzado con americanos donde era la estrella Leonardo Alanía (Najo). La Esperanza ganaba y perdía con esos poderosos equipos.

En los campeonatos locales La Esperanza siempre triunfó en esos torneos tomaban parte novenas comarcanas: de Torreón primero el Cuauhtémoc y después el 3-2 que antes de los juegos desfilaban con una banda de música dando una vuelta completa al cuadro, esos equipos se reforzaban con jugadores pocos de San Antonio, Texas, también participaban la novena de San Pedro y el 1142 local, integrado por ferrocarrileros.

Recordando aquellos lejanos años, más o menos se puede decir que La Esperanza en distintas temporadas la formaron los siguientes jugadores: G. Garcés, Benito Contreras, Albino Aragón, E. Ledesma, José Román, Alberto Regalado, Leonardo Valenzuela, Fernando Sánchez Durán, José A. Gómez, Jorge Ávila, Juan Faudoa, Luis Sáenz, los hermanos Franco: Pedro, Carlos, Ernesto y Alfonso; Roberto Reyna, José Gutiérrez, Nieves Reyna, Eduardo y Juan Brittingham Jr.

Por su parte los ferroviarios que jugaron con la novena del 1142 fueron los que en seguida se dan a conocer: Carlos Ballesteros, Alfonso Covarrubias, José Ramírez, José Astorga, Pablo Ochoa, Simón Alcalá, Leonardo Astorga, José Sato, Jesús de Anda, Román Hernández, Enrique Blanco, Pedro Vázquez, Genovevo Hernández, Abel González, Luis Alonso, Arturo García y José R. Tapia. Más tarde ingresaron al equipo Antonio Valtierra, Antonio Reza, Ángel Hernández, Fortino Astorga, Vicente Bardán y al último Diego Lozano.

Al terminar los partidos, los entusiastas peloteros del riel se reunían con sus partidarios, festejando alegremente el triunfo o la derrota, cantaban el corrido de la novena que había compuesto el conductor de trenes Jesús Ayala, lo que sigue es parte de la letra:

*Que dice don Enrique,
él no dice nada,
que lo del domingo
fue una charlotada.*

*Errores de Blanco,
de Vázquez chambón,
al pobre de Ochoa
le echaron tapón.*

*Astorga estaba de catcher,
Ballesteros estaba tirando,
la Querencilla chiquilla
primera estaba jugando,
etcétera.*

Don Enrique era un fanático partidario del equipo de origen francés apellidado Lang, tenía una pequeña fábrica de camisas por la calle Nicolás Bravo.

4. *Oncena Gómez Palacio*

Desde antes de 1920, un grupo de muchachos pateaba una pelota hecha de pabilos desechados de la fábrica La Victoria, en el llano frente al parque Morelos; de tanto practicar comenzaron a desarrollarse sus habilidades naturales. El español Antonio Guzmán estaba encargado de la tienda de ropa La Ciudad de Torreón por la calle Victoria. En aquella época don Antonio era un hombre relativamente

joven, en su natal España había jugado fútbol y podría considerársele un buen jugador; algunas veces iba al llano a cascarear con los jóvenes ya con balón reglamentario, al notar el desarrollo notable del grupo les prodigó sus enseñanzas, procurando corregir sus defectos y les explicaba la técnica del deporte, después los organizó en un equipo formal con el nombre de Zaragoza y comenzaron a tener encuentros formales con fuertes equipos.

Meses más tarde, la oncena tomaba parte en los torneos regionales con el nombre de Gómez Palacio, sostenido por el agricultor español Pedro Camino Ruiz, obteniendo el título de campeón por cinco temporadas consecutivas. Es conveniente decir que en 1921 durante los festejos de Covadonga, visitó la Comarca Lagunera el equipo de segunda fuerza del Club España de la ciudad de México con algunos jugadores de primera, es decir, profesionales, y en San Pedro de las Colonias fue vencido por el Gómez Palacio. Varios jugadores del conjunto de la capital se quedaron para siempre en la región reforzando los equipos locales como los hermanos Lecanda, Pardo, Ibarreche, Olarra y Aránzabal; este último jugó algunas temporadas con el Gómez.

Aquel inolvidable grupo juvenil con sus relativos veteranos —Guzmán y Aránzabal— en sus cinco años triunfales estuvo integrado por los siguientes jugadores: J. Manuel Camino, Guillermo Covarrubias, Jesús Prieto Ortiz, Ángel Camino, Manuel Sáenz, Enrique Mesta, Carlos Tapia, Gilberto Tapia, Salvador de la Rosa, Antonio Guzmán, Salvador Aldana, Severo de la Rosa, Pedro Aránzabal, Francisco Guerrero, Martín Prieto Ortiz y Alberto Caligaris.

5. *Luchas ferrocarrileras*

Después de las represiones sangrientas del gobierno porfirista contra los mineros de Cananea y los obreros

textiles de Río Blanco, los ferroviarios comenzaron a organizarse. En 1907, fundaron la Gran Liga de Empleados del Ferrocarril, pero al año siguiente fue disuelta en San Luis Potosí porque se atrevieron a amenazar seriamente con la huelga general a las empresas norteamericanas e inglesas de los ferrocarriles. Tiempo antes se habían formado agrupaciones locales en diferentes lugares del país; luchaban para arrancar a las compañías extranjeras aumento de salarios y mejor trato, pero sobre todo para conseguir que el sistema ferroviario fuera manejado por personal mexicano, porque entonces los norteamericanos ocupaban los puestos más importantes: superintendentes, jefes de estación, de trenes, telégrafos, despachadores, conductores y maquinistas. Para los nacionales eran los demás puestos todos de segunda categoría. Las protestas y el descontento de los trabajadores mexicanos fue haciendo que las empresas fueran reemplazando paulatinamente a los norteamericanos, distinguiéndose en la campaña el dirigente Felipe Pescador que no descansó hasta lograr que en 1910 ya no quedara ningún extranjero trabajando. El señor Pescador es hasta la fecha venerado y recordado con cariño por los ferroviarios.

Al triunfo de la Revolución, los trabajadores del riel comenzaron a organizarse en especialidades a nivel nacional y de esa manera nació la Unión de Mecánicos Mexicanos, la Hermandad de los Caldereros, la Orden de Maquinistas, la Unión de Carpinteros y Similares, y así los demás gremios. Estas agrupaciones sostenían lazos fraternales entre sí; en 1921 se declararon en huelga general en todo el sistema, a pesar de que el gobierno obregonista no vio con buenos ojos el movimiento, respetó la decisión de los obreros y a los dos meses consiguieron que las empresas accedieran a sus demandas.

En 1926, la Unión de Mecánicos se lanzó a la huelga por violaciones al contrato —en aquel tiempo los contratos eran firmados por especialidades—. El mecánico Enrique

Blanco fue nombrado presidente del comité de huelga local, los mecánicos abandonaron la casa redonda colocando en las puertas las banderas rojinegras y las guardias necesarias. La Unión rechazó la ayuda solidaria de los demás gremios que estaban dispuestos a ir a la huelga general si fuera preciso. Los mecánicos formaban la vanguardia de las luchas obreras de aquellos años, eran los más preparados, los mejores organizados, sus líderes los más lúcidos; el honesto Fidel Gómez era el secretario general de la sección de Gómez Palacio. Pensaban los mecánicos que ellos solos lograrían el triunfo, pero no sucedió así, los servicios ferroviarios no se suspendieron totalmente porque la mayoría del personal siguió trabajando, y en 1927 el movimiento se desmoronó cuando los mismos mecánicos se convirtieron en esquiroles de su propia causa, al dirigirse algunos a otras divisiones a trabajar y los de allá se venían para acá a hacer lo mismo. Los esquiroles fueron conocidos como chilangos que es como se conoce a los nacidos en la ciudad de México, quizá porque los mecánicos de la capital fueron los primeros en iniciar las traiciones.

La huelga fue dolorosa para los trabajadores que, siendo fieles a sus principios no la sabotearon, quedando fuera del servicio algunos años, hasta que en el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas fueron reinstalados los últimos huelguistas. Mucho tiempo, cientos de mecánicos ferroviarios no contaron con empleo fijo y bien remunerable, trabajaban en lo que encontraban, desempeñando las labores más humildes con tal de llevar algo de sustento a sus familias. Algunos lograban ser reinstalados en sus puestos, preferentemente los especializados.

Cuando sucedió la rebelión escobarista en 1929, los alzados, como siempre pasa en estos casos, obligaron a las tripulaciones a manejar los trenes y al personal de los talleres a tener en buenas condiciones las locomotoras; luego a alguien se le ocurrió llevar tractores a la casa redonda para transformarlos en tanques con el objeto de

batir a las tropas del gobierno, pero fracasó la idea porque ninguno sirvió. Esto trajo como consecuencia que al huir los rebeldes y llegar el general Calles al frente de las fuerzas leales, el gremio ferroviario fuera acusado de colaboracionista, encarcelaron a varios paileros y mecánicos, y a muchos les rescindieron el contrato. Afortunadamente, los ánimos se serenaron y poco a poco fueron reinstalando en sus puestos a los despedidos por la aventura de la escobariada.

6. *La Junta Popular Agraria*

Corría el año de 1921, en todo el país se organizaban comités, juntas y asociaciones de hombres del campo, que pacíficamente exigían al gobierno que cumpliera la promesa revolucionaria ofrecida, que la tierra fuera quitada a los latifundistas y repartida a los campesinos.

En Gómez Palacio, un grupo de hombres de distintas ocupaciones —unos cuantos habían trabajado la tierra— se agruparon alrededor del coronel revolucionario Juan Pablo Estrada. Por la calle Escobedo, en un edificio de dos pisos que desde hace mucho tiempo es propiedad del Sindicato de Filarmónicos, celebraban sus reuniones, naciendo ahí la Junta Popular Agraria formada entre otros por las siguientes personas: Juan Pablo Estrada, Feliciano Ruiz, Bruno Valdés, Francisco Romero, Dámaso Contreras, José y Leonardo Sánchez Torres, Encarnación Jaramillo, Santiago Franco, Mario García, Marcos Blanco, Magdalena Flores, Juan Illescas y Francisco Valdés.

Esos hombres que sumaban algunas decenas, lucharon tenazmente por espacio de varios años para hacerse de un pedazo de tierra para trabajarla. Le entraron a la política formando el Partido Agrarista peleando a brazo partido contra el Partido Laborista para obtener el control de la administración municipal, teniendo algunos enfrentamientos que causaron la muerte a algunos de sus miembros.

Al fin, su persistencia y tanto esfuerzo tuvieron su recompensa y el 13 de mayo de 1927 el gobierno federal entregó a los agraristas las tierras que después formaron la colonia La Popular, convirtiéndose los que la recibieron en pequeños propietarios y que fueron conocidos como los colonos.

La colonia La Popular con el tiempo se transformó en una área de florecientes granjas agropecuarias. Algunas propiedades han cambiado de dueño, otras las continúan trabajando los descendientes de aquellos luchadores. Cada año en el aniversario de la fundación de La Popular, el honesto revolucionario Juan Pablo Estrada es recordado por los progresistas colonos.

7. *El sabino de la plaza de armas*

En el andador de afuera de la plaza de armas en contraesquina de la iglesia de Guadalupe, crece un corpulento sabino que fue plantado hace muchos años; sobre quien o quienes lo hicieron, existe hace tiempo una controversia entre las personas de más edad y que no se han podido poner de acuerdo.

Unos aseguran que el sabino o ahuehuate fue plantado en 1921, como uno de los actos para celebrar el nacimiento de la Junta Popular Agraria; el árbol se desarrolló lentamente protegido por un frágil barandal de hierro alrededor del arriate. Muchas personas comenzaron a llamarlo el Árbol de la Revolución y por tal motivo surgió otra versión, que lo habían plantado un 20 de noviembre por algunos que fueron revolucionarios y entre ellos figuraban varios miembros de la Junta Popular Agraria.

Otros dicen que el famoso sabino fue plantado a finales o principios de los años veintes, al efectuarse una reforestación general en el jardín municipal por los alumnos del profesor Alfonso Salazar de la escuela oficial número 1,

y que al alumno Jesús Correa Burciaga le había tocado plantar el ahuehuete.

No podía faltar como remate, la versión que se antoja fantástica contada por algunos de que el mencionado árbol fue plantado por un villista; sucedió en una ocasión que las fuerzas del general Villa ocuparon la población. Un grupo de jinetes llegó a descansar bajo la arboleda de la plaza de armas, atando las riendas de los caballos en las ramas de los árboles que crecían al lado de la calle Independencia; uno de los soldados sacó de la bolsa de la cantina de su montura un pequeño arbusto con raíces —que según dijo lo venía cargando desde el cañón de Fernández— y lo enterró, transformándose al paso de los años en el sabino de la controversia.

8. *Los músicos se sindicalizan*

En 1922, un numeroso grupo de músicos encabezado por el violinista y compositor Enrique Unzueta, se reunieron por espacio de varios días hasta que lograron formar el Sindicato de Filarmónicos Progreso. Fue con el objeto de repartirse el trabajo entre todos y sobre todo para defenderse de la explotación de las dueñas de los burdeles, donde pequeños grupos tocaban en los salones de baile de los mencionados centros, ubicados en la zona roja a orillas de la población.

Por aquel tiempo existían tres conjuntos musicales organizados: la orquesta que dirigía el maestro Unzueta, la del violinista procedente de los ranchos Valeriano Gallegos y la popular de Luis López. Los dos últimos grupos no ingresaron al sindicato recién formado, porque ya pertenecían al de obreros y campesinos dependiente de la CROM.

En su larga trayectoria —aún existe afiliado a la CROC— el Sindicato de Filarmónicos Progreso, ha contado en su seno como miembros activos a buenos elementos de

la música: como el maestro de escuela Jesús Mena Vázquez, pianista y compositor; el pianista Pablo Galván, muerto prematuramente al comenzar su carrera; el violinista Emilio Flores, primer ejecutante de ese instrumento en varias orquestas importantes del país; también fue socio el pianista Polo Reyes que más tarde organizara la primera banda de jazz que hubo en la comarca; otro miembro destacado fue el director de bandas maestro Filomeno Escobedo y por ese tiempo se daba a conocer el pianista lírico Cuco Mesta que después llegó a dirigir orquestas y finalmente el maestro Enrique Unzueta.

9. *Normal y Escuela Cultural*

Siendo presidente de la República el general Álvaro Obregón, designó como Secretario de Educación Pública al licenciado José Vasconcelos, el maestro oaxaqueño con gran entusiasmo se dedicó a impulsar la educación entre el pueblo, especialmente en las clases más humildes.

Comenzaron a fundarse las primeras escuelas rurales por todos los rumbos del país; se crearon las escuelas nocturnas para mejorar la educación de los trabajadores, donde también enseñaban las primeras letras a los analfabetas. Las Misiones Culturales se multiplicaron, viajando por todas las comarcas llevando sus enseñanzas aun a las más apartadas. Se impulsaron las bellas artes, especialmente la nascente pintura mural mexicana que la desarrollaron después los maestros Orozco, Rivera y Siqueiros, con sus mensajes revolucionarios. Se editaron grandes cantidades de libros de los clásicos que se repartieron gratuitamente al pueblo, esos volúmenes tenían pastas rústicas forradas con tela verde.

Sería en 1922 o 1923, cuando empezó a funcionar en la ciudad el Centro de Enseñanza Superior en la amplia casa de ladrillos rojos que tenía al frente unos portales y que

estaba por la calle Victoria. La directora del Centro fue la gran maestra duranguense, Juanita Villalobos que había venido de la ciudad de Durango acompañada de un grupo de magníficos profesores para dicha escuela, la que en realidad era Normal porque se daban clases a los maestros en funciones que no tenían título —del que carecían la mayoría de ellos— para que perfeccionaran sus conocimientos y presentando examen recibirían el nombramiento oficial de maestros; asimismo, se preparaban jóvenes con vocación al magisterio y de sus aulas salieron con sus respectivos títulos entre otros Felipe Bonifant Jr., Elvira Prieto Ortiz, Elvira González Valles, Adela Gallegos y Hermelinda Ovalle. El Centro de Enseñanza Superior duró en funciones varios años y cuando desapareció, la maestra Juanita Villalobos abrió una escuela particular, continuando su labor docente entre la juventud de aquella época.

También llegó una Misión Cultural y estableció la Escuela Cultural Nocturna para Trabajadores, donde se impartían clases de cultura general y se enseñaba a leer y escribir a las personas que no sabían hacerlo. Por las noches, los salones se veían concurridos de ferrocarrileros, jaboneros, obreros y obreras de la industria textil, alumnos de la Normal y jóvenes de otras escuelas. Se despertó entre los muchachos y gentes de edad el deseo de aprender. En esas clases nocturnas entre alumnos tan disímbolos en cuestión económica y edad, estudiaban Enrique Mesta que después fue periodista y ensayista de sólida cultura, el poeta Octavio Rivera que estudiaba para maestro y Enrique Borrego, periodista y director por muchos años de un periódico vespertino de la ciudad de México. El director de la Escuela Cultural Nocturna fue el historiador duranguense de apellido Rocha y el plantel estaba al lado del actual hotel Durango por la calle Centenario, en una casa grande de adobes de techos altos que amenazaban venirse abajo.

10. *La muerte de don Julián Moreno*

Don Julián Moreno tenía un expendio de carnes en el interior del mercado Baca Ortiz, era una persona sencilla y afable en su trato, se puede decir que gozaba de la estimación de todos sus conciudadanos y esto quedó palpable cuando desgraciadamente por desavenencias políticas perdió la vida.

En 1923, don Julián resultó electo para ocupar el puesto de presidente municipal en ese periodo, teniendo muchas dificultades en su mandato por la oposición que le hicieron los ediles del Partido Agrarista que fueron miembros del ayuntamiento que encabezaba.

Un día, don Julián Moreno acompañado de uno de sus hermanos a bordo de su viejo automóvil venía del mercado por la calle Escobedo, quizá en dirección a su domicilio. Pasando la avenida Hidalgo, frente a la casa del coronel Juan Pablo Estrada, se encontraba este señor platicando con el señor Feliciano Ruiz que decía había sido mayor del ejército revolucionario. Al emparejar el auto con las mencionadas personas, el señor Moreno intercambió insultos con ellos, descendiendo del vehículo al igual que su hermano con las pistolas en la mano y comenzaron a disparar. Don Juan Pablo que no andaba armado fue herido en una pierna y con dificultad buscaba refugio, mientras don Feliciano desenfundó su pistola y repelió la agresión, desatándose la balacera resultando muerto don Julián Moreno; para esto, de su carpintería que estaba en la esquina, salió el señor Francisco Romero disparando balazos contra los hermanos Moreno.

Nunca se supo con certeza quién fue el autor de la muerte de don Julián, unos contaban que el mismo hermano había sido el causante en la confusión, otros decían que el carpintero Francisco Romero era el culpable; el asunto ter-

minó cuando don Feliciano Ruiz declaró ser el autor de la muerte siendo encarcelado. A los pocos días fue puesto en libertad al ser absuelto por obrar en legítima defensa según el dictamen del juez penal, hechos que en realidad así sucedieron. En aquella época los colonos y agraristas que seguían al coronel Estrada tenían bastante influencia en la política, algunos de ellos ocupaban puestos públicos y pudieron arreglar las cosas fácilmente. Respecto al señor Ruiz, tenía fama de atrabancado y pendenciero, pocos meses antes, durante la celebración de una corrida de toros en la pequeña placita, había asesinado a un introductor de ganado apellidado Samaniego.

11. Ricardo Flores Magón

Al anochecer del 21 de noviembre de 1923, llegaron los restos de Ricardo Flores Magón que hacía precisamente un año había fallecido en la prisión de Lavenworth, Kansas; según el médico del penal el fallecimiento del preso se debió a un padecimiento cardíaco, pero según la opinión de los obreros de todo el mundo, fue asesinado.

En la estación del ferrocarril, esperaban el cuerpo del revolucionario una gran multitud silenciosa formada en su mayoría por trabajadores. Llevado el ataúd en hombros exclusivamente de ferroviarios lo condujeron al local de la Unión de Mecánicos Mexicanos, donde el cadáver fue velado por varias horas, las guardias obreras se sucedían unas a otras, hasta que llegó el momento en la madrugada del día siguiente de ser conducido a la estación para que el tren especial que llevaba los restos continuara su viaje hacia el sur, deteniéndose en las poblaciones importantes a lo largo del camino, para que el pueblo rindiera el último homenaje al luchador anarcosindicalista que perdió la vida luchando por sus ideas. El gobierno de Álvaro Obregón accedió a la petición de los obreros para que los restos de Flores Magón

fueran traídos a México y sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Ricardo y Enrique Flores Magón, Alfonso Cravioto, Juan Sarabia y Jesús Martínez Carreón miembros del Círculo Liberal Santiago de Hoz, fueron apresados por órdenes del gobierno de Porfirio Díaz y encerrados en la cárcel de Belén. Al cumplir la condena, los Flores Magón y sus compañeros se dirigieron a Laredo, Texas, donde continuaron publicando el periódico *Regeneración*, atacando a la dictadura porfirista.

En 1906, en San Luis Misuri se dio a conocer el programa y manifiesto del Partido Liberal Mexicano, el documento circuló clandestinamente en el país, y aparte de invitar al pueblo a levantarse en armas contra la tiranía, en su programa señalaba que los ejidos debían ser restituidos a los pueblos que les habían sido robados por los hacendados y que las tierras ociosas se entregaran a los campesinos, la jornada de trabajo debería ser de 8 horas, fijar el salario mínimo, descanso semanal obligatorio, pensiones de retiro e indemnizaciones de accidentes de trabajo, y expedición de una ley que garantizara esos derechos. Estos antecedentes sirvieron a los radicales constituyentes del 17 y gobiernos posteriores para promulgar esas leyes que ahora son un hecho.

Durante los 20 años que Ricardo Flores Magón permaneció en Estados Unidos, trece los pasó encarcelado. El mismo día que salió libre en 1916, publicó un manifiesto aconsejando a los trabajadores de las naciones que estaban envueltas en la primera guerra mundial que pusieran fin a la matanza, ya que las principales víctimas eran los propios obreros. Por este motivo, Flores Magón y el profesor Librado Rivera fueron encarcelados y llevados a juicio, los jueces los sentenciaron a 15 años de prisión siendo enviados a la isla McNeill y posteriormente a la cárcel de Lavenworth, allí Ricardo falleció la noche del 20 de noviembre de 1922.

12. *Luchas campesinas*

Habían pasado varios años del triunfo definitivo de la Revolución, los campesinos que hicieron posible la victoria continuaban viviendo miserablemente explotados en las grandes haciendas. Los soldados campesinos de Emiliano Zapata y Francisco Villa, cuando andaban en la bola platicaban al que quisiera oírlos más o menos lo siguiente: “Después de terminada la Revolución, no volverá a haber más ricos ni más pobres, cuando ganemos todos seremos iguales y no habrá más explotados, trabajaremos la tierra y viviremos en paz.” Asesinados sus caudillos Zapata y Villa que tenían sus mismos pensamientos, la posesión de un pedazo de tierra para trabajarla continuaba siendo un sueño irrealizable. A la fecha, el problema de la tierra sigue sin solución salvo el gobierno revolucionario de Cárdenas que hizo lo que pudo, los demás gobernantes han sido incapaces de llegar al fondo de las grandes transformaciones sociales que son necesarias.

Desde antes de 1924, un grupo de peones agrícolas encabezados por J. Cruz Chacón Sifuentes y otros líderes, luchaban en haciendas y ranchos del Perímetro Lavín y del municipio de Lerdo para mejorar sus condiciones de vida, teniendo plena conciencia de que la tierra debe ser de quien la trabaja.

Estos inquietos campesinos formaron la Federación de Sindicatos de Obreros y Campesinos de la Región Lagunera, afiliándose a la entonces poderosa CROM. Tenían sus oficinas y salón de sesiones por la calle Allende, en una casa situada frente a los almacenes de la Compañía Algodonera. Sixto Ríos el de los grandes mostachos era el secretario general de la naciente agrupación local, mientras tanto Chacón Sifuentes, Diego García, Domingo Garibaldi, Juan Arguijo, Juan Hernández, Félix Morales, José Carrillo y otros luchadores, recorrían los campos agrícolas tratando de orga-

nizar a los peones acasillados en sindicatos, en un ambiente hostil de parte de las autoridades y hacendados.

Ante la presión campesina, en 1929 algunos agricultores compraron a la señora Luz Badillo la hacienda de La Goma y la repartieron a los 125 peones del lugar en igual número de parcelas, extendiéndose el título parcelario a cada uno de ellos.

El primer reparto de tierras efectuado en la Comarca Lagunera tuvo lugar en la antigua hacienda de Avilés llamada hoy Villa Juárez. Numerosos campesinos reclamaron sus tierras que les habían sido arrebatadas por los hacendados, valiéndose de chicanas y apoyados por el gobierno de la dictadura, presentando las pruebas de la razón que les asistía. En el puerto de Veracruz don Venustiano Carranza firmó el acuerdo gubernamental el 20 de abril de 1917 para que se repartieran mil 755 hectáreas entre los campesinos. Posteriormente se efectuó una ampliación por acuerdo del presidente Álvaro Obregón; fue el 3 de noviembre de 1922 beneficiando a 609 familias con la expropiación de 3 mil hectáreas adicionales. Lo que lucharon aquellos hombres para rescatar las tierras que les pertenecían, especialmente ante el primer jefe Venustiano Carranza que no simpatizaba con el reparto agrario.

13. *Cruz Chacón Sifuentes*

José Cruz Chacón Sifuentes era un tipo férreo, alto, delgado, por el modo como usaba el bigote a lo lejos parecía un broncíneo Don Quijote de la Mancha sin perilla. Creció en una hacienda de los Luján donde su madre prestaba sus servicios en la casa grande, con muchos sacrificios la señora logró que su hijo estudiara la primaria, aprendiendo el solfeo, llegando a tocar el trombón y el clarinete por nota.

Ya de hombre, cuando andaba en la organización de los sindicatos campesinos, sus compañeros se dieron cuenta que era incorruptible. Contaban que una ocasión accidentalmente se dio cuenta que en un cofre abandonado en una bodega de cierta hacienda, había unos documentos importantes en los que constaba que muchas propiedades que explotaban algunos latifundistas no eran de ellos legalmente. Chacón Sifuentes y unos cuantos peones lograron reunir 50 pesos, con ese dinero sobornaron al velador de la hacienda para que les permitiera echarle un vistazo a esos papeles viejos que no servían para nada y así se llevaron los documentos. Decían que después el hacendado se dio cuenta de la desaparición de las escrituras en la bodega y sospechando que Chacón Sifuentes estaba metido en el asunto, le ofreció 50 mil pesos por ellas sin ninguna averiguación. Por supuesto que el luchador se negó a devolver los documentos y que en manos de los campesinos era una arma formidable, en donde quedaban a la vista los procedimientos de que se valieron los terratenientes para hacerse de propiedades. Estos latrocinios quedaron borrados años más tarde, al llegar el reparto de tierras en La Laguna.

Aquel honesto líder campesino pudo haberse beneficiado con la oferta, en esos tiempos 50 mil pesos era una cantidad fabulosa, pero siendo un hombre recto, el dinero no despertó su ambición; sus anhelos políticos se concretaron a ocupar una vez el humilde puesto de regidor. Chacón Sifuentes pasó sus últimos días, en su modesta casa en el barrio de Santa Rosa, injustamente olvidado de los campesinos por los que tanto batalló.

14. *Mañanitas de abril*

A principios de los años veintes, el viejo camino real fue nivelado, la tierra apisonada, se colocó una delgada capa de piedra y luego regada con chapopote. Sucedió antes

que se pusiera en servicio la carretera del Autoclub de La Laguna, y fue entonces cuando jóvenes de ambos sexos y aun personas mayores madrugaban en los días primaverales y paseaban bajo las alamedas, visitando las huertas vecinas, llamando a estas caminatas "paseo de las mañanitas de abril". Regresaban los paseantes cansados pero radiantes de alegría para dedicarse a sus labores cotidianas la gente grande y los muchachos a estudiar. Algunos regresaban con manojos de húmedas flores o alcatraces de papel colmados de moras.

Sin duda que era una costumbre muy saludable levantarse temprano para aspirar el aroma límpido de los campos floridos y la costumbre prevaleció por muchos años, a pesar de que huertas y sembradíos de flores fueron desapareciendo, y llegó un día que el viejo camino real fue transformado en moderna calzada, destruyendo de paso las tupidas alamedas cuyos ramajes de sus árboles chocaban entre sí, y la quietud bucólica se vio interrumpida por el ruido de los motores de los autos. Unos cuantos madrugadores continúan levantándose al alba para pasear por la amplia carretera.

15. *El alcalde campesino*

El ayuntamiento elegido para hacerse cargo del gobierno municipal durante 1925, designó al regidor campesino Casimiro Domínguez para que desempeñara el cargo de presidente y ante la sorpresa general resultó ser un honrado y eficiente administrador público.

Al señor Casimiro Domínguez la gente lo llamaba cariñosamente a sus espaldas don Cachis. Era un hombre de mediana estatura de color blanco, su cara aún no había sido tostada por el ardiente sol lagunero, quizá porque alternaba sus labores de campesino con el humilde oficio de peluquero en el rancho de Santa Clara, donde residía.

Cuando desempeñó el puesto de alcalde municipal vivió en la finca de don Antonio Correa situada por la Escobedo.

Decían que en un principio, cuando don Casimiro venía del rancho a ocuparse de los asuntos municipales, llegaba con su lonche en un morral y junto con la huaripa los colocaba en el suelo recargados en una pata de la mesa de su despacho.

Durante su gestión, dieron principio las primeras obras para dotar de agua potable y drenaje a la población, se compró o se acabó de pagar la casa que era de don Pablo Valenzuela frente a la plaza de armas por la calle Centenario, la finca fue arreglada para instalar las dependencias municipales, quedando sencillas pero funcionales y de esa manera vino a ser la primera casa propiedad del cabildo, porque antes se alojaba en casas de renta. Las fiestas patrias celebradas en el periodo de 1925, fueron las más vistosas que se habían celebrado, tanto los juegos en el parque y las serenatas en la plaza de armas donde hubo hasta combates de flores; en el parque aparte del palo, barril y marrano enebado, se efectuaron toda clase de carreras descollando la de gordos que la ganó Talavera el eficiente agente secreto.

Al terminar su mandato municipal don Casimiro, entregó la tesorería sin cuentas pendientes de pago y en las arcas de la misma dejó la cantidad de 10 mil pesos libres de polvo y paja, como decía la gente, y que en esos tiempos era una cantidad respetable; justo es hacer mención que don Casimiro contó con la ayuda del ayuntamiento y de los funcionarios Vicente Tapia y Jesús Caballero, tesorero y secretario respectivamente.

Indudablemente que el humilde campesino, dejó la enseñanza de cómo deben manejarse los dineros públicos cuando hay voluntad y honradez.

16. *Autoclub de La Laguna*

Aseguran que cuando se celebró la primera feria del algodón en la ciudad de Torreón que fue en septiembre

de 1925, ya estaba en servicio la carretera suburbana que había construido el Autoclub de La Laguna. Dicha sociedad, la habían formado la gran mayoría de los propietarios de automóviles de aquellos días —que no eran muchos— con el propósito de construir un camino pavimentado que uniera a las tres ciudades más importantes de la Comarca Lagunera: Torreón, Gómez Palacio y Lerdo.

Acontecía en esos tiempos, que los autos y camiones que circulaban eran relativamente de poca utilidad al no existir carreteras para ir de un lugar a otro, y cuando por urgencia lo hacían tenían muchos problemas; como le sucedía al agricultor Silvestre Faya al proponerse ir en su auto marca Michel al rancho Cuba situado a pocos kilómetros de Gómez, un día antes avisaban a los ases del volante Delfino Pérez alias Pitifor o a Juan Sifuentes, para que uno de ellos se alistara para emprender la hazaña al día siguiente. En cada una de las polveras del carro sujetaban una lata de gasolina para utilizarla en el viaje de regreso. Temprano iniciaban el viaje, el auto iba dando tumbos por la brecha polvorienta y en lugares convenientes el mayordomo del rancho había ordenado que lo esperaran peones con troncos de mulas, sacándolo de los arenales y sólo así podían llegar a su destino. Los viajeros llegaban cubiertos de polvo y con la garganta reseca, como si hubieran caminado por el desierto por horas.

La carretera del Autoclub era angosta, construida con materiales baratos, aprovechando el antiguo bordo de los tranvías de mulas la extendieron en algunos tramos. Venía la carretera de Torreón por el vado del lecho del río Nazas, seguía atrás donde ahora están los nuevos institutos, del teatro Alvarado y pasaba frente al despepite Terryzas; después de cruzar los canales de Santacruz y Sacramento continuaba la ruta del bulevar Alemán, al llegar a las compuertas del tajo de La Línea, la carretera entroncaba con el antiguo camino real a Lerdo que ya estaba petrolizado. El tramo de la plaza de armas de Gómez al lugar conocido

como La Botella donde se unía a la carretera, había sido pavimentado por el Autoclub viniendo por la avenida Hidalgo. El entronque de La Botella era llamado así porque allí se levantaba una botella de cerveza Carta Blanca hecha de madera y lámina, de más de dos metros de altura descansando en un pedestal. El camino del Autoclub se extendía en despoblado, entre arenales, montículos de mezquites, campos de labor y grupos aislados de álamos en las orillas de las acequias.



Bulevar Alemán.

Los socios del Autoclub de La Laguna, aparte de cubrir el valor de la inscripción, pagaban mensualmente una cuota, recibiendo una calcomanía que pegaban en los cristales de los parabrisas de los automóviles, dándoles derecho de transitar libremente por la carretera particular. En el cruce del 1140 de la vía del antiguo Ferrocarril Central se levantó una garita, los vigilantes día y noche alzaban la barrera

de contención al paso de los vehículos derechosos sobre la vía, aún faltaban muchos años para que se construyera el paso a desnivel actual. Al principio se colocó otra caseta de control frente a la curva donde estaba la quinta Josefina, más acá de las compuertas del "remance"; al poco tiempo la quitaron.

Al vencerse el tiempo de la concesión del Autoclub desapareció la garita del 1140 y el tráfico por la carretera fue libre. Al no haber parada obligatoria en el paso sobre la vía del ferrocarril, se registraron varios accidentes, siendo el más trágico el que sufrió la familia Garibay de Torreón, cuando un tren arrolló el automóvil en que viajaba, perdiendo la vida el matrimonio y dos de sus hijos.

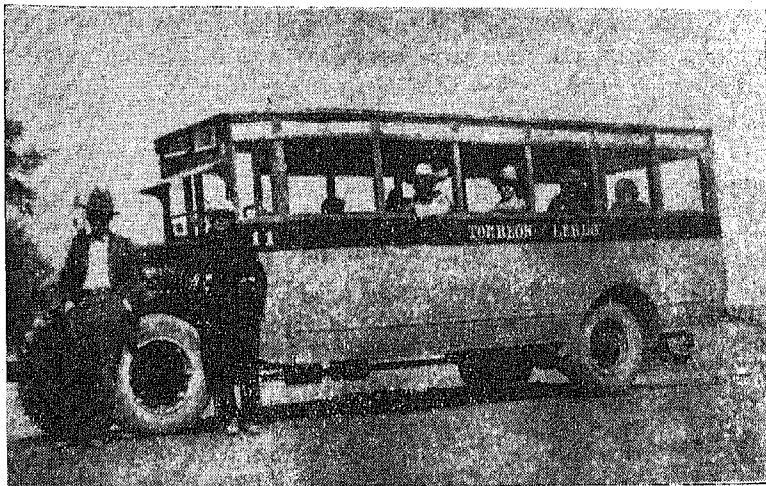
Los percances dieron origen a que corrieran varias consejas; decían que por las noches pasando el peligroso cruce, se aparecía una mujer enlutada haciendo señas como pidiendo aventón a los autos, especialmente a los ruleteros; al principio cuando se detenían los choferes esperaban en vano a la mujer, porque ésta se había esfumado misteriosamente. Otros contaban que a veces vieron transitar por la carretera en altas horas de la noche, una carroza fúnebre y al seguirla se perdía entre las umbrías arboledas del viejo camino real.

17. *Autobuses y ruleteros*

Al terminarse de construir la carretera del Autoclub de La Laguna, en el mismo año de su inauguración se pusieron en servicio los primeros autobuses suburbanos entre las ciudades de Gómez Palacio, Lerdo y Torreón; como aún no se había construido el puente sobre el Nazas el tráfico se hacía por el vado del río que había acondicionado también el Autoclub. A los pocos días de estar circulando los autobuses, llegó la avenida anual del Nazas y el servicio se suspendió, quedando algunos autobuses en Torreón que no

podieron regresar. Los camiones que se quedaron de este lado del río, siguieron proporcionando el servicio a Lerdo.

Los autobuses urbanos eran ocho, de carrocerías de ángulos rectos que daban la apariencia de cajas sobre ruedas, eran de fabricación americana marca Broadway, pintados de gris, posteriormente fueron llegando más camiones hasta completar la docena. Los primeros choferes que comenzaron a manejarlos fueron: Guillermo Sifuentes, Jesús Pérez alias Pitifor Grande, Jesús Terrones, Federico García, José Romero, Lupe González, Antonio Guerra, Federico Ríos y un chofer chaparro apodado El Centavo y Manuel Saltijeral era el inspector de la línea. Cada autobús traía su cobrador y el precio del pasaje costaba diez centavos.



Uno de los primeros camiones de pasajeros.

Los señores Jacobo y Rafael Lebrija eran los dueños de la empresa que se llamó Transportes Laguna, con oficinas, talleres y depósito en la esquina de las calles Degollado e Hidalgo.

Años más tarde, la compañía fue comprada por don Carlos Ávila antiguo contador de la jabonera y nombró gerente del negocio al señor Luis Lafragua. Los camiones de la nueva empresa que fueron adquiriendo eran ya de forma aerodinámica y todos fueron pintados de amarillo y el número había aumentado.

* * *

Sería a fines de 1926 o principios de 1927, cuando los choferes Juan y Rosendo Sifuentes, Jesús Pérez, Tomás de la Rosa, Federico Vázquez, Jesús Terrones, Luis Cordero, Manuel Araujo y otros, manejando automóviles usados de diferentes modelos y marcas, cobrando 10 centavos por persona comenzaron a llevar y traer gente entre Gómez y Torreón. Eran los primeros ruleteros que en forma ordenada, con itinerario fijo ya le estaban haciendo la competencia a tranvías y camiones.

Casi todos los carros eran chicos, sencillos, fuertes y económicos, sobresaliendo los fotingos llamados así porque los fabricaba la Ford y que para ponerlos en marcha era necesario darles cran, que era dar vueltas con un cigüeñal hasta que el motor arrancara.

Paulatinamente, fueron aumentando el número de carros ruleteros en servicio y naturalmente también los choferes, entre ellos figuraban: Juan Alonso, Manuel Jayme, Martín Prieto Ortiz, Salvador Gutiérrez, José María Meraz, Arturo y Enrique Cebrián, Jesús Medrano, José y Miguel González Cantú, Jesús Domínguez y otros más que escapan al recuerdo.

18. *Comienzan los trinquetes*

Siendo presidente municipal en 1926 el litigante Porfirio Nájera Álvarez, dieron principio las obras de pavimen-

tación a cargo de la compañía de la Willite que cumplía un contrato en Torreón. Los trabajos se concretaron a pavimentar unas cuantas calles del centro de la ciudad, llamada hasta la fecha primera zona, comprendida de la calle Patoni a la Independencia y de la Mina a la Francisco I. Madero.

El pavimento resultó de mala calidad, no se supo si por culpa de la empresa o bien se ajustó a las estipulaciones contratadas y por lo tanto la culpa fue de las autoridades que aprobaron se pusiera esa clase de pavimento, la gente decía que estaban mejores las calles con el viejo empedrado. Desde luego comenzaron los rumores, hablándose de que había trinquete, pero como sucede en esos casos nada se aclara y siempre se habla de más; de cualquier manera esa administración haya sido culpable o no, cargó con el desprestigio. El señor Nájera Álvarez se ausentó de la ciudad por algunos años, mientras pasó la tormenta civil.

El pueblo disgustado por la forma como habían manejado los fondos aportados para la pavimentación comenzó a no pagar puntualmente los impuestos y eso duró bastante tiempo, orillando a los gobiernos municipales subsecuentes a serias dificultades económicas. Además, es una tarea difícil para los alcaldes de las pequeñas poblaciones de provincia hacer algo en beneficio de la colectividad, por lo raquítico de su presupuesto; por lo tanto toda obra que se realice tiene que ser pagada por los causantes por medio de un impuesto especial. Al no ser manejado correctamente acarrea problemas.

19. Todo cambia, todo pasa

El último de los coches de alquiler en servicio tirado por caballos desapareció en 1926. Dos años antes, se había puesto en circulación el primer automóvil al servicio público, era un Ford-T que don Carlos Sánchez uno de los

dueños del molino de harinas El Brillante vendió en abonos al cochero Marcelo Rodríguez, quien cambió las riendas de los caballos por la rueda del volante. Después de tantos años, los viejos coches de sitio dejaron de ser útiles, poco a poco fueron desapareciendo empujados por el progreso, no se sabe si para bien o para mal porque los autos provocan muchos problemas. Pero por bastante tiempo los carruajes de caballos fueron recordados por la gente, porque no propiciaban accidentes, transitaban tranquilos al trote de los animales, sin provocar smog y no hacían tanto ruido. Actualmente es elevado el número de víctimas que causan los accidentes de automóvil.

En cuanto el año que se vio circular por las calles el primer auto, hay varias versiones: unos decían que en 1912 don Máximo Álvarez ya tenía un Hudson de color negro, otros afirmaban que el primero había sido el Michel del señor Silvestre Faya adquirido en 1914, y por último aseguraban que cuando aparecieron esos carros hacía tiempo que la familia Brittingham tenía uno.

A los pesados y fuertes carros de carga americanos, aunque por su consistencia duraron en actividad mucho tiempo después de la aparición de las primeras trocas, al fin también les llegó su turno y fueron desapareciendo poco a poco de la circulación.

El antiguo empedrado ya estaba siendo sustituido por el asfalto y por fin las calles de tierra suelta dejaban de causar molestias al vecindario. Años antes, se habían comenzado a colocar las tuberías de agua potable y drenaje, estaban dejando de recorrer las calles las pipas acarreadoras de agua y las letrinas comenzaron a taparse con tierra. Por ese tiempo la compañía de luz había aumentado las redes de alumbrado por toda la población sustituyendo el antiguo sistema de alumbrado de arco con barritas de carbón por el actual de filamentos; sin embargo en los hogares de los humildes que era la mayoría de los habi-

tantes, continuaban usándose los quinqués de petróleo, las linternas y las velas.

Ya tenían tiempo de usarse las máquinas de coser, teléfonos y fonógrafos cuando llegaron los autos, el cine, las pianolas y el radio como avanzada de la era electrónica.

Los teléfonos eran de madera y se colocaban sujetos a la pared, funcionaban con una manivela que al darle vueltas se lograba la comunicación con la central, donde ponían en contacto con el número deseado. Las compañías telefónicas de Sepúlveda y Woessner propiedad de empresas locales, proporcionaban desde fines del siglo pasado el servicio entre Gómez y Lerdo.

Los fonógrafos los fabricaba la empresa americana de la Víctor y debido a ello también se conocían como vic-trolas, que se distinguían porque las anunciaban con un perro escuchando atentamente pegado a la bocina del aparato, que tenía la forma de una enorme flor de manto. Los fonógrafos funcionaban dándoles cuerda con una manija que hacía girar el cilindro grabado, faltaba tiempo para que llegaran los discos y que los aparatos funcionaran con electricidad.

El cinematógrafo llegó desplazando a los aparatos de vistas fijas que tenían cristales de aumento y que, al colocarlos ante los ojos, las postales se veían agrandadas. Todavía en las plazas públicas de pueblos apartados, se ven hombres con esos aparatos.

Por medio de pedales accionados por los pies, funcionaban las pianolas al hacer girar un rodillo donde se enrollaba un rollo de papel perforado, que al pasar por las aberturas el aire hacía mover las teclas escuchándose las melodías, parecía que un pianista invisible estaba ejecutando una pieza musical.

Los cilindros con su pesado aparato a cuestas tenían muchos años recorriendo las calles de la ciudad, deteniéndose en las esquinas; dando vueltas a una manivela hacían girar un rollo —igual que el mecanismo de las pianolas—

y el órgano dejaba escapar los sones de una pieza musical conocida como "De la esquina". Lentamente han estado desapareciendo esos populares aparatos musicales, y actualmente ya casi no se ven, salvo en la capital de la República donde todavía sobreviven en regular número.

El robusto y bondadoso don Genaro Arencibia tenía los billares de El Ajedrez, en la amplia casa de ladrillos rojos, donde antes estuvo el correo y ahora se levanta el cine Palacio. El señor Arencibia se hizo de uno de los primeros radios que hubo en la ciudad. Al principio sólo se escuchaban las emisoras norteamericanas de la frontera, años después, parece que fue a fines de 1929 o 1930, comenzó a funcionar la XEW. A las diez de la noche, el salón de billares se llenaba de jóvenes para escuchar a control remoto las primeras funciones del teatro Politeama con Agustín Lara y sus intérpretes.

20. *Bolas de lumbre*

Cierta noche, un trabajador de la casa redonda subió a lo alto de la torre de madera donde descansaba el tinaco del agua para arreglar algún desperfecto, entonces fue cuando divisó una como bola de fuego que recorría todo lo largo del chamizal bajo la falda del cerro de La Pila, apareciendo y apagándose en trechos.

La noticia cundió rápidamente, siendo los choferes de los autos de sitio los principales propagandistas del suceso, sin duda para aumentar su clientela, pues tenían poco tiempo de haberse puesto al servicio público. Noche a noche se organizaban romerías de curiosos que acudían a presenciar la aparición de las bolas de lumbre, algunas veces salían y otras no. La gente se colocaba por todos lados con el objeto de aclarar a qué se debían las apariciones; unos se situaban en el lomo del cerro y otros abajo entre los huizaches formando un amplio cuadro para vigilarlo

mejor, pero nunca se encontró rastro alguno ni se vio el más leve indicio. Los comentarios no se hicieron esperar y cada quien expuso su teoría, buena parte estaban seguros que era obra de maloras pero no explicaban de qué medios se valían; otros opinaban que posiblemente eran fuegos fatuos pero tampoco convencían y los que creían en las ciencias ocultas, manifestaban que sin duda eran los espíritus de los centenares de muertos que habían caído en los combates del cerro de La Pila.

Tiempo después, algunos obreros de la jabonera vieron por las noches bolas de fuego que aparecían y desaparecían en el campo de beisbol de las cuadras. Finalmente por los años cincuentas, varios vecinos del antiguo barrio de Guanaceví que ahora forma parte del de Trincheras, desde el puente de Vivos y Muertos, juran y perjuran haber visto bolas de fuego que descendían rondando de la cima del cerro de La Pila hasta la orilla de la falda, donde se apagaban.

21. *Don Ricardo de la Vega*

El gran actor de antaño, don Ricardo de la Vega ya anciano, llegó con su modesta compañía de teatro y seguramente cansado de recorrer la legua, se estableció en la ciudad por algunos años. Los artistas se alojaron en casas de huéspedes y hoteles, conviviendo por algún tiempo con la comunidad. Sería en 1927 cuando llegó don Ricardo levantando su carpa en el solar que estaba en contraesquina de las oficinas de Transportes Laguna, más tarde se cambió al llano donde ahora está el Banco de Comercio en la esquina de las calles Victoria y Centenario. Algunas ocasiones presentó funciones en el pequeño escenario del cine Iris que ya se había inaugurado frente a la plaza de armas. El Iris era propiedad del fotógrafo Juan Quezada y lo administraba el señor Samuel Piñones dueño de la papelería El Lápiz Mayor.

En una de las funciones que la compañía de don Ricardo de la Vega presentó en el cine Iris, se puso en escena la obra llamada Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y fue por los días de una Semana Santa; para darle más realce a la representación en una cruz amarraron manos y pies del actor Luis Álvarez que desempeñaba el importante papel de Jesucristo; al levantar la cruz el peso del actor, que era alto y corpulento, hizo que se viniera abajo con el correspondiente batacazo del crucificado; una carcajada general se escuchó en la reducida sala que estaba llena de bote en bote, con la consiguiente rabieta de don Ricardo que iracundo increpó la actitud de los espectadores. El señor De la Vega era partidario de darle realismo a sus representaciones teatrales, haciendo subir un pesado auto al escenario al presentar la obra de La Banda del Automóvil Gris y en otra ocasión, salió un actor montando un brioso caballo. De cualquier manera, el modesto elenco encabezado por los actores Luis Álvarez, Ángela Juárez y Óscar Hurtado, hacían pasar ratos agradables a los habitantes de la ciudad, tan escasos de pasatiempos en aquellos años.

Tiempo después la compañía de teatro de Josefina Noriega presentaba largas temporadas cada año. Levantaba su carpa en terrenos de los ferrocarriles frente a la segunda parada de los tranvías, en contraesquina del hotel América. Esta compañía ponía en escena obras más modernas y su conjunto de actores jóvenes en gran parte, hizo que pronto se llenara el vacío que había dejado la carpa de don Ricardo de la Vega.

En medio de la desaprobación de los vecinos de buenas costumbres, en una ocasión se instaló una carpa en el solar donde ahora está el Gimnasio Municipal, se anunciaba como compañía francesa de revistas de bataclán. En su corta temporada se agotaban las localidades, la gente llenaba el local todas las noches para admirar la belleza de las coristas, que según decían eran parisinas.

22. *Ascensión en globo*

Sorpresivamente, un día se presentó un volatinero en el llano frente al parque Morelos, donde actualmente está la escuela 18 de Marzo. Según la propaganda se notificaba que un argonauta efectuaría un viaje en globo a la atmósfera, el intrépido viajero andaba vestido como los cirqueros.

Para el efecto, cavaron un hoyo donde arrojaron leña de mezquite verde a la que prendieron fuego desviando el humo de la hoguera al vientre del globo para que se inflara y de esa manera pudiera elevarse; el globo estaba formado por gajos de tela unidos por gruesas cuerdas, cuyos extremos se amarraron a estacas enterradas en el suelo. A pesar de que lo estuvieron intentando por varios días el artefacto no se pudo inflar, pero eso sí las colectas diarias entre los curiosos no dejaron de efectuarse y silenciosamente como llegó se fue el argonauta y su gente.

23. *Indio Mangas Mochas*

Se llamaba Tranquilino Rivera y él mismo se había bautizado con el mote de Indio Mangas Mochas, parece que era originario de San Pedro de las Colonias. Había venido de la región petrolera de Tampico donde se encontraba en los días dorados de la gran bonanza. Se instaló en una de las puertas esquineras del mercado Baca Ortiz con un puesto de aguas frescas de frutas naturales y raspados de hielo bañados con jarabes frutales, los vasos de agua y de nieve los vendía a 5 centavos. El negocio prosperó y al poco tiempo abandonó el puesto en el mercado, abriendo un restaurante a pocos pasos de la plaza de armas por la avenida Hidalgo, ahí siguió vendiendo sus aguas frescas, grandes flautas de barbacoa y lonches de lengua, cada uno de estos apetecibles productos costaban también 5 centavos.

Años más tarde, quitó el restaurante y se instaló en uno de los cuatro tabaretes que el municipio levantó, uno en cada lado de la plaza Juárez y que tanto la han afeado durante años, porque aún están. En el tabarete comenzó a elaborar la deliciosa nieve de garrafa que se hizo famosa en la región y siguió vendiendo aguas frescas en grandes ollas de peltre; entonces sucedió una cosa inusitada, una de tantas noches de aquellos lejanos años, después de las 22 horas comenzó el popular derrame que consistía en regalar toda el agua de frutas sobrante del día, después de esto, las palomillas de muchachos se ponían alertas cogiendo posiciones en las bancas cercanas, abandonando por momentos los billares El Ajedrez, que estaban frente al tabarete.

Don Tranquilino Rivera era un hombre de aspecto huraño pero de buen corazón, es decir, era buena gente; estimado y respetado por todos los jóvenes que frecuentaban la plaza de armas, sin tomar en cuenta los derrames gratuitos nocturnos. El viejo tabarete del Indio Mangas Mochas sigue abierto al público atendido por sus descendientes.

24. *El padre Casas*

En los años que el país era gobernado por el presidente Plutarco Elías Calles, se promulgaron las leyes que reglamentaban el funcionamiento de los cultos, reduciendo el número de sacerdotes y prohibiendo las manifestaciones de culto externo que se celebraban a pesar de estar prohibidas por la Constitución. El clero no estuvo conforme con estas disposiciones, cerrando los templos en señal de protesta, alentando la rebelión cristera que tantas víctimas causara entre los fanáticos y engañados campesinos de Jalisco y el Bajío.

Dejaron de celebrarse misas, bautizos, casamientos y responsos en la iglesia de Guadalupe y en la capilla del Pueblito, cerrando sus puertas los templos y los conventos de monjas.

La humilde capilla del barrio del Pueblito estaba a cargo del sacerdote José Trinidad Casas mejor conocido como el padre Casas, quien siempre andaba de buen humor aunque no lo manifestara por su apariencia seria y adusta. Se cuentan varias anécdotas de su manera de ser; decían que una vez alguno de sus feligreses le preguntó si al día siguiente habría misa y contestó solemne: "A güevo", desde entonces y hasta la fecha mucha gente para dar énfasis a una afirmación exclama: "A güevo como dijo el padre Casas". En otra ocasión durante la celebración de un rosario notó que muchas mujeres cubrían su cabeza con pañoletas —en lugar de chales o rebozos— y como había prohibido que se presentaran con ellas a los oficios religiosos, desde el púlpito las sermoneó diciendo que las que trajeran pantaletas se salieran del templo y como ninguna las usaba nadie se movió, había confundido la palabra pañoletas con pantaletas. Cuando le preguntaban al padre Casas si era cierto lo que había dicho, sonriendo contestaba que había oído tal rumor pero injustamente señalaban que él era el autor, agregando que había sido otro sacerdote pero como era natural no podía decir su nombre.

El cierre de la capilla no melló el ánimo del popular padre Casas, desde luego en su casa se pusieron a elaborar pan llamado casero o de mujer, que es hecho en los hogares especialmente por mujeres. Todas las tardes, acompañado de un muchacho con el canasto de pan sobre la cabeza, recorría las calles de los barrios de la Patria y el Pueblito vendiendo rápidamente la mercancía.

Además, en la casa donde vivía por la calle Nicolás Bravo, tenía un ancho patio, donde organizaba funciones de teatro de aficionados, las que se veían bastante concurridas, cobrándose unos cuantos centavos la entrada. Antes de las

funciones, el sacerdote llegaba a la cantina del Club Verde, pidiendo una botella de aguardiente de Parras que, según decía era para que se animaran los noveles artistas al echarse unos tragos para dominar sus nervios, y nunca faltaba un cliente ocasional que pagara el valor de la botella. Otras veces visitaba la misma taberna con cualquier pretexto, platicaba con los parroquianos que encontraba, de preferencia con los panaderos, quizá pidiendo consejo para su nueva actividad, gustaba de cuando en cuando jugar una manita de dominó, nunca aceptaba tomarse una copa aunque no rehuía la plática con los clientes ya alegres. El humilde sacerdote se hizo estimar de todos los vecinos del barrio, en las tertulias de las boticas o peluquerías o simplemente en las conversaciones callejeras, no hacía alusión al problema religioso, ni externaba opiniones contra el gobierno.

25. *El convento*

Durante los días del conflicto católico se suscitó un problema de autoridad entre funcionarios federales. Sucedió que el delegado regional de Gobernación, profesor Toriello ordenó la clausura de un convento de monjas que estaba por la calle Aldama, entre Zaragoza y Centenario; a los pocos días ese mismo convento con las mismas religiosas se estableció en Lerdo, con la protección del jefe de la zona militar general Eulogio Ortiz, que lo hizo oyendo la súplica de un grupo de damas católicas. El profesor Toriello no estuvo conforme con ese proceder, quejándose con el presidente Calles de la actitud que había tomado el antiguo jefe villista en el caso del convento clausurado e inmediatamente el presidente le llamó la atención al referido militar y el convento volvió a cerrarse.

Esto ocasionó que un día, el coronel De Anda ayudante del general Ortiz, golpeará con un fuste al profesor Toriello en la carretera del Autoclub, el representante de Goberna-

ción no se acobardó ante la agresión del militar, denunciando el hecho públicamente y en un banquete echó en cara al general Ortiz su mal proceder, con todo valor el maestro Toriello se enfrentó al poderoso comandante de la zona militar; afortunadamente la cosa terminó ahí, ante el asombro de los asistentes a la reunión don Eulogio tomó el asunto a broma. Para resolver los problemas no se andaba por las ramas, imponiendo su punto de vista a como diera lugar; el profesor Aurelio Manrique, el de la barba florida, lo llamaba el Tigre de La Laguna días antes de la escobariada, mote del que después los vasconcelistas hicieron uso para atacar al general Ortiz por sus desmanes.

26. *La reelección*

Cierta tarde calurosa de un día de 1927, desde la ventana central del piso superior del mesón de San Pablo, el estrella de los oradores de la campaña obregonista —que postulaba la reelección del general Obregón para la presidencia de la República— licenciado José Muñoz Cota arengaba a unas cuantas docenas de hombres, que habían concurrido a la reunión más bien por curiosidad, porque el Manco de Celaya era profundamente odiado por el pueblo lagunero. A un lado del jilguero obregonista se veía la figura rechoncha del candidato y en las otras ventanas la flor y nata de los prohombres del obregonismo y sujetos de hosca mirada con tejanos ladeados y pistolón fajado al cinto.

Ese aparato electorero era una afrenta a los principios de la Revolución Mexicana, por los que tanta gente había luchado y por los miles que murieron para que fuera un hecho, el Sufragio Efectivo. No Reelección. Sin embargo, estando por terminar el periodo presidencial del general Calles y no habiendo otro caudillo merecedor de ocupar la jugosa vacante y para no entregarla a algún general

segundón ambicioso, los obregonistas apoyándose en el poder absoluto de la mafia sonoreense, maniobraron en las cámaras de diputados y senadores para que se enmendara la Constitución y pudiera ser reelegido el general Álvaro Obregón. Los padres conscriptos obedientes y serviles como siempre, cometieron esa aberración el 21 de octubre de 1926 y de esa manera Obregón pudo ser candidato en las próximas elecciones.

Ante la indiferencia del pueblo, que lo mismo le daba un general que otro porque a él no le ofrecían la alternativa de escoger candidato, tuvieron lugar los comicios y naturalmente resultó vencedor el general Obregón, que no pudo saborear la victoria al ser asesinado por Toral en el restaurante La Bombilla en San Ángel de la ciudad de México.

Los obregonistas quedaron sumidos en la desolación por la muerte del general sonoreense, viendo que el poder se les escapaba de las manos, desesperados comenzaron a murmurar más de la cuenta, llegando hasta echar la culpa de lo sucedido a Calles, preparándose para rebelarse contra el gobierno y cuando lo hicieron cavaron su propia tumba, donde enterraron sus ambiciones.

27. *Planta de Francke*

En 1927, la Compañía Nacional de Electricidad adquirió los bienes del Ferrocarril Eléctrico de Lerdo a Torreón, que incluían: tranvías, instalaciones y las plantas de luz de Gómez y Torreón. De esa manera, la poderosa compañía transnacional norteamericana obtenía el monopolio de la corriente eléctrica en la Comarca Lagunera.

La empresa extranjera para llevar a cabo el plan de electrificar los campos algodoneros, haciendas y ranchos de La Laguna, en 1928 centenares de obreros comenzaron la construcción de una gran planta eléctrica en terrenos cer-

canos a la estación de paso llamada Francke, del ramal del ferrocarril de Gómez Palacio a Monterrey.

Las obras se terminaron en 1930, después de haberse suspendido el corto tiempo que duró la asonada escobarista en 1929. Las instalaciones de la planta abarcaban regular cantidad de terreno y a poca distancia se levantaron casas para los obreros, formándose al paso del tiempo un pequeño poblado. Los ingenieros norteamericanos encargados de la construcción de la planta, se alojaron temporalmente en el hotel América.

Al ponerse en operación la planta de Francke, dejaron de funcionar las antiguas plantas de luz. Entonces la empresa norteamericana inició una campaña entre los agricultores laguneros tratando de convencerlos de la conveniencia de perforar norias para extraer agua del subsuelo para riegos de auxilio a las siembras o bien para riegos totales, de esa manera teniendo agua de los canales o no teniéndola aseguraban las cosechas, logrando poco a poco que los hacendados se fueran interesando.

Llegaron perforadores en su mayoría tejanos con sus equipos, comenzando a levantarse torres de madera en los campos labrantíos, los perforadores con sus máquinas introducían las tuberías hasta donde se localizaban las corrientes subterráneas, multiplicándose las norias. Con el tiempo, los ayudantes perforistas laguneros adquirieron suficiente experiencia y fueron desplazando a los perforadores norteamericanos, se organizaron compañías regionales y se han establecido fábricas de bombas.

Sin duda, la perforación de pozos profundos alivió un tanto la falta de agua para los riegos de los campos de cultivo, pero no solucionó el problema, porque grandes extensiones de tierras de siembra se quedan sin cultivarse por la escasez de agua. La perforación de los pozos es costosa, después viene el agotamiento de las corrientes y hay que perforar más profundo, con el consiguiente desembolso. La oficina local de Recursos Hidráulicos otorga los

permisos indispensables para poder perforar pozos, cuidando que no se agoten los mantos acuíferos.

Con la construcción de las presas de El Palmito y de Las Tórtolas, la eliminación de los tajos innecesarios y el revestimiento de los que quedaron y de las acequias en servicio, se ha logrado gran economía en la conducción del agua para los riegos, las presas abren sus compuertas en el tiempo justo que se necesita el agua.

28. *Partidos políticos*

El 4 de marzo de 1929, en la ciudad de Querétaro el jefe máximo Plutarco Elías Calles fundó el Partido Nacional Revolucionario. Antes del nacimiento de esa agrupación política, los candidatos eran elegidos en asambleas por partidos o grupos de ciudadanos que se organizaban en cada ocasión de cambios de funcionarios. Los partidos que tomaban parte en las elecciones eran el Laborista y el Agrarista, y grupos eventuales como el llamado Coaligados y el de los ferrocarrileros.

Obreros, campesinos y gente del pueblo de condiciones diversas le entraban a la política, se puede decir que toda la población en edad de hacerlo, militaba en uno o en otro partido o grupo contendientes, escogiendo la planilla de regidores que más le simpatizaba. Cualquier ciudadano de acuerdo con su conducta podía ser elegido candidato, por lo tanto los comicios resultaban reñidos y a pesar de que había asaltos de casillas, robos de ánforas y otros chanchullos, casi siempre se daba el triunfo a los que en realidad habían ganado, todavía no reaparecía el dedo invencible, así es que los que tenían más saliva tragaban más pinole según manifestaba el vulgo popular.

Entonces el ayuntamiento se integraba con 11 municipales o regidores, que siendo número impar no había empate en las decisiones. Reunidos en sesión los regidores elegían

entre ellos a los que ocuparían los cargos de alcalde y síndico, que duraban un año en su gestión. Los ayuntamientos se formaban con 5 miembros del Partido Laborista, 4 del Partido Agrarista y 2 de la clase popular y se renovaba la mitad del cabildo cada año. Los 2 últimos regidores fueron elementos de importancia en las elecciones internas del ayuntamiento, con sus votos inclinaban el triunfo a favor de uno de los dos partidos, a veces uno de los solitarios ediles resultó electo presidente municipal como salida salomónica.

Los laboristas y agraristas se disputaban el control municipal por todos los medios llegando a tener serios enfrentamientos; el último día de 1925 el 31 de diciembre, sostuvieron un encuentro a balazos resultando muertos uno o dos agraristas, fue cuando la gente del Partido Agrarista asaltó la cárcel municipal para poner en libertad a unos de sus compañeros que se encontraban presos, los laboristas avisados oportunamente se parapetaron en las azoteas de la cárcel ayudando a la policía a rechazar el ataque. En 1928 se cambió el procedimiento electoral y los ayuntamientos comenzaron a elegirse completos con el presidente municipal al frente y se acabaron las dificultades internas.

Los laboristas llegaron a ocupar algunos puestos públicos como Diego García y Domingo Garibaldi fueron electos diputados locales, Casimiro Domínguez, presidente municipal y regidores Sixto Ríos y Cruz Chacón Sifuentes. Por su parte los agraristas un diputado federal el ya general Juan Pablo Estrada, alcalde Francisco Romero y munícipes Bruno Valdés y Marcos Blanco.

En esta década el grupo de los Coaligados obtuvo la presidencia municipal para el señor Paco Esquivel y sus triunfos en la política vendrían años más tarde. Era un grupo muy unido y a unos de ellos les apodaban Los Pi- quines porque eran bajos de estatura pero bravos en las lides electorales. Pertenecieron a los Coaligados entre otros las siguientes personas: Francisco Esquivel, Manuel Esquivel, Ernesto Martínez, Samuel Borrego, Vicente Tapia, Roberto

Fernández, Arturo Jacques, Rafael Silva, Antonio Valdés, Crescencio Rey, Zacarías Mendoza y Flavio Díaz Natera.

29. *La escobariada*

Cuando sucedió la escobariada, el señor Lisandro Ávila era presidente municipal de Gómez Palacio y gobernador del estado de Durango el general Juan Gualberto Amaya; este mandatario abrazó la causa de los infidentes y a las autoridades municipales no les quedó más alternativa que sumarse a los rebeldes. El alcalde Ávila y unos cuantos de sus colaboradores montaron a caballo y se adentraron en las tierras desérticas del Bolsón de Mapimí, siguiendo a los rebeldes. Contaban los amigos de don Lisandro, en broma y sin el ánimo de ofenderlo que al salir de la ciudad como combatiente, ostentaba el águila de brigadier, como la aventura se iba tornando peligrosa, según retrocedían, descendían sus grados militares, pues ya en Bermejillo era mayor, después del descalabro de Rellano, capitán y en la confusión y el pánico ocasionados por las derrotas, en Jiménez ya era un simple civil llamado Pedro Rocha. Naturalmente que lo antes dicho, nunca sucedió. El señor Lisandro Ávila es un hombre sencillo y honesto, en aquellos años se dedicaba al comercio y parece que cultivaba un pequeño lote de tierra, después sería propietario de una ladrillera.

La asonada escobarista contra el gobierno federal estalló en los primeros días de marzo de 1929. Ambiciosos y resentidos generales obregonistas se levantaron en armas, no para luchar por sus principios que no los tenían, sino porque se encontraban desolados, sin apoyo, con la muerte de Obregón y sentían que se les escapaba en cierto modo el poder. Por eso, los alzados del norte en lugar de presentar batalla a los federales se dedicaron a saquear los bancos de las ciudades de Torreón, Monterrey y otras ciudades nortefías.

El pueblo en tono de repulsa, pronto bautizó la rebelión con el mote de la escobariada, porque los generales revoltosos designaron a José Gonzalo Escobar cabecilla de la que sería la penúltima rebelión que hubo en el país, todavía faltaba la de Saturnino Cedillo en San Luis Potosí.

Ante el avance de las tropas del gobierno al mando del general Juan Andreu Almazán, los rebeldes sin presentar batalla se fueron replegando hasta la Comarca Lagunera. Los patios ferroviarios de Torreón se congestionaron de tantos trenes y entonces aparecieron en el limpio y azul cielo regional, los aviones gobiernistas al mando de Roberto Fierro y Pablo Sidar, ametrallando los convoyes de los facciosos, arrojando bombas que en lugar de estallar en los patios de la estación fueron a hacerlo en la plaza de armas, hiriendo a varias personas. Los escobaristas al fin abandonaron la comarca, retirándose al norte esperando a las fuerzas federales en las planicies de Rellano, donde fueron derrotados completamente, principiando el término de la aventura. El general Escobar y otros jefes abandonaron el país, cargados de millones de pesos.

Después de todo, la escobariada sirvió para hacer una poda al escalafón del ejército limpiándolo de elementos perniciosos. La otra rebelión de generales de 1923, encabezada por un civil don Adolfo de la Huerta, arrastró también a muchos militares insatisfechos porque teniendo poder y dinero, por su ambición desmedida perdieron todo. Esas purgas voluntarias de generales fueron benéficas al país.

30. *Campaña vasconcelista*

A mediados de 1929, el licenciado José Vasconcelos se presentó como candidato a la presidencia de la República, apoyado por gran parte de la clase media, por los estudiantes y grupos de la clase popular. Desde luego en la ciudad se fundó el Club Antirreeleccionista, figurando Jesús Caballe-

ro, como presidente, Roberto González Valles, secretario y Mártir Reyes, tesorero.

Con el objeto de reunir fondos para el sostenimiento de la campaña vasconcelista, se vendieron bonos que tenían un valor de un peso, los ricos comerciantes y otras personas acomodadas compraban gran cantidad de ellos, también enviaban de la ciudad de México un periódico del partido que dirigía el licenciado Octavio Medellín Ostos y que costaba 10 centavos el ejemplar. Finalmente el candidato al recorrer el país en su campaña, en los teatros de las ciudades importantes dictaba conferencias de paga con grandes concurrencias.

El Club Antirreeleccionista estaba por la calle Allende frente al mercado Baca Ortiz y la vez que el licenciado Vasconcelos se presentó en el local cuando venía de gira electoral, no cupo el gentío y la calle también se llenó de partidarios entusiastas. En alegre manifestación la muchedumbre se dirigió a la plaza municipal, encabezando la marcha el candidato rodeado de damas de la alta sociedad y numerosos jóvenes estudiantes que lo venían acompañando desde la capital de la República, todo el espacio de la plaza de armas y de las calles de los frentes se llenaron de gente y desde el viejo quiosco de madera comenzó el mitin: tomó la palabra el presidente del partido local Jesús Caballero, haciendo la presentación del candidato; después habló el líder ferroviario Enrique Blanco, quien por cierto a los pocos días renunció al partido presionado por sus compañeros, porque los obreros organizados así como los campesinos no eran vasconcelistas. Volviendo al mitin, enseguida se escuchó la voz bronca del estudiante sonoreense Herminio Ahumada y luego Ciriaco Pacheco Calvo en mensaje a la juventud conmovió al auditorio, que fue el comentario obligado por varios días en el pueblo. Por último, el maestro Vasconcelos con el tema de los hombres idealistas recordó lo que éstos han hecho en beneficio de la humanidad a través de los siglos y terminó diciendo que los callistas

le reprochaban su idealismo, que era un soñador, cosa que él con orgullo lo aceptaba.

Desgraciadamente la euforia vasconcelista se apagó el día de las elecciones, cuando la mayoría de los antirreeleccionistas apáticos y cobardes, no se presentaron a la hora decisiva de integrar las casillas; en cambio por el otro lado, columnas de obreros y campesinos guiados por sus líderes, se apoderaron del control de las casillas y obteniendo eso el triunfo estaba asegurado, a la buena o a la mala.

Las autoridades municipales, sin haber necesidad estorbaron la buena marcha de la campaña vasconcelista, haciendo presión para que Jesús Caballero que era un político capaz y bien intencionado, abandonara la ciudad refugiándose en Parral. El día de las elecciones el inspector de policía Arcadio Macías dueño de la cantina Texas acompañado de los gendarmes a sus órdenes cometieron atropellos en las afueras de los locales donde se instalaron las casillas, llegando hasta echar los caballos encima de los vasconcelistas.

Fue una situación embarazosa para el sensato alcalde don Antonio Martínez, verse obligado a solapar los desmanes de sus subordinados contra la gente indefensa, pero así es la política. El señor Martínez era administrador de haciendas algodoneras, fue un caballero en toda la extensión de la palabra, atento en su trato con todos, de cualquier condición social; había sido designado presidente municipal interino por el nuevo gobernador del estado de Durango licenciado Alberto Terrones Benítez, en sustitución del señor Lisandro Ávila del que ya hemos hablado.

31. Presidentes municipales

1920	Pablo Valenzuela
1920	Florencio Ramírez
1921	Elías Adame

1922 Benito Rubio
 1923 Julián Moreno
 1924 Francisco Romero
 1925 Casimiro Domínguez
 1926 Porfirio Nájera Álvarez
 1927 Román Gutiérrez
 1927 Carlos Sánchez
 1927 Alberto Tamayo
 1928 Francisco Esquivel
 1929 Lisandro Ávila
 1929 Antonio Martínez

Por fin, en 1920, se le concedió a don Pablo Valenzuela ser alcalde, conseguido su propósito a los pocos meses renunció y el ayuntamiento nombró en su lugar al empleado del timbre señor Florencio Ramírez, no era el ferrocarrilero del mismo nombre apodado El Chato y que una vez figuró como candidato a la presidencia municipal. En 1922, el honesto Benito Rubio con la aprobación de todos sus conciudadanos, volvió a ser alcalde por abrumadora mayoría de votos.

El periodo de 1927 fue un año conflictivo; el telegrafista Román Gutiérrez fue designado presidente municipal pero ante el desastre dejado por la administración anterior por el asunto de la pavimentación y no encontrando apoyo para resolver el problema económico municipal renunció, siendo sustituido por el industrial Carlos Sánchez, regidor del ayuntamiento; a los cuantos días don Carlos "aventó el arpa" y terminó como pudo el señor Alberto Tamayo. Y, es que todos renunciaban porque, al darse cuenta real de la bancarrota del municipio no querían más problemas, el pueblo disgustado como se habían manejado los fondos de la pavimentación, no pagaba puntualmente los impuestos.

Afortunadamente, el pequeño agricultor Francisco Esquivel siendo presidente municipal en 1928, con muchos trabajos logró mejorar la situación precaria de la administra-

ción pública; al ver los vecinos la buena voluntad del alcalde, se preocuparon para ponerse al corriente en sus contribuciones.

CAPÍTULO V

[1930-1939]

1. *Inquietudes culturales*

El maestro Hilario Zurita era hermano del licenciado José del mismo apellido, apoderado de la jabonera. Hace muchos años, casi a principios del siglo llegó a la ciudad, siendo un músico de bastante estudio comenzó a ganarse la vida dando clases de solfeo y de ejecución a jóvenes de ambos sexos de familias más o menos acomodadas que pudieran pagar sus honorarios. Del grupo de esos alumnos los más aventajados fueron los hermanos Enrique, Julia y Ninfa, hijos del señor José María Martínez empleado de la fábrica La Esperanza; el primero se enseñó a tocar el violín y las señoritas el piano, demostraban su habilidad musical en las veladas familiares y en las reuniones dominicales del Club Lagunero; a veces los acompañaban alguno de los demás hermanos, Julio que tocaba la mandolina, Rodolfo el piano y José la guitarra. Muy joven, la señorita Julia tocaba el piano en los intermedios de las funciones del cine mudo en el teatro Unión, y años más tarde se dedicó a dar clases de piano, habiendo logrado desarrollar buenas pianistas como Consuelo Peraza hace tiempo y recientemente la niña Claudia Angélica Machuca que ha sido

la sorpresa en los lugares que ha actuado en varias ciudades del país, proyectándose como una ejecutante de gran porvenir.

Más tarde aparecía el poeta que surge de cuando en cuando en cualquier población de provincia. Fue el alto y espigado —en aquel tiempo joven— Jesús B. Aragón, que terminado su trabajo como contador en las oficinas de la compañía jabonera, se daba lugar para componer versos dedicados en su mayoría a sus familiares y gentes de su amistad, dejando para el recuerdo su libro *Preludio* disperso. Sobre Aragón el poeta Octavio Rivera dijo: “Leer sus poemas tersos y románticos, optimistas y morales, resulta grato y novedoso.”

Había pasado mucho tiempo cuando el licenciado José Zurita formara grupos de aficionados al teatro bajo su dirección. De pronto, surgieron elencos de noveles artistas que actuaban gratis en funciones de paga en beneficio de alguna sociedad. Quizá el grupo más importante fue el que dirigió el señor Alberto Sánchez, en el que formaban parte como actores el doctor Francisco Hernández Barrera, Andrés Villarreal, Octavio García Lavín y Froilán Torres; como actrices las señoritas Carlota Rodríguez, Concepción y Ana Fernández, etc. Los ferrocarrileros no se quedaron atrás y debutaron con el cuadro *Juventud* al frente de Guillermo Gutiérrez que trabajaba de enfermero en la casa redonda, integrado por Enrique Romo de Vivar como primer actor; Enrique Blanco que le daba por el canto; Héctor Vega por bailar; José Gutiérrez, el jovencito Guillermo V. Zamudio, las hermanas Esperanza y Herlinda Ovalle y otras señoritas. Asimismo el entusiasta Felipe Chávez organizó uno o dos grupos y finalmente, durante el cierre de los templos el padre Casas presentaba obras con muchachos de la ACJM y señoritas de las cofradías católicas.

Posiblemente fue a principios de los años treinta, cuando los poetas en ciernes, Octavio Rivera, Ignacio M. Alanís y Rafael Sandoval Jr., daban a conocer sus primeros poemas.

El taller de los hermanos Domingo y Juan Alférez era el punto de reunión de los bohemios ciudadanos; los Alférez eran escultores, pintaban cuadros y fabricaban y componían muñecas, el taller quedaba en contraesquina de la vieja cárcel, por las calles Morelos y Patoni.

El Trío Bohemio, acompañado con sus guitarras, amenizaba las reuniones familiares y daba serenatas a las muchachas con las canciones sentimentales de Guty Cárdenas, Palmerín y Domínguez, así como los bambucos colombianos entonces en boga. El trío lo integraban Antonio de la Rosa, Francisco Acevedo y José Ramírez, los tres prestaban sus servicios en el ferrocarril.

Más tarde, el inolvidable quinteto Lerdo se presentaba sábados y domingos en la cantina Los Centauros, de Pablo Fuente, situada donde actualmente está una tienda de la CONASUPO en la esquina de Victoria y Zaragoza. Las audiciones semanales del conjunto musical acarrecaban a numerosos parroquianos amantes de la buena actuación. El quinteto estaba formado por elementos radicados en la ciudad de Lerdo y la mayoría había estudiado en el Conservatorio Nacional de Música, los maestros del grupo eran: Alfredo Aguilar, Guillermo Martínez, Arturo Segovia, Alberto Galarza y Marcos Zapata.

Por esos días, el maestro Enrique Unzueta componía su mejor música y Octavio Rivera el joven literato, le ponía letra a sus composiciones.

2. *Habrá puente, coopere usted*

Ese era el slogan que resaltaba en el fondo encalado de las bardas de las poblaciones regionales y en las páginas del periódico El Siglo de Torreón, alentando a los laguneros a cooperar para reunir los fondos suficientes para llevar a cabo la construcción del puente sobre el río Nazas; obra muy necesaria porque cada año por varios días y a veces

hasta por semanas se suspendía el paso por el vado del río al llegar las grandes crecientes, en la temporada de lluvias. El viejo sueño de Francisco Villa, quien en 1915 colocó la primera piedra para la construcción del puente, que desgraciadamente no lo pudo concluir, por las circunstancias de todos conocidas.



Puente para automóviles sobre el Río Nazas.

Al fin, pasados 17 años, en 1932 se inauguraba el puente sobre el río Nazas; fue posible construirlo con aportaciones de los gobiernos de los estados de Coahuila y Durango, más los modestos óbolos del pueblo lagunero. Es el mismo puente que aún existe de grandes arcos metálicos más bien propio para el paso de trenes, por sus angostos carriles apenas caben dos automóviles, dos camiones Torton quizá no puedan hacerlo y en cuanto a los trailers, ni pensarlo.

Al terminarse la concesión del Autoclub de La Laguna sobre la carretera, aumentó el tráfico de automóviles y mucho más cuando en la década de los cincuenta se puso en servicio el bulevar Miguel Alemán. Ya el angosto puente

era insuficiente para desahogar la circulación y así transcurrieron muchos años desviando el paso de los camiones por el vado cuando el río no traía agua, hasta que hace poco tiempo el gobierno federal construyó otro puente moderno y amplio, sobre sus carriles vienen autos y autobuses de Torreón, y por el antiguo puente de arcadas van los que se dirigen a esa ciudad. Trailers y camiones de carga transitan en ambas direcciones por el vado del viejo río, seco todo el año porque el agua del Nazas ya no brinca sobre la cortina de El Coyote, queda controlada ribera arriba por la presa de San Fernando formando un lago donde muere el río; de ahí se derivan los canales que conducen el agua para regar las tierras de la Comarca Lagunera.

3. Toda la ciudad pavimentada

Siendo presidente municipal el doctor Francisco Hernández Barrera en 1932, dieron principio las obras de pavimentación de todas las calles de la entonces pequeña población, trabajos que llevó a cabo la compañía del ingeniero Lawrence Schultz, utilizando materiales de buena calidad, con basamento de piedra para colocar la capa de asfalto.

La pavimentación fue lenta, durando las obras varios años, el drenaje y las redes de agua potable se habían comenzado a extender desde 1925 y se ejecutaron poco a poco, todo bien programado, por tramos para evitar molestias a los vecinos. Además los trabajos se desarrollaban lentamente, porque los contribuyentes a duras penas podían pagar sus cuotas debido a la depresión económica reinante que ya tenía varios años y por otra parte la gente estaba escamada por el mal manejo de los fondos de la otra pavimentación parcial. Por esas circunstancias las obras se terminaron hasta 1937, pero valió la pena tanta espera, el pavimento resultó de magnífica calidad, por muchos años se conservó en buen estado, sin deterioro, salvo el natural con el uso. La traza

de la población de aquellos días quedó totalmente pavimentada, había que ver las calles anchas y rectas de orilla a orilla cómo lucían, siempre limpias igualmente las amplias banquetas de losas; se demostraba con orgullo la ciudad a los visitantes que no escatimaban elogios a los vecinos por tener las calles sin basura.

La anterior pavimentación de unas cuantas calles efectuada en 1926 que resultó defectuosa, hubo necesidad de levantarla y pavimentar otra vez, ahora con buenos materiales y bien hecho. Lástima que debido a las obras de pavimentación, los grandes árboles que crecían en las calles por donde pasaba la acequia, se fueron secando al faltarles suficiente agua.

4. Cuando perdió el PNR

En 1932, se efectuaron elecciones para elegir nuevo gobernador en el estado de Durango. En los plebiscitos previos del Partido Nacional Revolucionario que tuvieron lugar en las cabeceras de los municipios del Estado, fue designado candidato el señor José Ramón Valdés, por lo que aparentemente serían unos comicios tranquilos, debido al arraigo que el escogido tenía entre los duranguenses por su honestidad, más el apoyo de las autoridades estatales y de un numeroso grupo de diputados federales y senadores.

Pero los laboristas locales no estuvieron conformes con la designación del candidato en las elecciones internas del PNR y la impugnaron, decían que el señor Valdés no podía ser candidato de los revolucionarios porque los había combatido con las armas en la mano cuando era oficial del ejército federal. El maquinista de los ferrocarriles Dionisio Ortiz Acosta y el inquieto líder Tomás Palomino Rojas, se trasladaron a la ciudad de México y por mediación del célebre Luis N. Morones secretario general de la CROM y mandamás del Partido Laborista Mexicano, lograron entre-

vistarse con el general Plutarco Elías Calles y con pruebas irrefutables demostraron al jefe máximo que el candidato a la gubernatura de Durango sostenido por el PNR, había sido oficial huertista y como tal combatió a la Revolución. El general Calles autorizó a los comisionados que buscaran una persona que aceptara enfrentarse a José Ramón Valdés no importando que fuera el candidato del Partido oficial; los descontentos lograron convencer al general Carlos Real y el jefe máximo dio su aprobación.

A pesar de que faltaban pocos meses para que se celebraran las elecciones, los laboristas y partidarios del general Real realizaron una ruidosa y bien organizada campaña política. Pero aquellos eran otros tiempos, y los diputados, senadores y demás funcionarios no doblaron las manos ante la decisión del general Calles, redoblando sus esfuerzos alrededor del candidato del PNR. El día que tuvieron lugar las votaciones, los realistas apoyados disimuladamente por una nube de agentes de gobernación y soldados del ejército se apoderaron de las casillas, desalojando a golpes y aventones a sus contrarios aun hasta a los diputados federales, ganando de esa manera las elecciones y por primera vez perdía el Partido Nacional Revolucionario.

5. *Sabotaje*

Cierta noche los partidarios del general Real celebraban un mitin en la plaza de armas, para contar con más asistencia anunciaron una serenata mexicana. Se colocaron decenas de foquillos multicolores en los andadores del jardín y desde temprano la banda de Luis López mortificaba los oídos de la concurrencia; se repartieron bolsas de confeti y rollos de serpentinas, los vendedores ambulantes con sus canastas de frutas y golosinas hacían su agosto entre los chiquillos.

Llegada la hora que diera principio el mitin, la multitud se acercó rodeando el quiosco donde en improvisada tribuna hablarían los oradores al pueblo, en el momento que tomaba la palabra el primero, bruscamente se apagaron las luces eléctricas que iluminaban la plaza dejándolas a oscuras, a pesar de todo, el acto continuó y en su turno el fogoso Tomás Palomino Rojas acusó a las autoridades y partidarios de José Ramón Valdés de sabotaje.

Por tal motivo, bajo la presión de los agentes de gobernación el empleado Roberto Fernández encargado de la oficina de la compañía de luz, fue encarcelado, acusándolo de ser el autor intelectual del apagón; porque todos sabían que don Roberto era militante del PNR y partidario de la candidatura del señor Valdés. Platicaba el señor Fernández que sus acusadores le ofrecían la libertad si le echaba la culpa de lo sucedido al inspector de policía, negándose a hacerlo, y por lo pronto pasó la noche en la alcaldía, detenido.

Al día siguiente, por órdenes del alcalde doctor Hernández Barrena se investigaron las causas del apagón por el maestro electricista Luis Berúmen, de Torreón, que determinó que la interrupción de luz fue ocasionada por un cortocircuito en el transformador por la sobrecarga debido a la excesiva cantidad de focos que se colocaron; el transformador se había colocado en la plaza con ese objeto y por eso se quemó. Al conocerse el peritaje el señor Roberto Fernández fue puesto en libertad por órdenes del alcalde.

Después, cuando al paso de los años José Ramón Valdés fue gobernador del estado de Durango, brindó todo su apoyo al señor Fernández al presentarse como candidato a la presidencia municipal. Sin duda el mandatario no había olvidado el incidente del sabotaje.

6. *Tomás Palomino Rojas*

El inquieto líder había llegado a la región a fines de 1929, el entonces presidente municipal Antonio Martínez lo tomó bajo su protección. Al celebrarse las elecciones para elegir Presidente de la República en esos días, Palomino Rojas encabezó las brigadas de choque formadas por obreros y campesinos contra los vasconcelistas. Tomás venía huyendo de la policía metropolitana que lo buscaba para que respondiera de los ataques que había lanzado al presidente Portes Gil en su presencia, durante la celebración de un congreso de la CROM en la ciudad de México.

Era de mediana estatura, de cara y ojos amarillentos como si hubiera sufrido alguna vez paludismo. Dentro de la dirección de la CROM era uno de sus líderes más honestos y capaces. Pero en la Región Lagunera fue mal comprendido en aquellos tempestuosos días o más bien no encontró las oportunidades para desarrollar su innegable experiencia sindical. Al llegar el sacudimiento social de 1935 a pesar del ascendiente que tuvo con Lombardo Toledano que lo conocía muy bien por haber militado juntos en la CROM, lo que hizo Palomino Rojas por la causa obrera fue bien poco, mejor se dedicó a la política; sin embargo tomó parte activa en la formación de los sindicatos campesinos, poco antes del reparto agrario, quizá fue lo más sobresaliente que hizo en beneficio de los trabajadores laguneros.

Vivió humildemente, siempre con privaciones, en una ocasión fue electo diputado federal y en la Cámara se escuchaba su voz apasionada defendiendo lo que él creía justo. A pesar de haber ayudado a gobernadores y alcaldes en sus campañas electorales, nunca aceptó desempeñar algún puesto público municipal o estatal.

7. *El sindicato ferrocarrilero*

Los diferentes gremios ferroviarios, se unificaron por fin en 1933, formando el poderoso Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana, siendo la primera agrupación de tipo vertical que se formó a nivel nacional, de una sola industria o empresa. Los ferrocarrileros de la terminal local, integraron la sección 9 del sindicato y su primer secretario general local fue el oficinista de la casa redonda Mariano Borrego, que resultó electo en la asamblea correspondiente.

Por aquel tiempo, los ferrocarrileros eran el grupo más avanzado de la clase obrera, desde mucho antes habían tenido sus uniones y hermandades, copiadas de las organizaciones norteamericanas con las que mantenían lazos fraternales. Habían ya sostenido huelgas y sus líderes —honestos y preparados— eran un gran contraste con los líderes gobiernistas y corruptos de la CROM.

En 1935, probablemente por indicaciones del presidente Cárdenas o por su propia iniciativa, comenzaron a unificar a los trabajadores de todo el país, especialmente a los de las grandes industrias. En una asamblea, la sección 9 acordó nombrar en comisión a Fidel Gómez, Teófilo Sánchez, Manuel Saucedo, Refugio Mora y Rafael Montelongo, para que celebraran juntas con los diversos grupos de obreros locales. Los comisionados tuvieron reuniones con los jaboneros de La Esperanza, con obreros textiles de la Industrial del Nazas y con los electricistas; a todos los convencieron de la necesidad que había para formar sin demora sus respectivos sindicatos para estar preparados en la próxima lucha, por las reivindicaciones proletarias que se anunciaban. También estuvieron con los metalúrgicos de la Peñoles en Torreón, donde les aconsejaron que se sacudieran de la tutela del sindicato blanco controlado por la empresa. Antiguamente era usual que las compañías fomentaran las

uniones de carácter religioso, sociedades mutualistas o sindicatos llamados de empresa, manejados por sus mayordomos o capataces.

Al estallar la primera huelga campesina en el rancho de Manila, los ferrocarrileros prestaron todo su apoyo al movimiento, llevando alimentos para las familias de los huelguistas y designaron grupos para reforzar las guardias durante las 24 horas. Los demás recién formados sindicatos siguieron el ejemplo de la sección 9 y acudieron en ayuda de sus hermanos campesinos.

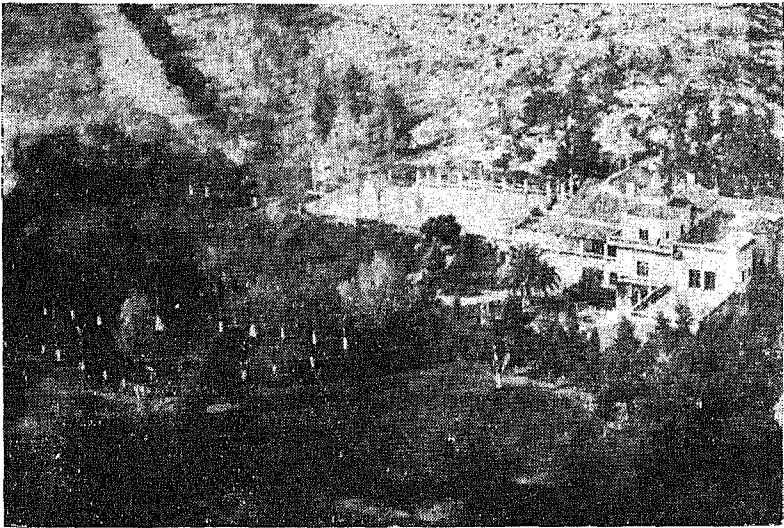
8. *El Club Campestre de La Laguna*

En una gran extensión de terreno donde antes se asentaba la vieja hacienda de Santa Rosa, situado a lo largo de la falda del cerro que lleva el mismo nombre, se aprecia el verde campo alfombrado de pasto ligeramente ondulado donde se practica el golf y en un espacio reducido el golfito, mesas de tenis, albercas, salones de baile y reuniones, etc. Todo lo señalado conforma el Club Campestre de La Laguna, por muchos años considerado uno de los más importantes del país.

El centro social y deportivo fue un hecho gracias al entusiasmo y determinación de un grupo de laguneros encabezados por el ingeniero José F. Ortiz, el general Eulogio Ortiz, José de la Mora, Luis J. Garza, Antonio de Juambelz y otros señores. Ellos lograron que la viuda de don Julio Luján regalara el terreno y el Banco de La Laguna prestó el dinero necesario para cubrir el costo de las obras que se iniciaron en los primeros meses de 1934. El préstamo concedido fue recuperado fácilmente por el banco dentro del plazo estipulado.

El Club Campestre se organizó con el siguiente consejo de administración: presidente, ingeniero José F. Ortiz; tesorero, Francisco Venegas; secretario, licenciado Norberto

Valdés y fiscal, Luis Cavazos. Se pusieron a la venta 500 acciones con valor de 100 pesos cada una. De inmediato se inscribieron 70 socios que adquirieron como mínimo 5 acciones por persona, a los tres años los socios habían aumentado a 300. Aparte de la aportación inicial, los miembros del Campestre pagaban una cuota de 10 pesos cada mes y con derecho a usar los campos de golf, para su mantenimiento pagaban 50 pesos adicionales. Las familias de los socios podían hacer uso de las dependencias y organizar fiestas pagando una cuota razonable por los servicios.



Perspectiva de una parte del Club Campestre.

Faltando muchos detalles para su terminación el Club Campestre de La Laguna se inauguró el 24 de diciembre de 1934, siendo nombrado administrador Fidel Ruiz y como ayudante Pablo Villegas encargado entre otras cosas, de los cobros de las cuotas a los socios.

Posteriormente los campos del centro deportivo se extendieron al poniente al rentar algunas hectáreas a los ejidatarios que según parece eran de Lerdo. Como eran tierras improductivas, al fin los campesinos las vendieron al Club Campestre.

9. Como dijo don Teofilito

Don Teófilo Montelongo era una persona baja de estatura y bondadoso en su trato, por su aspecto y cualidades la gente le llamaba con afecto don Teofilito. Como era costumbre antaño, los jóvenes en su tiempo recibían enseñanza de dos o más oficios, con esa preparación si les iba mal en un empleo emprendían otro. Nuestro personaje no fue una excepción, aparte de cortar el pelo y rasurar a sus parroquianos, tocaba el tololoche y también el cornetín.

El señor Montelongo tenía su barbería por la calle Escobedo en una de las casas conocidas como de Las Lilas de don Cenobio Castro y después se cambió al barrio de El Parralito. Al oscurecer cerraba su establecimiento y cargando el contrabajo llegaba al Club Verde para unirse al quinteto de cuerda que todas las noches tocaba en esa cantina; después don Teófilo pasó a formar parte del conjunto de cuerda que dirigía el maestro Enrique Unzueta donde siguió tocando el voluminoso instrumento.

Don Teófilo se ganó la fama de ser “contreras” porque a todo le daba contra. Por ejemplo, una persona decía “parece que va a llover” y el señor Montelongo muy formal contestaba “no lloverá”; otra se quejaba de lo difícil de la situación —refiriéndose a la falta de trabajo— diciendo “cuándo se compondrá esto”, rápido contestaba “ni se compondrá”; algunos más preguntaban cuándo harán esto o lo otro y sentencioso contestaba, “ni lo harán” y así por el estilo; si viviera ante la subida del precio de las mercancías día tras día, su contestación sería perfecta, “nunca ba-

jarán". Por su manera de decir a todo no, se hizo popular rebasando sus contestaciones la comarca, hasta la fecha son conocidas en varias poblaciones del norte, donde se escucha la frase: "como dijo don Teofilito..."

10. *Por fin un verdadero hospital*

Dice el doctor César Tovar, que en 1935 cuando llegó de Durango a hacerse cargo del hospital Vergara continuaba en malas condiciones, carente de muchas cosas. Para su sostenimiento el municipio entregaba 7 pesos diarios y él, tenía un sueldo mensual de 120 pesos.

Fue entonces cuando los doctores que ejercían en la ciudad comenzaron a llevar instrumental médico —lo más indispensable— y medicinas para mejorar las condiciones del humilde sanatorio, donde al fin se pudieron efectuar las primeras intervenciones quirúrgicas en beneficio de los pacientes más pobres, que son los que normalmente acuden a esos centros de salud. No satisfechos con eso, los médicos animaron a un grupo de personas de recursos económicos a formar un patronato para levantar un verdadero hospital tan necesario en la comunidad, y así fue como se integró el comité pro hospital; figurando como presidente, don Antonio Montemayor; tesorero, el señor Francisco Campuzano; secretario, el industrial Alberto Sánchez y vocales, los doctores Francisco Hernández Barrera, Eugenio Guzmán Carreón y César Tovar.

La señora Guadalupe Lebrija viuda de Reyes Spíndola se negó a obsequiar a la ciudad el terreno de su propiedad que el patronato había escogido para construir ahí el nuevo hospital, teniendo que comprarse a un precio relativamente alto. Ocupaba casi una manzana situada entre el tajo de San Antonio y la vía de los trenes eléctricos, rodeado de campos de cultivo y huertas, por lo que estando en un lugar

aislado era ideal para la convalecencia de los enfermos. En ese terreno el agricultor Luis Reyes Spíndola tenía su quinta de descanso; era un chalet de madera de dos pisos construido por el carpintero de la casa redonda Manuel Horta. La propiedad estaba protegida alrededor por una barda de adobes, había tablas de legumbres y caballerizas para los caballos de don Luis.

El hospital levantado con muchos sacrificios se terminó en 1936 y estando al otro lado del canal, hubo necesidad de construir un puente sobre el tajo, que permitiera el paso de los coches que con urgencia llevaban a los enfermos. El doctor Guzmán Carreón fue nombrado director del nuevo hospital; aunque era un modesto edificio de dos pisos ya era un verdadero hospital, no como los anteriores improvisados en casas de renta. Seguía con sus carencias, pero mejorando poco a poco, ya contaba con la manzana completa al regalar el señor Félix López Lamberta el pedazo de terreno que faltaba. Después el Club de Leones construyó un pabellón de maternidad y en 1965, el gobernador González de la Vega una sala de operaciones con todo el instrumental necesario.

Sin embargo, con el aumento de población aumentaron las dificultades del hospital Vergara para su sostenimiento, sin dejar de prestar grandes servicios como cuando sucedió la pavorosa explosión de Guayuleras; ya las instalaciones estaban en muy mal estado y eran insuficientes para proporcionar los auxilios médicos decorosamente a los enfermos, hasta que por fortuna la Secretaría de Salubridad y Asistencia Pública a partir de 1973 se ha hecho cargo de su sostenimiento con el nombre de Hospital B. Los edificios se reconstruyeron y se levantaron nuevas dependencias para transformarlo en un buen hospital.

II. *Unificación de los obreros*

Los licenciados Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Trueba Urbina en 1935 recorrieron las principales ciudades del país, explicando a los trabajadores la necesidad urgente de que se unieran formando sus respectivos sindicatos, para mejorar sus condiciones de vida.

Llegaron a la ciudad de Torreón y en la Casa del Obrero tuvo lugar un seminario que los maestros universitarios dedicaron a los trabajadores que más estaban sobresaliendo en las primeras luchas, en esas reuniones impartían clases elementales de derecho obrero y normas para la formación de sindicatos, las clases se efectuaban por las noches y acudían numerosos trabajadores. En ese seminario recibieron útiles enseñanzas varios líderes que después se distinguieron como: Dionisio Encinas, Genaro Cervantes, Ildefonso Lara, Gregorio Hernández, Jesús Prieto Ortiz, Juan Manuel Pinto, Ismael Mora, Santana Carrizales.

Más tarde, se efectuarían tardecadas en la huerta de don Fermín en Lerdo, que se veían muy concurridas por trabajadores de ambos sexos. En esas tardecadas llegaron a tomar la palabra varios miembros de la LEAR, siglas que correspondían a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y en ocasiones se escucharon las voces de los luchadores cubanos Lázaro Peña y Blas Roca.

Después de tantos años de explotación, los deseos de mejoramiento sacudieron la conciencia de los trabajadores, comenzando a organizarse por todas partes, se formaron los grandes sindicatos de industria: el de petroleros, mineros y metalúrgicos, textiles, etc. En una gran convención celebrada en la ciudad de México a la que asistieron delegados de todos los sindicatos, nació la Confederación de Trabajadores de México, designándose secretario general de la nueva organización al licenciado Vicente Lombardo Toledano, uno de los intelectuales más brillantes que ha tenido el país en el presente siglo.

Aquellos años fueron de dura lucha sindical, cuando las conquistas laborales se lograron apoyadas con huelgas, mítines y manifestaciones tumultuosas, ayudándose mutuamente los sindicatos haciendo paros llamados de brazos caídos —porque los obreros no abandonaban su puesto— efectuados a la misma hora en todas las factorías. Solamente de esa manera fueron venciendo la resistencia patronal, las pláticas salían sobrando, pero las marchas de las masas desbordadas por las calles apoyando sus movimientos, era otra cosa. Aquellas manifestaciones si se quiere desordenadas, eran hechas por hombres libres que buscaban su mejoramiento con las únicas armas que cuentan, no eran los tristes desfiles obreros actuales organizados por los líderes charros, de mansos acarreados para aplaudir a los candidatos oficiales y funcionarios en turno.

En los salones de los sindicatos se celebraban sesiones cada ocho días, los trabajadores elegían libremente a sus directivos fijándose en los más honestos; pertenecían al Partido de la Revolución Mexicana junto con campesinos, maestros y soldados, pagaban cuotas al partido que eran descontadas de sus salarios cada mes y mostraban con orgullo la credencial con la franja tricolor que les permitía el paso a los lugares donde se efectuaban los plebiscitos para votar por sus candidatos a ocupar algún puesto público.

Nadie se imaginaba que tiempo más tarde, el movimiento sería desvirtuado al establecer el sistema el sindicalismo oficialista, mangoneado por líderes corruptos, vendedores de puestos de planta a 50 mil pesos, eternizados en la dirección de los sindicatos desde hace cerca de 30 años, muchos de ellos que nunca han sido trabajadores, alternándose en las curules de las cámaras ya como diputados ya como senadores, siempre dispuestos a levantar la mano para aprobar lo que sea.

12. *Enrique Unzueta*

El maestro Enrique Unzueta ocupó la presidencia municipal durante el año de 1935; fue un hombre que desarrolló diversas actividades siempre con acierto. Era músico, tocaba el violín y el chelo en las orquestas que dirigió, compositor de innumerables melodías, especialmente vales que la mayoría quedaron inéditos; fue líder sindical, político y funcionario.

En 1922 fundó el Sindicato de Filarmónicos Progreso, agrupando en su seno a la mayoría de los músicos locales ya fueran de las orquestas o ejecutantes de los grupos callejeros. Este hecho era muy significativo, por la visión que tuvo el maestro Unzueta para unir a los trabajadores de la música que gran parte no tenían patrones determinados, demostró que era un luchador social nato. Los filarmónicos ya unidos conseguirían mejores medios de vida.

Don Enrique Unzueta era alto, de anchas espaldas ligeramente encorvadas, a través de su útil vida logró la estimación de todos los que lo trataron, aun de sus enemigos políticos. Era serio, reposado y servicial, tenía eso que nombran don de gentes; los puestos públicos que llegó a ocupar como presidente municipal, encargado del registro público de la propiedad y delegado del PRM local, los desempeñó con atingencia y sobre todo con honestidad.

13. *Cooperativa de autobuses*

No podría menos de desarrollarse el cooperativismo en los años 30' durante el gobierno revolucionario del presidente Cárdenas. Se impulsó ese sistema de trabajo entre los asalariados, para lograr esos propósitos se fundaron el Banco Obrero y la Financiera de Crédito Obrero. Estas instituciones proporcionaban créditos y asesoría a las cooperativas que se iban formando por todas partes del país.

Las nuevas ideas se dejaron sentir en la ciudad y se integraron las cooperativas de transportes suburbanos, de autobuses y tranvías.

Por esos años, los servicios públicos del transporte estaban en plena competencia: camiones, tranvías y carros ruleteros se disputaban el pasaje y éste no era suficiente para que el negocio fuera costeable para todos. La empresa de los autobuses amarillos de Transportes Laguna comenzó a tener problemas para su sostenimiento, comprendieron que habían adquirido un mal negocio y antes de llegar a la ruina total, optaron por entregar la línea a sus trabajadores, haciéndolo el 21 de enero de 1935, interviniendo en la operación funcionarios de la Financiera de Crédito Obrero que otorgó el préstamo necesario para adquirir los bienes de la empresa y en esa forma nació la Sociedad Cooperativa de Transportes Laguna.

Los nuevos cooperativistas tuvieron el buen sentido de invitar a los propietarios y choferes de los autos ruleteros a ingresar a la Cooperativa, cosa que desde luego hicieron, cancelándose los permisos de ruta, eliminando la ruinosa competencia, perjudicial para todos.

A principio de 1936, la Sociedad Cooperativa de Transportes Laguna nombró su primer consejo de administración con los siguientes socios: Alfonso Covarrubias, presidente; Manuel Jaime, secretario; y Tomás González, tesorero. Los cooperativistas comenzaron a trabajar con mucho entusiasmo, los viejos autobuses que les dejó la empresa y los nuevos que fueron adquiriendo los pintaron con el fondo blanco y adornos verdes, colores que hasta la fecha continúan usándose en los camiones actuales; siguieron cobrando a diez centavos el pasaje, los choferes ganaban dos pesos con cincuenta centavos por turno y los cobradores uno veinticinco.

Con grandes dificultades, tanto económicas como desacuerdos intergremiales, la Cooperativa se sostuvo por algunos años, hasta que finalmente los compromisos la ahogaron y prácticamente desapareció, transformándose después en

Sindicato de Permisarios, que luchan por sostener y mejorar el servicio.

14. *Cooperativa de los tranviarios*

A principios de los años treinta, los tranvías seguían funcionando normalmente, manejados por un grupo de hombres conocidos y estimados en la ciudad. Entre ellos destacaba un señor que trabajaba de inspector muy risueño que le decían don Pedrito, a todos sus conocidos los saludaba atentamente quitándose el sombrero, cada vez que lo hacía de esa manera el que recibía el saludo murmuraba "te doblas" porque aseguraban que al descubrirse invariablemente mentaba la madre; quizá no era cierto lo que se decía, por otra parte don Pedro era afable en su trato personal.

La Compañía Nacional de Electricidad que había adquirido desde 1927 las plantas de luz y los tranvías no tenía interés en seguir proporcionando el servicio de estos últimos, lo hacía obligada por la concesión federal obtenida al comprar las empresas. En 1935 comenzaron las pláticas entre la compañía y el personal para arreglar la manera de que los trabajadores se hicieran cargo de administrar los tranvías por medio de una sociedad cooperativa para continuar prestando el indispensable servicio público. Después de algunos meses de discusiones, finalmente se pusieron de acuerdo y el 10 de mayo de 1936, la compañía hizo entrega a los trabajadores de tranvías, plataformas, instalaciones y terrenos; por su parte los obreros tuvieron que pagar 55 mil pesos en abonos que fue la diferencia que estimaron del valor de los bienes de la empresa, descontando el monto de las indemnizaciones que correspondían a los trabajadores. Éstos cometieron el error de no haber solicitado asesoramiento y crédito para el arreglo con los bancos gubernamentales que se habían creado para ese objeto. Con el nombre de Sociedad Cooperativa Limitada del Ferrocarril

Eléctrico de Lerdo a Torreón se formó la agrupación con el siguiente consejo de administración: presidente, Fidel Rubio; tesorero, Enrique Meneses; secretario, Rutilo de la Mora y vocales, Maximino García, Blas Ceniceros, José Gutiérrez Espejo y el consejo de vigilancia lo integraban Arturo Llamas, Pedro Silva, Doroteo Torres, José María Villareal, Anastasio Ramírez, Cipriano Salazar y Alejandro Castruita.

Para contrarrestar la competencia que les hacían los autobuses, los tranviarios iniciaron una serie de reformas para hacer más rápido el servicio; colocaron doble vía en algunos tramos para ir eliminando poco a poco el embarazo de los cambios, extendieron las vías hasta la alameda de Torreón, antes solamente llegaban los tranvías frente a la antigua estación de los ferrocarriles. Las plataformas con motor arrastraban furgones hasta los patios de la Cervecería Sabinas y en algunas ocasiones llegaron a remolcar vagones cargados de mercancías hasta la terminal de Lerdo para almacenistas de ese lugar; además establecieron corridas rápidas a mediodía, a las horas de salida y entrada de los empleados que salían a comer y finalmente, un último tranvía llamado "El Caballo", a las 23 horas abandonaba Torreón recogiendo a los obreros que terminaban sus labores en el segundo turno y a los usuarios rezagados que no habían alcanzado la última corrida normal. Los cooperativistas tranviarios cambiaron el color original de los carros que era amarillo por el rojo y el tranvía más largo que tenían, llamado especial, le pusieron con letras "10 de Mayo", en recuerdo de la fecha que nació la sociedad.

A pesar de los esfuerzos que hicieron los cooperativistas, las condiciones económicas de la agrupación no mejoraban, necesitaban capital para reemplazar los rieles inservibles por nuevos, extender más las vías dobles que era su principal preocupación y urgían refacciones para poner en circulación los carros parados por falta de repuestos. El presidente del consejo de administración de la cooperativa permanecía

largas temporadas en la ciudad de México, gestionando préstamos con los bancos obreros o particulares, pero todo fue inútil, don Fidel Rubio no logró conseguirlos. Desalentados, los tranviarios fueron pensando en vender todo el equipo e instalaciones para adquirir autobuses, cosa que pudieron hacerlo pasados algunos años.

Los trabajadores que han formado cooperativas, en su mayoría han fracasado, quizá por falta de preparación y de conciencia social, al no poder manejarse con honestidad y tesón.

15. *Reparto de tierras*

Para llevar a cabo la transformación social, que en beneficio de la clase trabajadora pensaba hacer el presidente Cárdenas, necesitaba el apoyo de obreros y campesinos; para ello era menester que se agruparan en organizaciones libres, nombrando a sus líderes que tenían que ser los más capaces y honestos, porque sólo así el impulso y apoyo de las masas es cien por ciento efectivo. La inmensa mayoría de los obreros del país ya se habían agrupado en el seno de la Confederación de Trabajadores de México y entonces comenzó la agitación en el campo para lograr la unificación de los campesinos y poder exigir a los hacendados mejores salarios y prestaciones.

Para Cruz Chacón Sifuentes, Sixto Ríos, Domingo Garibaldi y demás antiguos luchadores campesinos del Perímetro Lavín, llegó la oportunidad tanto tiempo deseada y ayudados por Tomás Palomino Rojas, Dionisio Encinas y Cipriano Ramírez, visitaron cada uno de los ranchos y haciendas de la parte lagunera del estado de Durango, formando sindicatos de peones agrícolas acasillados, reorganizando los que ya existían. En toda la extensión de la República la mayor parte de los campesinos ya fueran medieros, comuneros, aparceros o simples peones, formaron

sindicatos y federaciones regionales; más tarde en una gran convención integraron la Confederación Nacional Campesina, eligiendo como secretario general al profesor Graciano Sánchez, el inteligente y batallador dirigente, recordado tanto por los viejos campesinos.

En la Comarca Lagunera, los sindicatos agrícolas presentaron sus demandas en los tribunales del trabajo, exigiendo su reconocimiento y por añadidura la firma del contrato colectivo y a pesar de que las peticiones eran modestas, los hacendados las rechazaron, negándose a discutir las y reconocer la personalidad de los sindicatos, que por ley los patronos estaban obligados a hacerlo; creían que seguro el gobierno no apoyaría las demandas de los campesinos, preocupado como se encontraba por resolver los problemas laborales y sortear los embates de los empresarios, como la huelga o paro loco de los industriales de Monterrey.

Ante la negativa de hacendados, latifundistas y grandes empresas agrícolas como la de Santa Teresa y Tlahualilo, estalló la huelga general en los campos de la Comarca Lagunera, iniciándose el primer movimiento huelguístico en el rancho de Manila, que con Manuel Murúa al frente era el grupo más combativo. Pasadas varias semanas sin resolverse el problema, las tierras no podrían seguir sin cultivarse por tiempo indefinido y ante la rebeldía de los agricultores, el 6 de octubre de 1936, el presidente Cárdenas dio a conocer al país el decreto en el que se establecía el reparto de tierras laborables de La Laguna, desbaratando las grandes haciendas, latifundios y empresas. Separadas las hectáreas correspondientes a las pequeñas propiedades, el resto se repartió a los campesinos en forma de ejidos. Varios días permaneció el general Lázaro Cárdenas en la región, llegó acompañado de brigadas de agrónomos y funcionarios diversos, en el campo se notaba gran actividad. Es justo señalar que hubo agricultores progresistas que estuvieron de acuerdo con el reparto agrario, algunos de ellos fueron:

Jesús Vargas, Salvador Ramírez, Ángel Camino Guereca y Jesús Marroquín.

Sin embargo, la idea generosa del general Cárdenas no pudo llevarse a cabo como eran sus deseos, con toda razón el gran Presidente sostenía que la tierra debería ser trabajada individualmente por los pequeños propietarios y en forma colectiva por sociedades ejidales; este sistema se puso en marcha en La Laguna. Desafortunadamente, sólo unas cuantas sociedades colectivas tuvieron éxito y continúan trabajando hasta la fecha progresando paulatinamente, como la de El Manantial que cuenta con 203 hectáreas de extensión, dirigida por el viejo y honesto líder José María Rodríguez. Esto demuestra que don Lázaro no estaba equivocado, pero la falta de material humano —de que años antes se quejaba el general Calles— apareció en la burocracia corrupta del Banco Ejidal y en el personal administrativo de la reforma agraria; a las sociedades colectivas que ya estaban encauzadas las dividieron para su mejor mangoneo, se cuenta de algunas que las socavaron apoyando las ambiciones personales de malos ejidatarios. El más grande trafique se enseñoreó en el campo en distintas formas y algunos funcionarios amasaron enormes fortunas, corrompiendo a grupos de campesinos, éstos decepcionados procuraron sacar provecho del desbarajuste.

Los gobiernos posteriores al del general Cárdenas, no creyeron en la colectivización de la tierra, siendo señalada de tendencia comunista por los reaccionarios y por no pocos revolucionarios. Por lo tanto nada hicieron para organizar a los campesinos y atajar la corrupción, siguieron repartiendo tierras sin agua y sin dinero para trabajarlas. El régimen alemanista empeoró las cosas al reformar la Ley Agraria, introduciendo el amparo contra las resoluciones presidenciales de dotación de ejidos propiciando de esta manera el acaparamiento de grandes extensiones de tierras con otros nombres, lo que se conoce como latifundios simulados; dejando vigente la injusticia de que el hijo de un agricultor nace sien-

do propietario de tierra en producción y en cambio el hijo de un campesino tiene que esperar hasta cumplir los 16 años de edad, para tener derecho a hacer petición de un pedazo de tierra para trabajarla, que la mayor de las veces es imposible entregársela porque no hay para todos. También surgieron los agricultores nylon, que eran personas de ciudades, parientes y favoritos de las camarillas alemanistas, a quienes les entregaron las mejores tierras de riego que se iban abriendo con la terminación de las nuevas presas.

Asimismo, el régimen de Alemania le dio un duro golpe a la clase obrera al descubrir y poner en circulación a los nefastos líderes charros de sindicatos adormecidos y que hasta la fecha no han soltado la herencia, sostenidos por todos los gobiernos.

16. *El último bandolero*

El Chojo Ladislao fue el último de los bandoleros que asolaron por aquellos años la Comarca Lagunera. Se llamaba Ladislao Alvarado y era un hombre joven, de color blanco, bajo de estatura, de ahí le venía el apodo de El Chojo; cortaba el pelo a los campesinos de los ranchos ribereños del río Nazas, situados más allá de Raymundo, por lo que Ladislao era muy conocido por esos lugares. Un día tuvo dificultades con un policía y lo mató, desapareciendo de esos rumbos temeroso de que lo capturaran.

Semanas después, El Chojo Ladislao dio señales de vida en la región, algunos rancheros lo habían visto al frente de un grupo de hombres perfectamente organizados, montaban buenos caballos y portaban flamantes armas, esos hombres en gran parte eran abigeos y matones con cuentas pendientes con la justicia. Comenzaron a robar pequeños comercios en poblados apartados hasta llegar al asalto del Banco Russeck en San Pedro de las Colonias, de donde se llevaron 25 mil pesos. En el entronque de caminos cono-

cido como El Caballo Blanco, El Chojo y su banda asesinaron a un inspector de campo del Banco Ejidal y a un socio delegado de alguna agrupación campesina. Cometidas sus fechorías los forajidos desaparecían como por encanto, la policía no encontraba ni rastro de los malhechores, lo que dio origen a los rumores: que contaban con la protección o el disimulo de autoridades, porque era imposible que desaparecieran de la noche a la mañana, hubo otra versión, a lo mejor la verdadera, y era de que los bandoleros repartían parte del botín entre las familias de los peones más necesitados de las lejanas rancherías, donde encontraban seguro escondite al ser buscados, mientras preparaban otro golpe. Eran tan audaces esos bandidos, que algunas ocasiones llegaron por las noches a tabernas orilleras de Gómez Palacio y Lerdo, se echaban unos cuantos tragos sin hacer escándalo, pagando el consumo se alejaban con toda calma al paso de sus cabalgaduras, así como habían llegado. Contaban que una vez a plena luz del día, llegó El Chojo acompañado con cuatro o cinco de sus hombres a la cantina Petronio, frente a la plaza de armas de Gómez, fueron con el pitazo al coronel retirado Ponce de León que era entonces el inspector de policía, pero éste con buen sentido común ordenó que no los molestaran para evitar una segura masacre de los mal armados gendarmes.

Las cosas se le complicaron a El Chojo y su gavilla, cuando en la población de Matamoros a pocos kilómetros de Torreón a consecuencia de una denuncia, el jefe de la policía judicial Adán González se presentó en la casa de una amante de Ladislao donde se encontraba en esos momentos; el imprudente jefe policiaco tratando de capturarlo vivo, le gritó que se rindiera y como en las películas del oeste americano El Chojo salió echando bala a diestra y siniestra, causando la muerte de González y huyendo el desalmado a matacaballo. Esto marcó el principio del fin de las fechorías de la banda, porque el judicial era sobrino del general Alejo González, jefe de operaciones militares de

La Laguna por esos días. Los bandoleros se vieron perseguidos por columnas volantes del ejército logrando que se desbandaran pero sin poder capturar a ninguno, parecía que se los había tragado la tierra.

Un día, precisamente el 30 de enero de 1937, las autoridades recibieron aviso que El Chojo Ladislao acompañado de Fidel Martínez apodado El Borrado, se encontraban ocultos en el ejido El Nuevo Refugio en la casa del ejidatario Pedro Valenzuela que decían formaba parte de la gavilla. Soldados y policías de la judicial se dirigieron al lugar indicado llegando como a las tres de la tarde, al acercarse a la casa posiblemente fueron vistos por los bandidos porque éstos salieron de pronto, montaron a caballo y atravesaron las labores de El Refugio y San Ignacio, al cruzar el puente sobre el tajo de San Ramón se toparon con un grupo de gendarmes y echándoles los caballos encima continuaron su huida. Debido a lo escabroso del terreno no pudieron alejarse mucho de sus perseguidores que venían corriendo sin dejar de disparar su armas contra ellos, al llegar a la laguneta que se formaba con las aguas desbordadas del cercano canal en las tierras de los señores Necochea más acá del antiguo rancho El Cofiño, El Chojo fue alcanzado por una bala en el muslo, sintiéndose herido se bajó del caballo y protegiéndose en el bordo de una acequia les estuvo contestando el fuego a soldados y judiciales hasta que se le acabó el parque y ahí mismo fue rematado por sus perseguidores. Mientras tanto, El Borrado aprovechó la circunstancia para alejarse por los campos labrantíos perdiéndose en la llanura.

Corrida la tarde de ese día, sobre una de las polveras del auto del chofer ruletero conocido como El Chato Magujas fue llevado el cadáver de El Chojo primero a la cárcel de Gómez y después a la de Torreón donde fueron expuestos los restos del último de los bandoleros.

17. *Conflicto jabonero*

La comisión nombrada por la sección local del sindicato ferrocarrilero para organizar a los trabajadores de la ciudad, había cumplido su cometido. En 1937 los operarios de la fábrica de jabón La Esperanza habían formado su sindicato, eligiendo a Gonzalo Elizalde secretario general, otros miembros que resultaron electos dentro del comité fueron Ramón García Adame y Juan Aguilera. Al tener conocimiento de la formación de la agrupación, la empresa expulsó de su trabajo a los señalados anteriormente y entonces los jaboneros declararon la huelga, exigiendo la reinstalación de los expulsados y la firma del contrato colectivo.

La compañía jabonera se negó a satisfacer las demandas laborales y el conflicto se alargó por mucho tiempo, el problema se complicó cuando los principales accionistas de la empresa los hermanos González Fariño estuvieron en desacuerdo. Uno de ellos, Ernesto, aceptaba las peticiones del sindicato y sin levantarse la huelga estuvo pagando por espacio de algunos meses sus salarios a los trabajadores, y el conflicto dejó de ser laboral para convertirse en empresarial, porque el otro hermano ingeniero Carlos González Fariño no aceptaba las demandas de los obreros obstaculizando los arreglos hechos por su hermano, tratando de romper la huelga valiéndose del presidente municipal Pablo Reyes, quien personalmente acompañado de gendarmes se presentó en las puertas de la factoría queriendo, apoyado en la fuerza, que los trabajadores abandonaran las entradas a su cuidado y retiraran las banderas rojinegras, pero la firmeza de los huelguistas hizo fracasar la maniobra.

La actitud del alcalde Reyes causó extrañeza, porque siendo mecánico de la casa redonda era un reconocido luchador sindicalista, pero esas son las cosas que acarrear los compromisos políticos.

Pasaba el tiempo y el problema jabonero no tenía trazas de solucionarse, durante 5 años el sindicato de La Esperanza resistió las presiones, sosteniendo a sus líderes y sufriendo privaciones económicas en sus hogares. Por fin en 1942, con la intervención del gobernador del estado general Elpidio Velázquez, la empresa accedió a las peticiones del sindicato, reinstalando en sus puestos a los miembros del comité que había despedido.

Sin embargo, las desavenencias de los hermanos González Fariño lejos de solucionarse se agravaron y por falta de capital la jabonera estaba al borde de la bancarrota, se había gastado demasiado en el largo conflicto. Para que no se acabara esa fuente de trabajo, el gobernador Velázquez logró que los trabajadores organizados en cooperativa se hicieran cargo de la fábrica, interviniendo en los arreglos con los propietarios el Banco Obrero, recibiendo cada socio según su antigüedad determinado número de acciones. El banquero Heliodoro Dueñas fue nombrado gerente general de La Esperanza y continuó trabajando la factoría. Desgraciadamente las cosas no se componían, los obreros tenían muchos compromisos adquiridos en los 5 años que duró el movimiento y acosados por las deudas, fueron vendiendo sus acciones comprándolas el industrial Alfonso Estrada, hasta lograr tener el control completo de la negociación. La fábrica sigue en actividad ahora como empresa particular.

18. Estadio Carrizo

El 20 de noviembre de 1937, se inauguró el campo de beisbol del kilómetro 1140 llamado así porque la vía del antiguo Ferrocarril Central tiene esa distancia de la ciudad de México al lugar donde estaban las bombas que abastecían de agua a las locomotoras. Frente a la noria, al lado derecho del cruce de la vía con la carretera estaba el campo deportivo, precisamente donde en la actualidad están las

plantas industriales de la CONASUPO y que antes pertenecían a Empresas Longoria. El día de la inauguración del parque deportivo del 1140 lanzó la primera bola el general Miguel Enríquez Guzmán, jefe de operaciones militares del estado de Durango, y la recibió el coronel Enrique Calderón, gobernador de dicho estado.

Ese parque de beisbol fue hecho debido al entusiasmo de numerosos aficionados regionales: en primer lugar de don Lupe Bernal quien, con la valiosa ayuda del señor Roberto Fernández y con el apoyo del gobernador que entonces era el general Carlos Real, consiguieron que la señora María Luján viuda de Terrazas propietaria del terreno, lo regalara al municipio. Se decía que el general Real pensaba expropiar el terreno por utilidad pública, en caso de que la dueña se negara a cederlo.

Con dificultades, los aficionados lograron emparejar el terreno, trazando desde luego el diamante, el señor Enrique Unzueta obtuvo que la compañía jabonera, a pesar de estar en huelga, construyera por su cuenta la barda de adobes que rodeaba el campo y la puerta de hierro forjado de la entrada principal. Luego un grupo de personas encabezados por los señores Roberto Fernández, Francisco Zarzosa y el Chato Florencio Ramírez, lograron reunir fondos para levantar unas cuantas gradas sencillas de madera como las de los circos y les pusieron techos de carrizos acarreados de las márgenes del cercano río Nazas. Comenzaron a celebrarse encuentros de beisbol y el campo fue bautizado por la gente como "Estadio Carrizo".

Cuentan que un día, pasó el gobernador Calderón en auto por la carretera y vio el campo de beisbol con techos de carrizos, comentando con sus acompañantes que esos techos afeaban el parque y había que hacer algo para mejorarlo. El gobernador mandó llamar al señor Roberto Fernández y le ofreció la madera necesaria para levantar techos y gradas, quitando las que estaban y le comunicaran lo que necesitaban, se hicieron los cálculos de la cantidad de ma-

dera y se lo hicieron saber al coronel Calderón. A los pocos días estaban cuatro góndolas cargadas de madera en la espuela de las bombas del 1140, a disposición de los deportistas.

Y vino lo mero bueno, que era reunir el dinero para las obras del parque, pero los aficionados no desmayaron: comenzaron a organizar bailes dominicales de paga en el cambio de los trenés eléctricos cercano a Lerdo y que tenía una pista de patinar, las orquestas de Enrique Unzueta y Cuco Mesta se alternaban domingo a domingo, y como era natural la gente respondió acudiendo cada vez en gran número. Aparte, autoridades, negocios y particulares, cooperaban con lo que podían.

Aprovechando que los trabajadores de la jabonera La Esperanza estaban en huelga y como recibían salario de una de las partes de la empresa, ésta y el sindicato accedieron a que los obreros que quisieran fueran a ayudar a levantar las nuevas gradas sin recibir sueldo; alrededor de 200 jaboneros se presentaban diariamente y bajo la dirección del maestro carpintero Emilio Garza, el parque deportivo pronto estuvo terminado.

El alcalde de esos días Pablo Reyes, regaló una vieja bomba de mano y suficiente tubería al quedar concluida una noria que se hizo, donde extraían agua para regar aunque sólo fuera el diamante. Los habitantes de Gómez Palacio enseñaron que todo se puede hacer cuando se quiere.

19. *Expropiación petrolera*

Al gobierno revolucionario del general Cárdenas le tocó acabar con el saqueo que de los recursos petroleros del país, desde antes de los años 20' venían haciendo las compañías extranjeras. Se apoderaban de los terrenos petroleros a como diera lugar llegando hasta el asesinato, compraban autoridades venales, sostenían guardias blancas que arreba-

taban sus tierras a los campesinos de las Huastecas y propiciaban rebeliones como las del cabecilla Peláez.

A fines de 1937 estalló la huelga general en los campos petroleros, el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana demandó a las empresas la firma del contrato colectivo, pero éstas se negaron. Las juntas federales de conciliación y arbitraje declararon legítimo el movimiento de huelga, las compañías imperialistas no estuvieron conformes con los fallos de las juntas y apelaron a la Suprema Corte de Justicia de la Nación, la que negó el amparo. Las empresas petroleras no acataron la resolución del alto tribunal declarándose en rebeldía. Ante tal situación el presidente Cárdenas expidió el memorable decreto del 18 de marzo de 1938, donde el gobierno mexicano respondía a la rebelión de las compañías con la expropiación de todos los bienes de la industria petrolera y desde ese momento pasaban a ser propiedad del pueblo.

Fueron momentos difíciles para el país, en que el gobierno cardenista se vio atacado en forma violenta desde afuera por el imperialismo y desde adentro por las clases reaccionarias. Éstas manifestaban que era imposible que los obreros mexicanos pudieran manejar la complicada industria y que al fracasar, cosa que era segura, hundirían a la nación en la miseria, afortunadamente trabajadores y técnicos petroleros demostraron su capacidad poniendo en evidencia a los agoreros derrotistas.

Ante la embestida de los explotadores, los obreros apoyando al gobierno se lanzaron a las calles en impresionantes manifestaciones, aumentadas por campesinos y pueblo en general. Los grandes sindicatos de industria en sus asambleas, votaron el acuerdo de cooperar cada uno de los miembros, con un día de sueldo mensual que desde luego comenzaron a descontarse de las nóminas de pago y que duraría hasta el día que se pagara el último abono de la deuda petrolera, derivada de la expropiación; pero el pre-

sidente Cárdenas no aceptó el gesto generoso del proletariado, regresando las aportaciones hechas.

Por las dudas, en el seno de los sindicatos se organizaron milicias obreras formadas por voluntarios, debidamente uniformados y equipados, que recibían instrucción militar por oficiales del ejército y se repartieron 15 mil carabinas entre los campesinos laguneros. Esto se hizo para ayudar al gobierno en caso de que los dólares marearan a algunos militares provocando una rebelión; pero no sucedió nada, todo permaneció en calma.

Pasada la incertidumbre y confusión del momento, al poco tiempo de la expropiación, el pueblo reaccionó apoyando a su gobierno; en las principales ciudades se organizaron colectas populares en los lugares públicos, en Torreón las piletas de las fuentes en la plaza de armas sirvieron de depósito de los óbolos. Al principio llegaron hombres y mujeres humildes a depositar sus relojes y alhajas corrientes o bien el poco dinero del que podían desprenderse, después fueron llegando personas de otra clase social, había que ver a las damas encopetadas entregando costosas joyas y los ricachones gruesas sumas de dinero; no todo estaba podrido en Dinamarca. La gente comprendió que la nación rescataba lo que justamente le pertenece.

20. *La Central*

La Escuela Central Superior estaba en la casa llamada de los portales por la calle Victoria, donde años antes estuvo la Normal o Centro de Enseñanza Superior. La Central venía supliendo a la vieja Escuela Superior que junto con las escuelas número 1 y de niñas y niños, integraban el núcleo de planteles educativos que ocupaban la media manzana en la Morelos.

En 1938, la directora de la Central profesora Blandina Ibarra Vda. de Guerrero decía a sus alumnos que hacía

falta en la ciudad una escuela secundaria para que pudieran continuar sus estudios e iniciar alguna carrera profesional o técnica. Las únicas secundarias que existían en la región eran: la de Torreón que había que pagar para estudiar y la número 6 de Lerdo que sólo recibía hijos de trabajadores becados por el gobierno, de cupo reducido.

La oportunidad se presentó en una visita accidental que hizo a Gómez el director de educación del estado de Durango profesor Abel Gámiz, una nutrida comisión de muchachos de la Central lo entrevistaron, haciéndole ver la falta que les hacía la escuela secundaria. Obtuvieron la promesa del profesor Gámiz de tratar el asunto con el gobernador Calderón autorizando por lo pronto que fueran formando el cuerpo de profesores, asignando como aula provisional un salón carente de mobiliario que tenía la Central en la parte alta. Al iniciarse el curso 1938-1939, los alumnos sorprendidos vieron con alegría que en la fachada de la escuela se veía el nombre de Escuela Secundaria Prevocacional 18 de Marzo, y en su interior se recibían las primeras inscripciones de los alumnos que habían terminado el sexto año, lo mismo hacían jóvenes que terminada su instrucción primaria antes ya trabajaban en las industrias locales, así como estudiantes de Torreón, Lerdo, Matamoros y San Pedro de las Colonias.

Las clases del primer año de secundaria en la Prevocacional 18 de Marzo se iniciaron el 1° de septiembre de 1938 y las de segundo año en 1939 con el siguiente personal docente: directora, Blandina Ibarra Vda. de Guerrero; secretario, Rodolfo Moreno; y prefecto, Julián Calleros Aviña; en las cátedras Esperanza Ovalle, Josefa Hernández, Braulio Jiménez, Estela Bonifant, María del Refugio Gutiérrez y Aurora Pedroza; como maestros de diversos talleres figuraban Luis Llamas, Mercedes Ramírez, Carlota Guerra, Inés Quevedo, Efrén Flores, Fermín Muñoz y Rodolfo Holguín.

Los alumnos fundadores de la primera escuela secundaria oficial que hubo en la región fueron: Ana María

Romero, Rosario Valles, Esther González, Adela Martínez, Aurora Morales, Elia Alcalá, María de los Ángeles Contreras, Alicia Alférez, María Sánchez, Ofelia Cárdenas, Josefina Chapa, María Isabel Rivera, Soledad Frías, Consuelo Flores, María de Jesús Muñoz, Socorro de los Santos, Virginia de los Santos, Berta Martínez, María Ovalle y María Luisa Segura; y los jóvenes Héctor Rogelio Castañeda, J. Mario García, Víctor Soto Luján, Jesús Robles, Maximino Quiñones, Benigno Reyes, Fernando Ortiz Acosta, Jesús Taboada, Pedro Reyes L., Jesús de la Mora, Modesto Sampeiro, Samuel Martínez, Salvador Infante, Félix Almaráz, Benito Rubio Ayala, Mauro Loera, Mauricio Pérez, Jesús García, David Rubio Ayala, Carlos Landeros, Trinidad Larrea, Enrique Martínez, Ángel M. González, Enrique Acevedo, José Iram, Alfonso Segura, Jorge Reyes, Víctor Hugo Valtierra, Eulalio Fernández, Alberto Jiménez, Horacio Gómez Contreras, J. Antonio Muñoz, Pedro Domínguez, Ramón Cervantes, Armando Astorga, Rogelio Facio, Ernesto Ávila, Jesús Hermosillo, Santiago Fuentes, José Vega, José Herrera, Miguel Castillo, Ángel Cisneros, Moisés Lara, Rodolfo Carmona, Nicanor Salcido, Armando Chapa, Roberto S. Díaz, Cayetano Reyes y otros más. La primera sociedad de alumnos de la Prevocacional 18 de Marzo que se formó, tuvo la siguiente mesa directiva: presidente, Benito Rubio Ayala; secretario de organización, J. Mario García; y Ángel Cisneros, encargado de los deportes.

Sin embargo, los muchachos de la antigua Central y ahora 18 de Marzo, continuaron pensando en seguir luchando para que las autoridades construyeran un verdadero plantel con sus dependencias adecuadas, que fuera propio para ello y no locales improvisados. Como en esos días el presidente Cárdenas venía seguido a la comarca con motivo del reparto de tierra a los campesinos, los jóvenes se pusieron alertas y en una ocasión que don Lázaro pasó a visitar el poblado de Dinamita y algunos ranchos cercanos, lo esperaron y a su regreso, pararon el coche donde venía el

mandatario frente al cine Palacio y le expusieron el problema que tenía la juventud al no contar con un verdadero centro de estudios superiores donde continuarlos al salir de la primaria; el gran Presidente los escuchó atentamente, prometiéndoles que lo más pronto posible les construiría su escuela, indicándole al gobernador Calderón que lo acompañaba se encargara de cumplir el ofrecimiento hecho.

A los pocos días de la entrevista con el general Cárdenas, el 23 de septiembre de 1938 a las ocho horas dieron principio las obras de la nueva escuela 18 de Marzo en el llano situado frente al parque Morelos, dicen que algunos muchachos de la secundaria abrieron zanjas para los cimientos antes que llegaran los albañiles. Por cierto que en ese mismo lugar en años anteriores, por gestiones del entonces diputado local Anastasio J. Garza se colocó la primera piedra para construir una escuela, desgraciadamente no encontró apoyo la buena intención.

21. *Instituto Francés de La Laguna*

Ante la carencia de buenas escuelas en la Comarca Lagunera, un grupo de personas formaron un patronato que se llamó del Instituto Francés de La Laguna, integrado por el banquero José Q. de Miranda de Torreón y los agricultores Mariano Peña y Luis J. Garza; se había logrado interesar a la Sociedad Lasallista de la ciudad de México para fundar un instituto, con secundaria, preparatoria y en un futuro no lejano, una escuela de agricultura. Naturalmente que también se estudiaría la primaria.

El patronato adquirió los extensos terrenos de la desaparecida fábrica de calzado La Cunard, situados a un lado de la vía de los trenes eléctricos a Lerdo y los cedió a los lasallistas. Rápidamente se levantaron las construcciones del Instituto Francés de La Laguna, siendo inaugurado un día del mes de mayo de 1939; su primer director fue el maestro

francés Carlos Thierry el primer alumno que se inscribió fue Alejandro Anchondo Armijo.

Al principio únicamente se impartieron clases de primaria, en 1942 se abrieron los salones de secundaria y después los de preparatoria según iban terminando sus estudios los alumnos; además el Instituto adquirió tierras adyacentes para convertirlas en campos de enseñanza agrícola, estableciendo la carrera corta de dos años para peritos en agricultura, terminando sus estudios de esa materia 15 estudiantes que recibieron en su oportunidad los diplomas. Fue la única generación que se logró; se dice que el Instituto Juárez de la ciudad de Durango presionó a las autoridades educativas para que impidieran al Instituto Francés que continuara impartiendo las clases de agricultura, en perjuicio de la región tan necesitada de gente capacitada para hacer rendir los cultivos.

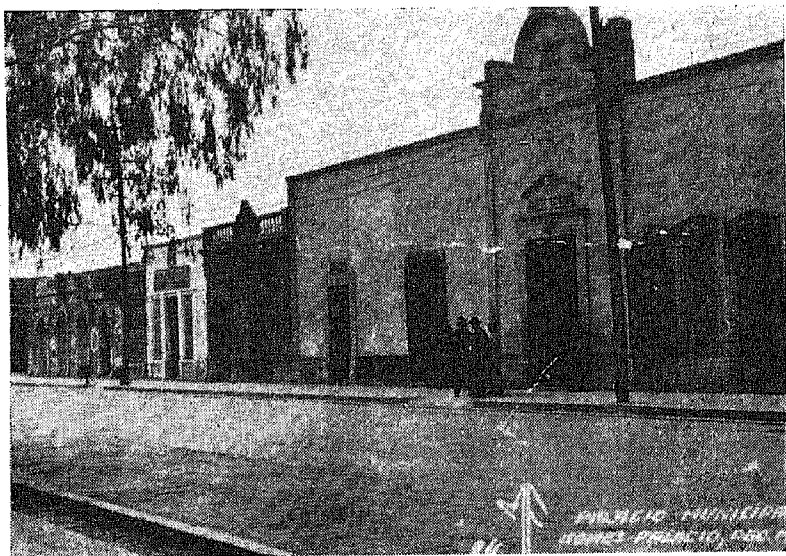
Posiblemente, el Instituto Francés de La Laguna sea una de las mejores escuelas de paga del norte del país, numerosas generaciones de estudiantes de distintas y lejanas ciudades, han pasado por sus aulas. El gran centro de enseñanza lasallista ocupa varias hectáreas de terreno donde se alzan los edificios escolares, los antiguos campos de prácticas agrícolas han sido transformadas en canchas deportivas donde se practica toda clase de deportes; cuenta además con una cuadra de caballos para impartir clases de equitación, en los desfiles cívicos de los días patrios, los alumnos del colegio francés desfilan arrancando aplausos de la multitud al pasar realizando proezas ecuestres, manejando hábilmente sus cabalgaduras.

Frente a los edificios escolares, calle de por medio, en antiguas quintas o villas rodeadas de árboles y jardines, están los albergues de maestros y estudiantes internos. Cercanos al Instituto hay importantes colegios para niñas y señoritas, como el Isabel la Católica y el Villa Matel atendidos por maestras religiosas.

22. *Presidentes municipales*

Es conveniente aclarar que los presidentes municipales de aquella época, desempeñaban sus funciones abarcando meses de un año y meses de otro, por lo tanto se ha buscado acomodarlos señalando como su periodo en el año que haya durado más tiempo.

- 1931 Lic. Fernando Arenas
- 1932 Agustín Puente
- 1933 Dr. Francisco Hernández Barrena
- 1934 Jesús del Valle
- 1935 Enrique Unzueta
- 1936 José María Meneses
- 1937 Pablo Reyes
- 1938 Ricardo Sáunders Sánchez
- 1939 José Malo Juvera



Palacio Municipal de Gómez Palacio, Dgo., México.

Esta década, hasta la fecha ha sido la más convulsionada socialmente. El cardenismo rompió con el sistema de gobernar de los caudillos militares y uniendo a su alrededor al pueblo, inició el camino de las transformaciones sociales que desgraciadamente se quedaron a medio camino, olvidadas por los gobernantes subsecuentes.

En ese tiempo, los trabajadores fueron tomados para administrar la cosa pública y así vemos que en la década de los treintas, fueron electos presidentes municipales los siguientes: Agustín Puente, maquinista de camino; Jesús del Valle, empleado de express; Enrique Unzueta, músico; José María Meneses, pailero; y Pablo Reyes, mecánico. El resto de los alcaldes salvo el doctor Hernández Barrera que vivía en la ciudad, habían venido de Durango impuestos por los gobernadores con el descontento y repulsa general, lo que se justificó porque esos elementos fueron administradores mediocres por no decir pésimos; en cambio la actuación de los alcaldes locales dadas las circunstancias fue bastante decorosa y sobre todo fueron hombres honestos.

CAPÍTULO VI

[1940-1949]

I. Instituto 18 de Marzo

La escuela prometida por el presidente Cárdenas a los muchachos de la extinta Central Superior, fue inaugurada al anochecer del 20 de mayo de 1940. Don Lázaro en persona cortó el listón acostumbrado que declaraba en funciones la escuela con el nombre de Instituto Industrial Autónomo 18 de Marzo. El pueblo en masa acudió al acontecimiento y cuando después de la ceremonia el gran revolucionario se dirigió a pasear bajo las tupidas arboledas del parque, la multitud lo acompañó dando una vuelta completa al paseo público, repartiendo apretones de manos y abrazos; que de esta manera quería testimoniar su agradecimiento.

El maestro de obras Alfonso Arizmendi, de Torreón, fue el encargado de proyectar y construir la escuela en el llano frente al parque que ocupaba una manzana. En aquel tiempo, el Instituto Industrial Autónomo 18 de Marzo era considerado el centro escolar más importante de La Laguna. En sus 32 salones —ocupando las dos plantas del edificio— se impartían clases desde kinder hasta secundaria, aparte se levantaron talleres con máquinas y herramientas para ense-

ñanza técnica industrial de carreras cortas, de mecánica, electricidad, herrería, hojalatería, carpintería y otras. Contaba también con teatro al aire libre, cancha de basquetbol y una alberca que al poco tiempo no se usó, porque su construcción resultó defectuosa. En las aguas de esa alberca el primer clavado lo echó la maestra Aurora Pedroza con traje de baño de color azul.

El vestíbulo de la entrada principal fue decorado por el pintor Francisco Montoya con motivos sociológicos y a los lados de la escalinata el maestro Manuel Guillermo Lourdes ejecutó los frescos de la expropiación petrolera y el retrato del general Cárdenas, y por su parte Horacio Rentería decoró algunos salones con estampas de Don Quijote de la Mancha y cuentos de Perrault. Montoya y Rentería vinieron de Durango y Manuel Guillermo Lourdes vivió muchos años en uno de los chalets de la colonia de la jabinera.



Vista del primer Instituto 18 de Marzo.

El primer director que tuvo la "Dieciocho" —que así llaman los alumnos a su escuela— fue el licenciado Santiago X. Sierra que dicen pretendía cobrar altas cuotas como si fuera colegio particular, acarreándose la mala voluntad de todos. Afortunadamente a los pocos meses pasó a la ciudad de Durango a hacerse cargo interinamente del gobierno del estado y el profesor Catarino Herrera fue designado director de la escuela en sustitución del licenciado Sierra. El maestro Herrera llegó de Durango acompañado de un selecto grupo de maestros normalistas, marcando los derroteros de las nuevas enseñanzas, creando la preparatoria para continuar carreras profesionales en lugar de técnicas; y es que las sociedades de alumnos ya venían luchando para que se reorientaran los estudios en esa forma. Al suprimirse las carreras técnicas, la escuela se llamó Instituto 18 de Marzo.

Después del profesor Herrera han sido directores de la "Dieciocho" el licenciado Genaro R. Mijares, doctor Raúl Weber Peralta, doctor Francisco Hernández Barrera, ingeniero Arturo Guillén, doctor Felipe González Puente, doctor Francisco Galindo Chávez, licenciado Ezequiel Cisneros Rocha, licenciado Apolo Flores, doctor Roberto García Sosa, doctor Lisandro Ávila Carrillo, arquitecto Juan Manuel Ruiz Esparza, profesor Alfredo Padilla Huerta y licenciado Jorge Torres Castillo, actual director.

Sería largo nombrar a todos los maestros que han impartido sus enseñanzas a centenares de alumnos del Instituto. Trataremos de dar a conocer los nombres de algunos de los primeros maestros que tuvo, todos merecen ser recordados y al nombrar a unos cuantos que sirvan para todos. Los profesores Braulio Jiménez y Antonio H. Flores procedían de la Prevocacional 18 de Marzo. Los que vinieron de fuera especialmente maestros normalistas de Durango, entre otros señalamos a José Mendoza, Natalia Flores, Antonio Robles, Darío Alvarado, Jesús Sandoval, Alicia Fierro, Micaela Flores, Luz María Parra, Micaela Torres, Consuelo

Alvarado, Inés Salais; esposa, hermana e hija de don Catarino Herrera y el inolvidable instructor de deportes y organizador de bailables Luis L. Vargas, los exalumnos de la "Dicciocho" van a erigir un busto al maestro Vargas que será colocado en los patios de la vieja escuela. Luego los catedráticos, entre tantos, los licenciados Antonio Hernández Souza y Victorio Aguilar, el doctor García Sosa y la maestra Valdepeñas.

Con la ampliación de la enseñanza en el Instituto, los padres se afanaron para hacer que sus hijos al terminar la primaria siguieran estudiando, se les abría un amplio camino a sus hijos, tenían oportunidades que ellos —aunque quisieran— nunca las tuvieron. Cuando los primeros alumnos terminaron la preparatoria se encontraron con un problema, ¿a dónde continuar estudiando si sus padres no ganaban el dinero suficiente para sostenerles una carrera en la universidad? Y suponiendo que con esfuerzos pudieran hacerlo, ¿en cuál universidad?, si las pocas que había se hallaban en ciudades tan distantes y extrañas. Sin embargo, algunos estudiantes se fueron a la metrópoli y abrieron la brecha para los demás; se sostuvieron por años con privaciones y venciendo dificultades sin cuento, lograron entrar a la universidad y terminar sus estudios profesionales —entre otros— los jóvenes Héctor Chapa, Rafael López, Rafael Jáuregui, Benjamín Jalife, Andrés Santos, Jesús Monarrez y José Alonso Valdés, que si no pertenecieron a la primera generación, sí fueron de las primeras. Derrumbaron el muro de la incertidumbre aquellos modestos estudiantes provincianos, que no sólo servían para las broncas, cuando después de las competencias deportivas se liaban a golpes con los muchachos de los equipos contrarios, quemar palmeras y pasear asnos con el nombre de algún director. No, no fue tan sólo eso, esforzándose comenzaron a ganar los concursos estatales de oratoria, venciendo a los presuntos estudiantes de las capitales de los estados donde compitieron, quienes no podían creer que fueran humillados por los humildes

oradores pueblerinos. Fue un agradable despertar de aquella juventud tan controvertida del viejo Instituto 18 de Marzo que se halla dispersa por todos los rumbos del país, en casi todas las poblaciones de cierta importancia se encuentra cuando menos un profesionista salido de la "Dieciocho".

Pasados algunos años, los salones de secundaria y preparatoria fueron insuficientes para acomodar a todos los alumnos que pasaban año y en 1968 se construyó otro Instituto 18 de Marzo al lado derecho del bulevar Alemán frente a la planta termoeléctrica. En la nueva escuela exclusivamente se impartieron clases de secundaria y preparatoria; a los pocos años, otra vez fueron insuficientes los salones para acomodar convenientemente a los numerosos alumnos que día a día aumentan, habiendo necesidad de construir el tercer Instituto 18 de Marzo ahora mucho más grande que los anteriores; se levantó en los terrenos donde estuvieron los talleres y la casa redonda de los ferrocarriles.

La antigua "Dieciocho" frente al parque Morelos es ahora a secas Escuela 18 de Marzo dedicada a la enseñanza elemental. El venerable plantel por descuido, se había venido deteriorando considerablemente al correr de los años; cuando llovía los techos se goteaban; las paredes sin pintar y con grandes cuarteaduras; a las ventanas les faltaba la mayoría de los vidrios; hasta que la sociedad de padres de familia se impuso una cuota de 125 pesos por alumno —solamente los que pudieron—, logrando reunir 100 mil pesos, y con aportaciones iguales del CAPFCE y del gobierno del estado, se logró la completa restauración. En 1977, por gestiones de un exalumno que ocupaba un puesto importante en el gobierno estatal, consiguió que el gobernador Mayagoitia autorizara la colocación de rejas alrededor de la parte del edificio donde están los salones de clases.

La segunda "Dieciocho" frente a la termoeléctrica se ha transformado en Centro Educativo Profesor José Santos

Valdés, donde se concluye la carrera de maestro porque ahí está la Escuela Normal Superior. Acuden numerosos jóvenes abocados a la noble tarea de enseñar.

El doctor Lisandro Ávila Carrillo publicó un artículo en el periódico local *La Época* el 17 de marzo de 1959 —del que hemos tomado datos de la Central—, en el que opina que el verdadero aniversario de la fundación de la 18 de Marzo, debe considerarse el 1º de septiembre de 1938 y no el 20 de mayo de 1940, porque en la primera fecha nació la escuela y la otra marcó el cambio a otro lugar, siendo una consecuencia de mejoramiento y que debe aceptarse es la misma escuela, ya que la Prevocacional 18 de Marzo desapareció al inaugurarse el Instituto.

2. *Don Catarino Herrera*

El maestro Catarino Herrera pertenecía al grupo de los grandes educadores duranguenses de aquella época. Cuando llegó a hacerse cargo de la dirección del Instituto 18 de Marzo, había recorrido una larga senda en la enseñanza y en una ocasión fue director de educación pública del estado de Durango.

Era un hombre delgado, de mediana estatura o más bien alto, ligeramente cargado de espaldas, sencillo, de trato comedido para las personas que le planteaban algún problema relacionado con sus hijos en la escuela, por lo que se hizo apreciar. Era recto en su proceder, nunca se doblegó ante el capricho de los políticos, de los que algunas veces fue víctima; los que lo trataron manifestaban que el maestro Herrera decía con tristeza que quizá nunca más regresaría a la ciudad de Durango, cansado de envidias y de intrigas cumplió su palabra.

Al dejar la dirección del Instituto, don Catarino permaneció algunos años en la ciudad, hasta que lo llamaron a Monterrey donde continuó su noble labor docente, hasta

su fallecimiento. Antes de ocurrir su muerte, el maestro Catarino Herrera cada año venía a Gómez a pasar algunos días, aprovechando para saludar a los numerosos amigos que tenía.

3. *Incendio del Baca Ortiz*

El incendio en el mercado Baca Ortiz se inició al oscurecer de un caluroso día de 1947. Decían que por varios lugares a la vez habían brotado de improviso grandes llamaradas que en pocos minutos convirtieron en cenizas varios pequeños comercios de diversa índole, habiendo el peligro que impulsado por el viento el fuego se comunicara a las tiendas de ropa situadas en la acera de enfrente. Afortunadamente, antes que el incendio se propagara en forma total, fue sofocado por el modesto cuerpo de bomberos de Torreón, con la ayuda de locatarios y numerosos voluntarios que acudieron; los vivales aprovecharon la confusión para llevarse lo que pudieron, al sacar las mercancías de los locales a la banqueta del mercado, para ponerla a salvo. Las altas paredes de ladrillos del también llamado parián se mantuvieron ephiestas, ennegrecidas por el humo en las partes donde tuvo lugar la quemazón.

En aquellos días el mercado ya no reunía las condiciones para ser considerado un buen centro de abastos, los ventarrones habían desprendido grandes tramos de lámina de sus altos techos; en el interior los puestos de frutas y verduras se protegían del sol y los aguaceros con costales de yute o petates sostenidos por pequeños postes de madera. En los días lluviosos, en la temporada de calor o en el duro invierno, es decir casi todo el tiempo, las visitas de las amas de casa al mercado les causaba muchas molestias por el estado en que se encontraba su interior, porque más bien parecía un tianguis de una ciudad perdida, que mercado.

Las autoridades municipales contando con el apoyo del

gobierno del estado de Durango, tenían el proyecto de deruir el viejo mercado y levantar en la misma manzana un edificio de dos pisos y en el centro una plaza al descubierto con una fuente y plantas; pedían las autoridades a los locatarios que mientras duraban las obras se instalaran provisionalmente en las calles adyacentes, pero a los comerciantes se les hacía imposible cambiar sus negocios al arroyo y se negaron a salir del mercado, valiéndose de mil pretextos para no hacerlo, y entonces se provocó el incendio. Se decía que ante la negativa de los locatarios, algunos funcionarios habían lanzado amenazas y como el siniestro comenzó por varios puntos al mismo tiempo, se sospechaba que había sido intencional. Efectivamente, pasados los años se supo que oficiales de salubridad y policías al cerrarse las puertas del mercado y apagarse las luces, colocaron vasijas con ciertos ácidos que al mezclarse totalmente lanzaron llamaradas, propagándose el fuego cuando ya los autores se habían alejado sigilosamente.

Fue reprobable lo que se hizo, sobre todo para los comerciantes que perdieron su modesto capital, pero si los locatarios hubiesen abandonado el local para que comenzara la construcción del nuevo nada había pasado. Porque primero estaba el derecho del pueblo de contar con un centro de abastos limpio, que los intereses de grupos. No tuvieron más remedio los comerciantes que acomodarse en los espacios de las calles vecinas, comenzando la demolición del viejo mercado Baca Ortiz, los trabajos se desarrollaron con lentitud y sin estar concluido por completo los comerciantes impacientes comenzaron a ocupar los locales que se iban terminando; esto sucedió en 1950, por consiguiente no fue posible terminar el mercado de acuerdo con el proyecto original y finalmente fue concluido en 1952, como está actualmente. Siendo presidente municipal el señor Roberto Fernández se inauguró oficialmente con el nombre de "José Ramón Valdés" en recuerdo del que fuera honesto gobernante del estado de Durango. El mercado, una vez termina-

do se aprecia sencillamente, quedó de un solo piso, con el viejo reloj funcionando normalmente.

4. *Unión de ganaderos*

El día 9 de abril de 1948, numerosos ganaderos laguneros y de la parte septentrional del estado de Durango, inauguraron las oficinas de la Unión Ganadera Regional del Norte de Durango, instaladas en la esquina de las calles Independencia y Allende, en un edificio de ladrillos rojos donde antaño estuvo el Banco de Nuevo León. Con el tiempo la agrupación lograría reunir en su seno a toda clase de ganaderos: tanto los estancieros que se dedican a criar ganado de engorda para los abastos en los pastizales del norte de Durango, así como a los estableros de la Comarca Lagunera, que forman la cuenca lechera más grande del país.

Con el transcurso de los años, la Unión Ganadera ha ido progresando; sus esfuerzos culminaron cuando lograron levantar sus propias instalaciones en una gran extensión de terreno, comprendido del bulevar Alemán hasta más acá de las vías férreas del antiguo Ferrocarril Central, eso por un lado, y del otro el espacio entre los tajos de Sacramento y Santacruz. El 12 de mayo de 1964, el presidente Adolfo López Mateos al descorrer el velo que cubría la placa alusiva, puso en servicio las dependencias de la poderosa sociedad ganadera.

Las oficinas emergen de la parte central del terreno —que está en una hondonada—, en un edificio de tres pisos quedando la planta baja a nivel inferior del bulevar. Un puente se extiende desde la orilla de la carretera hasta la puerta principal del propiamente primer piso, donde se encuentran las amplias oficinas; en la planta superior están las salas de juntas y conferencias.

A la derecha, a un lado del canal de Santacruz en la esquina está el laboratorio de patología animal, luego

siguen los pabellones destinados al ganado vacuno. Por el otro lado, más acá del tajo de Sacramento se localizan: el expendio de carnes para ventas al público y los pabellones destinados a ganado menor, carneros y chivos. Por último, en la parte central, están las caballerizas y las casas de los vigilantes. Todas estas construcciones dan marco a un gran cuadro sembrado de pasto, con un estanque de agua al centro donde nadan gansos y patos. Las funcionales instalaciones sirven periódicamente para celebrar exhibiciones, subastas y ventas directas de toda clase de ganado.

La Unión Ganadera controla las ventas de ganado de exportación a los Estados Unidos de parte de sus agremiados; cuenta con personal médico de planta que examina los animales y sólo así se entregan los certificados de exportación.

Pertenecen a la Unión, los ganaderos de los municipios de Gómez Palacio, Lerdo, Tlahualilo, Mapimí, San Pedro del Gallo, Villa Hidalgo, Indé, Villa Ocampo, Santa María del Oro, San Bernardo y Guanaceví del estado de Durango, y Torreón, Matamoros y San Pedro de las Colonias, de Coahuila.

5. *Hermandad de El Colibrí*

El 1º de enero de 1949, a iniciativa del entonces presidente municipal Arturo Jacques, se celebró la primera comida de la amistad de la agrupación que después se conoció como de El Colibrí. La reunión se celebró en uno de los salones del cabildo, asistiendo alrededor de 114 personas, la mayoría perteneciente a la clase media. Estas comidas de la amistad se efectuaron por espacio de 10 años y la invitación venía de parte de los alcaldes, celebrándose durante los periodos siguientes: de Arturo Jacques, Roberto Fernández, licenciado Genaro R. Mijares, Dagoberto Aguilera y doctor Francisco Galindo Chávez.

El objeto de estas reuniones era compartir cada año el pan y la sal con los amigos, estrechando cada vez más los lazos de la amistad; habían aprobado normas de conducta entre sí, como ayudarse en las circunstancias difíciles y portarse bien todo el tiempo con sus compañeros. El generoso acto de las juntas de El Colibrí servía como remanso y desahogo de las inquietudes de aquel grupo de hombres, donde se olvidaban los malos entendidos tan frecuentes en el ámbito reducido de la provincia.

El doctor Francisco Hernández Barrena entusiasta como el que más, era el conductor del orden del día en las juntas, buen orador, se encontraba en su elemento; haciendo gala de su buen decir explicaba la bondad de la verdadera amistad y a veces declamaba versos que trataban el mismo tema, finalmente el galeno hacía que los que estaban distanciados por algún motivo hicieran las paces, sellando, con un abrazo la reconciliación.

Con el tiempo, el número de los asistentes fue aumentando, ya concurrían comerciantes, agricultores, industriales, así como personas de recursos modestos. Los gastos que originaban las comidas eran prorrateados entre los asistentes y normalmente se efectuaban al día siguiente de la toma de protesta de los alcaldes señalados antes, cuando fueron electos.

Lástima grande que no hayan continuado celebrándose esas juntas anuales de la comida de la amistad, que serían de bastante utilidad para los recién electos alcaldes, porque siempre contarían con elementos valiosos, desinteresados, que en un momento dado podrían integrarse en una especie de juntas de colaboración.

6. *Presidentes municipales*

1940 Pedro García P.

1941 Pompeyo Velázquez

- 1942 José Mauro Aguado
- 1943 Miguel Carrillo
- 1944 Carlos Silva
- 1945 J. Guadalupe Bernal
- 1946 Alberto Ayala
- 1947 Lic. Fernando Verver
- 1948 Alonso Valdés
- 1949 Arturo Jacques

En medio de la desaprobación general, fue impuesto alcalde en el periodo de 1940 el litigante Pedro García P., que vivía en Torreón y por las críticas desatadas tuvo que cambiar su residencia a Gómez. Llegó con entusiasmo de mejor causa, barriendo con lo que encontraba. Decían que entre otras cosas, había ordenado recoger las cruces de madera del panteón municipal que estuvieran deterioradas por el paso de los años e inclemencias del tiempo, para venderlas a las ladrilleras como combustible de los hornos; quizá no haya sido cierto, pero el pueblo no lo quería porque no era uno de los suyos, haciendo tanta presión en contra de su administración que al fin fue removido, nombrándose en su lugar al camionero Pompeyo Velázquez.

Por el año de 1945, era alcalde don Lupe Bernal que había tenido una botica frente al mercado. Por esos días había aparecido en los periódicos en la sección de "Aunque usted no lo crea" de Ripley una alusión al desorbitante número de tabernas que existían en la ciudad —aún hay muchas—, y don Lupe se propuso disminuirlas, comenzó clausurando algunas pero no pudo terminar su benéfica tarea, porque se lanzó como candidato a diputado federal resultando electo.

Para las elecciones municipales del periodo 1947-1948 ardió Troya, cuando el pueblo se opuso a la candidatura del licenciado Fernando Verver que mandaron de Durango. Todas las noches, desde un local situado frente a la plaza de armas se efectuaban tormentosos mítines contra el candi-

dato fuereño; Guillermo V. Zamudio, Miguel González Cantú y el ferrocarrilero Rodolfo Villanueva, oradores de fácil palabra, atacaban despiadadamente al candidato de la imposición, pero todo resultó inútil, le dieron el triunfo al profesionista duranguense a pesar de haber sido derrotado claramente en las elecciones. A los pocos meses falleció el licenciado Verver, contaban que había muerto por los corajes que le hicieron pasar sus adversarios en la campaña. El regidor Alonso Valdés fue designado alcalde en sustitución del abogado.

CAPÍTULO VII

[1950-1959]

I. Arena Olímpica

Los hermanos Emilio y Gilberto Dipp, propietarios de un solar en la esquina de las calles Ocampo y Mina, decidieron construir en ese lugar un pequeño local al aire libre para celebrar peleas de box, luchas y otros espectáculos.

El 20 de octubre de 1952 se inauguró el local con el nombre de Arena Olímpica. Es un cómodo escenario con cupo para 2 mil 500 espectadores perfectamente sentados, donde se aprecian las peleas desde cualquier parte debido a lo reducido de la arena.

Cuatro días a la semana se celebraban espectáculos: los martes, lucha libre; miércoles, funciones teatrales llamadas noches de buen humor; jueves, boxeo entre profesionales y los viernes tenían lugar los encuentros del torneo de pugilato entre aficionados.

Quizá sin proponérselo los hermanos Dipp, consiguieron que se despertara el entusiasmo de los aficionados regionales por el box, viviendo la Comarca Lagunera la segunda época de oro del espectáculo, desde los lejanos tiempos de El Pellín Rodríguez y de El Cargador Vicente Aguilar, no se había visto tanto entusiasmo.

Emilio Dipp y en otras ocasiones Fernando Hernández, mejor conocido como El Zapatero, eran los promotores encargados de montar las peleas. Por esos días llegó a la comarca un joven llamado José Becerra, venía de su natal Guadalajara y hacía sus pininos en el box, ayudado por el aficionado Jorge Trigo quien lo entrenó como era debido y bien aleccionado, Becerra se presentó con éxito en la Arena Olímpica, continuó obteniendo triunfos y seguro de sí mismo, se fue en busca de nuevos horizontes llegando con el tiempo a conquistar la corona de los gallos. Años más tarde, llegaría el entonces desconocido Rubén Olivares enviado por su apoderado Cuyo Hernández, para que se fogueara con los buenos peleadores laguneros que comenzaban a sobresalir en la Olímpica y, en esa forma, Olivares tuvo su primer pleito profesional importante, después de sostener otras peleas siempre triunfando arrancó su interesante y accidentada carrera.

Otro peleador que se distinguió —impulsado por los Dipp— fue el alto y espigado Germán Ohm, descendiente de un señor de origen alemán vecindado en Lerdo. Germán sostuvo varias peleas en la Arena Olímpica desde sus inicios como boxeador; en sus mejores días se fue para Los Ángeles siguiendo su carrera victoriosa, al término de ésta, se quedó en la ciudad californiana donde reside hasta la fecha.

En las noches de funciones de la Olímpica, las calles aledañas se llenaban de automóviles de centenares de aficionados y la pequeña arena se llenaba a reventar, especialmente cuando se presentaban Baby Vázquez y el Toluco López a enfrentarse con los peleadores locales.

Los torneos constantes de peleas de aficionados, pronto dieron el resultado esperado cuando en gran número de buenos elementos surgieron de esos eventos, haciéndose boxeadores profesionales Germán Ohm, César Saavedra, Boby Cervantes, Gregorio Flores, Claudio Adame y Calucas Ríos.

En cuanto a las funciones de lucha libre, sabido es cómo les gusta a ciertos sectores del pueblo ese espectáculo, que aun sospechando que las peleas sean arregladas o simuladas, de todos modos se divierten y concurren grandes cantidades; la Arena Olímpica no era una excepción. Los miércoles se celebraban las noches de buen humor, se presentaban cantantes y había concursos de aficionados; por aquel tiempo salía al mercado el brandy Mogavi de la Vinícola del Vergel y la compañía para hacerse propaganda patrocinaba funciones y algunas veces actuaba la caravana artística de la Cervecería Modelo, que recorría el país periódicamente.

Después de divertir al pueblo por espacio de 20 años, la Arena Olímpica por maniobras de los políticos en el poder cerró sus puertas, permaneciendo así durante cuatro años. Desaparecidos de la escena los autores del cierre, la Olímpica ha vuelto a presentar funciones, aumentó su cupo a 3 mil espectadores, y nuevamente los aficionados de diversos gustos se han volcado sobre la pequeña arena.

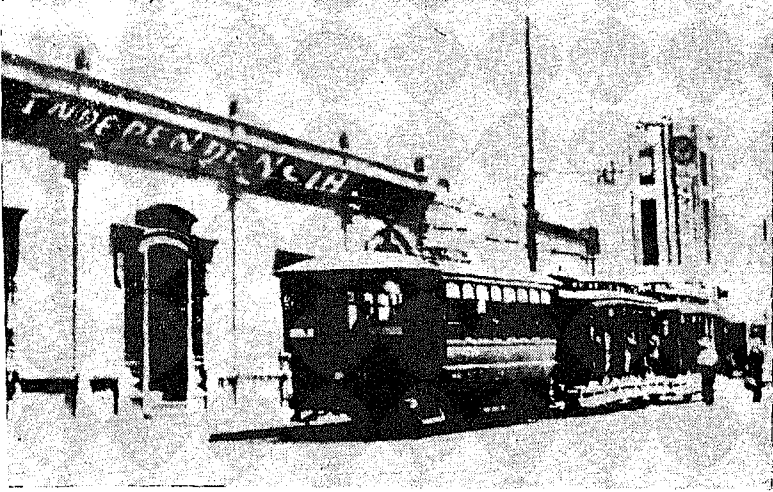
2. *El último tranvía*

A las doce horas del 3 de marzo de 1953, manejado por el motorista Alfredo Chacón Valencia salió de la terminal de Torreón el último tranvía suburbano para rendir en Gómez Palacio, y ya nunca más volverían a circular. Tiempo antes habían suspendido las corridas de tres carros, solamente seguían en servicio unos cuantos tranvías que les decían los rápidos. Al día siguiente que los coches eléctricos dejaron de correr, empezaron a prestar servicio 14 autobuses chatos comprados de segunda mano en la ciudad de Chicago y que fueron pintados de color rojo. Esos viejos camiones apenas si duraron en actividad seis meses, al cabo de los cuales fueron a parar a los montones de chatarra, a los deshuesaderos de autos llamados yonquis por los pochos.

La Sociedad Cooperativa de Autotransportes del Nazas —que fue el nombre nuevo de la agrupación—, debido al fracaso de los camiones chatos, estuvo en malas condiciones económicas durante cerca de ocho años, tiempo en que fue suspendido el servicio por no contar con ninguna unidad. Fue hasta 1961, cuando el nuevo presidente del consejo de administración de la cooperativa Sixto Segovia lleno de entusiasmo logró reanudar el servicio con una flotilla de autobuses nuevos, enderezándose las cosas en la sociedad que hábilmente manejada por Segovia continuaba progresando. Desgraciadamente las pugnas intergremiales y los malos manejos han orillado a la cooperativa casi a la quiebra. Ojalá las cosas se compongan.

Para poder cumplir los compromisos que tenía y los que adquirió con la desafortunada compra de los autobuses chatos, la cooperativa de los tranviarios había vendido coches, plataformas, rieles, postes de hierro, cables, en fin todo lo que pudiera serle útil a la empresa Laminadora del Valle de la ciudad México, que todo lo compró como chatarra; decían que algunos tranvías fueron destruidos a punta de golpes de marro. El puente de arcos metálicos fue vendido a Bienes Nacionales y trasladado a un pueblo del estado de Jalisco, donde fue colocado sobre un río cercano.

Cuando los vecinos se dieron cuenta del desmantelamiento de las instalaciones y de la destrucción de los tranvías, reaccionaron violentamente, censurando a la cooperativa por no haber sabido conservar el servicio. Y, era que a la mayor parte de la gente especialmente a los ancianos, se les hacía imposible que ya no circularan los cómodos trenes, desde niños había sido su único transporte para trasladarse a las poblaciones vecinas; si bien es cierto que los viajes se hacían lentamente, se compensaba con la seguridad y la comodidad, además para el ritmo de vida de la provincia, donde no hay largas distancias para ir de un lugar a otro, no hay necesidad de andar a la carrera.



Los tranvías eléctricos dejaron de circular.

Desde luego que los tranvías tienen su ventaja sobre los autobuses, los motores eléctricos duran más que los de combustión interna, no producen smog ni hacen tanto ruido, las ruedas de acero duran más que las llantas y nunca se ponchan, aseguran que las ruedas dan servicio en buen estado más de 30 años. Los accidentes eran raros, allá de cuando en cuando una corrida se salía de los rieles sin ninguna consecuencia, pero lo más importante fue que el transporte era masivo, una sola corrida compuesta por tres carros llevaba más de 200 pasajeros cómodamente sentados. Las molestias que causaban al cruzar las calles eran mínimas comparadas con tantas ventajas; tan es así que en varias partes del mundo han vuelto a usarse los trenes eléctricos para movilizar grandes multitudes del centro a la periferia; luego están los trenes subterráneos llamados metros que son de enorme utilidad en las congestionadas urbes.

3. *El sepelio*

En la ciudad de México a la edad de 66 años, dejó de existir el gran revolucionario Jesús Agustín Castro, el antiguo inspector de los tranvías que el 20 de noviembre de 1910, encabezara el pequeño grupo de luchadores laguneros que se levantaron en armas ese día contra la dictadura porfirista. El general Castro murió con sencillez como siempre había vivido. Antes de su muerte, pidió a sus familiares que al llegar el fatal desenlace sus restos fueran enterrados en el viejo cementerio de Gómez Palacio, en la pequeña población donde pasó sus años juveniles, de conspirador en ciernes y después capitán de la gran epopeya.

Serían las dos de la madrugada de un día de abril de 1925, cuando los restos del revolucionario llegaron a la estación de los ferrocarriles, venían en un convoy especial escoltado por soldados del ejército nacional. A pesar de la hora de la llegada —cuando todo mundo estaba en reposo— numerosos vecinos estuvieron presentes en el andén al arribo del tren. Al iniciarse el desfile luctuoso llevando el cuerpo del general Castro en un armón de artillería tirado por caballos, las tristes notas de las cornetas militares tocando a silencio despertaron a la población y las antes desiertas calles provincianas se llenaron de gente, ocupando las aceras por donde marchaba el cortejo fúnebre hasta llegar a la calle Rayón, a la casa familiar donde se instaló la capilla ardiente, desde esa hora el pueblo comenzó a desfilar ante el cadáver del revolucionario.

Este hecho es de hacerse notar, porque en un principio Jesús Agustín Castro a pesar de reconocerse sus méritos como revolucionario, no era bien querido por la gente que no le perdonaba haber luchado contra Francisco Villa aliándose al carrancismo; pero había sucedido que don Jesús Agustín nunca perteneció a la División del Norte, siempre formó parte de las fuerzas adictas a Venustiano Carranza,

su radio de acción quedó lejos del villismo y ahí se encontraba en la hora del rompimiento de las dos facciones.

Jesús Agustín Castro le fue fiel a don Venus hasta el trágico día que lo asesinaron en Tlaxcalantongo, y así como nunca fue villista tampoco puede considerársele partidario de Obregón y Calles. Antes al contrario se opuso en el senado a la reelección del Manco de Celaya. Algunos compañeros del levantamiento de 1910 eran generales villistas y le tenían cierto resentimiento, los más rencorosos habían desaparecido de este mundo, otros comprendieron las circunstancias y al fin revolucionarios todo quedó olvidado; por eso los pocos caudillos villistas que aún vivían en la región asistieron a los homenajes finales.

Al día siguiente fue el sepelio, desde temprano las aceras de las calles por donde iba a pasar el cortejo fúnebre fueron insuficientes para dar acomodo a tanta gente que acudió a presenciar el postrer viaje del general Castro. Rompían la marcha las bandas militares de guerra con tambores y clarines adornados con moños negros, seguían después las bandas escolares, luego el féretro con los restos colocados sobre el armón que rodaba al paso lento de los animales y atrás en forma simbólica el caballo favorito del general, que era un brioso corcel propiedad de un particular, conducido de la brida por el caporal Juan Ávalos, enseguida marchaba el batallón que venía desde la capital acompañando al cadáver; autoridades civiles y militares junto con los familiares y, finalmente el pueblo ocupando lo ancho del arroyo, en larga y doliente caravana.

Por muchos años, la casa donde vivió el general Castro fue el cuartel del destacamento militar, de donde salían las pipas manejadas por soldados que llevaban agua a los poblados lejanos del Bolsón de Mapimí.

4. *La Cruz Roja*

Los días pasaban sin pena ni gloria en aquel año de 1954. De pronto en las calles tranquilas de la población, comenzaron a circular dos camionetas que se desplazaban a regular velocidad, llamando la atención porque en una de las polveras delanteras iba sentado un joven gritando que dejaran libre el paso o bien haciendo sonar un silbato, como los que usan los agentes de tránsito. Esas camionetas eran las "ambulancias" que comenzaban a prestar servicio, recogiendo heridos y enfermos para llevarlos al puesto de primeros auxilios que la Cruz Roja Mexicana había abierto, en beneficio de la comunidad.

Algunos ciudadanos se reunieron para formar el patronato que se encargara de organizar la delegación local de la noble institución, esto sucedió en abril de 1954. En la mencionada junta, el comerciante Manuel Valerio recibió nombramiento de presidente del patronato y desde luego se dieron los pasos iniciales para establecer la delegación. Alquilaron una casa por la calle Morelos frente a las escuelas; al no contar con vehículos apropiados para el traslado de pacientes, se vieron en la necesidad de utilizar una camioneta del señor Valerio y otra del agricultor Fermín Pico. Varios aseguraban que la primera ambulancia que tuvo la Cruz Roja fue una carroza fúnebre que prestó la agencia funeraria Mesta; según las versiones la mencionada carroza estaba pintada de color negro cuando llevaba muertos al panteón, cuando se dedicó a acarrear enfermos la pintaron de blanco para no impresionar tanto a los pacientes.

Siendo presidente del patronato de la Cruz Roja el licenciado Antonio Alanís Ramírez, el 6 de mayo de 1965 fueron inauguradas las nuevas dependencias de la institución, construidas en un terreno donado por el agricultor Félix López Lamberta, situado a un lado del hospital mu-

nicipal en la colonia Bellavista. Las dependencias de la delegación son de construcción sencilla y moderna, se levantan en una explanada y presentan buena impresión a pesar de su modestia, ellas son: oficinas administrativas, salas de curación y consulta, control de servicio y cocheras donde se guardan las ambulancias.

Los servicios que proporciona la Cruz Roja local, abarcan una amplia zona, los municipios laguneros del estado de Durango y por distintos rumbos prestan servicio hasta Cuencamé, Ceballos y La Zarca.

5. *Explosión de Guayuleras*

Al caer la tarde del 23 de septiembre de 1955, llegaban procedentes de Dinamita dos camiones cargados de explosivos en tránsito rumbo al sur y se estacionaron a poca distancia del cruce de la carretera con la vía férrea conocido como el crucero de Guayuleras. Los camiones pararon ahí por estar prohibido que camiones con materias inflamables crucen por las calles de las poblaciones durante el día, lo pueden hacer en altas horas de la noche para que en caso de accidentes causen menos estragos en las calles solitarias. Los choferes de esos camiones, tranquilamente se dirigieron al centro de la ciudad a cenar en alguno de los restaurantes mientras llegaba la hora de proseguir el viaje; decían que al cuidado de los vehículos había quedado un joven machetero, pero no se confirmó plenamente.

Desgraciadamente, al poco rato llegaba al mencionado crucero el tren de pasajeros llamado El Pollero que venía de Chihuahua con destino a la capital de la República, sería por la trepidación del pesado convoy o por algunas chispas desprendidas del fogón de la locomotora, el caso es que la peligrosa carga con todo y camiones explotó violentamente, volando en mil pedazos por los aires, escuchándose un terrorífico estruendo que sacudió la tierra varios cente-

nares de metros a la redonda. Al impacto, el tren se descarriló y el ténider de la máquina quedó semienterrado a poca distancia del lugar del accidente, varios coches de pasajeros se salieron de la vía volcándose por completo causando numerosos muertos y heridos entre los viajeros; del maquinista Carlos Saucedo y su fogonero fue imposible localizar sus restos porque casi se volatilizaron, únicamente se encontró una pieza dental que se identificó pertenecía a Saucedo. En cuanto a los choferes de los camiones se ignoraron con certeza sus nombres, después de la explosión se volvieron ojo de hormiga desapareciendo de la región.

El impacto fue tremendo, al momento de la explosión se levantó al firmamento una enorme llamarada y un viento cálido se sintió en la población, rompiendo las vidrieras de las ventanas de muchas casas, en la distante ferretera de don Antonio Montemayor se estrellaron los cristales de los aparadores y algunos se rompieron, esto da idea de la fuerza del impacto porque la ferretería se encuentra lejos del lugar donde sucedió el desastre. Frente al trágico crucero, a distancia, en los campos de labranza, un mayordomo a caballo supervisaba los cultivos en el momento de la explosión y la fuerza del viento lo lanzó junto con el animal contra un árbol solitario, estrellándose, quedando colgados de las ramas restos sanguinolentos de jinete y cabalgadura. Más lejos en el confín del sembradío, una rueda de la locomotora cayó sobre una choza de adobes y techos de carrizo, causando la muerte de una anciana y un niño.

El lugar del desastre presentaba un aspecto desolador, regados por doquier cuerpos y partes humanas, escuchándose los ayes de dolor de los heridos; las pocas ambulancias de la Cruz Roja que entonces existían en las ciudades laguneras, no fueron suficientes para llevar al hospital municipal a todos los heridos, por lo que varios particulares a bordo de sus camionetas o automóviles llevaron el resto. Eran tan numerosos que en pocos minutos llenaron las salas y pasillos del hospital. Las escenas de dolor se repetían

cuando alguien encontraba algún familiar herido o muerto, que venía en el fatídico convoy.

Nunca se supo con certeza la cantidad de muertos que causó la explosión de Guayuleras, algunas personas calculaban que habían pasado de 50, pero no hubo confirmación posible y es que muchos cuerpos se desintegraron quedando los restos regados en todas direcciones; los heridos fueron considerables. Pasados algunos días de la hecatombe, llegó gente de otras partes a la ciudad, preguntando por fulano o zutano que si no lo habían visto o bien en caso de que hubiera fallecido, que si lo habían identificado, porque nada sabían de él o de ella, habían abordado el tren en la estación equis y no habían llegado a su destino; tanto las autoridades como el personal del hospital les explicaban a los atribulados familiares lo imposible que era dar razón de quienes en realidad murieron, algunos cuerpos no traían ningún papel y respecto a los heridos, muchos habían sanado abandonando la población.

6. *Se amplía el periodo municipal*

A partir de 1950 se modificó la ley electoral en el estado de Durango, en el sentido de que en los periodos sucesivos de los ayuntamientos con el presidente municipal al frente, desempeñaran su gestión administrativa por espacio de 3 años. Fue una buena medida, porque eso de estar cambiando cada año la mitad de los regidores que componían el ayuntamiento, acarreaba problemas porque algunas veces se emprendían obras en beneficio del pueblo y debido al poco tiempo que disponían no lograban terminarlas y los nuevos funcionarios no ponían interés en concluir las porque el mérito de la mejora era para la pasada administración.

Enseguida señalamos los alcaldes electos dentro de la nueva modificación en esa década:

1950-1953 Roberto Fernández
1953-1956 Lic. Genaro R. Mijares
Dagoberto Aguilera
1956-1959 Dr. Francisco Galindo Chávez

Con beneplácito de la comunidad —quizá para siempre— volvieron otra vez a ocupar la presidencia municipal, personas radicadas en la ciudad.

Durante la gestión del señor Roberto Fernández, se instaló el alumbrado de lámparas alargadas que continúan en servicio en el tramo sur de la avenida Hidalgo, se colocaron sencillos arbotantes de una sola lámpara en el parque Morelos y como ya se ha dicho se terminaron las obras del nuevo mercado.

Por motivos de salud, el licenciado Genaro R. Mijares al poco tiempo de hacerse cargo de la presidencia municipal renunció. El ayuntamiento nombró en su lugar al señor Dagoberto Aguilera y durante su gobierno se colocó el alumbrado en el sur de la calle Victoria similar al que se había puesto en la Hidalgo.

CAPÍTULO VIII

[1960-1969]

1. *Buen gobernante*

Sin lugar a dudas, que el licenciado Francisco González de la Vega ha sido uno de los mejores gobernadores que ha tenido el sufrido estado de Durango, que como maldición le ha tocado padecer los peores.

Particularmente para Gómez Palacio, resultó benéfica la actuación del maestro universitario y penalista duranguense al frente del gobierno del estado, que se inició en 1960. Se decía que en los años que residió en la Comarca Lagunera el licenciado González de la Vega, en una ocasión ocupó el puesto de secretario de un ayuntamiento local y que, posiblemente entonces, se había dado cuenta de los problemas que la ciudad tenía para su desarrollo, por lo que al llegar a la gubernatura trató de resolverlos. Sea como haya sucedido, el caso es que Gómez en aquel entonces recibió un fuerte impulso y ha continuado progresando.

Principió el licenciado González de la Vega por crear un Consejo de Planeación Municipal para que de inmediato realizara los estudios necesarios para el trazo de un parque industrial. Localizado el terreno dieron comienzo las obras

abriendo calles pavimentadas con todos los servicios, logrando que Petróleos Mexicanos levantara tanques de almacenamiento y demás instalaciones para guardar sus diferentes productos que le sirven para satisfacer las necesidades de la zona norte del centro del país. Asimismo consiguieron que la Comisión Federal de Electricidad estableciera sus oficinas generales de la División Norte, construyendo para el efecto un moderno edificio al lado de la planta termoeléctrica, que ya estaba funcionando desde tiempo atrás. Finalmente lograron que Almacenes Nacionales de Depósito construyera bodegas y patios donde deposita toneladas de granos. Con este halagador principio, numerosos industriales comenzaron a levantar factorías en los extensos terrenos del parque industrial, ya mencionado.

Paulatinamente, los resultados de la creación de la zona industrial se fueron viendo y así en 1972 se invirtieron alrededor de 55 millones de pesos, prestados por bancos y financieras para tal fin, siendo la inversión hecha ese año superior a la que se hizo en cualquier otra ciudad del país. En 1975 una revista patronal de la capital de la República, en uno de sus artículos hacía saber que la ciudad de Gómez Palacio sola, generaba el 54 por ciento de los impuestos de todo el estado de Durango. Estos hechos demuestran que el maestro González de la Vega había planeado bien el desarrollo en beneficio de todos.

Otros beneficios recibidos de parte de las autoridades estatales de aquel periodo fue el establecimiento de la agencia de la Nacional Financiera y una sucursal del Nacional Monte de Piedad, desgraciadamente no funcionaron como se esperaba y fueron cambiados a Torreón. La vieja escuela de adobes número 1 para niños que después se llamó Bruno Martínez fue demolida y en su lugar se levantó un edificio de tres plantas bien presentado que fue inaugurado por el gobernador González de la Vega el 3 de julio de 1965 y por último en ese mismo año se ponía en servicio

una sala de operaciones construida a un lado del hospital municipal, con su instrumental quirúrgico necesario.

Fue tan notable el impulso recibido en ese periodo, que los laguneros comentaban que era porque Durango tenía dos gobernadores, el titular y el de Coahuila, que nada hizo para evitar el cambio de las dependencias federales —ya aludidas— de Torreón al parque industrial de Gómez.

2. *Nuevo alumbrado público*

Cuando fue presidente municipal el agricultor José María Pámanes en el periodo de 1959 a 1962, se llevaron a cabo las obras del nuevo alumbrado público que abarcaron las calles pavimentadas que no tenían arbotantes. Dichas obras, como es usual, fueron pagadas por los propietarios de casas, a tanto el metro lineal de las calles donde se colocó el alumbrado. Para manejar los fondos recaudados para este fin se nombró un comité o junta municipal, que se encargara de manejar el monto de los impuestos y de hacer los pagos correspondientes al contratista.

El alumbrado se instaló colocando dos arbotantes en una acera, uno en cada esquina, y otro en medio de la cuadra de enfrente, en la siguiente acera de la misma manera, pero colocados los arbotantes en sentido inverso y así sucesivamente, hasta quedar todas las calles pavimentadas con el nuevo sistema de alumbrado que indudablemente daría mejor aspecto nocturno a la ciudad.

Pero como sucede siempre en los casos en que se maneja dinero, comenzaron las habladurías, que las cosas no caminaban como era debido en el seno de la junta municipal. Decían que el tesorero de dicha junta, recibía pagos del impuesto en la calle extendiendo recibos en un papel cualquiera o en el reverso de cajetillas de cigarros vacías; otros aseguraban que esos comprobantes de pago provisionales eran canjeados por recibos oficiales en la oficina recauda-

dora y por lo tanto, los hechos, aunque irregulares, no tenían mayor trascendencia.

Los rumores cesaron al darse cuenta que se colocaban todos los arbotantes planeados, pero al ponerse en servicio el alumbrado, se vio que las lámparas arrojaban una luz macilenta, los focos se fundían con frecuencia y los cables conductores de energía se quemaban seguido y en lo general se vio que los trabajos fueron hechos con materiales de mala calidad.

Los contribuyentes y con ellos los vecinos se preguntaban dónde estuvo la falla, si las obras se ajustaron y fueron hechas con materiales económicos, o bien el contratista lo hizo deliberadamente para obtener más ganancia. Una vez más los causantes se sintieron defraudados y como siempre sucede en esos casos, nada se aclara y todo se va olvidando. Las autoridades municipales se lavaron las manos en el asunto del alumbrado, porque para eso se había integrado la junta, para que vigilara la buena marcha de las obras. Por las noches hay tramos de calles a oscuras, porque no ha sido posible cambiar las instalaciones defectuosas del alumbrado hechas en el periodo del alcalde José María Pámanes.

3. *Seguro Social*

Atrás del cerro de La Cruz, en una área de varios miles de metros cuadrados, situados a poca distancia de la falda del mencionado cerro hasta el bulevar Alemán por un lado, y la calzada Jesús Agustín Castro y unos terrenos baldíos por el otro, se localizan las dependencias y campos deportivos del IMSS, que fueron puestos a funcionar por el presidente Adolfo López Mateos el 22 de octubre de 1964.

El Seguro Social local cuenta con salas de consulta, clínica, Centro de Seguridad Social para el Bienestar Familiar, Club Juvenil y zona deportiva. Numerosos médicos

familiares y especialistas atienden a los derechohabientes de los municipios de Gómez Palacio y Lerdo. Las salas de espera se ven concurridas de pacientes que aguardan turno para consultar a los doctores.

Los salones del departamento de Bienestar Familiar son invadidos por personas de ambos sexos, de todas edades y condición social, predominando los humildes; esa afluencia de gente asiste a clases diversas, la mayoría de carácter cultural, como aprender a tocar la guitarra y otros instrumentos, canto, baile y actuación; los alumnos han presentado cortas obras de teatro, bailables y coros. En otras aulas se imparten clases de cerámica, dibujo y pintura; costura, bordado y cocina. Pero sin duda lo más importante que se ha hecho en materia educativa, son las clases nocturnas para las personas que no terminaron su instrucción primaria, en el Centro la completan y al terminar el curso reciben su certificado correspondiente.

EL CSSBF cuenta con salones de clases, biblioteca y sala de lectura a cargo de la poetisa Adelita Ayala, aula audiovisual, cafetería, cineclub y salones para juntas. Más de 3 mil alumnos concurren a las diferentes clases en su gran mayoría mujeres. Los hombres predominan en la práctica de los deportes.

La dirección del Centro, se preocupa por el mejoramiento físico de niños y jóvenes de la población, por lo tanto los deportes tienen preferente acogida. Cuenta con un campo de beisbol, donde por las tardes equipos infantiles o de jóvenes, practican el deporte norteamericano. Hay también dos canchas de basquetbol, dos de volibol y una amplia alberca rodeada de árboles; en esos campos deportivos se ven los instructores, afanosos, impartiendo orientaciones para el mejor desempeño deportivo. Por las tardes, innumerables y pequeños atletas acuden a practicar su pasatiempo favorito.

Al frente de las dependencias del IMSS por el lado de la calzada Jesús Agustín Castro, se ubican los estaciona-

mientos para los autos del personal y de los visitantes. Al lado derecho y hasta cerca de la falda del cerro de La Cruz, se extienden campos y canchas deportivas, ocupando también un trecho de la parte de atrás. Mirando al bulevar Alemán, se construyeron varias explanadas, en una de ellas —que cuenta con dos reflectores colocados en postes metálicos que iluminan por las noches el área— tienen lugar los festivales en los que toman parte los alumnos, ya sean danzas folclóricas, pequeños sainetes, canciones y conciertos de guitarra.

Más allá de las explanadas, en una plazoleta cercana a la banquetta del bulevar, se alza la estatua del héroe duranguense y primer presidente de la República: general Guadalupe Victoria.

4. Problema de la zona norte

La población estaba creciendo poco a poco, ya en 1965 se había extendido más aprisa por el norte. Antiguamente la traza de la ciudad hacia ese rumbo terminaba en la calle González Ortega y se veían casas aisladas por la orilla del tajo de San Antonio, pero en el año señalado antes, las manzanas de las fincas se alineaban más allá del canal.

Las autoridades municipales de entonces, encabezadas por el alcalde Ramón González Martínez convocaron a una junta a los propietarios de las casas ubicadas en la llamada zona norte cuyas calles no estaban pavimentadas; esa zona estaba comprendida entre las calles Mina y Francisco I. Madero por un lado, y las de Galeana y Francisco Sarabia por el otro. El objeto de la reunión era ver si los dueños de las fincas estaban de acuerdo en pagar los gastos que originara la pavimentación de la zona norte y ellos estuvieron de acuerdo en hacerlo mediante un impuesto especial. En esas obras no se incluía el drenaje, porque ya muchos vecinos contaban con ese servicio, de su peculio lo

habían hecho conectándolo de la red principal más cercana, y en lo sucesivo las personas que lo quisieran tendrían que hacerlo en la misma forma.

Desde luego el impuesto se comenzó a pagar, después de algún tiempo se iniciaron los trabajos de pavimentación los que se ejecutaban lentamente, hasta llegar el momento —cuando ya gran parte del impuesto se había cubierto— de suspenderse por falta de fondos. Unos tramos de calles recibieron el primer baño de chapopote, otros únicamente la base de piedra y otros nomás se emparejaron apisonándose la tierra, quedando las obras sin terminarse por espacio de varios años. Presentaban las arterias de la mencionada zona un aspecto desolador, montones de tierra y materiales regados por todas partes, causando las molestias naturales entre el vecindario.

Los causantes de la zona norte, buena parte de escasos recursos económicos, protestaron ante las autoridades municipales la falta de cumplimiento de las obras de pavimentación, casi pagadas totalmente. Todo fue en vano, no había dinero, las arcas estaban vacías —aseguraban algunos— porque los fondos recaudados fueron prestados al gobierno del estado de Durango para cubrir algunos gastos importantes de la administración anterior, entre ellos cantidades que habían quedado pendientes de pago del costo de la reconstrucción de la escuela Bruno Martínez. El caso fue que nunca se pagó el adeudo, si es que existió, y esa fue la causa que no se haya concluido la pavimentación de la zona norte.

Afortunadamente, con buen sentido de justicia a pesar de haber transcurrido casi diez años, el señor Carlos Herrera Araluce cuando ocupó la presidencia municipal durante el periodo 1974-1977, reconoció los pagos hechos por los contribuyentes de la zona norte —previa justificación con los comprobantes respectivos— y en forma económica se han continuado los trabajos de pavimentación. Los vecinos que adeudan cantidades del impuesto o que no han efec-

tuado ningún pago, continuarán pagando; por su parte el municipio aportará lo faltante para cubrir el importe total de las obras.

5. *Inundación del 68*

Desde hace muchísimos años, tantos que nadie sabe, el río Nazas arrastraba grandes volúmenes de agua en los meses lluviosos. Las aguas ricas en limo, al desparramarse en las tierras de labranza, las fertilizaba. En la era moderna, el Nazas recibió el nombre de Nilo Lagunero, sus crecientes anuales, aunque causaban muchos destrozos al desbordarse, eran ampliamente compensados por los beneficios que acarreaba. Esas crecientes, a veces eran catastróficas como la de 1917 que se desplazó a 4 mil metros cúbicos de agua por segundo y que ha sido la más grande que se ha visto en el presente siglo.

El río Nazas lleva ese nombre, porque antiguamente sus pobladores ribereños pescaban utilizando cestas de mimbre llamadas nasas, cuenta la leyenda que era tan grande la cantidad de gente que se veía pescando en sus aguas, que era conocido como el río de Las Nasas.

Antes de la construcción de la presa de El Palmito, los afluentes del Nazas eran el río Ramos que nace en la Sierra Madre Occidental cerca de Santiago Papasquiario y el San Juan, que después se une al río Oro y juntas las corrientes desembocan en el Nazas. El río San Juan nace en la vertiente de la sierra por el rumbo de Balleza, estado de Chihuahua.

El río Nazas recorría 580 kilómetros, en sus márgenes se asentaban las poblaciones de Rodeo, Nazas, Lerdo, Gómez Palacio y Torreón. Actualmente su recorrido se ha reducido a 357 kilómetros, porque ahora propiamente nace abajo de la presa de El Palmito y termina en la cortina de la presa de San Fernando, casi en los suburbios de Lerdo.

Para controlar las locas avenidas del Nazas y darle mejor uso a sus aguas, durante el periodo del presidente Cárdenas, dieron principio los trabajos de construcción de la presa de El Palmito, que años más tarde, al terminarse, recibió el nombre de Lázaro Cárdenas en recuerdo del gobernante. Mucho tiempo después, siendo Presidente de la República, el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, se levantaría otra presa en el curso del río Nazas, a 174 kilómetros abajo de la de El Palmito. La nueva presa se localiza en el cañón de Fernández y es conocida como Las Tórtolas, pero su nombre oficial es presa Francisco Zarco.

Se pensaba que con la construcción de esas dos presas, no volvería a presentarse el peligro de otra inundación, pero no sucedió así. En septiembre de 1968, en la temporada de lluvias, los ríos Ramos y Oro que desembocan en el vaso de la presa de El Palmito, arrastraban tal cantidad de aguas torrenciales que en pocos días llenaron su cupo, entrando un volumen de 6 mil metros cúbicos de agua por segundo y el 12 de ese septiembre, por espacio de cuatro horas brincaron por el vertedor hasta 3 mil 667 metros cúbicos de agua por segundo. La creciente se precipitó río abajo y al llegar a la presa de Las Tórtolas, llenó fácilmente el vaso, derramando mil 800 metros cúbicos por segundo.

A las nueve y media horas de la noche del 15 de septiembre de 1968, los habitantes de Gómez Palacio en lugar de prepararse para escuchar el Grito de Independencia, andaban preocupados ante el peligro de la inundación. Las aguas desbordadas ya habían anegado parte de las colonias Sánchez Álvarez, Las Rosas y el barrio de Santa Rosa. Algunas personas que vivían en la primera de las mencionadas colonias platicaban que al tratar de rescatar algunas pertenencias en las habitaciones de sus casas inundadas, tuvieron que meterse al agua y ésta les llegaba a la altura del pecho. Las aguas que inundaron esas colonias, formaron una represa con las bardas de la cercana fábrica de manteca vegetal. Las paredes de adobes de la factoría

al fin se derrumbaron ante la fuerza de la corriente, desbordándose, las aguas al oriente, llevándose pacas de borra y algodón que estaban apiladas en los patios de la mantenera. Al desaparecer la represa, el nivel de la creciente bajó en las colonias Sánchez Álvarez y Las Rosas:

Mientras en la barriada de Santa Rosa, en la parte más dañada, se cayeron numerosas casas de adobes que no tenían buenos cimientos. La corriente también llegó al paso a desnivel de la calle Urrea, llenándolo de agua, impidiendo el paso de los vehículos.

Desde luego que la creciente de 1917, arrastró más agua que la del 68, pero causó menos daños, porque en aquel tiempo la ciudad no había crecido tanto, las colonias que se inundaron no existían y Santa Rosa no estaba tan fincada como en estos últimos años.

Esa infausta noche de la inundación, el pueblo sufrió su primer desencanto de su flamante gobernador, ingeniero Alejandro Páez Urquidi. Sucedió que esa misma noche, en el palacio de gobierno del Estado en la ciudad de Durango, Páez Urquidi recibía los parabienes de los políticos lambiscones porque acababa de hacerse cargo de la gubernatura de Durango, en el instante que llegaron las llamadas de auxilio de los damnificados de Gómez Palacio. Cuentan que al ser enterado de las peticiones de ayuda, el gobernador contestó que su gobierno no era casa de beneficencia; haya dicho eso o no, lo cierto es que el mandatario duranguense negó el auxilio solicitado.

Pero eso sí, pronto comenzaron los negocios, cuando se levantaron los famosos bordos de defensa en la ribera del seco río, para proteger a la ciudad de futuras inundaciones; obras que fueron pagadas por los habitantes con costos escandalosamente aumentados.

6. *Remodelación de la plaza y el parque*

Quién sabe de qué artes se valdría el doctor Gustavo Elizondo Villarreal —alcalde en el periodo de 1968 a 1971— para lograr que el gobierno del Estado ayudara al municipio a efectuar las obras que emprendió, como fue la modernización de la plaza Juárez y del parque Morelos, y después la construcción del teatro Alvarado.

En la plaza de armas, se levantaron los pisos de los andadores y se colocaron mosaicos, el viejo quiosco de madera y barandales de hierro fue echado abajo y en su lugar se construyó una fuente que por las noches se ilumina con luces eléctricas de colores y el agua salida de los surtidores forma una especie de arco iris. Como era de esperarse, la desaparición del quiosco fue censurada por el pueblo y es que los quioscos son un sello característico de la provincia; quién no recuerda las audiciones musicales en noches de serenatas y los discursos en los días patrios.

Donde estaba una nevería particular con una rocola, se puso una plataforma donde se colocan los músicos de la banda municipal y al frente quedó una explanada que ocupa la gente en las ceremonias cívicas. Se quitaron las feas e incómodas bancas de granito donadas por particulares y se colocaron las tradicionales bancas de madera con sostenes y patas de hierro. En fin, la plaza fue remozada, se nota desolada porque hubo necesidad de tumbar árboles que estorbaban las obras, aunado a esto los añosos árboles se han venido secando poco a poco por falta de suficiente agua desde que desapareció la vieja acequia municipal. Sin embargo, el paseo se aprecia amplio y limpio, lástima que no se hayan quitado los tabaretes insalubres que hay uno en cada lado del jardín y que tanto lo afean.

* * *

En cuanto a la antigua alameda, hoy conocida, como parque Morelos, ha sido completamente transformada; sus andadores fueron cubiertos con losas de concreto, por fin se colocaron suficientes arbotantes que proporcionan buena iluminación. En el lugar donde mucho antes estuvo el quiosco que se apolló, se construyó un estanque con paredes y fondo pintados de azul y dotado de lámparas semiocultas alrededor que se encienden por las noches, por la superficie del pequeño lago en lugar de esbeltos cisnes se deslizan humildes patos blancos que tienen sus albergues en la orilla del estanque. En otra glorieta se levantó un templete redondo de concreto que hace las veces de quiosco, ocupado por la banda municipal las tardes de concierto, que son miércoles y domingos de cada semana. Aquí también se quitaron las bancas de granito y se pusieron de madera y hierro; igualmente se tumbaron árboles, pero lo mismo que en la plaza se han transplantado arbolitos que con el tiempo reemplazarán a los que se han quitado. La anchura y limpieza de los andadores hace que el parque presente un aspecto agradable.

Hace poco, las autoridades municipales construyeron una alberca en uno de los prados del parque, donde niños y jóvenes tienen un lugar donde zambullirse en los días calurosos del verano y el INPI de la ciudad ya había colocado antes unos juegos infantiles.

7. *Presidentes municipales*

1959-1962	Jesús María Pámanes
1962-1965	Ramón González Martínez
1965-1968	José Rebollo Acosta
1968-1971	Dr. Gustavo Elizondo Villarreal

El agricultor José María Pámanes y el propietario de fincas Ramón González Martínez durante su mandato mu-

nicipal tuvieron problemas, como fueron el defectuoso alumbrado y la pavimentación inconclusa de la zona norte, respectivamente.

El comerciante José Rebollo Acosta, más o menos cumplió su cometido capeando el malestar originado por las administraciones anteriores.

En cambio, el doctor Gustavo Elizondo Villarreal hábilmente salió avante, logrando algunos beneficios para su ciudad adoptiva —el médico es de Monterrey pero tiene muchos años avecindado en la población—, como la modernización de los jardines públicos y la construcción del teatro de la ciudad Alberto M. Alvarado.

CAPÍTULO IX

[1970-1979]

1. *Teatro Alvarado*

El teatro de la ciudad que lleva el nombre del gran músico duranguense Alberto M. Alvarado, fue inaugurado en 1970 por el gobernador del Estado ingeniero Páez Urquidi, llenando un vacío que existía en la población al no contar con un local propiedad del municipio, para la presentación de diversas manifestaciones de la cultura en provecho de la colectividad. Al viejo teatro Unión que en justicia debería de haber sido desde hace mucho tiempo el teatro municipal, lo dejaron abandonado hasta que sus ruinas fueron arrasadas.

El Alvarado es un teatro moderno, relativamente pequeño como son los que se construyen actualmente, cómodos y funcionales. Cuenta con 400 butacas, aire acondicionado y buena acústica, desde cualquier lugar de la sala se escuchan los diálogos de los actores, las canciones y el acorde de las guitarras en los recitales.

El Patronato de la Casa de la Cultura se hizo cargo del teatro, cuidando su mantenimiento y presentando seguido espectáculos culturales como recitales y actuaciones de las compañías de teatro de la capital de la República, apro-

vechando las giras periódicas que las mencionadas compañías realizan por el país. Las funciones se presentan con llenos, porque estando situado el Alvarado en un lugar de fácil acceso para los habitantes de las tres ciudades laguneras —que ya forman una— ya sea viniendo en sus autos o en los camiones suburbanos que constantemente circulan por el bulevar. El teatro se levanta pasando el antiguo y en parte cegado canal de Santacruz, atrás se extiende la que fue angosta carretera del Autoclub de La Laguna.

Con ayuda de las autoridades el patronato logró algunas mejoras. A un lado del teatro se construyó un estacionamiento pavimentado, para que acomoden sus automóviles las personas que asisten a las representaciones. El estacionamiento cuenta con buen alumbrado proporcionado por varios arbotantes.

A partir de 1978, el Alvarado quedó a cargo del municipio, pronto se vio el resultado por contar ahora con mantenimiento adecuado, y siendo un teatro propiedad del pueblo, es facilitado a las agrupaciones para que celebren actos educativos o de carácter social.

2. *La hebra se reventó por lo más delgado*

En 1971, siendo presidente municipal el señor Jesús Ibarra Rayas, dieron principio las llamadas obras de rehabilitación de los servicios públicos de la ciudad, que eran: quitar el grueso pavimento que tenía y poner en su lugar otro más delgado y colocar arbotantes repintados para el alumbrado de las calles quitándolos de una parte —aún no se reponen— y pintados se ponían en otro lugar. El entonces gobernador del estado de Durango ingeniero Alejandro Páez Urquidi, consiguió un fuerte préstamo de varios millones de pesos con el Banco Hipotecario Urbano para financiar las obras, que en última instancia serían pagados por los contribuyentes.

Los mencionados trabajos de rehabilitación desde su principio fueron mal planeados, abriéndose zanjas al mismo tiempo por todos lados para cambiar los tubos de drenaje y agua potable, en lugar de haberlo hecho por tramos, paulatinamente. Las zanjas duraban abiertas por meses, causando molestias al tránsito de los vehículos, la tierra suelta llenaba de polvo a la población, cuando llovía se formaban charcas y lodazales, los zanjones eran trampas seguras para los descuidados peatones. Se decía que el cambio del drenaje y redes de agua era porque las que había eran insuficientes debido al aumento de habitantes, pero se vio que los tubos quitados eran del mismo diámetro de los colocados. Al quitar el antiguo pavimento con una base de piedra de 45 centímetros y poner el nuevo basamento de menor espesor se notó la diferencia; las cosas se complicaron al romperse algunos tubos del drenaje recién puestos hundiéndose el pavimento, con el ir y venir de conformadoras y apladoras.

Entonces fue cuando se manifestó la inconformidad del pueblo, los vecinos se agruparon formando el Comité de Defensa Cívica de Gómez Palacio, integrado por gente de todas las clases sociales: trabajadores, estudiantes, propietarios de casas, profesionistas, agricultores y comerciantes. Se efectuaron manifestaciones de protesta y tormentosos mítines contra las autoridades, siendo tan grande el escándalo hecho que tuvo que intervenir el gobierno federal, ordenando una investigación que estuvo a cargo de los ingenieros de Recursos Hidráulicos de la dependencia local de Lerdo, los que dictaminaron que la tubería del drenaje no quedó enterrada lo suficiente ni se compactó debidamente la tierra al taparlos y por eso se rompieron los tubos al paso de las máquinas pavimentadoras. Los mismos ingenieros se encargaron de corregir los defectos de la colocación del drenaje, abriendo nuevamente las zanjas para enterrar los tubos más profundo. Los gastos fueron solventados por el gobierno federal. Más de un año duró la lucha del pueblo

contra las autoridades, pero no fue en vano porque al final le hicieron caso. Antes se habían negado a pagar los nuevos números que se colocaron en las casas, muy pocos lo hicieron y el municipio mejor se olvidó de los cobros.

Todos estos problemas motivaron que el alcalde Ibarra Rayas fuera obligado a renunciar, pero en el ánimo de los ciudadanos quedó claro que el principal culpable fue el gobernador duranguense, porque los municipios no son libres de sus decisiones, debían de serlo porque así lo determina la ley pero ésta es letra muerta, siendo así las cosas los alcaldes son manejados por los gobernadores y se hace lo que ellos determinan, los que no estén de acuerdo deben renunciar, pero no hay político que renuncie y menos cuando se realizan obras costosas. Además el ingeniero Páez Urquidi maniobró para entregar la empresa de aguas a unos señores de Monterrey, de los que se decía que eran sus socios o le servían de prestanombres, sospechándose que el verdadero dueño de la empresa era el mandatario. La mencionada empresa fue la encargada de ejecutar las obras de rehabilitación en lugar de una compañía particular, de esa manera no había quién supervisara los trabajos.

Al desencadenarse la tormenta cívica el gobernador se vio obligado a expropiar la empresa de aguas, volviendo otra vez a ser manejada por el municipio; pero los males ocasionados por estos hechos quedaron cubiertos por el más denso velo sin castigarse a los culpables, la gente comentaba que "la hebra se había reventado por lo más delgado" con la renuncia del alcalde.

3. *Ojalá hubiera sucedido*

El discutido ingeniero Alejandro Páez Urquidi fue designado por el dedo infalible gobernador del estado de Durango, ocupando el cargo de 1968 a 1974. Perteneció al grupo alemanista ocupando la dirección de la Comisión

Federal de Electricidad. El alemanismo es el autor de la tesis que primero hay que crear la riqueza sea como sea, para después repartirla en forma de impuestos y generar nuevos empleos, cosa que todavía están esperando los millares de desocupados que hay en el país; eso que los economistas han llamado desarrollismo y que no funcionó para el gobierno y los pobres, porque para los ricos sí, se hicieron más ricos.

Con esos antecedentes llegó el ingeniero Páez Urquidí a la gubernatura del Estado, con grandes proyectos como la creación de la ciudad industrial en Durango, las obras de rehabilitación de esa ciudad y de Gómez Palacio, la fusión de Gómez con Lerdo para formar una sola ciudad con el nombre de Laguna. Los contribuyentes se echaron a temblar porque saben que todo eso se hace a sus costillas, entre más grandes son las obras más altos son los impuestos.

Las mentadas obras de rehabilitación de las dos ciudades más importantes del estado de Durango quedaron sin terminar, la mayoría de las calles con el pavimento destrozado. El proyecto de unir las ciudades laguneras del Estado en una sola, fracasó porque los habitantes de Lerdo no estuvieron de acuerdo, nombrando un comité de defensa que luchó denodadamente contra el proyecto.

La negativa de la gente de Lerdo fue muy comentada, porque la bella y antigua ciudad que tuvo tantas huertas y jardines tiene muchas carencias. Desde el siglo pasado lentamente ha venido en decadencia y quizá la fusión sea su salvación. Respecto a Gómez Palacio a pesar de ser la ciudad más importante del estado de Durango en industria y agricultura, y a pesar de que aporta más de la mitad de los impuestos totales del Estado, ha padecido el municipio una penuria crónica y en la misma condición está Torreón. Las tres ciudades laguneras prácticamente ya se unieron, provocando el problema llamado conurbano del que hace referencia la Ley de Asentamientos Humanos, problema que se resuelve integrando una sola ciudad para

mejorar los servicios. Esto le habría dado la razón al mandatario duranguense de su proyecto.

Al poco tiempo de tomar posesión, el gobernador Páez Urquidí anunció el aumento de impuestos a todos los causantes especialmente a los dueños de fincas, que son los que siempre escamotean el pago justo de contribuciones. Los casatenientes de la ciudad de Durango pusieron el grito en el cielo atacando ferozmente al gobernador. Páez Urquidí los amenazó con promulgar una ley que obligara a los propietarios de casas de renta venderlas a los inquilinos tomando el monto de la renta como abono; un propietario solamente podría tener tantas fincas como hijos tuviera. Decía el gobernador con toda razón que unos cuantos dedicados a la usura son los dueños de la mayoría de las casas de renta y que deberían dedicar sus recursos a formar empresas para crear empleos, en lugar de estar explotando a los necesitados de viviendas y haciendo préstamos onerosos sobre fincas, para en la mayoría de los casos quedarse con ellas. Las fuerzas vivas acusaron al gobernador de comunista, el pueblo dudando de la sinceridad del ingeniero acogió con indiferencia la amenaza que no cumplió; no era posible que un hombre de la camarilla alemanista caminara con tal bandera.

Por otra parte, la ciudad recibió algunos beneficios durante la gestión del gobernador Páez Urquidí, como fueron la ayuda para mejorar el aspecto de la plaza de armas y del parque, la construcción del teatro municipal Alberto M. Alvarado y el aporte financiero para la edificación de la Casa de la Cultura.

4. *Parque Industrial Lagunero*

El parque industrial de Gómez Palacio fue creado para que los empresarios de la región tuvieran un lugar adecuado para instalar sus factorías. En su primera fase el

parque abarcó una extensión de un millón 350 mil metros cuadrados, limitados al sur por la ribera del Nazas, al norte por donde se extendía el tajo de Santacruz, al poniente por el bulevar Alemán y al oriente por terrenos que se prolongan hasta lejanos campos agrícolas.

Pronto estuvo el parque urbanizado, se abrieron calles pavimentadas, atravesado de sur a norte por la ancha calzada Lázaro Cárdenas que es el paso obligado de los pesados trailers y simples camiones de carga. Cuenta la zona industrial con servicios de drenaje y agua potable, electricidad y teléfonos, alumbrado en las calles y una espuela del ferrocarril con pequeños desvíos, unen a las principales industrias con la vía central.



Comisión Federal de Electricidad.

Frente a la calzada, entre los tajos Sacramento y Santacruz —éste ya cegado— se localizan los terrenos que anual-

mente ocupa la feria, donde hay locales permanentes para exhibiciones, salones para diversos usos, teatro al aire libre llamado del pueblo y otras construcciones. En la feria se exponen artículos industriales y agropecuarios que se producen en la comarca.

Al ponerse en venta los lotes del parque, comenzaron a venderse y a levantarse las primeras factorías. En mayo de 1976, se encontraban en actividad 60 empresas que ocupaban el 60 por ciento del área con 810 mil metros cuadrados de construcción, donde trabajaban 1 500 obreros que devengaban salarios hasta por 6 millones de pesos mensuales; otras 40 compañías habían comprado 400 mil metros cuadrados y se calculaba que al estar en operación generarían mil empleos más con una derrama mensual de 4 millones de pesos.

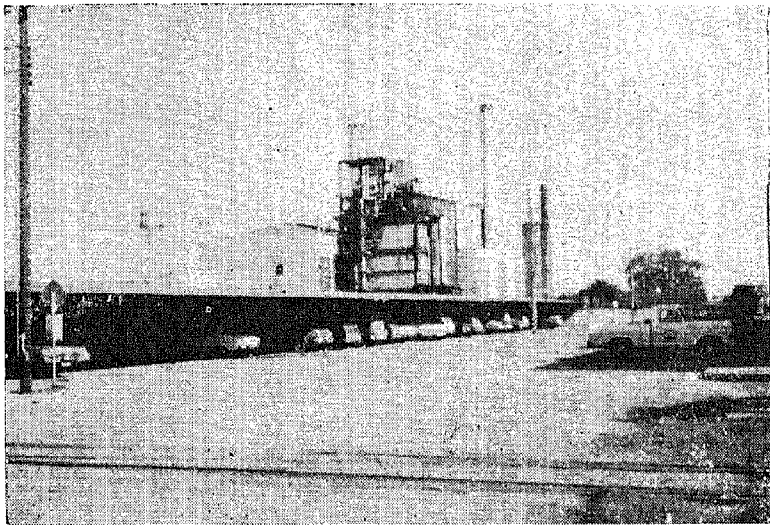
Por esos días, se estaban construyendo otras 14 fábricas y el resto del terreno estaba en trámite de compra. A fines de 1976, comenzaron las obras de infraestructura de la segunda zona. Con la ampliación el Parque Industrial Lagunero alcanzó una superficie total de 3 millones de metros cuadrados.

Actualmente a mediados de 1979, 6 mil obreros prestan sus servicios en 110 empresas en operación con una derrama mensual en sueldos y salarios de 40 millones de pesos. Se calcula que en año y medio se crearán 5 mil empleos más al establecerse 125 nuevas empresas de las que se están construyendo 20.

De las 110 empresas en actividad: 12 son manufactureras y maquiladoras dedicadas a la industria del vestido; 10 plantas procesan alimentos para aves y ganado de engorda, de semillas y granos; 32 factorías de la rama metalmeccánica fabrican implementos agrícolas, mineros y de la construcción, cinchos y hebillas, válvulas, tubos, tanques, muebles de cocina, sistemas de refrigeración, bombas y estructuras metálicas. Existen 17 empresas que procesan la madera, fabricando entre otras cosas: muebles, puertas,

ventanas y closets. Por último 7 plantas industrializan el mármol.

Se levantan altos silos que almacenan leche y alimentos. Fábricas de envases de cartón para líquidos, de mosaicos, yeso, objetos de cerámica, tabicones, postes de concreto, etc. Un laboratorio de medicinas, industrializadora de sal, beneficiadora de nuez, envasadora de jugos y reparadora de carros de ferrocarril. Depósitos de combustibles, almacenes de granos y semillas; compañías prestadoras de servicios: eléctricos, tipográficos, manejo de carga por camiones, lavado industrial y vulcanización de llantas. Banco, gasolinera, restaurante, salas de exhibiciones; el periódico La Época, 2 difusoras, en fin toda una variedad de actividades.



Planta Termoeléctrica.

En el parque industrial se asientan las grandes instalaciones de Petróleos Mexicanos, la planta termoeléctrica y oficinas generales de la Comisión Federal de Electricidad.

Bodegas y patios de Almacenes Nacionales de Depósito y el frigorífico de Productos Pesqueros Mexicanos. Sin tomar en consideración esas empresas estatales, posiblemente las más importantes sean el grupo Lala que maneja leche, alimentos para animales e implementos agrícolas, y el Trasgo que es el negocio avícola más grande de la América Latina, por su capital, modernización y desde luego por su producción.

5. *Municipio de Gómez Palacio*

El municipio de Gómez Palacio abarca una extensión de 103 mil 544 hectáreas, aunque tiene partes desérticas, buen número de ellas son tierras de cultivo, trabajadas por agricultores de pequeñas propiedades y núcleos de ejidatarios llamados grupos solidarios.

Los pequeños agricultores y ejidatarios han transformado muchos predios en productivas granjas lecheras que en total cuentan con centenares de valiosas vacas lecheras de alto registro de producción, cada una de ellas compradas en el extranjero costaban antes de la devaluación nueve mil pesos. Varias de esas granjas tienen tanques de baja temperatura para almacenar hasta 5 mil litros de leche, mientras llegan las pipas recolectoras, cuentan además con ordeñadoras mecánicas y en los establos se nota la limpieza y el cuidado con que tratan a las vacas. Las tierras que tienen granjas, parte de ellas se dedican a la siembra de alfalfa y otros forrajes que secos, se aprensan haciendo pacas que amontonadas forman altas pirámides, de esa manera siempre tienen pastura para los animales, y lo más importante, sin costo. Lo más propio sería llamar a esos negocios granjas agropecuarias porque aparte de tener vacas y siembras de forrajes, algunos tienen cerdos de engorda, otros, criaderos de pollos, áreas con nogales o viñedos, y campos donde cultivan melones y sandías. La mayoría de las granjas se

localizan en la colonia La Popular y en las tierras de La Torreña. Los predios más importantes se comunican entre sí, por angostas carreteras asfaltadas conocidas como caminos vecinales; cuentan con siete despepites estratégicamente colocados para los cosecheros de algodón y también hay plantas deshidratadoras de alfalfa para los que siembran esa clase de forraje.

Algunas industrias importantes se encuentran en el municipio, como la fábrica de explosivos y mechas para minas que están en una cañada de la sierra de El Sarnoso. Las dos plantas generadoras de energía eléctrica de Francke, los hornos de Ferroaleaciones de México y las instalaciones de la compañía vinícola de El Vergel.

La nueva planta de Ciclo Combinado de Francke, se levantó con un costo de 650 millones de pesos y cuando fue inaugurada oficialmente por el presidente Luis Echeverría el 21 de diciembre de 1976, ya tenía tres meses en actividad. La planta genera 240 mil kilovatios con dos turbinas de gas y una de vapor, y está situada a un lado de la antigua planta de Francke. Según el decir de trabajadores electricistas, la planta no ha funcionado como se esperaba, debido a fallas características de esas plantas operadas con gas.

Más allá de las plantas de Francke, al lado izquierdo del ramal ferroviario a Monterrey se divisan los hornos de la empresa Ferroaleaciones de México, subsidiaria de Altos Hornos de México.

Las dependencias y campos de vid de la compañía vinícola de El Vergel, están situadas como a 5 kilómetros de Gómez a un lado del Ferrocarril Central. La empresa fue fundada por los señores Luis J. Garza, José de la Mora y Tomás Villarreal en 1947. En un principio los químicos de la compañía fueron franceses e italianos enviados por la Corvouisier de Francia, lanzando al mercado como primer producto el brandy Grandier y más tarde el Mogavi; actualmente la compañía de El Vergel elabora y maneja sus

productos con personal mexicano. La fábrica tiene a los lados extensos campos de viñedos y nogales; es una de las empresas más importantes del país en su ramo; por la calidad de sus vinos tiene demanda en el extranjero, especialmente entre los chicanos de Los Angeles y Chicago.

Aparte de las factorías que se levantan en el parque industrial, dentro del perímetro de la ciudad se localizan numerosas pequeñas fábricas y modestos talleres mecánicos que producen, entre otros artículos, broches de presión, cepillos industriales, barrenas, chumaceras y cojinetes, partes de maquinaria, escrepas y fresnos, muebles, arbotantes, persianas y ventanas metálicas, yeso, escobas y alimentos balanceados para animales. Solamente en la parte sur hay 37 talleres mecánicos.

Funcionan tres despepites, empacadoras de carnes y pequeñas plantas procesan los excedentes de leche ofreciendo a la venta, mantequilla, jocoques, cremas y quesos. La empresa Chilchota Alimentos es un poderoso negocio que produce en grandes cantidades esos derivados de la leche.

La industria de la confección del vestido es muy importante con 22 factorías, siendo las más destacadas la fábrica El Venado especializada en ropa de mezclilla desde antes que impusieran la moda actual con esa clase de tela, y la Pantalонера Mexicana con sus afamados pantalones que se consiguen hasta en los almacenes de Londres.

Empresas importantes son la fábrica de jabones y detergentes La Esperanza, el molino de harinas Los Cántabros y el grupo Industrias Conasupo integrado por despepite, molinos de harinas y aceites.

Los periódicos regionales publicaron el 13 de junio de 1979 lo siguiente: "Las reservas probadas de mármol en los yacimientos de los municipios de Gómez Palacio, Lerdo y Mapimí, ascienden a 150 millones de metros cúbicos de los cuales únicamente se extraen ocho mil anuales que se industrializan en siete plantas." Hacen hincapié que es una gran riqueza que podría ser explotada convenientemente,

construyendo carreteras y llevando electricidad hasta los yacimientos, agregando que la explotación en grande podría dar ocupación a centenares de campesinos laguneros sin trabajo.

6. *Crecimiento*

Gómez Palacio como todo el resto de las ciudades en el país ha crecido y lógicamente ha aumentado el número de sus habitantes, por ejemplo contaba en:

1950	60 765	habitantes
1960	84 950	„
1970	137 743	„

Y se calcula que a fines de 1979 contará aproximadamente con 180 mil. Como se ve por las cifras anteriores en los últimos años la población casi se ha triplicado y esto trajo como consecuencia que la ciudad ha tenido la necesidad de extenderse. El gran impulso fue a partir de los años cincuenta.

Muchos años después que fue inaugurado el Club Campestre de La Laguna, comenzaron a fraccionarse los terrenos aledaños al centro deportivo con el nombre de colonia de El Campestre. Ya por esos días se había hecho el deslinde de las propiedades que habían sido del señor Rodolfo Sánchez Álvarez y habían comenzado a venderse los lotes, estas tierras se extendían desde las partes bajas donde estaban las huertas y las hortalizas de los chinos hasta el bulevar Alemán, este fraccionamiento se conoce como colonia Sánchez Álvarez. Años después la colonia de El Campestre se ampliaría hasta las cercanías del tajo de La Línea.

Al establecerse el Instituto Francés de La Laguna en los terrenos de la antigua fábrica de zapatos, se instalaron otros colegios y antes, el hospital municipal; en las tierras

que fueron campos de labranza y asientos de huertas, y que no tardaron en fraccionarse en toda forma con el nombre de colonia Bellavista. En uno de los extremos de esos terrenos al poniente, el ISSSTE ha construido para los empleados del gobierno un conjunto de casas que recibió el nombre de Módulo. Al comenzar a edificarse las primeras viviendas en Bellavista, se levantó un sencillo monumento que señalaba el inicio del Paseo de las Palmas que se proyectó llegaría hasta Lerdo pasando por El Cambio sobre la antigua calzada bordeada de fresnos donde tantos años corrieron los trenes eléctricos; desgraciadamente no pudo llevarse a cabo la obra, porque el espacio central de la calzada fue vendido en lotes por los traficantes de la burocracia federal, quedando reducido el amplio Paseo de las Palmas a una simple calle.

Donde antes estaba la fábrica textil de La Industrial del Nazas y los terrenos adyacentes de Bellavista hasta la orilla del cerro de La Pila, han sido urbanizados con la mayoría de las calles pavimentadas y alumbrado público, recibiendo el nombre de colonia Francisco Zarco.

La antigua colonia de los empleados de la jabonera La Esperanza que abarca algunos centenares de metros cuadrados antiguamente sembrados de pasto y cruzados por callecillas arboladas, ha sido fraccionado; se han construido numerosas casas y se van llenando las manzanas, se le conoce como colonia de El Bosque. Al otro lado de las factorías, en terrenos pegados a las cuadras de los obreros, se han puesto a la venta lotes a precios populares y es posible que se hayan vendido todos. Asimismo se han lotificado las tierras que ocupaba la pequeña propiedad del antiguo rancho de Filadelfia ubicado en los suburbios de la ciudad, cerca quedan los planteles universitarios.

Al poblarse o venderse los terrenos disponibles hacia el sur, Gómez Palacio comenzó a extenderse rumbo al norte. Al otro lado del cerro de La Pila y hasta las bardas de los panteones se ha formado la colonia de La Esperanza, al urba-

nizarse los extensos terrenos donde se cultivaba trigo, la vid y el algodón, y había numerosos establos; la colonia termina al norte donde crece una hilera de fresnos. Dentro del fraccionamiento el INFONAVIT ha construido 250 viviendas para los trabajadores sindicalizados.

El INFONAVIT ha seguido construyendo casas para los obreros, ahora más allá de los árboles, toda el área se está poblando aprisa, ya casi llega el caserío al rancho de San Ignacio.

Ante la carencia de viviendas especialmente de las clases marginadas, los gobernantes del sexenio anterior se hicieron disimulados ante las invasiones de terrenos por parte de los necesitados para levantar aunque fuera una casucha de cualquier material, prefiriendo que se apoderaran de los terrenos gentes sin hogar y no cayeran en manos de los especuladores.

Un grupo de personas se posesionó de unos terrenos baldíos que parece no tenían dueño; la señora que decían era la propietaria murió hace años sin dejar, al parecer, herederos; son tierras arenosas situadas de la ribera izquierda del río hasta el canal de Santacruz, y de la vía férrea hasta la parte de las casas y despepites que bordean el antiguo camino del Autoclub. Se levantaron rápidamente casas en ese terreno recibiendo el nombre de colonia El Consuelo; las autoridades con ayuda de los vecinos la han dotado de agua potable y luz eléctrica. Otros paracaidistas se asentaron en los terrenos donde estuvo la casa redonda y al lado derecho de las vías del ferrocarril, siendo propiedad federal; los colonos han tenido dificultad para legalizar la posesión; de todos modos se está fincando con materiales económicos. Finalmente otros grupos invadieron tierras de labor del ejido de Santa Rosa a un lado de la calzada Lázaro Cárdenas, así se levantaron viviendas hechas con adobes, ladrillos, cartón y lámina, y el problema se solucionó entregando a los ejidatarios afectados otras tierras en compensación por las ocupadas.

Un modesto pero eficiente servicio de autobuses urbanos, une las colonias elegantes de El Campestre y Sánchez Álvarez, y las proletarias de la periferia con el centro de abastos de la ciudad, igualmente proporciona servicio al parque industrial, a peatones y hospitales: municipal, del Seguro Social y el flamante del ISSSTE, recién inaugurado.

La ciudad cuenta actualmente con dos panteones: el del municipio y el particular llamado de Guadalupe, dos salas modernas de cine, espaciaas y cómodas, que son el Roma y el Continental, además el viejo cine Palacio. Un estadio de beisbol con alumbrado eléctrico, chico pero funcional por estar ubicado en el centro de las poblaciones, y un lienzo charro donde semanalmente se efectúan competencias entre los aficionados caballistas del norte del país.

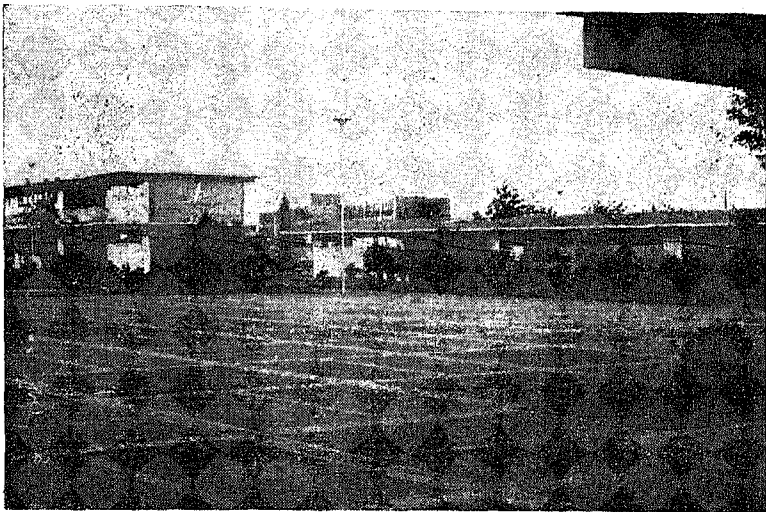
7. *Educación*

Sin duda, que los tiempos han cambiado de cuando las escuelitas del silabario comenzaron a enseñar las primeras letras a los muchachos en los albores del siglo hasta estos días finales de 1979. Actualmente alrededor de 36 planteles imparten la primaria, 8 de secundaria y 3 de preparatoria; existen 5 escuelas normales, 2 técnicas industriales, una de enfermería y 4 profesionales. Además 5 o 6 academias de comercio, una escuela de estudios contables y fiscales, y 2 escuelas de enseñanza especial. Esta lista de planteles funcionando se antoja suficiente para dar cabida a la niñez y juventud estudiosa, pero no es así, faltan más escuelas, menos mal que siguen abriéndose planteles y ampliándose los existentes.

La enseñanza elemental se proporciona en 28 escuelas oficiales sostenidas por los gobiernos estatal y federal, y en 8 particulares. Algunas escuelas oficiales que estaban en malas condiciones han sido reconstruidas y en otras se han aumentando aulas; los planteles nuevos construidos y los

reconstruidos son de la misma estructura, por lo que todos presentan la misma apariencia. Las escuelas de paga que enseñan primaria son los institutos Francés de La Laguna, Durango y Motolinia, y los colegios Villa Matel, Sor Juana Inés de la Cruz, Isabel la Católica, Rivera y Alanís.

Clases de secundaria se imparten en el Instituto 18 de Marzo, en el Francés, Durango, Motolinia, Villa Matel y Gómez Palacio. De preparatoria, en el 18 de Marzo, el Francés y Motolinia.



Centro educativo Profr. José Santos Valdés

Los alumnos que desean emprender la noble carrera de maestro, pueden iniciar sus estudios en cualquiera de las tres escuelas básicas que existen: Catarino Herrera, José Santos Valdés y Gómez Palacio, y terminar sus estudios en la Escuela Normal Superior situada a la derecha del bulevar más acá del río Nazas, dentro del gran Centro Educativo Profr. José Santos Valdés, donde está albergada la Escuela

Normal Básica que lleva también el nombre del destacado maestro nativo de Matamoros. Además, funciona la Escuela Normal para Educadores que como su nombre lo indica, prepara a los futuros maestros de los jardines de niños.

Las dos escuelas técnicas son el Centro de Capacitación para el Trabajo Industrial y la Técnica Industrial 195. Y la de Orientación para Menores y la de Enseñanza Especializada Margarita de la Maza se dedican de preferencia a enseñar a los niños que tienen dificultad en el aprendizaje.

En el ejido de Venecia se encuentra la Escuela de Zootecnia que con buenos resultados ha venido funcionando, la mayoría de los alumnos son de origen campesino. El dueño de la que fue la pequeña propiedad de Filadelfia en las goteras de la ciudad, regaló los terrenos para que ahí se levantaran la Escuela de Agrobiología y la de Ingeniería, que vinieron a quedar cerca del Instituto 18 de Marzo que ocupa el lugar donde estaba la casa redonda. La Escuela de Medicina se levantó en la colonia Bellavista y asimismo la de Enfermería, por ese rumbo se localizan los hospitales y la Cruz Roja, facilitando la práctica de esos estudiantes. Todas esas escuelas forman el Núcleo Universitario dependiente de la Universidad Juárez de Durango, que como es costumbre obstaculiza el establecimiento de escuelas de estudios superiores.

8. *Casa de la Cultura*

Con un costo de varios millones de pesos se alza la Casa de la Cultura en uno de los extremos de la colonia de El Campestre, que comenzó a construirse cuando era gobernador el ingeniero Páez Urquidi y se terminó dos años más tarde, debido a los malos manejos de los encargados de las obras hasta que intervino la Secretaría de Obras Públicas que terminó la construcción. Con un sencillo acto

fue inaugurada por el presidente Luis Echeverría el 27 de septiembre de 1976.

El Instituto Nacional de Bellas Artes ofreció la Casa de la Cultura a Torreón, pero ni el municipio ni el estado de Coahuila aceptaron. Entonces la señora Ernestina Gamboa directora de la modesta Casa de la Cultura situada en la calle Fleming del barrio de El Pueblito, logró que el alcalde Jesús Ibarra Reyes y el gobernador Páez Urquidi dieran su apoyo para que se construyera en Gómez Palacio, cumpliendo con las estipulaciones del INBA.



La Casa de la Cultura.

La nueva Casa de la Cultura de la ciudad, se considera una de las más importantes del país. Es un edificio de tres pisos rodeada en la parte posterior por una plazoleta con andadores de piedra hola, plantas de adorno y en medio una fuente. En la planta baja se localizan: la dirección, salón de juntas, salón de escultura, taller de cerámica; el mu-

seo de arte moderno que contaba con 18 cuadros donados por la señora Silvia Rodríguez, las obras son de los maestros Gironella, Covarrubias, Rodríguez Lozano, Toledo y Sofía Bassi; a un lado del museo se encuentra la biblioteca que aumentó su importancia con la donación de numerosos volúmenes que hizo el maestro José Santos Valdés, por ese motivo la biblioteca lleva el nombre del valioso educador y que cuenta con mesas de lectura, sala de lectura infantil y auditorio. El segundo piso está destinado a las distintas manifestaciones de la danza, se ven amplios salones de reluciente machimbre donde se practican la danza folclórica, moderna y clásica. Y en el piso superior hay salas donde se enseñan las artes plásticas: dibujo, pintura moderna y popular, asimismo salas donde se aprende a tocar la guitarra y otros instrumentos, coro y vocalización.

En las horas que abre sus puertas la Casa de la Cultura se ve invadida por gente de todas condiciones, especialmente jóvenes, que acuden para aprender algo.

9. *Se inicia el cambio*

En septiembre de 1974, tomó posesión como presidente municipal el señor Carlos Herrera Araluce. Persona de solvencia económica, sin necesidad de buscar riqueza en algún puesto público, comenzó a tratar de superar las necesidades de su pueblo, siendo tantas las carencias de Gómez Palacio —como en todas las ciudades de provincia— que las soluciones llevarán tiempo.

Con el aumento considerable de ingresos al municipio en los años recientes y bien manejados los fondos se ha podido ir mejorando el servicio público. Contando con esta base o premisa el señor Herrera Araluce ordenó que se iniciara el bacheo general de las calles parchadas por los destrozos anteriores, obras que se están llevando a cabo paulatinamente, cuadra por cuadra, para evitar molestias al

vecindario. Han sido muchas las mejoras emprendidas: aseo general de las calles y paseos públicos, para lograr esto se adquieren camiones nuevos para recoger la basura y una barredora mecánica de medio uso que sigue siendo útil, barriendo las calles céntricas en las primeras horas de la madrugada. Retiro de tabaretes de algunos lugares del centro, dejando unos cuantos, en su mayoría puestos de periódicos y revistas. Depuración del cuerpo de policía, dando de baja a los viejos gendarmes mañosos que se dedicaban a cazar a los borrachos a la salida de las tabernas para extorsionarlos; para mejorar la vigilancia, se compraron algunas autopatruillas que recorren calles y barrios citadinos cumpliendo con su deber; igualmente se adquirieron carros para uso de los agentes de tránsito. Perforación de nuevas norias para suplir a las que se han ido agotando, para acabar con la falta de agua, problema difícil en todas partes por el aumento de la población; sin embargo, se extendieron centenares de metros de tubería para llevar agua a colonias distantes, y ayudando a los vecinos de las mismas para que tengan luz eléctrica. Aportación para la reconstrucción de la escuela Emilio Carranza. Compra de una máquina para apagar incendios, ordenada especialmente en Sahagún para reforzar la capacidad del modesto cuerpo de bomberos de la ciudad. Para ayudar a la gente pobre a enterrar sus deudos, el municipio puso a su disposición una carroza fúnebre que proporcionó servicio con precios reducidos para compensar sus gastos de mantenimiento. En fin han sido muchos los beneficios que recibió el pueblo con esa administración, iniciándose un cambio para resolver los problemas citadinos.

10. *Presidentes municipales*

1971-1974	Jesús Ibarra Rayas Lic. Guillermo Aragón Beltrán Lic. Sergio Estrella Ochoa
1974-1977	Carlos Herrera Araluce
1977-1980	Régulo Esquivel Gámez

Por la renuncia obligada del alcalde Ibarra Rayas, ocuparon la presidencia municipal sucesivamente los licenciados Guillermo Aragón Beltrán y Sergio Estrella Ochoa, ambos funcionarios se empeñaron en apaciguar el descontento popular causado por las conflictivas obras de rehabilitación.

Como si se tratara de una misma administración, el periodo del actual alcalde Régulo Esquivel Gámez, siguiendo el camino del régimen anterior han continuado las mejoras: siguen las obras del bacheo de las calles destrozadas con la misma tónica, paulatinamente, y se han pavimentado nuevas calles faltando relativamente pocas para quedar pavimentada toda el área urbanizada. Se ha tratado de mejorar el deficiente alumbrado público que, fuera de la primera zona, no funciona bien, había sectores que casi siempre permanecían a oscuras, siguen apagándose las farolas por deficiencias pero pronto son respuestas; sin embargo, no se han colocado los arbotantes faltantes que fueron quitados en algunas aceras por administraciones anteriores. Con alto costo se reconstruyó el cárcamo de Santa Rosa para el desahogo de las aguas negras citadinas y se tendió un puente elevado sobre las vías del ferrocarril para el paso de la gente del mencionado barrio. La vieja escuela de adobes Francisco Zarco se echó abajo por su deterioro y se levantó una nueva; como es costumbre el municipio tuvo la ayuda de otras dependencias para esta clase de obras. En una forma o en otra se sigue haciendo lo que se puede.

En resumen, la actuación de las dos últimas administraciones han hecho que el aspecto de la ciudad mejore a ojos vistos, volviendo a tener la prestancia de otros años, cuando era una pequeña población de calles limpias y con pavimento bien cuidado.

Í N D I C E

Capítulo I (1884-1899)	9
1. Fundación 9; 2. Don Santiago Lavín 11; 3. Santa Rosa 13; 4. La ciudad que no es 16; 5. La Amistad 18; 6. La Jabonera 22; 7. Don Juan Brittingham 25; 8. La acequia municipal 27; 9. Las calles 29; 10. Templo de Guadalupe 31; 11. La primera escuela 37; 12. Molino El Brillante 39; 13. Alumbrado público 41; 14. Tranvías de mulitas 43; 15. La casa municipal 45; 16. Autoridades 49.	
Capítulo II (1900-1909)	51
1. Gran teatro Unión 51; 2. Tranvías eléctricos 55; 3. La Zapatera 58; 4. Mercado Baca Ortiz 61; 5. Las industrias 64; 6. Bancos, comercios 76; 7. Los abarroteros 81; 8. Ferreterías 82; 9. Peluquerías 84; 10. Boticas 85; 11. Hoteles y mesones 86; 12. Aumentan las escuelas 88; 13. Recordar es vivir 89; 14. Club Lagunero 93; 15. Jefes políticos 95; 16. La vida antes de 1910 96.	
Capítulo III (1910-1919)	99
1. Fiestas del Centenario 99; 2. La Revolución 102; 3. La plaza de armas 104; 4. Parque Morelos 107; 5. Camino real 108; 6. Casas de ladrillos de El Pinto 109; 7. Agua potable 112; 8. Drenaje 114; 9. Limpieza municipal 115; 10. Coches de alquiler 116; 11. Coches particulares 118; 12. Carros de carga 119; 13. Carrozas fúnebres 120; 14. La superior y otras escuelas 121; 15. Los vendedores ambulantes 123; 16. Cine mudo 126; 17. Inundación del 17 127; 18. Influenza española 130; 19. Semana Santa 131; 20. Las pastorelas 132; 21. Danza de Los Matachines	

135; 22. El cine Goyo 136; 23. Bailes 137; 24. Monedas de oro y plata 138; 25. Límites de la ciudad 139; 26. Terrenos baldíos 141; 27. Gobiernos municipales 142; 28. Los políticos 143; 29. Ganates pero no salites 144.

Capítulo IV (1920-1929) 147

1. La década inolvidable 147; 2. El hospital 150; 3. Beisbol de antaño 151; 4. Oncena Gómez Palacio 153; 5. Luchas ferrocarrileras 154; 6. La Junta Popular Agraria 157; 7. El sabino de la plaza de armas 158; 8. Los músicos se sindicalizan 159; 9. Normal y Escuela Cultural 160; 10. La muerte de don Julián Moreno 162; 11. Ricardo Flores Magón 163; 12. Luchas campesinas 165; 13. Cruz Chacón Sifuentes 166; 14. Mañanitas de abril 167; 15. El alcalde campesino 168; 16. Autoclub de La Laguna 169; 17. Autobuses y ruleteros 172; 18. Comienzan los trinquetes 174; 19. Todo cambia, todo pasa 175; 20. Bolas de lumbre 178; 21. Don Ricardo de la Vega 179; 22. Ascensión en globo 181; 23. Indio Mangas Mochas 181; 24. El padre Casas 182; 25. El convento 184; 26. La reelección 185; 27. Planta de Francke 186; 28. Partidos políticos 188; 29. La escobariada 190; 30. Campaña vasconcelista 191; 31. Presidentes municipales 193.

Capítulo V (1930-1939) 197

1. Inquietudes culturales 197; 2. Habrá puente, coopere usted 199; 3. Toda la ciudad pavimentada 201; 4. Cuando perdió el PNR 202; 5. Sabotaje 203; 6. Tomás Palomino Rojas 205; 7. El sindicato ferrocarrilero 206; 8. El Club Campestre de La Laguna 207; 9. Como dijo don Teofilito 209; 10. Por fin un verdadero hospital 210; 11. Unificación de Obreros 212; 12. Enrique Unzueta 214; 13. Cooperativa de autobuses 214; 14. Cooperativa de los tranviarios 216; 15. Reparto de tierras 218; 16. El último bandolero 221; 17. Conflicto jabonero 224; 18. Estadio Carrizo 225; 19. Expropiación petrolera 227; 20 La central 229; 21. Instituto Francés de La Laguna 232; 22. Presidentes municipales 234.

Capítulo VI (1940-1949) 237

1. Instituto 18 de Marzo 237; 2. Don Catarino Herrera 242; 3. Incendio del Baca Ortiz 243; 4. Unión de gana-

deros 245; 5. Hermandad de El Colibrí 246; 6. Presidentes municipales 247.

Capítulo VII (1950-1959) 251
1. Arena Olímpica 251; 2. El último tranvía 253; 3. El sepelio 256; 4. La Cruz Roja 258; 5. Explosión de Guayuleras 259; 6. Se amplia el periodo municipal 261.

Capítulo VIII (1960-1969) 263
1. Buen gobernante 263; 2. Nuevo alumbrado público 265; 3. Seguro Social 266; 4. Problema de la zona norte 268; 5. Inundación del 68 270; 6. Remodelación de la plaza y el parque 273; 7. Presidentes municipales 274.

Capítulo IX (1970-1979) 277
1. Teatro Alvarado 277; 2. La hebra se reventó por lo más delgado 278; 3. Ojalá hubiera sucedido 280; 4. Parque Industrial Lagunero 282; 5. Municipio de Gómez Palacio 286; 6. Crecimiento 289; 7. Educación 292; 8. Casa de la Cultura 294; 9. Se inicia el cambio 296; 10. Presidentes municipales 297.

Se terminó la impresión en los
talleres de Industria Gráfica Edito-
rial Mexicana el 20 de febrero de
1980. Edición: 2 000 ejemplares.

ENSAYO SOBRE LA FUNDACIÓN Y DESARROLLO DE LA CIUDAD DE GÓMEZ PALACIO

[Segunda versión corregida y aumentada]

Pablo Machuca Macías

Sin más pretensiones que las de ser un gomezpalatino de ley y que tiene además buena memoria, el señor Pablo Machuca Macías acaba de publicar en la ciudad de México su obra *Ensayo sobre la fundación y desarrollo de la ciudad de Gómez Palacio*, en una edición muy decorosa y de la que esperamos que se agoten pronto los mil ejemplares del tiro de la primera edición.

Narrador ameno, directo, coloquial, Pablo Machuca hace un vivo relato de la vida de Gómez Palacio a principios de siglo y de los periodos de esplendor que siguieron a la Revolución de 1910. Las líneas de Machuca nos recuerdan la plática sabrosa de los señores de edad que se juntan en la plaza de armas a acordarse "de los buenos tiempos".

Fijando mejor el detalle o la sola anecdótica que la pinza del rigor histórico o cualquiera otra cosa parecida, el libro de Pablo Machuca es un resumen ameno y vivaz, una crónica que no elude el comentario humorístico.

Presentación del libro en la sección cultural del periódico *La Opinión* de la ciudad de Torreón, publicado el 4 de septiembre de 1977.